

JAMES A. OWEN



Tierra de DRAGONES

DESTINO

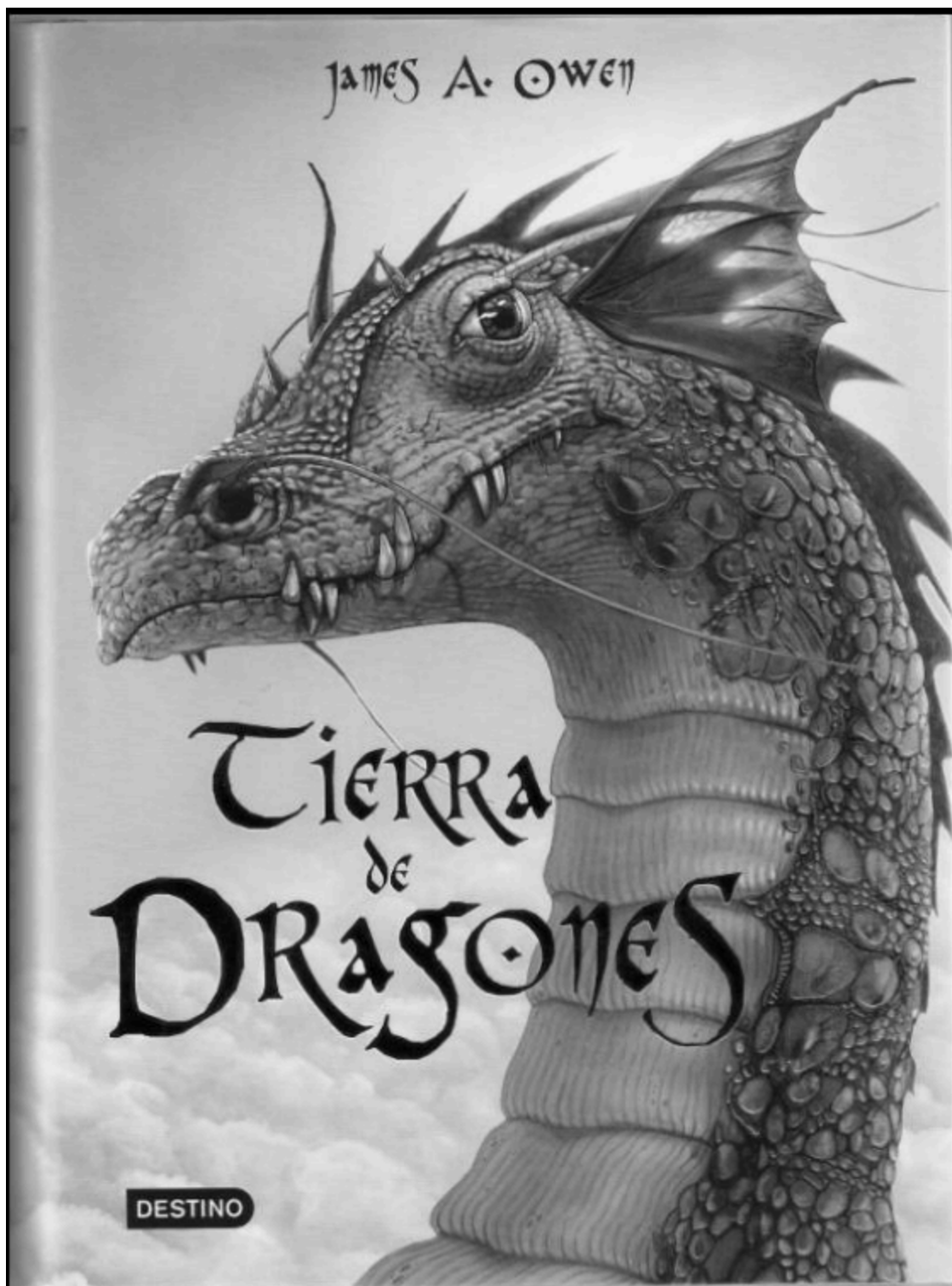
Tierra de Dragones

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Tierra de Dragones
James A. Owen

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Tierra de dragones inició su andadura como un bosquejo incompleto de diez páginas, que fue lo último que presenté al último productor que conocí en un viaje interminablemente largo a Hollywood. Fue ese productor quien trabajó conmigo para dar forma al relato durante los meses siguientes, y quien, en noviembre de 2004, sugirió que empezáramos a ponernos en contacto con los editores. El libro que tienes en las manos no existiría de no ser por el interés, consejo y aliento de Marc Rosen y el apoyo de David Heyman.

Mi equipo local en el Coppervale Studio, Jeremy, Lori y Mary, me proporcionó una ayuda inestimable con maquetas, fondos, comentarios y con diversas formas de apoyo moral y medicinal mientras trabajaba con las ilustraciones. Todos ellos son mejores en su trabajo de lo que reconocen ser.

Craig Emanuel, mi perseverante abogado, me puso en manos de Ellen, Julie y Lindsay, mis directoras en el Gotham Group, que necesitaron un segundo para «captar» la historia, no mucho más para venderla, y dedicaron muchísimo más tiempo a apoyarme mientras terminaba de escribirla.

Mis editores de texto de Simon & Schuster, David y Alexandra, me enseñaron para qué sirven los editores, y me hicieron parecer bueno y más inteligente de lo que soy. Mi directora artística, Lizzy, me recordó lo divertida que puede resultar la colaboración y consiguió que el libro tuviera un aspecto maravilloso. Y mi editor, Rick, hizo que un acuerdo editorial pareciera más bien una invitación a una reunión familiar.

Kai Meyer, que en su calidad de admirador de mis tiras cómicas fue el primero en preguntar si me gustaría escribir algo en prosa, junto con sus colegas Frank, Hannes y Sara, me proporcionaron la experiencia y seguridad en mí mismo para escribir este libro. Mi madre Sharon y mi esposa Cindy también fueron las que me ofrecieron comprensión, apoyo y solidaridad cuando decidí ilustrarlo.

Y finalmente, en el más insólito emparejamiento que se me puede ocurrir, quiero dar las gracias a mi hija Sophie y a mi amigo Dave Sim, la primera con dibujos y el segundo con redacciones de hace veinte años, por recordarme que me encanta lo que hago.

Recibid todos mi agradecimiento más sincero.

Prologo

Fue un sonido muy nítido, el raspar quedo del acero sobre la piedra, lo primero que le indicó que sus visitas habían llegado, seguido por una extraña especie de golpeteo y arrastrar de pies.

El golpeteo que sonaba en el callejón se tornó más acusado, y de repente comprendió que no era tanto el sonido de un repiqueteo como una amortiguada algarabía de zarpas, chasqueando entre sí expectantes. Dejó a un lado pluma y cuaderno y se recostó en la silla. Era innegable. Era la hora.

La tamizada luz ambarina de una tarde inglesa penetró a raudales por las ventanas grasientas de la puerta que conducía al estudio mientras ésta se abría lentamente.

Volvió a llenar la pipa con su mezcla especial de tabaco con canela y observó con pasajero interés que empezaban a congregarse nubes en el lejano horizonte.

Se acercaba una tormenta.

No importaba, se dijo con cierta satisfacción. Había dicho las cosas que necesitaba decir a la persona que debía oírlas. Había protegido la valiosísima encomienda que era necesario proteger, y la había pasado a aquellos que la usarían sabiamente y como era debido.

No había, concluyó, mucho más que pudiera pedirse de un anciano estudioso en aquel mundo, en aquella vida.

La silueta del umbral le hizo una seña, y vislumbró fugazmente el acero sumamente afilado, que se curvaba hasta finalizar en punta, cuando el brazo del visitante se alzó y volvió a descender. Los chasquidos del callejón aumentaron de intensidad.

—Saludos, profesor -dijo la imprecisa figura-. ¿Podría hablar con usted?

—No está aquí -respondió el profesor, encendiendo la pipa y dándole una buena calada-. Llegas demasiado tarde.

El visitante lo evaluó durante un momento antes de llegar a la conclusión de que el profesor decía la verdad.

—Me apena mucho oírlo -declaró-. Eso no augura nada bueno para usted.

—Lo que me suceda a mí carece ya de importancia -repuso el profesor, encogiéndose de hombros-. Puedes acabar con mi vida, pero he colocado a todo un imperio fuera de tu alcance para siempre..., y cuando todo está dicho y hecho, ¿cuál de las dos cosas es más importante?

El visitante volvió a hacer un ademán, y el golpeteo del exterior dio paso a gruñidos y aullidos de animal.

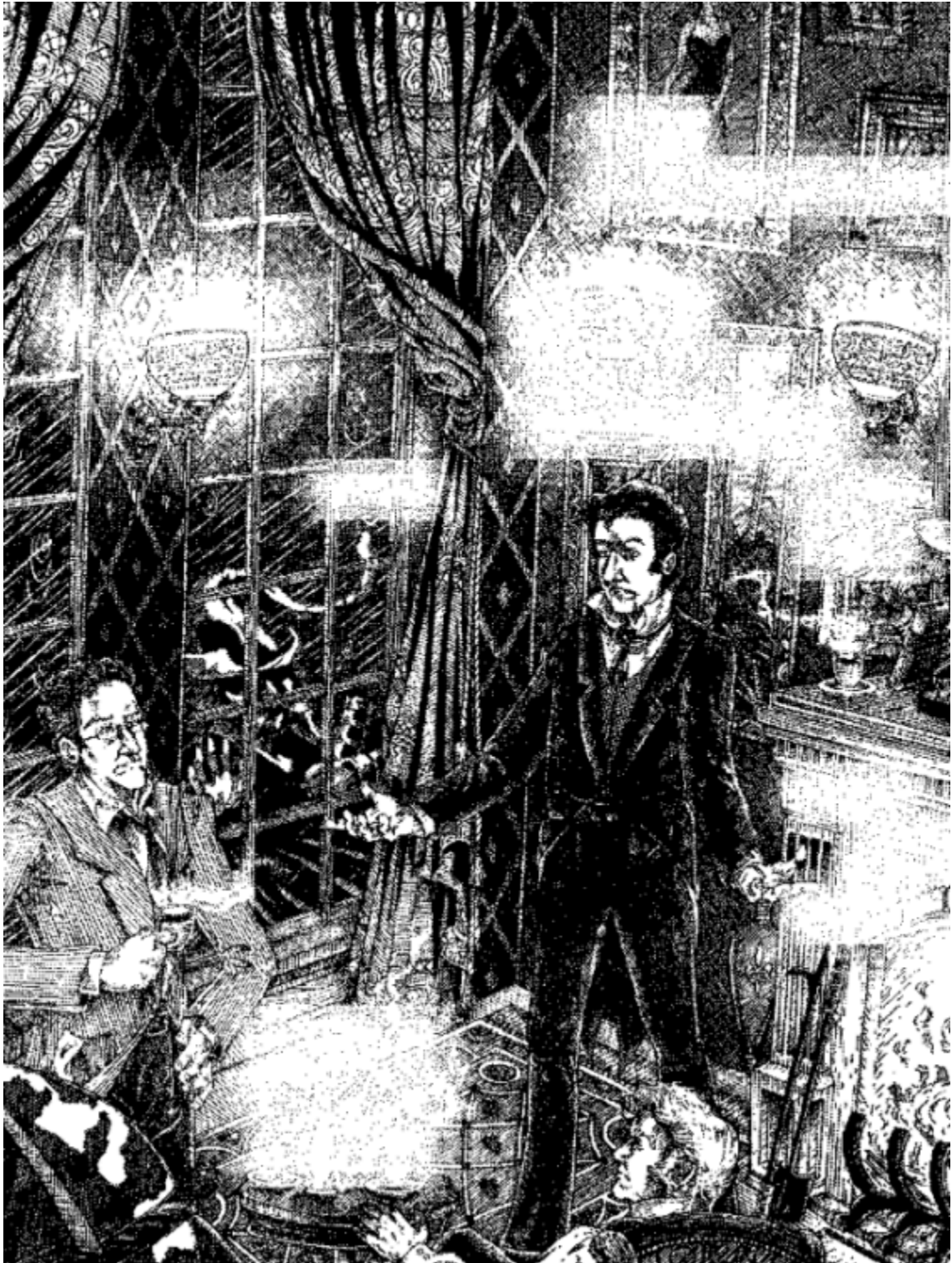
Hubo una avalancha de cuerpos, y en unos segundos el pequeño estudio se llenó de acero antiguo, dolor y sangre.

Cuando los sonidos dieron paso al silencio, los visitantes abandonaron el estudio tal y como lo habían encontrado, con una excepción.

Pasarían varias horas antes de que las primeras gotas de lluvia de la tormenta que se avecinaba empezaran a motear el adoquinado de la calle, pero el profesor no las vería caer.

Primera parte

La imaginarum Geographica



**-Hay un hombre muy extraño ahí afuera
-dijo Jack.
Empieza la aventura**

Tanto habría dado si hubiesen introducido la delgada nota color crema en una botella y la hubiesen arrojado al mar en lugar de enviarla por correo, puesto que cuando John la recibió, el profesor ya estaba muerto.

Posiblemente por centésima vez desde que la recibió, John sacó la nota del bolsillo.

Querido John:

Por favor, ven a Londres tan rápido como puedas. Hay muchas cosas, demasiadas me temo, que debían habérsete explicado hace mucho tiempo. Sólo rezo para que esta carta te encuentre lo bastante sano para viajar y para que no me guardes rencor por lo que se avecina. No sé si estás preparado, y de eso soy el único responsable. Pero creo que eres una persona capaz, y acaso con eso baste. Espero que sea así.

Profesor Sigurdsson

La carta llevaba fecha de la semana anterior, el 9 de marzo de 1917, y le había llegado el día antes al hospital de Great Haywood. John telegrafió una respuesta a su mentor, solicitó un permiso temporal para ausentarse, envió una nota a su esposa, desde hacía menos de un año en el hogar que compartían en Oxford, explicando que estaría ausente tal vez varios días, e inmediatamente organizó el viaje a Londres.

Fue el mensajero encargado de entregar el telegrama quien descubrió que se había cometido un asesinato y avisó a la policía. John supo sin necesidad de preguntar que el policía que aguardaba en el andén en Londres estaba allí para hablar con él, y también sabía el motivo.

El tren procedente de Staffordshire llevaba retraso, pero aquello no era inesperado, ni tampoco era ya una molestia siquiera. Se trataba simplemente de uno de los deterioros en la normalidad, producto de una constante situación de guerra.

John llevaba de permiso lejos del Segundo Batallón varios meses ya, desde antes de las vacaciones. Para los médicos, estaba afectado de pirexia; «fiebre de las trincheras» era el nombre que le daban los soldados de tropa. Expuesto de un modo más simple, su cuerpo se había cansado de la guerra y manifestaba su protesta mediante una debilidad general de las extremidades y fiebre constante.

En el tren John se durmió inmediatamente, y su fiebre tomó la forma de un sueño de una montaña de fuego que escupía cenizas ardientes y lava al interior de las trincheras de la campaña francesa, consumiendo a sus

camaradas mientras resistían denodadamente la ofensiva alemana. John contempló horrorizado cómo aquellos que huían de las trincheras eran derribados por el fuego de artillería. Los que se quedaban, acurrucados y llenos de temor, eran consumidos, los hijos de Inglaterra convertidos en hijos de Pompeya a medida que perecían envueltos en llamas y humo...

Lo despertó el agudo silbato del tren que indicaba su llegada a la estación de Londres. Estaba sofocado y sudoroso y a los ojos del agente que lo esperaba tenía todo el aspecto de estar implicado en el asesinato del hombre que había venido a ver. John se secó la frente con un pañuelo, se echó al hombro la mochila colocada en la rejilla del portaequipajes y descendió del tren.

Su llegada, y posterior partida con el policía, la observaron no menos de cuatro individuos, que se mezclaron sin ser vistos con el gentío que se trasladaba del andén a los trenes. Tres de ellos iban embozados y caminaban con cierta torpeza, debido a la articulación invertida de las piernas inferiores que les hacía andar como si fueran perros que avanzaran erguidos sobre dos patas.

Exactamente como si fueran perros.

Las extrañas figuras desaparecieron en medio de la multitud para informar a su amo lo que habían visto. La cuarta, que se había sentado junto a John en el tren, abandonó la estación y dobló por la calle que habían tomado minutos antes el agente de policía y el joven soldado de Staffordshire.

—Me limito a decir que existen gran variedad de alternativas para pasar una noche inglesa mucho mejores que la investigación de un asesinato -dijo el inspector a cargo del escenario del crimen, un tipo robusto y afable llamado Clowes-. Pueden apostar a que el asesino, quienquiera que sea, no está por ahí deambulando en medio de este lodo. No, a estas horas está en su casa, una vez finalizada su tarea por hoy, calentándose los dedos de los pies ante el fuego de la chimenea mientras sorbe un delicioso coñac caliente, en tanto que yo tengo que estar aquí fuera a punto de pescar una pulmonía que...

Clowes se interrumpió en mitad de su queja e hizo un ademán a modo de disculpa.

—No es que conversar con todos ustedes sea tan terrible, desde luego. Son las circunstancias.

John tardó unos instantes en darse cuenta de que no era el único al que entrevistaban aquella tarde con respecto al asesinato del profesor. Por vez primera, advirtió la presencia de otros dos cuclillos que tiritaban y asentían ante el policía que les interrogaba, preguntándose cómo diablos habían ido a parar a aquel nido particularmente atroz.

Se estrecharon las manos, efectuando las presentaciones de rigor. El más joven, llamado Jack, tenía el pelo pajizo y no podía estar quieto; el de más edad, Charles, llevaba gafas y tenía aspecto eficiente. Contestaba a las preguntas del agente como si cuadrara una cuenta en una oficina del Barclays Bank.

—Sí; llegué a Londres puntualmente a las cuatro cuarenta. No, no me desvié de la agenda que tenía prevista. Sí, comprendí que estaba muerto inmediatamente.

—¿Y su motivo para la visita? — preguntó Clowes.

—La entrega de un manuscrito -respondió Charles-. Estoy empleado en calidad de editor en la Oxford University Press, y el profesor Sigurdsson debía anotar una de nuestras publicaciones.

—¿De verdad? — dijo Jack-. Acaban de aceptarme en Oxford.

—Magnífico, Jack -repuso Charles.

—Gracias -respondió éste.

—Así pues, chico -dijo Clowes-. Te llamas Jack, ¿no es cierto?

—Sí, señor -contestó él, asintiendo.

—Ah. No serás el Jack de la zona de Whitechapel, ¿verdad? — inquirió el policía.

—No -respondió Jack antes de tener tiempo de comprender que el inspector bromeaba-. De Oxford.

—Los dos son de Oxford, ¿eh? — siguió Clowes-. Es una coincidencia interesante.

—No es una coincidencia -indicó Charles-. La asociación selectiva es un privilegio, no un derecho.

—Yo soy de Cambridge -dijo Clowes.

—Ah, bueno, lo siento -tartamudeó Charles.

—De todos modos nunca llegué a ir a la universidad -dijo el policía a John en un aparte-. Pero ese muchacho puso la misma cara que si lo hubiese pescado con los calzones de la reina puestos, ¿no es cierto? A propósito... ¿de dónde es usted, eh, John?

–De Birmingham, aunque ahora estoy alojado en el hospital de Great Haywood.

Aquello no era del todo correcto, pero John pensó que hacer notar que los tres procedían en realidad de Oxford tal vez no haría que la tarde fuera más placentera para él; ni para ellos, bien mirado.

Existía una especie de fraternidad que surgía de las experiencias compartidas de la guerra, en particular entre jóvenes que habían compartido una trinchera durante quince días. Era una clase distinta de experiencia fraternal verse reunidos como desconocidos, que por lo demás tenían muy poco en común, por el único vínculo de un asesinato.

–Nunca le había visto -dijo Jack respecto a su relación con el cadáver-. De hecho, acababa de llegar a Londres para pasar la tarde, con la intención de entregar unos documentos de parte de un abogado de Kent.

El inspector pestañeó, luego pestañeó de nuevo y se volvió en dirección a Charles.

–Mi historia no es muy distinta de la suya, me temo -indicó éste, ajustándose las gafas-. Estaba aquí por asuntos de la universidad.

–Eso le deja a usted, John -dijo Clowes-. Supongo que tampoco le conocía.

–Se equivoca -respondió John-; le conocía muy bien. Fue mi tutor académico.

–¿De veras? – dijo Clowes-. ¿En qué materias?

–Lenguas antiguas, principalmente -repuso él-. Ése era el grueso de mis estudios, con trabajos adicionales en mitología, etimología, historia y culturas prehistóricas. Aunque -añadió-, de hecho, yo era un estudiante más bien poco diligente.

–Aja -murmuró Clowes-. Y ¿cómo es eso? ¿No era un buen profesor?

–Un profesor excelente, para ser exacto -dijo John-. Pero el sacerdote que ayudó en mi educación cuando falleció mi padre, que pagó la mayor parte de mis estudios, en realidad considera que esta clase de enseñanzas son, eh..., poco prácticas.

–Comprendo -repuso el inspector mientras garabateaba en su cuaderno con un lápiz corto y grueso-. Y exactamente ¿qué es «práctico»?

–La banca -respondió John-. El comercio. Esa clase de cosas.

–¡Ja! – bufó Clowes-. ¿Y usted disiente?

John no respondió, limitándose a encogerse de hombros como si quisiera decir: «¿Qué le vamos a hacer?».

–Bien -siguió el inspector-, casi he terminado aquí. Pero ya que usted parece ser lo más parecido a un familiar que tenía Sigurdsson, ¿le importaría echar un vistazo a la escena del crimen? Tal vez usted pueda advertir si hay algo fuera de lugar, mientras que otros no podrían.

–Desde luego.

Jack y Charles aguardaron con el agente de policía en el vestíbulo mientras John y el inspector se marchaban a la biblioteca. El olor fue lo primero que sobrecogió a John -cuero quemado, acentuado por aquel tabaco con toques de canela que sólo fumaba el profesor-, aunque la habitación misma estaba hecha un desastre.

Había libros desperdigados por doquier, y las paredes posteriores de las estanterías estaban destrozadas a hachazos. No quedaba ni un solo mueble sin romper. Habían colocado varios libros en la chimenea para que ardieran, con escaso éxito.

–Fueron las tapas las que se quemaron -comentó Clowes-. Cuero con cierres de metal. Es grueso y retiene la humedad. Provocaron un mal olor endemoniado, y un humo negro como su barba. Eso fue lo que atrajo la atención del mensajero cuando nadie acudió a la puerta.

John paseó la mirada por la habitación, posando los ojos en una mancha oscura en forma de media luna sobre la alfombra que había cerca del escritorio doble en el que trabajaba el profesor.

–Sí -indicó Clowes-; ahí es donde lo encontraron. Se desangró de prisa..., no sufrió, muchacho.

John pensó que aquello era mentira, pero agradeció el gesto de todos modos.

–No podría decirle si falta algo, inspector. Parece que todo lo que no está roto en pedacitos o quemado no... bueno, no vale nada. Los libros poseen algún valor, pero sólo para personas como yo..., y aquí no hay nada por lo que valga la pena matar.

Clowes suspiró.

–Eso era lo que nos temíamos -concluyó, cerrando de golpe el cuaderno-. Agradezco su tiempo y cooperación. Y lamento la pérdida.

–Gracias -dijo John, se dio la vuelta para marcharse, pero luego se detuvo-. ¿Inspector? Si se me permite preguntarlo, ¿cómo mataron

exactamente al profesor?

—Ésa es la otra cuestión -respondió él-. Lo apuñalaron, de eso no hay duda. Pero la punta del arma se partió contra una costilla, y por lo tanto conseguimos echarle un buen vistazo. Por lo que sabemos, lo mataron con una lanza romana. Una lanza romana de una factura y composición que no se ha forjado en más de mil años.

La llovizna gris de la tarde se había convertido en una noche inglesa de lo más desapacible, y todo el asunto de la investigación criminal había retenido a los tres nuevos compañeros más allá de la hora de salida de los últimos trenes.

—Conozco un club a unas pocas calles de aquí -ofreció Charles-. ¿Qué os parece si nos retiramos allí y abandonamos esta noche húmeda y lúgubre? Podemos tomar nuestros respectivos trenes por la mañana, después de disfrutar de un poco de calor y un traguito de algo que nos tranquilice los nervios.

Jack y John estuvieron de acuerdo, y dejaron que Charles los condujera por el laberinto de calles.

—Es curioso que fuera coleccionista de libros -observó Jack después de que hubiesen recorrido unas cuantas manzanas-. Un estudioso de Shakespeare, además.

—¿Curioso? ¿En qué sentido? — inquirió John.

—Porque... -Jack se encogió de hombros- lo mataron ayer, el día 15. John cayó poco a poco en la cuenta, luego lo hizo Charles.

—Julio César -dijo John.

—Sí -repuso Jack-. Tal vez no significó mucho en tiempos de César, o ni siquiera en los de Shakespeare, pero habría sido una advertencia que habría valido la pena seguir, si alguien hubiese estado por ahí para darla.

—Cuídate de los idus de marzo.

Resultó que el club al que Charles los condujo poseía alusiones literarias propias. Había estado alquilado como apartamento a un particular no hacía ni dos décadas, y desde entonces lo habían convertido en un club accesible a un grupo privado de Oxford, del que Charles era miembro.

—¿El 221B de la calle Baker? — dijo John con un dejo de incredulidad-. ¿Lo dices en serio, Charles?

—Completamente -respondió el aludido-. Oxford pagó su transformación, y resulta muy útil disponer de un refugio así cuando se está

en Londres por negocios.

Abrió la puerta e hizo pasar a sus acompañantes al vestíbulo de entrada. El establecimiento principal consistía en un par de salas de reunión privadas y un único salón grande y ventilado, con entradas adyacentes que John supuso eran los apartamentos vecinos, convertidos para un uso similar. La estancia grande estaba amueblada en tonos vivos e iluminada por dos ventanales que daban a una solitaria farola de gas y a la oscuridad cada vez mayor de la noche y la tormenta. La chimenea, de la que se ocupaba un sirviente discreto, ardía con fuerza y les alegró el ánimo en gran medida mientras avanzaban hacia ella, y sus ropas iban intercambiando la humedad por una leve envoltura de vapor.

—Mucho mejor -declaró Jack.

Jack se instaló en un inmenso sillón de orejas eduardiano y se puso cómodo. John prefirió apoyarse en la chimenea, para así poder calentarse mejor y secarse la ropa, en tanto que Charles, con una naturalidad fruto de la confianza, abrió un mueble-bar en el otro extremo de la habitación y empezó a servir bebidas.

—He dado permiso al criado para retirarse por esta noche -indicó-. No creo que vayan a aparecer más miembros en una noche como ésta, y para ser sincero, tras nuestra aventura con el inspector Clowes, más bien agradezco la intimidad.

—Estoy ansioso por hacer lo que tú haces, John, y unirme al esfuerzo bélico -dijo Jack-. Esperaba pasar un trimestre o dos en la universidad, pero parece que el rector tiene otros planes.

—Eres joven -repuso Charles-. Tal vez descubras que el tiempo y la experiencia ponen freno a la afición por la aventura.

—Ya ha sido una especie de aventura lo de esta noche, ¿no es cierto? —prosiguió Jack-. Imagínate ser confundido por el alumno de un profesor muerto...

Charles no consiguió fruncir el ceño con la rapidez suficiente para acallar al joven antes de que una expresión de dolor apareciera en las facciones de John.

—Oh, vaya... Oye, John, lo siento -dijo Jack-. No me he dado cuenta.

—No es nada -respondió él, con la vista fija en el fuego-. De haber estado aquí el profesor, habría pensado que era divertido.

–Tienes que cuidar tu decoro -amonestó Charles a Jack-. En especial una vez hayas iniciado tus cursos en... Jack..., ¡eh!, ¿me escuchas?

El hombre más joven sacudió la cabeza, se levantó y cruzó la habitación.

–Hay un hombre muy extraño ahí afuera -dijo Jack-. Estuvo de pie al otro lado de la calle bajo la farola durante varios minutos y luego cruzó hasta la esquina, donde permaneció varios minutos más, y ahora está de pie afuera con el rostro apretado contra la ventana...

Como uno solo los tres hombres giraron en redondo y se encontraron con la mirada sorprendida de una aparición extraña: un hombre más bien pequeño, al parecer envuelto en harapos y que se cubría con un estrafalario sombrero alto y puntiagudo, estaba en efecto pegado a la ventana, con la nariz aplastada contra el cristal y el bigote de puntas levantadas torcido por la humedad.

El ser andrajoso de la ventana desapareció bruscamente y, casi al instante, se oyó golpear repetidamente en la puerta.

–...y ahora llama a la puerta -finalizó Jack.

–Maldición -dijo Charles-. Esto es un club sólo para socios. Sencillamente no podemos ofrecer acomodo a todos los vagabundos que carezcan del sentido común suficiente para estar en casa en una noche como ésta.

–Ah, vamos, Charles -intervino John, alzándose para ir a abrir la puerta-. De no ser por ti, Jack y yo estaríamos en la misma situación, y nos acabamos de conocer.

–Es diferente -resopló Charles-. Sois hombres de Oxford.

–En realidad yo todavía no he empezado -admitió Jack.

–Un simple tecnicismo -repuso el otro.

John abrió la puerta y el hombreillo más extraño que ninguno de ellos había visto nunca pasó al interior y se sacudió como si fuera un chucho, salpicando de agua todo el vestíbulo.

Su aspecto era lo que podría resultar de romper en pedazos una edición ilustrada de las obras de Jacob y Wilhelm Grimm y luego pegar otra vez los trozos entre sí al azar. El abrigo y los pantalones estaban compuestos a partes iguales de *Viejo Sultán*, *Rumpelstiltskin* y *Juan el erizo*; los zapatos eran la ambición insatisfecha de un centenar de cuentos de zapateros remendones. Y el sombrero era una especie de combinación despiadada de

El rey de la montaña de oro y La mortaja. Los ojos centelleaban, pero el pelo y el bigote estaban empapados, y daba la impresión de haber sido golpeado en la cabeza y los hombros con alguna especie de animal selvático en plena muda. El único aspecto organizado de su apariencia era un paquete enorme envuelto en tela impermeable, que sujetaba con fuerza bajo un brazo.

–Una noche espantosa -dijo el hombre, chorreando agua todavía-. Espantosa. Veinte libras de desdicha en un saco de diez libras. De haber sabido que acaecería una noche así, habría dicho a mi abuela que no se molestara en tener a mi padre, con tal de evitarme esta molestia.

–Bien, pues una vez que se haya secado un poco, tendrá que irse -indicó Charles, ocultando disimuladamente la botella de excelente coñac tras las de calidad inferior-. Esto es un club privado. ¿Qué hacía observándonos?

–¿Es esto una pregunta a cambio de otra? – inquirió el hombre-. ¿Contesto yo a la vuestra y luego vosotros contestáis a la mía?

–No puedo decir que eso no sea justo, Charles -dijo Jack.

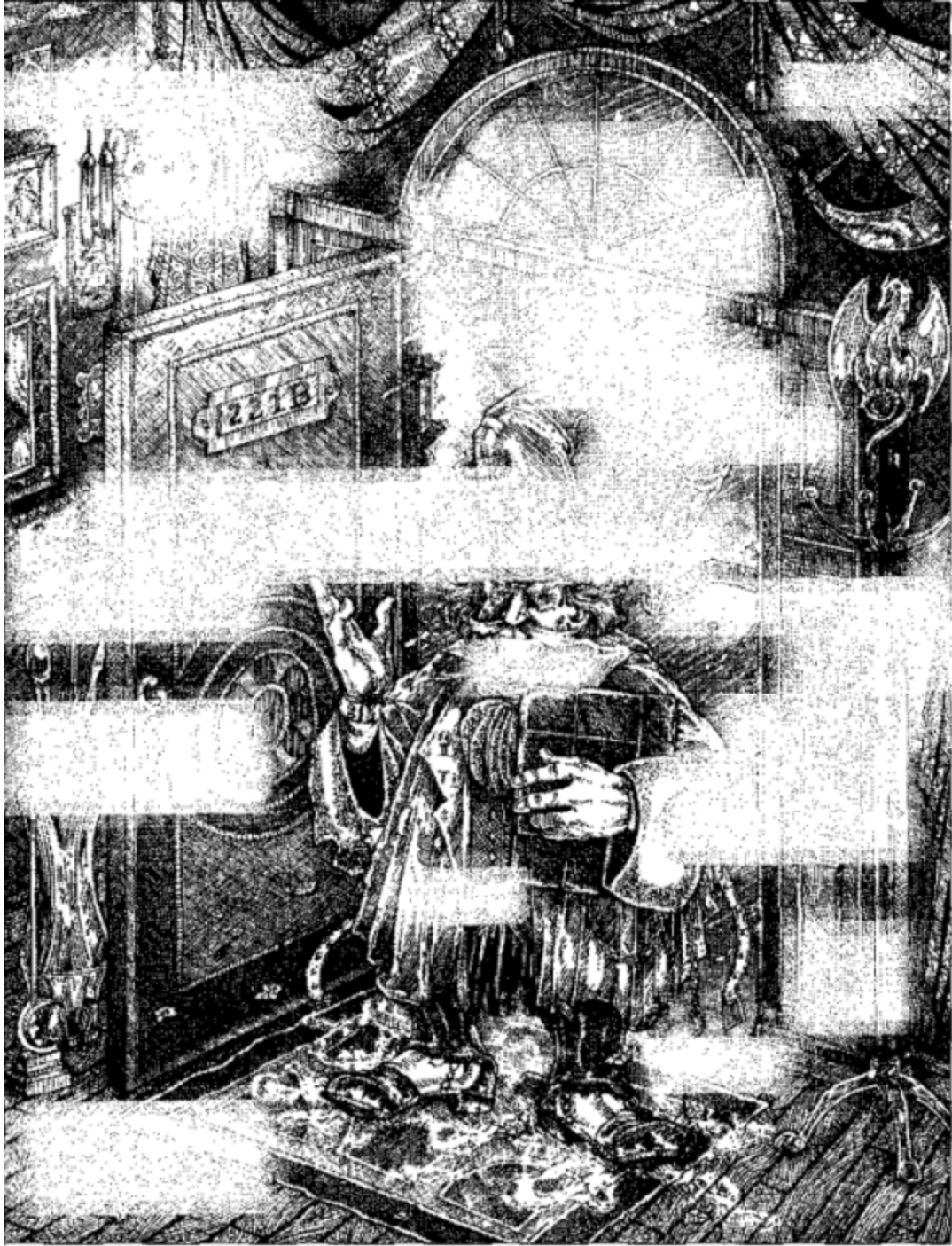
–De acuerdo -respondió éste.

–Estupendo -repuso el extraño visitante-. Observaba para asegurarme de que nadie más lo hacía.

–¿Qué clase de respuesta es ésa? – farfulló Charles-. Ésa no es una respuesta como es debido.

–Ah, vamos -dijo John-, sé amable. – Se volvió en dirección al hombrecillo-. Su turno. ¿Cuál es su pregunta?

–Le doy las gracias al caballero -repuso el hombre con una leve reverencia-. Y ahora mi pregunta: ¿quién de vosotros es John? Y ¿estáis enterados de que el profesor Sigurdsson ha muerto?



—Confío en que puedas continuar a partir de aquí, ¿verdad?

Un relato extraordinario

Tras un breve silencio anonadado, John recuperó la compostura.
—Ése soy yo -indicó, poniéndose en pie al tiempo que le tendía la mano.
La aparición la tomó a su vez, estrechándola efusivamente.

—¡Por fin, por fin! — exclamó-. Me alegro tanto de conocerte, John, mi queridísimo muchacho. ¿Y qué mejor lugar que aquí en la segunda morada de sir Arthur, verdad? Es espléndido, espléndido. Sí...

Jack y Charles intercambiaron miradas escépticas, y Jack se llevó un dedo a la sien y lo hizo girar.

El hombrecillo siguió hablando impertérrito.

—Confío en que puedas continuar a partir de aquí, ¿verdad? — dijo, tendiendo a John el paquete envuelto en tela impermeable-. Ya sabes lo que hay que hacer. Sin duda el profesor te habrá preparado para esto.

—No tengo la menor idea de a qué se refiere -respondió John, apartando a un lado el paquete-. Acabamos de regresar de la casa del profesor, y apenas hace un día que me he enterado de su muerte.

—Ya comprendo. Bien, pues, si tus aprendices me ayudan a desenvolver la *Geographica*, nos pondremos a trabajar de inmediato.

—¿Ayudantes? — inquirió Charles-. Yo no soy..., nosotros no somos..., perdona, Jack..., sus ayudantes..., aprendices -balbució-. Soy editor de...

—Sí, estoy seguro de que lo eres, y uno muy bueno, además -interrumpió el hombrecillo-. Pero eso sólo puede significar..., John, dime, ¿eres..., eras... el único alumno del profesor? ¿Había otros?

John negó con la cabeza.

—No en plena guerra. Sólo para reunimos teníamos que efectuar los preparativos con suma antelación. No creo que tuviera tiempo para mantener mucha correspondencia o dar clases particulares a nadie más.

—Interesante -comentó Charles-. ¿Cómo llegasteis a un arreglo tan inusual?

—No sabría decirlo muy bien, en realidad -respondió John-. Dio con unos cuantos relatos que había escrito..., nimiedades, en realidad..., y le gustaron. Averiguó que me habían acantonado en Great Haywood a mi regreso de Francia y fue a verme para ofrecerse a ser mi tutor.

El hombrecillo no respondió a aquello, limitándose a asentir sin dejar de observarle.

—Es una pérdida terrible para ti, estoy seguro -dijo Charles-. Ahora lamento aún más no haber tenido la oportunidad de conocerle. Parece un hombre extraordinario.

—Lo era -repuso el extraño visitante.

–Vinimos aquí esta noche simplemente porque Charles es miembro del club -explicó Jack-, pero usted vino específicamente buscando a John.
¿Cómo es eso?

–Un circunstancia puramente fortuita. Doblé por la calle equivocada y os vi entrar. Ya no consigo organizar estas calles. Siempre me pierdo. Pero incluso eso resulta providencial, porque de haber encontrado el puerto antes, cuando se suponía que debía hacerlo, jamás os habría encontrado a vosotros.

–¿Qué hay en el puerto? – preguntó Charles.

–Mi barco está anclado allí. Ahora, debemos...

–Un momento -intervino John-; por lo que sabemos, él podría ser el asesino. Conocía al profesor Sigurdsson lo suficiente como para conocer mi existencia, pero nosotros no sabemos nada de él.

En respuesta, el hombrecillo hurgó en el interior de su raída capa unos instantes antes de localizar una nota arrugada, que ofreció a John. Era, aparte de por la persona a la que iba dirigida, idéntica a la que el joven había recibido del profesor.

–Confío en que esto sea suficiente como prueba -dijo-. Llegué de mis viajes por el extranjero justo ayer y retiré la *Geographica* de la casa para ponerla a buen recaudo. El profesor insistió en permanecer allí para esperar tu llegada. Debíamos reunirnos en su biblioteca, esta tarde.

–Entonces ¿esto es la *Geographica*? – inquirió Jack, señalando con un ademán el paquete.

–Lo es.

–¿Qué es? – preguntó John.

El hombrecillo parpadeó y enarcó una ceja.

–Es el mundo, muchacho -dijo-. Todo el mundo, en tinta y sangre, vitela y pergamino, cuero y piel. Es el mundo, y es tuyo para que lo salves o lo pierdas.

Sin aguardar a que le respondieran, el hombre alzó penosamente el enorme paquete hasta depositarlo sobre una mesa y procedió a retirar las capas de tela impermeable.

–Parece un libro -comentó Jack.

–Ya veo que eres el listo del grupo -dijo el hombrecillo.

–Gracias -respondió Jack con una radiante sonrisa-. Soy Jack.

–Encantado de conocerte, Jack -repuso él-. Llámame Bert.

–De acuerdo, Bert -respondió éste, adelantándose para ayudar a desenvolver el paquete.

Debajo de la tela impermeable había un tomo bastante grande encuadernado en piel, desgastado por el uso... o debido a su gran antigüedad. En el lado abierto estaba atado con tiras de tela, y grabadas en bajo relieve en la tapa, con unas letras que mostraban aún restos relucientes de adornos dorados, estaban las palabras *Imaginarium Geographica*.

–Mum. *Geografía de la imaginación*, ¿no es eso? – dijo Charles-. Interesante.

–Se le aproxima -respondió Bert-. Aunque una traducción mejor sería menos literal: *Geografía imaginaria*.

–¿Imaginaria? – inquirió John, mirando con curiosidad el enorme libro-. ¿De qué sirve un atlas de geografías imaginarias?

La veloz sonrisa casi ocultó la expresión sombría que apareció por un instante en las facciones de Bert antes de responder.

–Vaya, sin duda te burlas de nosotros, joven John. Sirve exactamente para lo que parece: para guiarnos a, desde y a través de tierras imaginarias. Todas las tierras que han existido jamás en mitos y leyendas, fábulas y cuentos de hadas -prosiguió Bert-. Ouroboros, Schlaraffenland y Poictesme, Liliput y Mongo e Islandia y Thule, Pellucidar y Prydain; todas están ahí.

»En conjunto, el lugar en el que existen estas tierras recibe el nombre de Archipiélago de los Sueños..., y fue por este libro, por esta guía del Archipiélago, por lo que mataron al profesor.

–Esto parece griego -observó Jack, con la nariz a un centímetro de la doble página desplegada del primer mapa.

–Eres un chico listo, Jack -declaró Bert-. Hay una serie de tales mapas al principio, pero como podréis ver, varios tienen anotaciones en otros idiomas, incluido el inglés; aunque la mayoría siguen sin traducir aún - finalizó, dando un codazo a John-. Por suerte te tenemos aquí, ¿eh, muchacho?

–Espera un momento, espera -dijo el aludido, retrocediendo-. No comprendo qué tiene esto que ver conmigo, ni cómo supiste quién era yo, además.

–Supe quien eras, John, porque fui yo quien primero leyó tus escritos. Fui yo quien te buscó e informó al profesor de que eras el hombre ideal para convertirse en su sucesor. Fui yo quien vio en tu interior el potencial para

convertirte en el mejor Custodio de todos. Había dado por supuesto que tus compañeros eran a su vez tus aprendices... Sin ánimo de ofender, Charles..., pero es que siempre ha habido tres.

—¿Tres? ¿Tres qué? —inquirió Jack.

—Custodios de la *Geographica* -dijo Bert-. Bien, no tenemos tiempo para entretenernos -prosiguió-. La carrera se ha iniciado ya.

—¿Qué carrera? —quiso saber Charles.

—La carrera -respondió el hombrecillo- para impedir la catástrofe, muchacho; con toda la humanidad en juego. Sólo podemos esperar que la educación que has recibido hasta el momento haya sido suficiente...

—¿Mi educación? —dijo John, incrédulo-. Pero por qué es...

Antes de que pudiera proseguir, el prolongado aullido de un podenco hendió el aire nocturno. Sonó grave y fuerte, hasta desvanecerse finalmente en un profundo silencio. Luego el aullido volvió a dejarse oír, acompañado por otro, y otro.

Y otro.

Pero en aquella ocasión sonó más próximo. Mucho más próximo.

Tras la horrible melodía de los aullidos se escuchaba un quedo sonido entrecortado: los gritos de hombres furiosos, que buscaban. Los sonidos de una turba.

Por vez primera desde que entrara en el 221B de Baker Street, el rostro de Bert adoptó una expresión tensa y lúgubre, e impregnada de temor.

—Se acabó, chicos. Tenemos que irnos.

—¿Tenemos? —farfulló Charles-. ¡No pienso salir con la que está cayendo! ¡Especialmente si hay alguna especie de... de bestias corriendo sueltas por las calles!

—No tenéis elección, me temo -respondió Bert-. Vienen a buscarnos a John y a mí, de modo que debemos marcharnos; pero si llegan aquí y se encuentran con que no estamos, vosotros saldríais aún peor parados.

—¿Vienen a buscarme? —inquirió John-. ¿Por qué?

—¿Pensabas que se detendrían con el profesor? —preguntó Bert-. No pueden..., no lo harán. No han conseguido lo que buscan..., esto -dijo, asestando una palmada sobre la *Imaginarium Geographica*-. Y como ahora es tuya, estoy seguro de que no tendrán el menor inconveniente en acabar contigo con la misma facilidad con que acabaron con él.

Bert empezó a envolver el atlas en la tela encerada, y Jack se acercó para ayudarle.

–Démonos prisa -indicó a los tres jóvenes-. Hay que salir volando.

–¿Volando adonde? – quiso saber Charles.

–Al puerto, desde luego. Al barco. Mi tripulación nos espera ya, y sin duda deben de empezar a estar preocupados.

Charles hizo amago de protestar, pero Bert le atajó.

–No son alborotadores los que vienen a por nosotros. No son soldados. Ni siquiera son hombres tal y como vosotros los conocéis. Pero tanto si creéis mi advertencia como si no, tanto si creéis que tengo un barco que nos aguarda en el puerto, o que cualquier cosa de las que os he contado esta noche es cierta como si pensáis que miento, creed esto: si permanecemos aquí un minuto más, todos moriremos.

Por si la súplica de Bert no resultaba lo bastante convincente, las sombras que aparecieron en la esquina del otro lado de la calle sirvieron para motivar de inmediato a los tres camaradas.

La banda que los perseguía blandía espadas y lanzas de una manufactura fuera de lo corriente; pero más extraño aún era el que todos parecían andar a cuatro patas, con las zarpas tintineando en los adoquines, irguiéndose sólo de vez en cuando para olisquear el aire antes de rasgar la noche con más aullidos atronadores.

–Wendigos -murmuró Bert para sí-. Está haciendo uso de todos los recursos posibles... y esto sólo puede empeorar. Charles -preguntó, volviéndose con rapidez-, ¿tenía sir Arthur una salida trasera en este lugar?

–Sí -respondió él-, por aquí. Rápido.

Bert, Jack y John siguieron a Charles por un laberinto de habitaciones pequeñas hasta una puerta situada en el otro extremo del piso.

–Aquí -indicó Charles-. Hicieron una ampliación en el piso contiguo, y tiene una puerta que da a un callejón.

Cuando entraban en el pasillo, se escuchó un estrépito de madera astillada procedente del vestíbulo situado a su espalda.

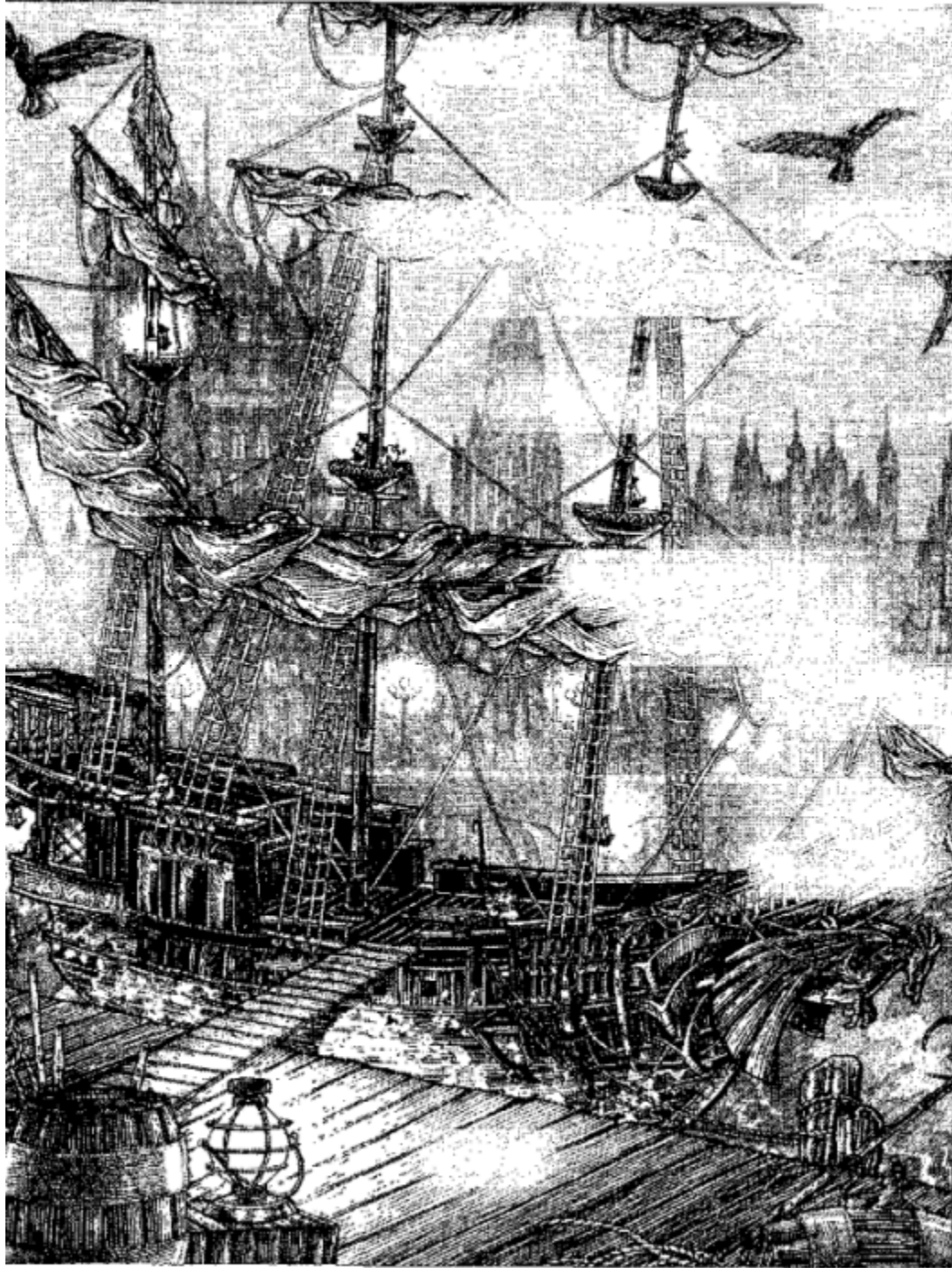
–¡Rápido, muchachos! – exclamó Bert-. ¡Rápido!

Tras localizar la salida, los cuatro camaradas penetraron rápidamente pero con cautela en el callejón, que estaba vacío. Mientras se encaminaban hacia la calle que lo cortaba transversalmente, sus pasos se tornaron más y

más apresurados, al comprender que sería sólo una cuestión de tiempo que...

Cuando se encontraban a una manzana de distancia, los aullidos furiosos de sus perseguidores les indicaron que habían descubierto el camino seguido para abandonar el club. La cacería había finalizado. Ahora se trataba de una carrera.

En unos instantes los cuatro corrían a toda velocidad en dirección al puerto.



—El Dragón Índigo —declaró Bert con orgullo—. Mi nave.

Huida al puerto

De día las calles y callejones de Londres eran como un acertijo enrevesado; de noche, en medio de un temporal, el dédalo de calles se convirtió en un laberinto imposible para los cuatro hombres que corrían

como alma que lleva el diablo huyendo de una jauría de cazadores que, al parecer, era capaz de perseguirlos guiada por el olor.

—¿Qué son? —dijo Jack-. Los llamaste «Wendigos».

—Son los cazadores de nuestro enemigo, y si no son las peores abominaciones que existen bajo el cielo, desde luego son unos buenos aspirantes a la corona.

—¿Son hombres o bestias? —inquirió Jack.

—Ambas cosas, me temo. Cuando así se requiere, pueden comportarse como hombres; pero se vuelven más lobunos con cada muerte que llevan a cabo. El mal que hacen ha deformado sus cuerpos, y por lo tanto han obtenido los sentidos de los podencos, así como su agilidad y velocidad.

—¿Cómo se convierten en algo así? —quiso saber John.

—Por medios terribles -respondió Bert-. Para empezar, deben ser hombres malvados. Pero para convertirse en Wendigos, deben comer la carne de otro hombre.

—Caníbales -musitó John.

—Sí -dijo Bert-, pero no sólo eso. Se rumora que para convertirse realmente en Wendigos, la primera carne que deben probar tiene que ser la de su mejor amigo o la de un ser querido. Después de eso, lo demás ya no importa.

Una expresión horrorizada apareció en las facciones de John mientras comprendía las implicaciones de todo aquello.

—¿Crees que ellos... que el cuerpo del profesor?

—No -respondió Bert-; creo que lo mataron mientras lo interrogaban sobre el paradero de la *Geographica*. Lo mataron, pero no se lo comieron. A los Wendigos..., a los Wendigos les gusta que su comida esté viva.

—¿De verdad creéis que existe una embarcación? —inquirió Jack unos minutos más tarde, jadeando.

—Lo dudo -respondió Charles-, pero no tengo intención de quedarme por aquí para discutirlo.

—Un chelín a qué si hay una -dijo Jack.

—Hecho.

Los adoquines estaban resbaladizos y los cuatro tenían que medir sus pasos para no caer y arriesgarse a torcerse un tobillo. Bert encabezaba la marcha. Los admitidos lapsos de memoria sobre la geografía de Londres no

parecían afectar a su velocidad... y se movía de esquina en esquina bajo las farolas de gas con una rapidez y agilidad que contradecían su aspecto.

–Ya casi estamos, muchachos -anunció-. Podéis olerlo, ¿verdad?

–Uf -dijo Jack-. Realmente apesta. ¿Qué es?

–Pescado y despojos, despojos y pescado -respondió Charles-.

Comercio. Ya sabéis..., como la clase de trabajo que John no sabe si le gustaría llevar a cabo.

–Muy listo -repuso el aludido mientras Bert desaparecía tras la esquina que tenían delante, profiriendo un chillido triunfal.

Doblando él mismo la esquina al cabo de un instante, John se detuvo en seco, lo que provocó que Charles y Jack chocaran contra él a su vez.

Bert había dicho la verdad. Realmente había un barco anclado y flotando en el puerto. Un barco que no se parecía a ninguno que hubieran visto jamás.

Jack extendió la mano.

–Un chelín.

–¡Maldita sea! – dijo Charles, dejando caer una moneda en la mano del otro.

–El *Dragón índigo* -declaró Bert con orgullo-. Mi nave.

–¿Es un galeón? – preguntó Charles-. Parece español, pero... viejo.

–Siglo xvi -indicó Bert-. Al menos las partes más nuevas. Creo que las partes más antiguas del casco son griegas, pero en realidad no estoy seguro. Creo que hay un poco de todo en ella. Pero hace su trabajo y siempre me lleva sano y salvo al puerto de origen.

–Y ¿dónde está el puerto de origen exactamente? – preguntó Jack.

–Más tarde, más tarde -respondió el hombrecillo, observando las sombras de sus perseguidores que se alargaban a la luz de las farolas detrás de ellos-. Pongámonos a salvo primero..., ya habrá tiempo para hablar más tarde.

Ninguno de los jóvenes se detuvo para preguntar a Bert qué quería decir con «más tarde», o con la más amplia insinuación de que se reemprendería el diálogo una vez pasado el peligro.

Bert inició un trotecillo y cruzó veloz el muelle hasta la pasarela que lo conectaba con el barco. De pie en la parte delantera de la pasarela había una joven: alta, vestida como un pirata sacado de una novela de Stevenson, y mostrando una actitud autoritaria que contradecía su evidente juventud.

–Padre, llegas tarde -reprendió la chica-. Preparábamos un grupo de desembarco para ir a rescatarte.

–No era necesario, Aven -respondió Bert-. Como puedes ver, mis jóvenes amigos y yo lo tenemos todo ceñido al plan.

Desde el muelle, una bruñida lanza egipcia atravesó el aire nocturno y prendió la capa de Bert a la proa, errando el hombro por muy poco.

–Eh..., bueno -dijo el hombrecillo, desprendiéndose de la prenda al tiempo que daba un respingo-. Aunque eso no quiere decir que no debiéramos, eh, acelerar nuestra partida.

Mientras los jóvenes trepaban a bordo, Aven permaneció en la popa del barco, con los brazos cruzados en actitud desafiante ante las lanzas que le arrojaban los cazadores.

–Ya es suficiente -dijo, lacónica-. Sacadnos.

No se bajaron remos al agua, y curiosamente, las velas se hincharon precisamente en el sentido opuesto a aquel en el que soplaba el viento; pero en cuanto Aven dio la orden, la nave se alejó del muelle y empezó a adquirir velocidad.

Un aullido a su espalda recorrió el helado aire del puerto, y los ojos de la joven se abrieron de par en par.

–¿Wendigos? ¿Envió Wendigos para atraparos?

–Sí -respondió Bert, asintiendo-. Stellan, el profesor, murió antes de que pudiera hacerse nada.

–Tú tenías la *Geographica* -dijo Aven, dirigiendo una mirada pesarosa a los tres jóvenes-. No tendría que haber esperado para acabar asesinado.

–Fue su elección, Aven -la reprendió Bert-. También podría culparme a mí mismo por habérselo dejado todo a él mientras yo viajaba...

–O a Jamie -replicó ella-; si no hubiera abandonado por esa mujer y sus hijos... ¡Además está en Londres! ¿Por qué no le persiguen a él los Wendigos?

–No le quieren a él -respondió su padre-. Quieren esto -finalizó, dando unas palmaditas a la *Geographica*-. Es por eso por lo que estamos aquí. Es por eso por lo que vinimos. Y ahora, es por eso por lo que debemos partir.

–También -intervino Charles- nos persiguen criaturas que quieren matarnos...

–... comernos -terció Jack.

–Matarnos y comernos -corrigió Charles-. Así que, ¿podría sugerir que finalizáramos esta conversación en algún lugar situado más allá del alcance de sus armas?

–Sí -dijo Jack, cuyos ojos no habían dejado de mirar a Aven desde que habían subido al barco-. Y, ah, tal vez sea el momento de presentarnos.

–Por supuesto -dijo Bert-. Chicos, permitid que os presente al capitán del *Dragón índigo*... Mi hija, Aven.

Charles se adelantó, efectuando una ligera inclinación de cabeza.

–Es un placer. Yo soy Charles.

Ella inclinó a su vez la cabeza, la ceja enarcada todavía.

–Soy Jack -dijo éste, apartando a un lado a su compañero al tiempo que le tendía la mano-; si necesitas que te echen una mano con cualquier cosa, no dudes en pedirlo.

–¿Sabes trabajar a bordo de un barco?

–Bueno, no, no exactamente -admitió Jack-. Soy un estudioso.

Aven alzó los ojos al cielo con exasperación.

–Otro estudioso. ¡Que el cielo nos libre de los necios y sus libros!

Miró a John.

–¿Y tú?

–Yo soy John. Encantado de conocerte.

La joven no respondió, sino que se limitó a sostenerle la mirada un buen rato antes de darse la vuelta bruscamente y decir algo en un tono lo bastante bajo para que sólo él lo escuchara.

–Será mejor que valgas la pena.

Por vez primera, los tres jóvenes tuvieron ocasión de mirar directamente a sus perseguidores, que se amontonaban en el muelle, aullando y agitando sus armas enfurecidos.

Los Wendigos no eran muy diferentes de los hombres. Únicamente aquellos que estaban agazapados y mostraban sus cuartos traseros desfigurados y bestiales eran evidentemente algo más. Estaban cubiertos de pelo; de contornos toscos. Borrosos, como si formaran parte de una fotografía mal revelada.

Las capas que llevaban para disfrazar los cuerpos y ocultar las armas estaban echadas hacia atrás, y mostraban trajes extraños procedentes de una docena de culturas distintas.

—Qué extraordinario -dijo John-. Ves varios disfraces distintos entre ellos: egipcio, indio... ¿Es ese nórdico?

—No son disfraces -repuso Aven-. ¿Acaso crees que un hombre que se vuelve malvado y se come a sus amigos debe tener el acento de las clases bajas de Londres?

John y los demás se estremecieron y giraban ya cuando él distinguió a otra figura sobre el muelle, que pasaba por entre los Wendigos enfurecidos. El joven no estaba seguro, pero el hombre le recordó a uno de Los pasajeros que habían estado con él en el tren a primeras horas de aquel día. Si lo era, aquello reafirmaba aún más la aseveración de Bert de que John se hallaba más involucrado en los acontecimientos de la tarde de lo que había pensado.

El *Dragón índigo* siguió acelerando, y en unos instantes el muelle y sus perseguidores se habían perdido ya en la oscuridad detrás de ellos.

Ahora que tenían tiempo de recuperar el aliento, los camaradas dedicaron su atención al extraño navio al que habían subido. Realmente era un galeón, pero de un diseño de lo más insólito. Estaba un poco sucio, crujía un tanto, pero no había duda: era una embarcación creada para correr aventuras extraordinarias.

En la proa del barco estaba el mascarón, la cabeza y el torso de un enorme dragón. Tenía ojos dorados y estaba pintado de un intenso y brillante color púrpura.

—Índigo -corrigió Bert, al oír como Jack sugería el color-. No queremos ofenderla.

A Jack le pareció, aunque no pudo estar seguro, que veía respirar al dragón.

Había un camarote en la popa del barco, y bodegas de carga debajo con una peculiaridad de lo más extraordinaria: eran mucho mayores por dentro de lo que parecían ser por fuera.

A su alrededor la dotación del barco, formada por unos veinte marineros, todos bien abrigados para protegerse del húmedo aire nocturno, estaba ocupada en sus tareas siguiendo las órdenes de Aven.

—¿Os habéis dado cuenta -aventuró a decir Jack a sus compañeros- de que somos como mínimo medio metro más altos que todos los miembros de la tripulación?

John había procesado todas las actividades del trasfondo como las ocupaciones corrientes de un barco, pero ahora que se lo indicaban,

comprendió que Jack tenía razón. Ni un solo marinero medía más de metro veinte de estatura, y la mayoría de ellos aún eran más bajos.

—Oye -dijo Jack a uno de los miembros de la tripulación que pasaba por su lado-, por casualidad...

Se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos.

—¿Jack? — dijo Charles-. ¿Qué sucede?

El tripulante, con ojos relucientes, no le prestó atención y siguió con su tarea. Con todo, Jack se las apañó para alzar el brazo y señalar los pies del marinero que se alejaba, que no eran pies ni mucho menos.

Eran pezuñas hendidas.

Los tripulantes no daban muestras de que les importara siquiera que los observaran, y Aven y Bert estaban absortos en una discusión sobre la *Imaginarium Geographica*. Charles, John y Jack se agruparon y fueron a colocarse en el lado opuesto del camarote.

—¿Habéis visto eso? — inquirió Jack, capaz finalmente de articular palabra-. ¿Habéis visto...?

—Silencio -indicó Charles-. Sí. Hay algo extraño en todo esto y yo por mi parte estoy a punto de dar por terminado todo este asunto.

—De acuerdo -dijo John-. Nos hemos alejado un buen trecho de esa trifurcación con los..., lo que fuera que nos perseguía. Deberíamos poder detenernos aquí en algún punto del río y contactar con las autoridades; a lo mejor el inspector Clowes puede ocuparse de todo esto. En cualquier caso, no es tarea nuestra.

—Exacto -repuso Jack, estremeciéndose-; estamos a punto de pasar el puente. Tendrán que aminorar la velocidad en los bajíos, y podemos pedirles que nos dejen bajar en los muelles que hay justo detrás.

—Pues ya tenemos un plan -dijo Charles-. Hablaré con ellos.

Al cabo de unos instantes el *Dragón índigo* pasaba por debajo del puente, pero en lugar de aminorar la velocidad como había pronosticado Jack, empezó a surcar las aguas a una velocidad aún mayor. La niebla omnipresente del río empezó a fusionarse y aproximarse al barco. Incluso la lluvia había cesado. Algo más empezaba a tener lugar.

A lo lejos por detrás de ellos, de debajo de las sombras del Puente de Londres, un segundo barco, de mástiles oscuros y negro como una pesadilla, levó anclas y empezó a seguirles en silencio.

Charles se apresuró a exponer su punto de vista.

–Parece que hemos perdido a nuestros perseguidores -dijo a Aven-. Y yo, por lo menos, os estoy muy agradecido por vuestra ayuda e intervención. Ahora que el peligro ha pasado, ¿puedes decirme en qué parte de la ciudad pensáis dejarnos?

–Sí -coincidió Jack, mirando de soslayo a la tripulación del barco-; nos gustaría bajar, por favor.

Aven dedicó a su padre una mirada de complicidad antes de responder.

–Lo siento, pero sencillamente eso es imposible.

–¿Por qué? – inquirió John.

En respuesta, Aven hizo una seña en dirección a las refulgentes luces de la ciudad sobre la no distante orilla, en aquellos momentos tenues y vagas a través de la niebla.

Mientras observaban, las brumas se aproximaron más, espesándose alrededor del barco, hasta que en cuestión de segundos las luces de Londres se desvanecieron por completo. Cuando la niebla empezó a disiparse, la ciudad ya no estaba, y la tormenta había cesado. En lo alto brillaban un millar de estrellas, libres de las nubes que las habían cubierto apenas minutos antes. Y a su alrededor, sólo el océano, sin la menor señal de una costa a la vista.

–¡Pe... pero eso no puede ser! – dijo Charles, tartamudeando con incredulidad y no poco temor-. ¡No llevamos navegando más que unos minutos! ¡No es posible de ningún modo que estemos en mar abierto!

–Exacto -indicó Jack-. He descendido por el río muchísimas veces. Todavía tenemos... teníamos... al menos un recorrido de treinta kilómetros antes de llegar al Canal de la Mancha.

–Ah, comprendo -dijo Bert-. Lo habéis malinterpretado; abandonamos Inglaterra en el mismo instante en que nos apartamos del muelle. No estamos ni de lejos en el Canal, ni en Londres, ni siquiera en Europa. En realidad, ni siquiera navegamos ya por el mismo océano.

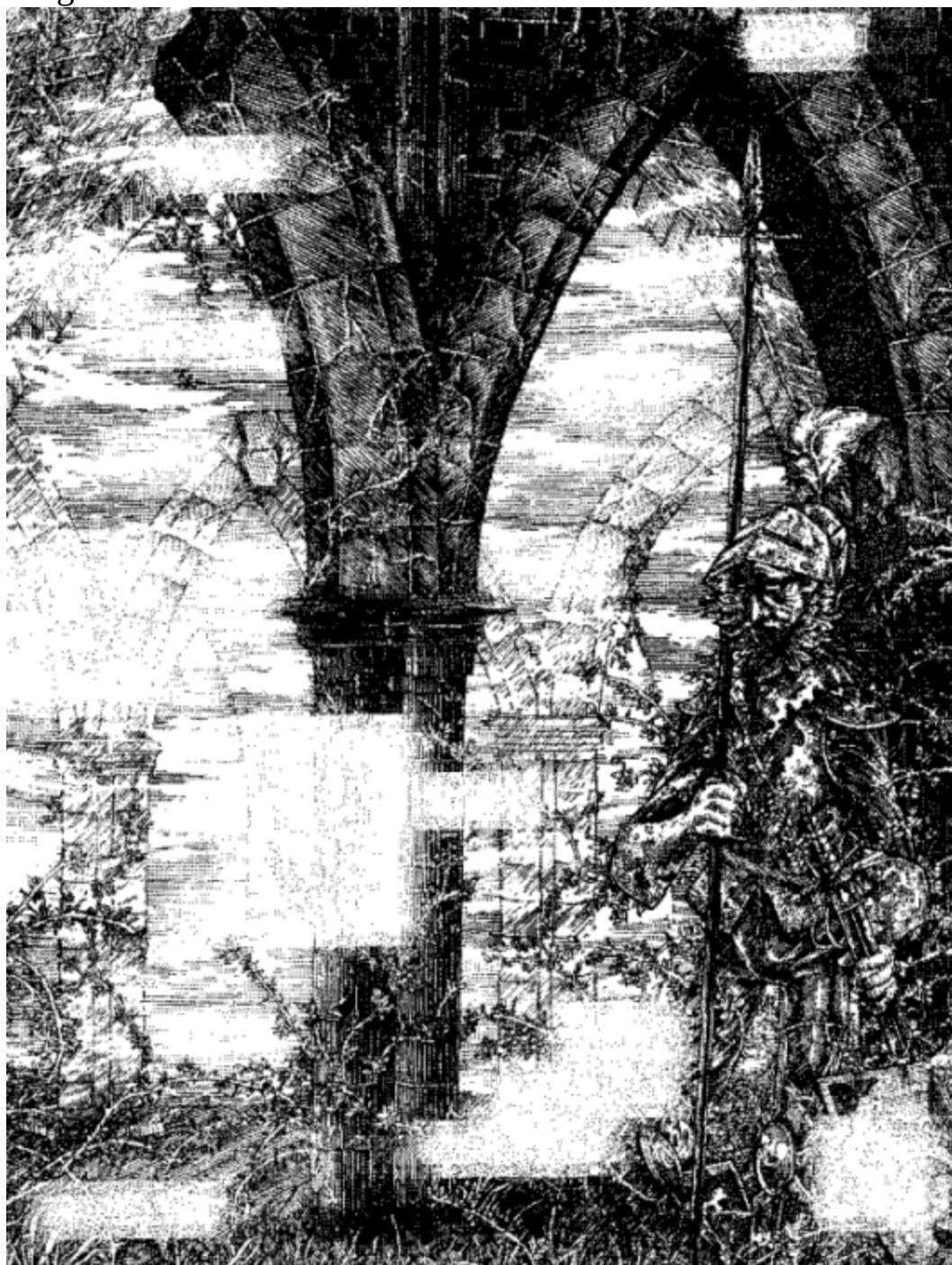
–Entonces, ¿dónde estamos? – dijo Charles-. ¿Adonde nos lleváis?

Aven ladeó la cabeza en dirección a John.

–Pregúntale a él. Él lo sabe.

John estaba de pie ante la barandilla, contemplando la oscuridad mientras ellos dejaban que la pregunta flotara en el aire, titilando con la promesa que todos sabían que se cumpliría si él simplemente pronunciaba las palabras. Finalmente, el joven respondió.

–Al Archipiélago -dijo, con la voz ahogada por una mezcla de incredulidad y asombro-. Es ahí a donde nos dirigimos, ¿verdad? Vamos al Archipiélago de los Sueños.



La estatua estaba envuelta en enredaderas y maleza...

Avalon

Fueran los que fuesen los recelos personales que pudieran haber sentido, John, Jack y Charles tuvieron que aceptar la evidencia de sus propios sentidos. Les gustara o no, estaban en alta mar. Y hasta que se fijara un destino, se pusiera rumbo a él y se alcanzara sin percances, se encontraban por completo a merced de la capitana y su insólita tripulación.

–Esto es todo culpa tuya -dijo Charles a Bert, la voz temblando de rabia-. Si no nos hubieras convencido para que abandonáramos el club...

–Si él no os hubiera convencido para que abandonarais el club -interrumpió Aven-, seríais tres cadáveres. ¿O acaso no os disteis cuenta de que no eran contables ni banqueros los que os perseguían?

–Tiene razón -dijo Jack, dando una patada a una de las lanzas caídas sobre la cubierta-. Esas cosas no estaban sólo para hacer bonito. Estaban recubiertas de capas de sangre seca. Creo que realmente nos habrían matado, Charles.

–Estoy de acuerdo -intervino John-. Sea cual sea la situación en la que nos encontramos ahora, es mejor que si hubiéramos permanecido en Londres. Aunque -añadió, mirando de soslayo a Bert-, no estaría mal tener una idea de cuándo será seguro regresar.

–Ésa es la cuestión, ¿no es cierto? – dijo Bert-. Una de las varias que sospecho tenéis. Y puesto que yo tengo mis propias preguntas, tal vez debiéramos recalar en tierra y discutir nuestra siguiente línea de acción.

–¿Recalar en tierra? – preguntó Charles-. ¿Existe un lugar en el que atracar si estamos navegando en dirección a tu «*Geografía Imaginaria*»?

–Ya lo creo que sí -dijo Bert-. Existe una isla que en realidad está a caballo entre la frontera de las aguas del mundo que vosotros conocéis y las del Archipiélago. No sé cómo se llamaba originariamente..., el profesor te lo habría dicho, John..., pero durante los últimos mil años se la ha conocido como Avalon.

Aven calculó que se encontraban todavía al menos a una hora de Avalon, y sugirió a sus renuentes pasajeros que intentaran acomodarse y disfrutar del viaje. El aire nocturno era fresco pero no helado, y las aguas tranquilas facilitaban una navegación apacible.

Bert advirtió que John parecía evitar acercarse a la *Imaginanum Geographica*, eligiendo en su lugar observar a los demás desde la cubierta de popa, donde podía vigilar la aparición de la isla. Charles sacudía la cabeza cada dos por tres, como si hacerlo pudiera conseguir despertarlo de

aquella pesadilla, que parecía producida por una indigestión de mostaza y queso, en la que estaba inmerso. Y Jack actuaba como si cualquier peligro o inconveniencia que tuviera que soportar valiera la pena, siempre y cuando se mantuviera lo más cerca posible de Aven.

La tripulación del *Dragón índigo* resultó estar compuesta por faunos: criaturas mitológicas medio hombre y medio cabra. Aven explicó que si bien su corta estatura los hacía bastante poco agraciados, su habilidad innata -que a John no le cupo la menor duda de que provenía de su mitad cabra- para escalar terreno montañoso también resultaba muy útil sobre una cubierta zarandeada por la tempestad.

—Es un espectáculo asombroso -explicó Aven-. Olas de seis metros, cubiertas resbaladizas como el hielo, lluvia casi cegadora, y estos tipos van de un lado a otro como si pasearan por el parque.

—La verdad -dijo Jack- es que hubiera dicho que los sátiros resultarían mejores... al ser más grandes y fuertes, ya sabes.

—Sátiros, uf -siseó ella-. Más fuertes, desde luego..., pero se pasan el tiempo bebiendo, y cuando no beben, se dedican a perseguir a las mujeres. Dan más problemas que otra cosa.

—¿Los faunos no beben? — preguntó Jack.

—No como los sátiros -respondió Aven-. Lo más fuerte que beben los faunos es un ponche flambeado de ron, que por lo general no es más potente que un agradable ponche caliente de vino y especias.

—Supongo que os dais cuenta de que estáis discutiendo sobre criaturas mitológicas que es imposible que existan -intervino Charles, agitando los brazos-. ¡No existen seres como los faunos y los sátiros!

Como respuesta, uno de los marineros dejó caer una pesada abrazadera de mástil de repuesto sobre el pie de Charles, luego la recogió y le dedicó un leve saludo con la gorra a modo de burlona disculpa antes de seguir adelante para entrar en el camarote.

Charles lanzó un alarido y se sentó en la cubierta, dando un masaje al pie herido.

—Creo que esa inexistente criatura mitológica acaba de partirte algunos dedos del pie -observó Jack.

—Ah, cállate -replicó Charles.

No pasó mucho tiempo antes de que el tripulante instalado en el puesto de vigía indicara a la capitana que había tierra a la vista. En el cercano

horizonte, envuelta en una fina bruma y recortándose en alto relieve contra las masas de cúmulos más oscuras del otro lado, estaba Avalon.

El *Dragón índigo* aminoró la marcha y se abrió paso por entre los bajíos para ir a descansar contra un muelle destartado. Allí, una playa de guijarros dejaba paso lentamente a una ladera cubierta de hierba y a un bosquecillo de vegetación enmarañada que rodeaba lo que antaño había sido una construcción magnífica y contundente.

John, Jack, Charles y Bert desembarcaron, con Jack poniéndose a la cabeza de sus compañeros, que avanzaban con más cautela y renuencia. Aven permaneció en el barco, dirigiendo de vez en cuando miradas suspicaces a su espalda en la dirección de la que venían.

En lo alto de la ladera había columnas en ruinas por todas partes; arcadas rotas, cimientos hechos pedazos, piedra desmoronada. Bajo la tenue luz crepuscular, los jóvenes podían casi imaginar las catedrales enormes que tal vez se hubieran alzado en la isla; pero aquellos tiempos pertenecían al pasado, y la naturaleza había recuperado el lugar hacía ya tiempo.

No obstante estar todo en ruinas, existía un innegable ambiente de magia y misterio en toda la isla que impregnaba el suelo, los árboles y el mismo aire. En realidad ninguno de ellos había pensado ni por un instante que viajaran efectivamente a la legendaria Avalon del rey Arturo, pero allí, en aquel momento, casi podían creerlo.

Desperdigados por todas las ruinas había varios pedestales de mármol, y aquí y allá pudieron ver alguna que otra estatua intacta. Una bastante alta se erguía sobre el pedestal más cercano a lo que en una ocasión había sido un vestíbulo de entrada. La estatua estaba envuelta en enredaderas y maleza, casi como si se tratara de un arbusto que había crecido con la forma de un caballero armado.

Jack le dedicó una mirada furtiva y se sobresaltó al ver que ella se la devolvía.

—Esa estatua -dijo, volviéndose para llamar a los demás-, creo que la he visto moverse.

—Vaya -dijo Bert, que había detenido al grupo y se encontraba aún a unos metros de distancia-, tenía intención de deciros que...

Antes de poder finalizar la frase, el objeto de la atención de Jack descendió del pedestal y con un crujido de articulaciones y metal blandió la espada directamente hacia la cabeza del joven.

—¡Jack, al suelo! — chilló John, abalanzándose para poner a su amigo a salvo.

La espada descendió en un afilado arco sobre el lugar donde Jack había estado justo en el momento en que John y él rodaban por el suelo. Los dos se incorporaron con una voltereta algo más allá, con los puños listos para defenderse.

No tenían por qué preocuparse. La estatua -en realidad un caballero con una armadura manchada de verdín por el óxido y el deterioro- era incapaz de alzar la espada otra vez para asestar un segundo mandoble. Incluso aproximarse más, bajo la tenue luz, le suponía un esfuerzo, y pudieron observar que su rostro estaba profundamente arrugado por la edad. La edad, y algo más...

—Hablad -dijo el caballero, con voz áspera-. Hablad y daos a conocer.

Bert se adelantó a toda prisa y habló por los tres jóvenes.

—Soy yo, viejo amigo..., somos Bert y compañía.

Un destello de reconocimiento centelleó en los ojos del caballero, que bajó la espada y alzó la cabeza, para contemplar con atención a los intrusos.

Era evidente que el anciano centinela no representaba un peligro. John, Jack y Charles se acercaron más, pero John fue el primero en darse cuenta de qué era lo que resultaba curioso en su asaltante.

—Tu carne -dijo, atónito- es de madera, ¿no es cierto?

—Muchachos -indicó Bert, que se colocó a un lado y pasó un brazo a modo de soporte alrededor del torso del anciano caballero-, quisiera presentaros al Caballero Verde: el Guardián de Avalon.

Las extremidades y el torso del Caballero Verde eran de madera dura: arce y roble resistentes; las articulaciones y el rostro, de suave pino estriado. Los cabellos eran una maraña de corteza y ramas frondosas en forma de nido de pájaro. Cuando habló, lo hizo con el crujido susurrante de un viejo sauce balanceándose bajo una brisa nocturna.

—Perdonad mi precipitada valoración -dijo a Jack-. De haber sabido que erais un amigo, no habría intentado separaros la cabeza de los hombros.

—Lo comprende -terció Bert-. Simplemente hacías tu trabajo.

—A juzgar por tu acento, eras francés -indicó Jack.

—«Eres» francés -dijo Charles, subrayando la corrección con una mirada severa dirigida a Jack.

El caballero respondió con una profunda y respetuosa reverencia.

–*A votre service, monsieur* -dijo-. Mis fuerzas, aquellas de las que dispongo, están a vuestras órdenes.

–Llámame Charles... y gracias -respondió Charles.

–¿Charles? – repuso el caballero con un destello de sorpresa en los ojos-. Así me llamaban, hace mucho tiempo, en otra vida.

–Encantado de conocerte -replicó Charles-. Éstos son mis amigos, Jack...

–Hola -saludó éste, extendiendo la mano, que a continuación examinó brevemente después de que el caballero la tomara en la suya recubierta de corteza de árbol.

–...y John -finalizó Charles.

–Ah -dijo el caballero-; el Custodio.

Jack ocultó su sorpresa con un pestañeo.

–Eso me ha dicho Bert -indicó-. Pero ¿cómo lo sabes?

–Las Morganas -respondió el caballero, como si aquello lo explicara todo-. Las Tres que son Una pronosticaron tu llegada, y los oscuros infortunios que seguirán.

En respuesta a las miradas inquisitivas de los jóvenes, Bert se frotó la barbilla y suspiró.

–Esto no augura nada bueno -dijo, taciturno-. Esto no augura nada bueno, ya lo creo que no.

Se volvió en dirección al Caballero Verde.

–Condúcenos hasta las Morganas. Debemos saber qué saben... o al menos, qué están dispuestas a contarnos.

–Los Caballeros Verdes están obligados a servir -explicó Bert mientras seguían al caballero y empezaban a avanzar en dirección contraria a la de las manecillas del reloj alrededor del perímetro de la isla-. El primero de ellos fue un cruzado, que asumió tal deber a cambio de un presente de gran valor. A otros se les convocó a modo de penitencia o para vengar una fechoría. De los veinticinco Guardianes de Avalon que han prestado servicio, únicamente nuestro amigo aquí presente y otro eligieron hacerlo por su propia voluntad.

–No discutiré contigo, viejo amigo -dijo el caballero, inclinando la cabeza hacia atrás en dirección a Bert-, pero se podría decir que me fue tan impuesto como al resto.

–¿Cómo es eso? – inquirió Charles.

–¿Qué año es allá en el mundo? – preguntó el caballero a modo de respuesta.

–Te refieres «al mundo» como si fuera un lugar diferente -dijo Jack-. Pero no lo es, ¿verdad? Al fin y al cabo, a pesar de lo que afirme Aven, sí zarpamos estando en las aguas de Londres, y hasta donde me lo indican mis sentidos, jamás las abandonamos. Sin duda un océano del mundo sigue siendo un océano del mundo, sin importar la extraña naturaleza de algunas de las tierras que residan en él.

–Ah, mi joven amigo, pero este mundo sí que es un lugar diferente -replicó el caballero-. Los campos que tú conoces son los de Adán y Eva, y los de las criaturas que les siguieron. Los campos que recorreremos ahora son muchísimo más antiguos.

–Estamos en 1917 -intervino Charles, respondiendo a la pregunta del caballero.

–Vaya -el caballero lanzó un suspiro-; ¿tanto tiempo ha transcurrido entonces? – Volvió a suspirar, con un sonido profundo y pesadoso, y durante unos instantes siguieron andando en silencio hasta que volvió a hablar.

»Elegí servir como Guardián de Avalon -empezó a decir- para pagar una deuda que no podía saldar de otro modo. En el Reino de la Muerte había un lugar reservado para mí... y otro hombre lo ocupó en mi lugar.

–¿Un pariente, tal vez? – preguntó John-. ¿O un amigo íntimo?

–Era un inglés -respondió el otro-. Un plebeyo, de humilde cuna, y se sacrificó por una cuestión de principios. Creí que, al haber escapado a mi destino, mi vida sería feliz. Pero su sacrificio me atormentaba. Estaba inquieto, alterado. Mi esposa y mi hija, ambas deliciosas, no me proporcionaban la menor dicha, ya que sentía que no era yo quien había pagado el precio para vivir en su mundo.

«Entonces, un día, conocí a uno de tus predecesores: un Custodio de la *Geographica*. Y al contarle mi historia, él me hizo partícipe de otra a cambio: la del último Caballero Verde, que se había cansado del trabajo, se había cansado de custodiar este lugar y, sin embargo, no veía ningún relevo en perspectiva.

–No hay mucho que custodiar aquí, ¿no es cierto? – comentó Jack, echando una ojeada a los montones de piedras destrozadas junto a los que parecían pasar continuamente-. Desde luego, hubo alguien que no estuvo a la altura de la tarea.

—¡Jack! — reprendió Charles-. Eso resulta bastante grosero.

—Lo siento -repuso el aludido, enrojeciendo-. Pero, si hay que ser justos...

—No, el joven tiene razón -intervino el caballero-. En apariencia, aquí hay poco de valor. Pero a veces, no es el hecho de custodiar algo de valor lo que importa, sino más bien el ser un guardián valioso, de modo que cuando aparezca aquello que hay que guardar, no haya ningún problema.

—¿Y ha aparecido esa cosa alguna vez? — inquirió John.

Pero el caballero no respondió; o si lo hizo, las palabras se las llevó el viento que soplaba desde el oeste.

El lado occidental de la isla se hallaba en marcado contraste con el lugar en el que había atracado el *Dragón índigo*. Riscos escarpados y verticales de porosa roca volcánica sobresalían y penetraban en las laderas de las colinas desde el martilleante oleaje situado a sus pies. La lluvia de gotas de agua salada inundaba sus orificios nasales y les humedecía la ropa.

—Esta parte de Avalon se encuentra en la Frontera -explicó Bert, indicando con un ademán las masas de cúmulos que bordeaban el horizonte-. El auténtico límite del Archipiélago. Muchos barcos se han perdido en las tormentas y maremotos que ocurren allí.

El caballero los condujo por un sendero sinuoso abierto a través de la maleza que había enraizado entre la piedra cribada, que en puntos se acercaba peligrosamente al precipicio escarpado situado a su derecha.

Más allá, en la penumbra, acurrucado entre los riscos, brillaba el resplandor rojizo de una hoguera. Sobre ella descansaba un caldero inmenso, a cuyo alrededor estaban sentadas tres viejas que canturreaban en voz alta mientras el grupo se aproximaba.

—Brujas -musitó John.

—Las Morganas -dijo el caballero, asintiendo.

Las brujas hablaban por turnos, como si recitaran un estribillo.

—Por el picor que mi pecho siente...

—Vienen por el este, hacia el oeste...

—Aunque la tempestad su camino impida y bloquee...

—El heredero del Creador de Mapas el día buscará...

—En que contra la fuerza del mal logrará perseverar...

—Para el poder del trono de Arturo restaurar...

—Entreteje Paralon con el Mundo de los hombres...

—E invoca con firmeza a los dragones.

Bert y el Caballero Verde intercambiaron miradas llenas de curiosidad. ¿Habían oído por casualidad una profecía? ¿O se trataba de una simple coincidencia?

—¡Chico! — chilló la tercera bruja, una vez terminado el cántico; la mujer se cubría con una capa gruesa y una capucha, e hizo señas a los camaradas para que se acercaran más al fuego-. ¡Chico! ¿Dónde estás? Ah, ahí estás. Trae eso aquí. ¡De prisa, tráelo de prisa!

Un joven -o un muchacho alto a punto de entrar en la edad adulta- apareció en la boca de la cueva en el lado opuesto a la hoguera, arrastrando tras él una marmita de cobre.

Tenía el pelo del color de la arena, iba vestido con sencillez y su rostro estaba embadurnado de hollín, pero tenía la boca apretada en una mueca de determinación. Puede que fuera un sirviente, pero sin duda se trataba de un buen trabajador.

—Chico, trae la marmita; tenemos visita, algo de lo más raro, desde luego, pero si no les alimentamos como es debido, no es probable que regresen -dijo la primera bruja.

—Exactamente -susurró Jack a Charles-. Como si no darnos de comer fuera la única razón.

—Puede que no sea la única razón -dijo la segunda bruja, que tenía una larga melena blanca sujeta con esmero bajo un pañuelo y una sonrisa maliciosa que indicaba que podía oír mejor de lo que Jack creía-. Aunque a lo mejor nuestra hospitalidad no es lo que deberíais buscar.

—Um, encantado de conocerlas -dijo John-. Y ¿cómo debería dirigirme a ustedes, eh, señoras?

—Ésa sí que es una pregunta, la mejor que he oído jamás -dijo la primera bruja, que lucía docenas de collares recargados y tenía ojos brillantes que centelleaban llenos de inteligencia-. No nos han preguntado nuestros nombres desde... -Se rascó la cabeza con el cráneo de un ave sujeto a un palo-. ¿Cuánto tiempo hace?

—Desde que «él» llegó a Avalon -respondió la segunda bruja, encorvando un dedo en dirección al caballero-. ¿Setenta, ochenta años, tal vez?

—Sí. — La tercera bruja asintió dando su conformidad-. Lo recuerdo. Era un martes.

–Hoy es martes -ofreció Jack.

–Bueno, eso lo hace más fácil, ¿no es cierto, tesoro? – dijo la primera bruja-. Los martes yo soy Ceridwen. Ella es Celedriel -siguió Ceridwen, señalando a la segunda bruja-, y ella -prosiguió, indicando a la tercera bruja de aspecto hosco- se llama Cul.

–No quiero ser Cul -protestó la tercera bruja con un mohín-; quiero ser Gwynhfar.

–Vamos, querida Cul -reprendió Ceridwen-. En primer lugar, sólo podrías ser Gwynhfar un domingo, y es martes. Y en segundo lugar, ella nos abandonó hace mucho tiempo para casarse con ese tipo llamado Verruga, de modo que tampoco podrías ser Gwynhfar aunque quisieras. Además, una de nosotras tiene que ser Cul.

–Bueno -rezongó Cul-, ¿por qué tengo que ser yo?

–Eres la más joven -respondió Celedriel con una risita-. No puedes ser una buena Ceridwen hasta que hayas sido una Cul durante al menos otro siglo o tres más.

–Todo esto resulta muy confuso -dijo Charles.

–Yo me limito a llamarlas a todas «milady» -ofreció el caballero-. No creo que importe cuál de ellas responde.

Jack se acercó a la hoguera y ayudó al muchacho a alzar la marmita por encima de las piedras del hogar. El joven asintió, agradecido, y luego regresó a la cueva.

–Buen chico de los recados es ese Bicho -dijo Ceridwen-. Me alegro tanto de que decidiéramos no comérmolos.

–¿Es para eso para lo que, ejem, sirve ese caldero enorme? – preguntó Charles, sin poder reprimir un escalofrío.

–Claro que no, querido -respondió Celedriel-. No se puede poner a un ser vivo en ese... no si quieres usarlo luego.

–Estás pensando en el otro, cariño -corrigió Ceridwen-. La marmita que tenía los cuervos y las inscripciones grabados..., la que robó aquel tipo llamado Gusano, ¿recuerdas? Fue justo un año o tres antes de que consiguiéramos a nuestro Bicho.

–Gusano -dijo Cul-. Vaya. Tendrá que pagar por eso algún día. Era mi marmita favorita.

–Es porque se podían guardar toda clase de cosas extraordinarias en ella -repuso Ceridwen-. Infortunios y espíritus, espectros y sombras.

–Meter cosas en ella era fácil -observó Celedriel-. Sacarlas otra vez era lo difícil... porque una vez que estaba abierta, no se podía saber qué escaparía de ella. Pero... ¡disculpadme! – exclamó-. ¡Estamos desatendiendo a nuestros invitados!

–El cántico que entonabais cuando nos acercamos -empezó Bert-. Mencionasteis Paralon...

–¡Paralon! – exclamó Bicho, que había estado escuchando en la entrada de la cueva-. ¡Allí es donde vive el rey! ¡Y sus caballeros!

–Vaya, ya lo has conseguido -refunfuñó Cul-. En cuanto empieza con eso de los caballeros y la caballería y yo qué sé, no hay quien le haga callar en días.

–Voy a ser caballero -declaró el muchacho con orgullo-. Un caballero «auténtico»..., no como, um, ya sabéis.

El Caballero Verde le dedicó una mueca afectuosa.

–Mocoso.

John sonrió y alborotó los cabellos del joven.

–Estoy seguro de que lo serás, Bicho.

–Si las damas pueden prescindir de él -dijo el caballero-, me gustaría que el joven escudero -Bicho sonrió de oreja a oreja al oír aquello- reabasteciera el *Dragón índigo* con agua potable para el largo viaje que le aguarda.

Bert empezó a decir que no necesitaban provisiones extra, pero el caballero le interrumpió.

–Siempre es mejor prevenir que curar. – Se volvió hacia el muchacho-. ¿Y bien? ¿A qué esperas?

Sin decir ni una palabra más Bicho salió disparado por el sendero, y una curiosa expresión satisfecha apareció en el rostro del caballero. Bert dedicó a éste y a Bicho, que se alejaba, una mirada curiosa, pero no dijo nada.

El Caballero Verde giró de nuevo hacia las Morganas.

–Hemos venido a pedir os consejo -dijo.

–Ya os lo hemos dado -respondió Cul-. ¿O es que no escuchabas?

–Ninguna mano gobierna el timón en Paralon -dijo Celedriel-. Ninguna mano humana, al menos. Lo que se perdió debe ser hallado; lo que se partió debe ser reparado.

–Pero sin el heredero del Creador de Mapas, todo está perdido -indicó Ceridwen.

–Entonces no es demasiado tarde -repuso Bert con evidente alivio-. He traído a John justo a tiempo.

A aquello las Morganas no respondieron, pues se limitaron a contemplar fijamente el fuego. Al cabo de unos momentos el Caballero Verde hizo una seña a los camaradas indicando que debían partir, y emprendieron el camino de regreso al barco.

Mientras Bert se despedía del caballero, John subió a bordo del *Dragón indigo* y miró a su alrededor buscando a Bicho.

–Así pues, Aven -dijo-, ¿estamos bien abastecidos de agua ya?

La joven le dedicó una mirada perpleja.

–Desde luego. ¿Por qué lo preguntas?

–No importa -respondió él, quitándole importancia con un ademán-. Olvida mi pregunta.

Mientras la tripulación preparaba el barco para partir, Jack y Charles (que se mostraba un tanto más reticente que su amigo más joven) ocuparon su puesto de costumbre cerca del camarote. Bert informó a Aven de lo que había averiguado a través del caballero y de las Morganas, y la expresión de la joven se ensombreció, aunque no dijo nada.

–No vamos a regresar a Londres, ¿verdad? – preguntó Charles a sus compañeros-. Nos han reclutado, tanto si nos gusta como si no.

–Creo que es a él a quien han reclutado -dijo Jack, refiriéndose a John-. A nosotros nos ha tocado acompañarlo en la aventura. Ánimo, Charles. Esto podría resultar muy divertido.

–Alguien tiene que actuar a modo de áncora con la realidad -indicó Charles mientras la nave empezaba a abandonar el reducido puerto-. No es que me importe caer por el agujero de la madriguera del conejo..., sencillamente no quiero perder de vista la puerta.

El Caballero Verde mantuvo el brazo alzado hasta mucho después de que el *Dragón indigo* hubiera desaparecido de la vista. Cuando finalmente lo bajó, su respiración se había tornado rápida e irregular.

–Por fin -murmuró sin dirigirse a nadie en particular-; por fin se me ha eximido de mis deberes. A lo mejor mi alma podrá descansar.

Sentado en la orilla, el caballero pasó las horas finales de su última noche de servicio sumido en meditación, hasta que por fin el sol empezó a salir.

El Guardián alzó los ojos hacia el reluciente cielo del amanecer del Archipiélago y aspiró profundamente y por última vez.

—Ah, mi Lucie... Finalmente, voy a reunirme contigo en ese lugar mucho mejor, en ese descanso mucho mejor...

Las últimas palabras del caballero se desvanecieron en la bruma al tiempo que remolinos de polvo empezaban a enroscarse a sus extremidades. Despacio, con suavidad, su anciano cuerpo empezó a fragmentarse formando cenizas mientras se doblaba sobre sí mismo, sin dejar otra cosa que el casco y el peto sobre la hierba. El caballero desapareció en unos instantes.

Segunda parte

El archipiélago de los sueños



Parece que tengo una batalla que librar.

El Corsario

La línea de la tormenta situada detrás de Avalon estaba formada más por nubarrones y truenos ominosos que por lluvia y viento, aunque tenía furia suficiente para empujar al *Dragón índigo* a través del oleaje como si fuera

un barco de juguete. La tripulación era experimentada y resultaba evidente que había efectuado aquella travesía anteriormente. Los marineros se ocuparon de sus tareas como de costumbre, realizando comprobaciones de vez en cuando para asegurarse de que ninguno de sus pasajeros había caído por la borda, y en cuestión de minutos ya habían pasado y volvían a estar en aguas más tranquilas.

Al efectuar el cruce formal hacia el Archipiélago, la atmósfera adquirió un timbre distinto. Todavía daba la impresión de que se hallaban en mar abierto, sin tierra a la vista, pero la grisácea luz de la mañana mostró una gran variedad de profundidades en el agua bajo ellos. Vieron bajíos donde no debería haber ninguno.

—¿Es un arrecife? —preguntó John-. ¿Como los que existen en Australia?

—No lo parece -respondió Charles-. Más bien parecen islas sumergidas.

—Éstas son las Tierras Sumergidas, que algunos llaman las Tierras Perdidas del Oeste -dijo Bert-. No las encontraréis en la *Imaginarium Geographica*, ya que, a pesar de lo antigua que es, existen tierras más antiguas aún.

—Yo en tu lugar no haría eso -advirtió Aven a Jack cuando éste se inclinó sobre la barandilla para atrapar un poco de espuma en sus manos-. No aquí, por lo menos..., no, si quieres conservar las manos.

Jack se inclinó rápidamente hacia atrás y miró a Bert, desconcertado.

—Mira hacia las profundidades -indicó él-. Todavía se ven las formas de torres y ciudades magníficas que antaño adornaron las islas. La leyenda dice que estas islas fueron las más soberbias del mundo en su momento, cuando las tierras del hombre y las del Archipiélago no estaban divididas como lo están hoy.

—¿Qué les sucedió? —preguntó Jack-. Y ¿qué tiene eso que ver con que ponga las manos en el agua?

—Nadie lo sabe -respondió Bert-. Algunos creen que se destruyeron a sí mismos al escudriñar demasiado en los misterios de la vida. Otros dicen que los destruyeron los dioses por ese mismo motivo. Una teoría dice que fue culpa de un ángel distraído que el Cielo había asignado para que vigilara el desarrollo de esa civilización. Por lo que nosotros sabemos, fue simplemente una catástrofe natural. A pesar de todo, muchacho -concluyó Bert, dando una palmada a Jack en la espalda-, no fue una desaparición

tranquila, ni una de buen agüero. Y hay quien dice que cuando las tierras fueron destruidas, no todos sus habitantes perecieron con ellas. Esas criaturas ahogadas de una gran cultura podrían vivir todavía en las lóbregas profundidades, y ya no serían humanas. Sus corazones estarían envilecidos, las extremidades se habrían transformado en aletas, los pulmones en agallas... y los dientes serían afilados como cuchillas.

Jack abrió los ojos de par en par, y Aven reprimió una sonrisa burlona mientras el joven iba a colocarse rápidamente en la parte central de la cubierta.

Charles y John atisbaron por encima de la borda, y sí que les pareció distinguir los contornos de lo que podrían haber sido ciudades en otra ocasión, hacía muchísimo tiempo.

—Bert -dijo John, que de repente lo comprendió-, ¿podría ser esto...? — Hizo una pausa, mordiéndose el labio-. ¿Es esto la Atlántida?

El hombre aspiró con fuerza antes de responder, su expresión más melancólica que contrita.

—Lo fue, muchacho. Lo fue.

—Paralon es la sede de nuestro gobierno -empezó Bert, para explicar la profecía de las Morganas-. Siempre lo ha sido, desde el reinado del primer rey que unió ambos mundos: el Sumo Monarca... Arturo Pendragon.

»Los descendientes de su linaje gobernaron con justicia y bien durante siglos, hasta que asesinaron al último rey hace casi dos décadas. Desde entonces, la jefatura del Archipiélago ha estado en vilo. Ésa es una de las razones por las que se te necesita ahora, John. Es inminente una crisis... y la resolución tendrá repercusiones tanto en este mundo como en el tuyo.

—¿Por qué no se me ha necesitado hasta ahora? — inquirió él-. Sin duda el profesor Sigurdsson podría haber hecho lo que fuera necesario hace años, si la situación es tan desesperada como dices.

—Podría haberlo hecho, es cierto -dijo Bert-, excepto por dos condiciones que nunca antes habían estado presentes. Para empezar, no es la primera vez que se asesina a un monarca. Al igual que en vuestro propio mundo, eso sucede; generalmente el autor es un pariente que aspira a ascender al trono. Pero en este caso, asesinaron también al resto de la familia. No hay herederos.

—¿Cuál es la segunda condición? — preguntó Charles.

—Ya la conocéis, en cierto modo -dijo Bert-. Sus esbirros intentaron mataros anoche. Nadie sabe cuál es su nombre auténtico, pero en el Archipiélago, se le conoce como el Rey del Invierno.

»En ausencia de un sumo monarca, un Parlamento de reyes y reinas menores gobierna Paralon -siguió Bert- hasta que se decida un sucesor. Pero al no existir un heredero aparente, se ha convertido en un debate sin fin..., al que el Rey del Invierno está decidido a poner fin eliminando a todos los otros aspirantes al trono. Hay reyes de otras razas que podrían hacerse cargo de la Silla de Plata de Paralon... pero la tradición no se deja de lado fácilmente. El Rey del Invierno es humano y sigue sujeto a lo que decreta el Parlamento. Lo que tiene lugar hoy es un Gran Consejo; todos los reyes de todas las razas del Archipiélago se reúnen en el Parlamento para decidir quién debe asumir el trono.

—Bien, pues -repuso Charles-, deberíais confiar en el Parlamento. Si lo han mantenido a raya todo este tiempo... ¿no pueden seguir haciéndolo, hasta que se elija a un sucesor?

—No -replicó Bert-; ya no pueden esperar más, debido a «eso».

Señaló el horizonte meridional. Allí había un borrón negro frente al agua, por debajo de la línea de nubes. Era como si alguien hubiese acercado una brocha al paisaje y desdibujado parte de él.

Jack lo expuso así, y Bert asintió, dándole la razón.

—Es más cierto de lo que crees, joven Jack. Las llamamos las Tierras Espectrales; son las islas conquistadas por el Rey del Invierno. Cuando él y sus ejércitos se apoderan de ellas, desaparecen del ciclo de vida del Archipiélago... y luego desaparecen también de la *Geographica*.

—Si se está dedicando a borrarla -dijo John-, entonces ¿por qué quiere matarnos para obtenerla?

—Nadie lo sabe -respondió Bert-. Es el mayor misterio del Archipiélago. Pero lo que sí sabemos es que está amasando poder..., poder que le otorgaría mayor influencia que la de cualquier otro rey o gobernante de esta tierra, o -añadió-, de otras.

—Quieres decir que... -empezó Charles.

—Los mundos están separados, pero lo que sucede en uno afecta al otro -indicó el hombrecillo-. Arturo lo sabía, y estableció un trono para gobernarlos a ambos. ¿Crees que es una simple coincidencia que durante el

tiempo que la Silla de Plata de Paralon lleva vacía, en vuestro mundo haya estallado la guerra?

–Hablando de Paralon -dijo Aven-, ya es hora de que nuestro «Custodio» nos proporcione alguna indicación. Empieza a hacerse de día, y si bien el *Dragón índigo* puede hallar el camino, sería más fácil gobernarlo si se le facilitaran unos cuantos datos específicos.

–Ah, um, sí, por supuesto -repuso John cuando se dio cuenta de que la joven se refería a él.

A instancias de Bert desarrolló la *Geographica* y empezó a hojear las páginas. Al cabo de unos pocos minutos, llegó a una gran página de pergamino con un encabezado que se podía traducir más o menos como «Paralon», acompañado de extensas anotaciones que incluían instrucciones náuticas. Frunció el entrecejo para concentrarse en ellas.

–Es, ah..., está todo en sajón antiguo.

–Y ¿dónde está el problema? – inquirió Aven.

–Ah; no, no, en ninguna parte -respondió él; examinó las anotaciones durante unos instantes más, luego paseó la mirada por los rostros expectantes que le contemplaban-. Dice, bueno... dice que deberíamos ir, eh, en esa dirección -finalizó, agitando la mano vagamente hacia la zona de estribor de la nave.

Aven enarcó una ceja con expresión sorprendida, pero Bert le hizo una seña con la cabeza, y la joven empezó a dar instrucciones a la tripulación para que hicieran virar el *Dragón índigo* en aquella dirección.

Lleno de nerviosismo, John envolvió la *Geographica* y se la guardó bajo el brazo.

–Tú eres uno de los tres Custodios -dijo Charles a Bert-. Entonces, ¿por qué necesitas a John? ¿Por qué no podrías simplemente haber abandonado Londres una vez que la tenías en tu poder?

–Ser el Custodio Principal requiere toda una vida de estudio -respondió Bert-. Yo mismo poseo cierta habilidad y conocimientos, pero si he de ser sincero, sencillamente carezco de la instrucción necesaria; motivo por el que el profesor Sigurdsson se retiró, para así poder iniciar la instrucción de su futuro sustituto. Tú, John.

–¿Qué hay del tercer Custodio? – quiso saber Charles-. Dijiste que siempre eran tres.

Aven lanzó una palabrota y escupió.

—Ése es tan inútil como un centauro macho en una lechería. Si se hubiera tomado sus responsabilidades con más seriedad, entonces tú -señaló a su padre- no estarías en peligro, y tu mentor -señaló a John- no estaría muerto, y tú -volvió a apuntar con el dedo a John- seguirías haciendo lo que fuera que haces.

—Vamos, Aven -la reprendió Bert-, Jamie tiene su propia vida que vivir, y no podemos recriminárselo. No todo el mundo está hecho para esta clase de aventura.

—Eso no es lo que me enfurece -replicó ella-. Jamie lo estaba. Servía para esto, padre. Y renunció a toda una vida en el Archipiélago para hacer teatro en Kensington Gardens.

—Son imaginaciones mías -confió Jack a Charles- ¿o acaso se detecta un atisbo de amor desdeñado en su cólera?

Jack no lo dijo en voz suficientemente baja; Aven le oyó y le dirigió una mirada asesina antes de apartar violentamente el brazo que su padre había posado sobre sus hombros y penetrar en el camarote echando pestes.

Al cabo de un instante la oyeron maldecir en voz estentórea, que fue seguida por una conmoción de gritos y golpes. Antes de que nadie pudiera moverse, la joven volvió a salir del camarote, respirando con dificultad y con el rostro enrojecido por el esfuerzo.

—Algunos hombres no fueron hechos para correr aventuras -resopló Aven-, y algunos muchachos no saben cuándo han corrido demasiadas.

Bajo el brazo de la muchacha, con el rostro cada vez más morado por la llave de cabeza con la que lo retenía, estaba Bicho.

Tenían un polizón.

Tener a una persona más a bordo no representaba ningún problema especial, pero, a pesar de eso, Aven sugirió arrojarla por la borda sólo para ahorrarse la discusión. Bert sospechó que el encargo de llevar agua potable había sido una treta para permitir al chico escabullirse a bordo, y así lo dijo.

—Franceses -indicó Charles, meneando la cabeza.

—Y ¿para qué? —dijo John-. Si el caballero creía que Bicho debía acompañarnos, ¿por qué no pedirlo sencillamente?

—¿Cómo dices? —repuso Aven-. No recuerdo haberte concedido autoridad para decir qué sucede o no a bordo de «mi» nave.

—Bueno, ahora está aquí -intervino Charles-. Así que, ¿qué hacemos con él?

–Justo lo que necesitábamos -refunfuñó Jack-. Un chiquillo al que cuidar.

Bicho entrecerró los ojos.

–No soy más joven que tú.

–Eres muy joven, criado de pacotilla -replicó Jack.

–Ya basta -dijo John-. Lo tomaré como mi, um...

–¿Escudero? – sugirió Charles.

–Lo que sea -indicó Aven-. Simplemente mantenlo apartado. – Se inclinó al frente cuando uno de los faunos le susurró algo al oído-. No - declaró, irguiéndose y mirando a Bicho-, no puedes alimentar con él a las sirenas. Todavía no.

Bicho miró a John.

–Bromea, ¿verdad?

–Probablemente -respondió él-, pero quédate cerca de mí de todos modos.

Un grito de la tripulación los llevó a todos al lado de babor del barco, al mismo tiempo que las aguas empezaban a agitarse violentamente. Algo enorme se alzaba de las profundidades marinas.

–¿Una ballena? – preguntó Jack.

–Demasiado grande -indicó Charles.

–Limitaos a observar -dijo Bert, sonriendo, mientras la forma, a todas luces ya una especie de estructura, surgía del agua.

Jack y Charles se quedaron sin habla bajo el abrazo de la creciente sombra. Alzándose junto al *Dragón índigo* estaba el casco magnífico, resplandeciente y dorado de una nave que no se parecía a nada que hubiesen visto jamás. No tenía ni mástiles ni velas y parecía cerrada, asemejándose a los submarinos de los que habían oído hablar en referencia a la guerra civil estadounidense. Había ojos de buey enormes a lo largo de los costados y varias aberturas bajo la línea de flotación que tanto atraían como expulsaban agua. Y en la proa, sobre el casco, estaba la parte superior del cuerpo y la cabeza de un dragón. Una pasarela metálica se deslizó de una sola pieza desde una abertura en el casco y fue a unirse a la barandilla del *Dragón índigo*. Por encima de ella, un panel se desplazó a un lado en silencio y una figura imponente apareció en el umbral.

–Dios del Cielo -dijo John mientras intentaba asimilar la extraordinaria visión que se presentaba ante él-. ¿Es eso lo que creo que es?

—Ya lo creo que sí -respondió Bert-. Muchachos, tengo el placer de presentaros al capitán del navio más extraordinario que ha surcado los océanos de cualquier mundo: el *Nautilus*.

Un hombre barbudo y moreno de reluciente tez oscura descendió de la pasarela y juntó las manos, inclinando la cabeza al estilo hindú.

Sonrió, y si bien no lo hizo con hostilidad, fue sin lugar a dudas la sonrisa de un depredador.

—El capitán Nemo, a vuestro servicio.

Se presentó a todo el mundo, incluido a Bicho, que recibió una mirada prolongada y curiosa de Nemo.

—Nos dirigimos al consejo en Paralón -dijo Bert.

—Igual que yo -respondió Nemo-. Aumenta el descontento en las tierras situadas al norte y al sur, y hay que sofocarlo si queremos unirnos contra el Rey del Invierno. No obstante, una advertencia, quedaréis atrapados en las corrientes procedentes de las Tierras Espectrales si seguís avanzando en esta dirección, y no encontraréis Paralón. Pensaba que vuestro capitán era más experto.

Aven se ruborizó y lanzó una mirada ceñuda tanto a John como a su padre.

—¿Cuánto nos hemos desviado?

—Cinco grados al sur deberían corregir vuestro curso.

Aven se retiró para modificar el rumbo de la nave, y la atención de Nemo se vio atraída por la *Geographica* que John llevaba bajo el brazo.

—¿Acaso contiene la *Geographica* ese paquete? —preguntó.

—La *Imaginarium Geographica*, sí -respondió John.

Por vez primera, Nemo habló con un leve titubeo en la voz.

—¿Puedo... puedo tocarla, maese John?

—Por supuesto.

El joven volvió a desenvolver el libro y lo ofreció a Nemo, que lo aceptó como si sostuviera un frágil pergamino susceptible de hacerse pedazos si respiraba sobre él en la dirección equivocada.

—Ha pasado por gran número de situaciones -indicó Charles-. Es resistente. No se romperá, te lo aseguro.

—Malinterpretas mi solicitud -respondió Nemo-. Para aquellos de nosotros que pertenecemos al Archipiélago, es un libro sagrado. Aquí en estas tierras existen mil mundos distintos, un millar de culturas. Algunos

están unidos por la lealtad, algunos por el comercio. Pero la única cosa que nos une a todos, el único Grial que puede fortalecernos acercando nuestras disparidades es la *Imaginarium Geographica*.

—Entonces cada vez que el Rey del Invierno conquista un territorio... - empezó Charles.

—Sí -dijo Nemo, asintiendo-; el mapa correspondiente desaparece, y retrocedemos otro paso en dirección a las culturas bárbaras de las que provenimos.

—Siempre queda la opción de destruirlo -propuso Bicho, antes de que Jack le hiciera callar dándole un golpecito en las costillas.

En lugar de responder con enojo a la sugerencia, Nemo asintió con la cabeza.

—Ya se ha sugerido, muchacho, y probado. No obstante lo valiosa que es, sería mejor para los territorios perderla, si así se impide que el Rey del Invierno se haga con ella.

Para subrayar su respuesta, el capitán pasó de repente por delante de Aven y dejó caer la *Geographica* en el brasero encendido colocado en mitad de la cubierta.

Se escucharon gritos de desaliento e incredulidad, y John se abalanzó al frente para recuperarla antes de que se quemara.

Pero no había necesidad de inquietarse. Las brasas llameaban, pero no consiguieron más que chamuscar la capa exterior de tela impermeable.

—Magia -musitó Jack.

—Sí -respondió Nemo-. No se puede destruir la *Imaginarium Geographica*... lo que hace que su particular tutela resulte a la vez una bendición y una carga. Guárdala bien, muchacho -siguió Nemo, sacudiendo las cenizas y devolviendo luego el libro a John-. Es una gran responsabilidad ser el corazón de la brújula. Pero conocí a tu profesor, y si bien lloro su pérdida, percibo que eligió a su sucesor con buen juicio.

Nemo giró en dirección a Bert y le dio un apretón en los antebrazos, luego besó a Aven en la mejilla antes de volver a saltar a la pasarela.

—Que todo os vaya bien, amigos míos -dijo mientras el navio se alejaba-. Os veré pronto.

Mientras el *Nautilus* partía, Aven abordó a John y exigió una explicación.

–Tuvimos suerte de que él apareciera -dijo, con los ojos centelleando de furia-. Cinco grados nos habrían llevado al Mar del Norte. Habríamos perdido todo un día y faltado a la reunión del consejo en Paralon.

Indicó con brusquedad la *Geographica*.

–¿Sabes interpretar esa cosa o no?

–Desde luego que sabe -intervino Bicho-. Simplemente necesita un poco de práctica, ¿no es cierto, sir John?

Aven lanzó un bufido ante aquel título honorífico, pero Bert expresó su acuerdo con las palabras del muchacho.

–Ha pasado por una experiencia difícil, hija. Pero estará a la altura del cometido en seguida, de eso podemos estar seguros.

Sin palabras, la joven regresó a sus tareas, seguida ansiosamente por Jack.

–Tal vez deberías pasar algún tiempo en el camarote estudiando la *Geographica* -sugirió Bert a John-. Sólo para familiarizarte más con ella.

–No es mala idea -respondió él, asintiendo-. Tal vez así al menos parezca más listo si Phileas Fogg nos hace una visita para corregir mi navegación.

–Eso no sucederá jamás -indicó Bert-. Fogg odia ir en barco.

–A propósito -dijo Charles, que miraba en dirección a popa-, yo diría que Nemo ha olvidado algo... porque está regresando.

–¿Qué? – exclamó Aven-. Está por delante de nosotros. No podría acercarse por el este.

La joven apartó a Charles de un violento empujón y atisbo a través de un catalejo en la dirección que éste indicaba.

–Ése no es el Nautilus -declaró-. Parece que nuestro enemigo ha decidido emerger de las sombras y dejar claras sus intenciones.

La niebla se abrió, y un casco enorme, más ancho y formidable que el Nautilus apareció ante ellos.

Era el *Dragón Negro*: la nave del Rey del Invierno. Y se dirigía hacia el *Dragón índigo* con la intención de embestirlo.

–¿Qué hacemos? – preguntó Charles.

–Localizar algo que esté bien sujeto y agarrarnos a ello -aconsejó Bert-. Dejad que Aven haga su trabajo; no hay nada que el resto de nosotros pueda hacer ahora.

—En Londres la nave se alejó de los muelles contra el viento -observó Charles-. ¿No puede simplemente, digamos, apartarse dando un giro y evitar el choque?

—Es una nave, no un gato -repuso Bert-, y el que posea voluntad propia no significa que pueda dar vueltas en redondo como si tal cosa.

Aven corría de un lado a otro de la cubierta sin dejar de gritar órdenes en un tono frenético. El barco del Rey del Invierno era cinco veces mayor que el *Dragón índigo*, lo que significaba que la embarcación de menor tamaño no sobreviviría a la colisión. Pero eso, se figuró John mientras rodeaba con los brazos una sección de las jarcias, era lo que se buscaba.

La única posibilidad de sobrevivir siquiera al impacto inicial radicaría en hacer virar el barco justo en el momento en que el *Dragón Negro* los alcanzara..., pero no había modo de reorientar las velas para conseguirlo. No en los segundos que les quedaban.

Tal cosa estaba clara para todos excepto para Jack.

Cuando era un muchacho había pasado un verano con un tutor aficionado a la navegación, y al que le encantaba llevar a cabo tan temeraria acción, cambiando la bordada a favor del viento justo en el último instante para evitar la colisión.

Fácil de realizar con un esquite..., no tan fácil en el caso de un galeón. Con todo, Jack se dijo que valía la pena intentarlo.

Encaramándose de un salto sobre el camarote, arrebató un alfanje corto a un sorprendido marinero y empezó a partir las cuerdas que sujetaban el lado de estribor de las velas.

Aven lo contempló, incrédula.

—¿Estás loco? Si cortas esas... velas...

Comprendió de repente lo que hacía el otro y ordenó a toda la tripulación que le ayudaran.

El reluciente casco negro se les venía encima a una velocidad aterradora, pero en unos segundos todas las cuerdas quedaron cortadas y las velas giraron con un chasquido impelidas por la fuerza del viento.

—¡Ahora! — chilló Jack-. ¡Virad! ¡Dadle al timón tan fuerte como podáis!

Inmediatamente, Aven, John y Charles se arrojaron sobre la rueda del timón y la hicieron girar con fuerza. Con un crujido terrible de madera y metal en tensión, la nave giró violentamente de cara al *Dragón Negro* justo

cuando éste los alcanzaba..., y pasó junto a él, a apenas unos centímetros de distancia.

—Ésa ha sido la mayor estupidez que he visto en mi vida -gritó Aven a Jack; pero si bien su tono era áspero, sonreía al decirlo, y al joven se le llenó el corazón de orgullo.

Los camaradas alzaron los ojos mientras la espantosa nave se deslizaba junto a ellos, su cubierta poblada por la peor clase de forajidos y bribones -incluidos Wendigos-; todos demasiado sorprendidos de que la nave siguiera allí para pensar en arrojar lanzas o disparar flechas.

Mientras pasaba, Aven recuperó su semblante severo.

—Jack nos salvó de momento, pero nos llevará tiempo reparar las jarcias, y ellos habrán virado para entonces, incluso a esa velocidad. Entonces nos atraparán.

—Odiaría equivocarme respecto a esto por segunda vez -dijo Charles-, pero ahora sí que estoy muy seguro de que el *Nautilus* ha regresado.

Aproximándose a una velocidad mayor aún que la del *Dragón Negro*, el barco de Nemo había reaparecido al norte de ellos y se acercaba rápidamente para colocarse al costado del *Dragón índigo*.

—Jamás volveré a menospreciar la obra de Julio Verne -declaró Charles.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo -dijo John.

—¿Dabas tantos problemas cuando eras primer oficial a bordo del *Nautilus*? – gritó Nemo a Aven, sonriendo ampliamente.

—No -chilló Aven en respuesta-; pero entonces se llamaba simplemente *Dragón Amarillo*, y ninguno de nosotros había desarrollado sus delirios de grandeza.

—Pon a tu tripulación a trabajar con las jarcias. ¿Qué les sucedió, por cierto?

—Ese idiota cortó las cuerdas. – Aven indicó a Jack con un ademán-. Jamás se me habría ocurrido, pero salvó la nave.

Nemoladeó la cabeza en dirección al joven.

—Bien hecho, joven guerrero. Y ahora -concluyó mientras, a lo lejos, el *Dragón Negro* había virado ya y recuperaba velocidad-, creo que tengo una batalla que librar.

—Nemo -empezó Aven.

—No -replicó él, interrumpiéndola-, tú lleva la *Geographica*. Haz que ella y el Custodio lleguen a Paralon. Yo mantendré al Rey del Invierno

ocupado el tiempo suficiente para que podáis escapar.

Nemo se llevó un puño apretado al pecho; un gesto de respeto de capitán a capitán.

Aven devolvió el gesto y, gritando órdenes a su tripulación, hizo girar al *Dragón índigo* de nuevo a favor del viento. La nave, intuitiva como siempre, invocó su excepcional fuerza motriz y se alejó a toda velocidad de la refriega.

A varias leguas de distancia de la batalla, se evaluaron los daños de la nave, y con gran alivio por parte de todos, resultaron ser mínimos. Con las reparaciones ya en marcha, Aven devolvió su atención, y su furia, a John.

—¡Ya es suficiente! Ésta es la segunda vez que arriesgo mi nave por ti, y todavía no veo el motivo.

Bert trató de interceder, pero ella no quiso saber nada.

—Esta vez no, padre. Ya no puedo soportar que sigas excusándole. Todo capitán posee mapas de sus propios territorios en el Archipiélago, así como de las islas adyacentes. Cada capitán, incluido el Rey del Invierno, es capaz de ir de un lado a otro mediante un método de tanteo. Pero sólo existe un atlas que los contenga todos, y sólo él nos puede conducir adonde necesitamos estar, cuando es necesario que estemos allí. Y sólo hay una persona viva a la que se ha instruido y preparado en las antiguas lenguas y culturas que le permitirán interpretar las instrucciones de ese atlas.

»Bien -siguió, asestando un puñetazo a la *Geographica*-, ¡éste es el atlas! ¡Y tú -exclamó, apuntando con un dedo a John- eres el Custodio! Así pues, ¿eres capaz de leerlo o no?

Derrotado, John bajó los ojos, avergonzado.

—No puedo. No sé cómo hacerlo.



*... los miembros del Parlamento entraron de uno en uno
y ocuparon sus asientos...*

El parlamento de relojería

–Si eso es cierto, entonces podríamos perdernos -dijo Bert-. Únicamente un Custodio experimentado puede hacer navegar un barco correctamente por el Archipiélago de los Sueños. Los mapas y anotaciones están en una

docena de idiomas, muchos de ellos desaparecidos hace mucho. Existen pocas personas vivas capaces de comprenderlos.

Los bandos no pudieron quedar mejor definidos: Aven, Bert y, sorprendentemente, Jack de un lado; John, Charles y Bicho del otro.

—¿Jack? — dijo Charles con una nota de atónita sorpresa en la voz-. No es posible que te pongas de su lado. Al fin y al cabo... -Empezó a decir algo, luego pareció reconsiderarlo, y añadió simplemente una indulgente amonestación-: Es de mal gusto, Jack.

—Pero Aven tiene razón -repuso Jack-. Tuvimos que salir huyendo de Londres, corriendo para salvar la vida, todo debido a él y a ese libro. A su profesor lo mataron por él. Todo el *Dragón índigo* estuvo a punto de ser destruido por ese libro. Y todo este... donde sea que estemos, podría iniciar una guerra por él. Y se supone que nuestro amigo es el único ser vivo capaz de leerlo, y no sabe hacerlo.

—¡Jack! — exclamó Charles-. Es más que suficiente.

—Pero tiene razón -intervino John-. He fracasado.

Aven profirió una palabrota y alargó la mano hacia su espadón, pero Bert medió y le sujetó el brazo.

—Tiene que existir una explicación, Aven. Yo fui quien lo escogió. John -siguió Bert, incapaz de ocultar el tono suplicante de su voz-, he leído tus trabajos. Posees el don, lo sé. Y Stellan también lo sabía. Por eso aceptamos encargarnos de ti. Pero si he visto yo mismo la correspondencia..., te estaba preparando.

—Sí -respondió John-, lo hacía. Pero yo no aprendía... al menos, no como debiera haberlo hecho.

Se volvió en dirección a Charles y Jack, con expresión resignada.

—No me parecía algo importante -explicó-. Lenguas antiguas que nadie más sabía descifrar... ¿Quién podía imaginar que sería necesario hacerlo alguna vez? Mis amigos del pueblo, incluso mi esposa..., todos cuestionaban que fuera muy juicioso dedicar tanto tiempo a lo que parecían ocupaciones poco prácticas.

—No parecen tan poco prácticas ahora, ¿verdad? — dijo Jack.

—Por el amor de Dios, Jack -replicó John-. ¡Se libra una guerra! No se podía esperar precisamente que dedicara el poco tiempo libre que tenía a leer y traducir manuscritos escritos en teutón antiguo.

–Morirán hombres por no haberlo hecho -repuso Aven-. Y puede que ya hayan muerto.

–No le importa -dijo Jack.

–¡Sí, claro que me importa! – gritó John, agarrando a Jack por la chaqueta-. ¡Me importa mucho, estúpido! ¡He visto morir a hombres! He sentido las salpicaduras de su sangre en el rostro mientras los hombres con los que reía, comía y compartía refugio morían ante mis ojos! Acaso ¿puedes tú decir lo mismo?

Los dos temblaban. El rostro de John estaba bañado de sudor, y su respiración era rápida y entrecortada. Al poco soltó a Jack y hundió la cabeza entre las manos.

–Lo siento, Jack -dijo al cabo de unos instantes-. Realmente siento como si os hubiese fallado a todos vosotros... pero principalmente al profesor. Créeme, no sabía..., jamás supe lo que...

–Es suficiente, John -indicó Charles, rodeando con el brazo el hombro de su compañero-. Démonos todos un poco de tiempo para serenarnos, y luego tal vez podamos echar una mirada y descifrarlo juntos. Tres cabezas son mejores que una... ¿Qué dices, Jack?

Pero cuando alzaron la vista, Jack y Aven se habían retirado ya a otra zona del barco, compadeciéndose a sí mismos. Bert estaba de pie en la entrada del camarote, con la mirada baja, atrapado a partes iguales en su esperanza y su temor. Únicamente Bicho permanecía junto a ellos, deseoso de ayudar, pero a todas luces abrumado por algo que superaba cualquier cosa para lo que su experiencia le hubiera preparado.

El grupo se había disuelto. Y no había nada que ninguno de ellos pudiera hacer excepto proseguir el viaje hacia Paralon.

No obstante su actitud positiva, tras una hora con la *Geographica* incluso Charles tuvo que admitir que no se aclaraba con ella. Su posición como editor de textos en Oxford University Press le había proporcionado una gran experiencia con el latín, de modo que los pasajes en esa lengua y algunas de las frases en griego no resultaban totalmente indescifrables; aunque no es que sirviera de gran cosa.

–También tengo nociones de inglés antiguo, y conozco unas pocas palabras en hebreo, pero el resto me resulta totalmente imposible de traducir -dijo-. Existe un gran número de anotaciones en inglés moderno,

pero no hay una jerarquía en ellas, ningún orden, aparte de uno burdamente cronológico.

Aquella declaración no contribuyó precisamente a mitigar el melancólico estado de ánimo de John, ni el desafiante que mostraba Jack. Bert seguía alicaído, pero esperanzado.

—Mirad -dijo-, como Paralon es la «capital» del Archipiélago, su mapa lleva gran cantidad de anotaciones en inglés. Yo mismo he añadido cosas a la lista, de modo que puedo leer muchas de ellas gracias a experiencias anteriores. Además -añadió-, vamos ya en la dirección correcta, de modo que deberíamos llegar hasta allí sin incidentes. Una vez que estemos en Paralon, a lo mejor podemos localizar a un erudito o solicitar al Parlamento acceso a los archivos y la biblioteca real para que nos sirva de ayuda.

»Anímate, muchacho -finalizó-. Todavía tenemos opciones.

—Quizá el consejo se decida por un nuevo rey -ofreció Bicho desde el rincón del camarote desde el que había estado observando- y tú no tengas que preocuparte más.

—Piensa en positivo, muchacho -indicó Bert mientras abandonaba la cabina, cerrando la puerta tras de sí.

El sol se aproximaba a la cúspide de su arco en el cielo cuando el tripulante de la cofa gritó:

—¡Tierra a la vista!

La isla era mucho más grande que Avalon, o que cualquiera de las Tierras Espectrales ante las que habían pasado. A lo lejos se distinguía una cadena montañosa, así como los verdes oscuros de lo que únicamente podían ser bosques inmensos. La vista era tan asombrosa que incluso los taciturnos faunos interrumpieron sus labores para observar mientras se acercaban.

El puerto hacia el que navegaban estaba creado alrededor de la cuenca natural de un río que desembocaba en el mar y tenía la profundidad justa para que anclaran navios. El terreno situado más allá se elevaba con suavidad en un paisaje de ondulantes colinas bajas y campos, que luego cambiaba bruscamente para convertirse en una avasalladora cadena de mesetas que se alzaba directamente desde el suelo del valle.

En la más elevada de éstas se erguía una monumental fortaleza de piedra, gris e imponente. El castillo de Paralon, en cuyo interior se encontraba la Silla de Plata del Sumo Monarca del Archipiélago.

Aquello no era Camelot, que era a lo que habían sospechado que podría parecerse, sino algo mucho más primitivo, que relucía con las energías en bruto de la leyenda viva. Era el arquetipo de los arquetipos; Paralon era la realidad que la leyenda de Camelot había aspirado a ser.

—¡Dios mío! — musitó Charles-. Es espléndido.

—Hay varios barcos en el puerto -observó Aven-. El consejo podría haberse iniciado.

—¿Así que este Paralón -dijo Charles mientras iniciaban el desembarco- es el principal poder militar del Archipiélago?

—¿Por qué piensas eso? — inquirió Bert, sorprendido.

—¿De qué otro modo se habría convertido en el foco del poder?

—¿Has visto los bosques que hay a lo lejos? — preguntó Bert-.

Manzanares... que tienen cientos, si no miles de años. El poder militar es transferible, se puede perder, va y viene. Pero una buena producción agrícola -finalizó con un guiño-, una buena producción agrícola es muy difícil de conseguir.

Jack se dedicó a intentar ser útil a Aven, quien hizo todo lo posible por hacer como si el joven no existiera sin dar la impresión de ello. Su acción temeraria pero exitosa durante el encuentro con el Rey del Invierno, así como su comprensivo distanciamiento de John, lo habían envalentonado, con gran consternación por parte de ella.

Bert ayudó a un todavía alicaído John a guardar la *Geographica* en el interior de un resistente estuche de cuero con correas que se podía llevar colgado a la espalda para facilitar su transporte, cosa que Bicho se ofreció a hacer. El jovencito se tomaba su papel como escudero de John con gran seriedad y se mostraba atento a cualquier cosa que pudiera resultar de utilidad. Además, no hubo modo de sugerirle que se quedara atrás..., no cuando tenía ante él la perspectiva de contemplar auténticos caballeros y reyes.

Charles estaba ya en el otro extremo del muelle, donde una figura menuda lanzaba palabrotas y golpeaba las entrañas de un artilugio que parecía ser el resultado de la unión entre un automóvil de cuerda y la calabaza carruaje de Cenicienta.

—Sigue así -indicó Charles-. Estoy seguro de que acabarás por solucionar el problema, sea cual sea.

–Haré todo lo que pueda, que es lo único que cualquiera de nosotros puede hacer, ¿no es cierto? – fue la respuesta que recibió.

El joven lanzó un gritito ahogado y dio un salto atrás al darse cuenta de que la criatura que le había respondido no era un hombre, ni siquiera uno de los faunos.

Era un tejón. Con chaquetilla y chaleco, andaba erguido, con un anteojo en un ojo y polainas en los dos pies peludos.

Charles seguía balbuceando con incredulidad cuando el resto de sus compañeros lo alcanzó.

–¿Un chaleco, pero sin pantalones? – preguntó John.

–Es de muy mala educación fijarse en eso -dijo Bert.

–¿Sois de la realeza, o emisarios oficiosos? – inquirió el tejón.

–Estudiosos -respondió Charles-. Somos..., ah, eso es, somos estudiosos.

–¿«Estrepitosos» sois? – dijo el tejón-. Y ¿por dónde provocáis el estrépito?

–Eh, en Oxford -respondió Charles.

El animal pareció tomar aquello como algo natural.

–Ah, sí, Oxford. Un lugar de conocimiento estrepitoso y arte druídico. Lord Pryderi de la raza de los hombres fue un estrepitoso de Oxford.

–Y tú -dijo Jack-. ¿Cómo te llamas?

–Perdonad mis modales, joven estrepitoso -respondió el tejón con un ademán que estaba a caballo entre ponerse en cuclillas y hacer una reverencia-. Me llaman Tummeler, y Tummeler soy.

–Encantado de conocerte, señor Tummeler -repuso Jack, quien, con gran alegría por parte del tejón, estrechó la zarpa que le tendían-. Yo soy Jack. Estos tipos son mis amigos y camaradas, eh, «estrepitosos», John y Charles, y nuestra capitana Aven. El tipo del sombrero es Bert.

–Bienvenidos, estrepitoso Jack y el resto -saludó Tummeler-. ¿Estáis aquí por el consejo?

–Eso es -dijo Bert-. ¿Ha empezado?

–Aún no -contestó Tummeler-, ya que varios designados como vosotros mismos acaban de llegar, y el consejo de Paralon pidió al viejo Tummeler que escoltara a todos los tipos principescos o emisarios de última hora que pudieran tener «atención» de asistir.

Les hizo una seña con la zarpa para que le siguieran y dio media vuelta.

—Por aquí, si tenéis a bien, jóvenes estrepitosos y compañía. El consejo aguarda.

Al poco, Tummeler tenía ya el vehículo en marcha (con una discreta contribución por parte de Aven, que no quiso avergonzar al pequeño mamífero frente a los visitantes haciendo notar que un montón de pelos de tejón tapaba uno de los contactos del motor) y cruzaban el valle en dirección al castillo.

—Los llamamos «principios» -dijo Tummeler, refiriéndose al vehículo en el que viajaban, que iba expulsando columnas de vapor a medida que avanzaba-. Como en: «Puedes ir de aquí para allá, pero es más fácil hacerlo con principios». Ése es el nombre genérico. A éste -prosiguió con orgullo-, yo lo llamo *Diversidad Curiosa*.

—Fascinante -observó Charles-. ¿Cómo funciona?

—Bastante bien a todos los «efectos» prácticos -dijo Tummeler.

—No..., quiero decir, ¿qué lo impulsa?

—Uno tiene que ir a alguna parte -respondió el tejón-. ¿Qué te impulsa a ti?

—Yo... yo simplemente decido ir adonde necesito ir, y luego lo hago -tartamudeó Charles.

—Bueno, pues lo mismo pasa con los principios -dijo Tummeler-, sólo que yo decido.

—Es un diseño fabricado por uno de sus predecesores -explicó Aven con una sonrisa, inclinando la barbilla en dirección a John-. Existe un elemento de vapor implicado, y a menudo electricidad, pero nadie sabe exactamente cómo funcionan. Bacon sólo transmitió el secreto de su construcción a ciertos animales y a Nemo. Los animales son incapaces de explicarlo correctamente, y Nemo jamás ha compartido la información.

—¿Bacon? —inquirió John-. ¿Te refieres a Roger Bacon, el fraile franciscano? ¿También él fue un Custodio?

Tummeler asintió.

—Como os decía antes... siempre fueron buenos tipos esos estrepitosos de Oxford.

La *Diversidad Curiosa* cruzó una inmensa puerta de piedra, colocada entre dos estatuas igualmente colosales. La mano izquierda de las estatuas estaba extendida en gesto defensivo; la mano derecha colocada cerca del pecho en un gesto de llamada.

–Los grandes reyes de Paralon -explicó Tummeler-. Hay dos frente a cada una de las puertas según gira la brújula: este, oeste, norte y sur.

–Increíble -dijo John.

–¡Ja! – exclamó el tejón-. Aguardad hasta que veáis la Gran Sala.

Cuando se instauró por vez primera la Silla de Plata, explicó Bert mientras viajaban, Arturo gobernaba desde un castillo modesto de la isla de Avalon. Fue su hijo mayor, Artigel, quien trasladó la sede del gobierno a Paralon, donde reclutó a los enanos para que construyeran una gran ciudad.

Las calles estaban pavimentadas, y al entrar vieron varios principios más, cada uno con una forma única, resoplando por las calzadas. Los edificios ante los que pasaban eran de piedra blanca y cristal, y todos estaban coronados con tejados y torres altísimos.

El castillo principal, que habían avistado desde el puerto, no estaba construido en lo alto de la meseta, sino tallado a partir de ella, en ella y a través de ella. Era una extraordinaria proeza de la ingeniería. Tummeler estacionó la *Diversidad Curiosa* en una amplia avenida en la intersección de calles situadas bajo el imponente edificio y les indicó que fueran hacia un puente que conducía hasta dos enormes puertas de madera de manzano.

–Aquí -dijo, señalando con una zarpa-. Estaré esperando para cuando todo esté dicho y «trecho». Una advertencia -añadió el tejón-. Tened cuidado con uno en particular. Me refiero al que se llama Arawn. Es el hijo mayor del rey troll Sarum, y una mala pieza. Malo desde el primer momento, y malo hasta la médula. Llevaba pidiendo un consejo de todos los miembros desde hacía varios años, y no ha ocultado nunca que considera que la hora de los hombres ha pasado, y que se debería elegir a un nuevo sumo monarca de una de las otras razas. No hace falta un estrepitoso -finalizó Tummeler- para adivinar quién cree que debería conseguir ese puesto. Buena suerte a todos vosotros, maeses estrepitosos.

Bert explicó que había un millar de razas distintas en el Archipiélago..., más si se incluían los animales. Pero sólo a las cuatro grandes razas se les permitía enviar emisarios oficiales al consejo: a los trolls, a los goblins, a los elfos y a los enanos.

La quinta raza, la de los hombres, convocaba el consejo por una cuestión de tradición. No obstante los conflictos esporádicos que surgían, todas las razas respetaban el linaje de Arturo, y habían conferido ese mismo respeto al Parlamento durante los años transcurridos desde el asesinato del

viejo rey y su familia. Pero empezaban a sentirse intranquilas, y cada raza deseaba reclamar la Silla de Plata para sí.

—¿Se nos permitirá acceder? — preguntó Charles-. No somos miembros de la realeza ni emisarios.

—Se nos permitirá acceder -dijo Bert-. Gozo de cierta reputación dentro del Parlamento, y al fin y al cabo «él» -siguió, dando un golpecito a John en el hombro- es el Custodio.

Aven alzó los ojos al cielo y maldijo en voz baja.

—Al menos -añadió-, es el portador de la *Imaginarium Geographica*. Con eso basta para conferirle, a él y a todos vosotros, una cierta categoría.

John suspiró y miró a Bicho, que sonrió dándole su apoyo.

Todos juntos, entraron en la Gran Sala de Paralon.

Tummeler no había exagerado. La Gran Sala era una visión que dejaba anonadado por su grandiosidad.

Todas las entradas orientadas a los cuatro puntos cardinales pasaban a través de arcadas de treinta metros de altura, entre las cuales había colocada una enorme tribuna de asientos en forma de palco. Muy, muy arriba, el techo finalizaba en un ventanal de cristal que debían de haber colocado en lo alto de la meseta misma. Esculpidas en todas las columnas había hornacinas con antorchas que iluminaban toda la sala con una brillante luz blanca. Era, en una palabra, espectacular.

—El Rey del Invierno jamás conseguirá ese trono -murmuró Jack a Charles.

—¿Por qué no?

—Porque -contestó Jack- tendría que volver a pintarlo todo de negro.

Alrededor de la mitad de los asientos de la tribuna estaban ocupados. Bert condujo al grupo a una escalera situada detrás de una de las columnas de la izquierda, y ascendieron a un conjunto de asientos descubiertos situados aproximadamente a un tercio de la ascensión.

—Los asientos centrales están reservados al Parlamento humano -explicó Bert-. Todavía tienen que llegar, cosa que es buena; no hemos llegado demasiado tarde.

Los elfos ocupaban los asientos situados a la derecha de la parte central; representaban al mayor número de delegados de cualquier raza. Eran delgados, rubios y de tez clara, y mostraban la actitud distante de una raza que raramente conoce la muerte.

Los enanos se sentaban a la izquierda, por encima y alrededor de los compañeros. Eran más bajos y fornidos, e iban bien armados. Ni un solo delegado llevaba encima menos de dos espadas cortas, así como arcos y manojos de flechas.

–Manteneos a buenas con ellos -advirtió Bert-. Son unos cascarrabias. Les gusta buscar pelea..., aunque por lo general con los elfos. Es el último grito.

–Así que, um, vosotros amigos construísteis este palacio, ¿eh? – dijo Jack al enano sentado tres asientos más allá.

–Sí -contestó él.

–Un buen trabajo -comentó Jack.

–¡Bah! – resopló el enano.

Bert alzó una mano a modo de saludo y vio que el gesto le era devuelto por un hombre seboso y arrugado vestido con exquisitos ropajes de seda que se sentaba bastante alto en el centro de la tribuna.

–Uruk Ko, el rey goblin -indicó Bert a modo de explicación-, y su séquito.

–¿Un rey goblin? – murmuró John con repugnancia.

–Es un tipo bastante afable -respondió Bert-. Stellan..., el profesor Sigurdsson..., y yo compartimos en una ocasión un largo viaje con él por las islas del sur en una nave llamada la *Aurora*. Iba a ser una expedición exploratoria..., para trazar un mapa para la *Geographica* y esas cosas..., pero sin saber cómo se convirtió en toda una aventura en sí misma. Pero -concluyó, encogiéndose de hombros-, ésas son las cosas que suceden cuando el capitán es un ratón parlante.

Justo frente a los goblins en la gran sala, sentado bastante abajo en la tribuna, había un personaje corpulento, de rostro siniestro que sólo podía ser un troll. Unos brazos gruesos y nervudos estaban cruzados sobre el enorme pecho, que estaba además recubierto con una gruesa coraza de cuero. Su porte y actitud, así como el número de peticionarios que se amontonaban alrededor de su asiento elevado, indicaban que se trataba con toda probabilidad de una criatura de posición social elevada, si es que no era el rey troll en persona.

–No lo conozco -indicó Bert-. Los miembros de la raza troll tienden a mantenerse aparte en las islas orientales del Archipiélago.

–Os daré mi opinión -dijo John-, apuesto a que es el Arawn del que habló Tummeler.

–Silencio -intervino Bert-. Llega el Parlamento.

A través de una quinta entrada situada entre las puertas este y norte, llegaron los representantes del Parlamento vestidos según los palos de una baraja de naipes: tréboles, picas, diamantes y corazones. Todos avanzaban con expresión lúgubre, sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Bert frunció el entrecejo mientras los miembros del Parlamento desfilaban de uno en uno y ocupaban sus asientos con el resto del consejo.

–¿Qué sucede? – susurró John.

–No puedo decirlo -respondió el hombrecillo-. Algo no va bien, aunque no puedo dar con ello.

Observaron en silencio mientras los hombres y mujeres de elaborada vestimenta se acomodaban en sus puestos en la tribuna. Por fin un hombre de expresión furtiva pero servicial al mismo tiempo -el senescal de Paralon, indicó Bert- avanzó hasta el centro de la sala y pidió silencio.

–Como senescal de Paralon, supervisaré esta reunión -empezó-. En ausencia de un heredero legítimo a la Silla de Plata, el Parlamento, con mi asesoramiento, ha gobernado Paralon y, con él, el Archipiélago. Ahora se ha efectuado una reivindicación al trono. Una reclamación basada en la primogenitura y el linaje.

Ante aquello se escucharon gran cantidad de murmullos procedentes de la tribuna.

–¿Qué es todo eso? – susurró John-. Pensaba que todos los herederos estaban muertos.

–No lo sé -replicó Bert-. Escucha.

–La reclamación -prosiguió el senescal- ha sido aprobada por el Parlamento. Si nadie disiente, al final del día tendremos un nuevo sumo monarca.

Sonaron llamamientos al senescal, que aguardó a que la algarabía se apagara antes de dirigirse de nuevo a los reunidos.

–La reivindicación -dijo- la ha efectuado uno de los propios parientes de Arturo, y como tal no debería ser impugnada. Si bien dicha persona no posee ninguna posición oficial previa en este organismo, ha llegado a ser conocido no obstante por la mayoría de vosotros... como el Rey del Invierno.

–Aguarda -tronó una voz; era Bert-. ¿Puedo hablar?

El senescal hizo una mueca.

–El Parlamento... -empezó.

–El Parlamento -dijo Bert- convocó un consejo para debatir el tema de la sucesión. Haya o no un heredero, como tú dices, se nos debería permitir que nos dirijamos a él.

–¿Con qué derecho hablas? – preguntó el senescal.

–Soy uno de los Custodios de la *Imaginarium Geographica* -declaró Bert-, y el otro se sienta a mi lado.

Aquello provocó gran cantidad de cabeceos, la mayoría amistosos, por parte de la multitud. El senescal sacudió la cabeza.

–Agradezco vuestro deseo de participar -empezó a decir.

–Deja que hable -se escuchó decir a un voz áspera; era Uruk Ko, el rey goblin.

El senescal podía disimular y fanfarronear para salirse con la suya ante la mayoría de los allí congregados. No obstante, no podía amedrentar a un auténtico rey de toda una raza. De mala gana, hizo una reverencia y fue a colocarse a un lado de la sala, lanzando miradas nerviosas a los miembros del Parlamento.

Bert se colocó de pie en el centro de la Gran Sala y se puso de cara a la tribuna.

–Damas y caballeros del Parlamento -empezó-, he tenido una experiencia reciente y directa con el hombre llamado Rey del Invierno...

Pero antes de que pudiera proseguir, le interrumpió el Rey de Diamantes, que se puso en pie y agitó el puño amenazador ante él.

–Inaceptable -dijo el rey-. El Parlamento no puede aceptar la propuesta.

–¿Ha hecho una propuesta? – musitó John a Charles-. Si la ha hecho, me la he perdido.

Bert parecía igualmente perplejo.

–Su Majestad, si me he excedido...

–Sí, totalmente imposible -continuó el monarca, como si no hubiera oído a Bert-. Una morsa como sumo monarca es descabellado. Y todo el mundo sabe que un pájaro carpintero no puede ser suma soberana... ¿si permitiéramos eso, entonces quién organizaría todos los bailes?

–Esto es muy extraño -dijo Charles.

–Chitón -indicó Jack-. Mirad... otro rey se alza para hablar.

El Rey de Picas alzó una mano.

–Por favor no disparéis los cañones -ordenó-, o jamás conseguiré extraer las patatas de mis orejas.

Los enanos habían empezado a murmurar, como si también ellos percibieran que algo no iba bien.

–Están todos locos -dijo Jack-. ¿Qué es esto?

–No lo sé -respondió Aven-. Algo está muy mal.

El senescal estaba a punto de escoltar a Bert fuera del hemiciclo, cuando la cabeza de la Reina de Tréboles se incendió. Las llamas se alzaron a gran altura, y sin embargo ella permaneció sentada, con las manos cruzadas sobre el regazo y una dulce sonrisa en el rostro, como si nada raro sucediera.

Los murmullos que se iniciaron con los enanos se habían extendido ya a los elfos y los goblins. Y los trolls empezaban a desenvainar sus armas.

La Reina de Corazones, una mujer corpulenta de melena oscura, sacó un mazo de croquet de debajo de su asiento y pegó con él al Rey de Corazones en el pecho.

–Odio las rosas -declaró-; jamás hablan cuando se les dirige la palabra.

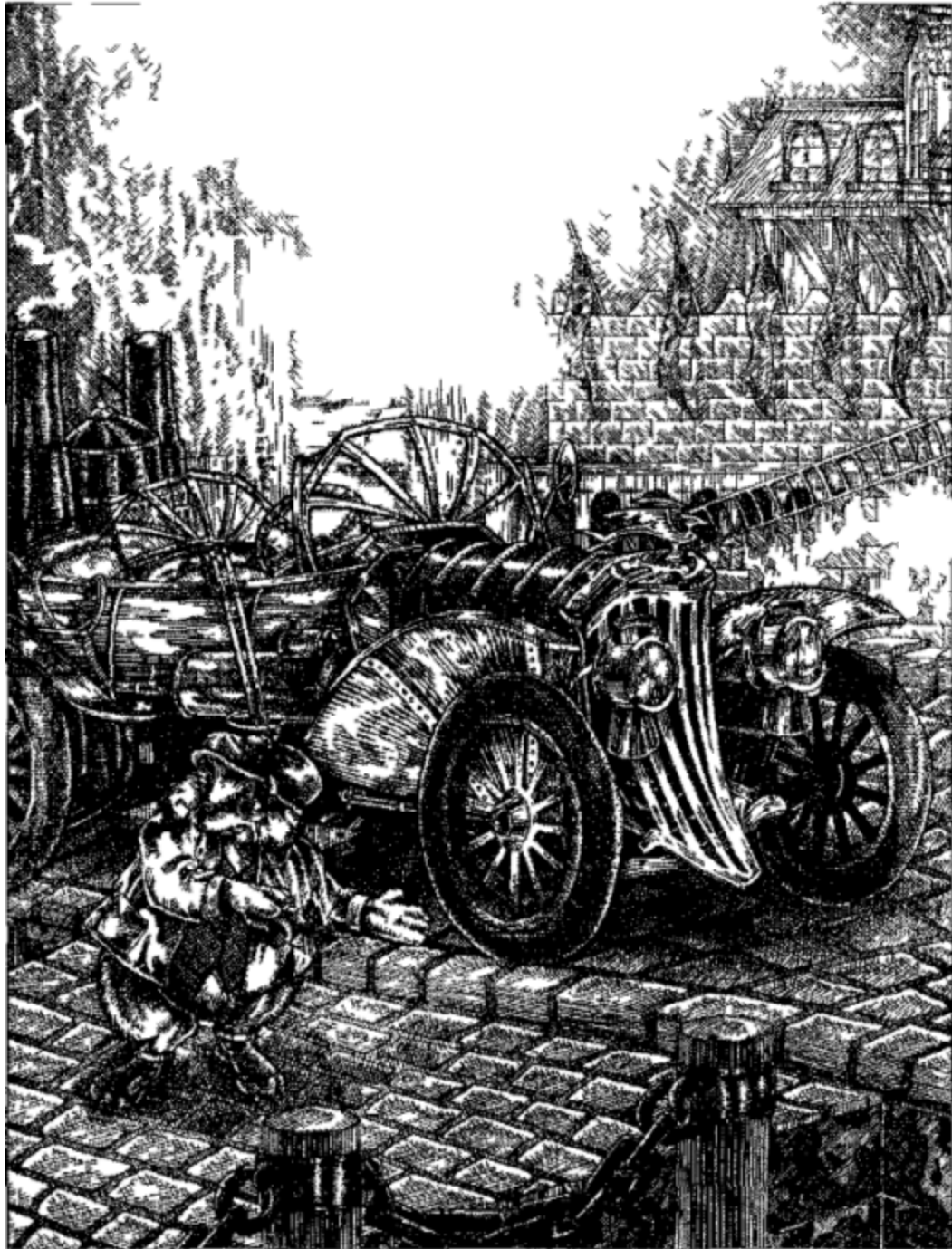
Bert miró a su alrededor, pero el senescal había desaparecido. En todos los asientos, los delegados empezaban a ponerse en pie, gritando.

Uno de los trolls venció su decoro forzado y arrojó una maza directamente a la cabeza de la Reina de Corazones. Con el impacto, el pecho de ésta se partió y una cascada de ruedas y engranajes se desparramó sobre el suelo de la sala, duchando a los delegados cercanos con una lluvia de chispas.

Los miembros del Parlamento no eran humanos. Eran artilugios con un mecanismo de relojería.

–¡Un fraude! – tronó el príncipe troll Arawn, poniéndose en pie y agitando el puño acorazado-. ¡El consejo es un fraude!

En unos instantes toda la Gran Sala de Paralon se había convertido en un caos.



—¡Rápido! —grito Tummeler— ¡Maeses estrepitosos!
¡Subid, subid!

La senda prohibida

El humo era acre, e inundaba la nariz, boca y pulmones de John. El joven se cubrió desesperadamente la cabeza con los brazos y se enterró más profundamente en el embarrado suelo francés.

El bombardeo había sido implacable. Y justo cuando parecía que las penalidades no podían empeorar, la delatora niebla del gas llegó flotando malévolamente por entre los árboles destrozados.

Gritando con todas sus fuerzas, John se puso en pie de un salto y empezó a correr, y se encontró atrapado en los rollos de alambrada plegable extendidos a lo largo de las trincheras de la retaguardia. Por todas partes lo rodeaban los cuerpos abotargados de los muertos, caídos en un paisaje ennegrecido, despojado de vida. Impotente, no podía hacer otra cosa que observar cómo el gas se aproximaba lentamente, acompañado por el sonido cada vez más atronador de la artillería: *Bum, bum, bum.*

Bum.

—¡John! —dijo una voz que conocía, pero que no era la de ningún soldado de su batallón—. ¡John, por el amor de Dios, domínate!

John sacudió la cabeza, pestañeando, mientras volvía a sus cabales y su visión se aclaraba. Charles lo sujetaba por los hombros, zarandeándolo mientras gritaba su nombre. El resto de sus compañeros se abrían paso hacia la salida bajo la escasa protección de los palcos de los asientos. Lleno de incredulidad, miró a su alrededor, al torbellino de armas en movimiento, llamas, cuerpos que forcejeaban y gritos enfurecidos que momentos antes habían formado el Gran Consejo.

No se veía ni rastro de los goblins; y los últimos elfos partían ya resguardándose en la arcada norte. Los enanos se habían desperdigado por la tribuna y empezado a arrojar fardos explosivos a los delegados trolls, mientras más y más trolls irrumpían al interior a través de las entradas sur y este. Los trolls se habían encaramado a los asientos centrales y habían despedazado a los miembros de aquel Parlamento mecánico. En la zona más elevada de la tribuna, rugiendo instrucciones a los refuerzos que le llegaban, estaba el príncipe troll Arawn.

Había más de una traición planeada para aquel día, al parecer.

—Ése es el motivo de que hubiera tantos barcos en el puer-to -dijo Aven a Bert-. Los trolls planeaban una revuelta sin importar lo que sucediera en el consejo.

Bert asintió con la cabeza, mientras él y Charles sostenían al aturdido John por debajo de los hombros y avanzaban más agachados en dirección a la arcada occidental.

–El senescal de Paralon sencillamente se les adelantó -dijo-. Esto podría ser la ruina del Archipiélago.

–¿Qué le sucede? – inquirió Jack, mirando a John con el ceño fruncido.

–Las explosiones -respondió Charles-. Sufre una leve conmoción de combate.

–Me pondré bien -dijo John, intentando ponerse en pie otra vez-. De verdad.

Aven le dedicó una mirada furiosa y los ojos de Jack se entrecerraron asqueados mientras John se deshacía de la ayuda de Charles y Bert.

–Salgamos de aquí -siseó Aven apretando los dientes-, antes de que todo el lugar se nos venga encima.

Los compañeros echaron a correr por el pasillo en dirección a la avenida donde habían dejado a Tummeler y su vehículo. A su alrededor corrían miembros de todas las razas de un lado a otro, intentando averiguar qué había sucedido. Detrás de ellos, en la Gran Sala, sonaban más explosiones, y olía a humo.

–Seguramente, los trolls hayan bloqueado el puerto -indicó Aven-. Lo mejor que podemos hacer es intentar salir de la ciudad en sí, y luego regresar describiendo un círculo cuando haya cesado el tumulto.

–Si es que cesa -dijo Jack.

–¿Qué pasará con el *Dragón índigo*? – preguntó Charles, jadeante-. ¿Lo quemarán?

–No -respondió Aven-; la nave puede cuidarse a sí misma. Ya se habrá puesto a salvo.

Alcanzaron el final del pasillo, cruzando como una exhalación las puertas para salir al exterior, donde Tummeler tenía ya la *Diversidad Curiosa* aguardando, con el motor en marcha.

–¡Rápido! – gritó Tummeler-. ¡Maeses estrepitosos! ¡Subid, subid!

En medio de una confusión de brazos y piernas los compañeros se arrojaron a los asientos del principio.

–¡Al norte! – chilló Aven-. ¡Llévanos al norte!

Con un chirrido de neumáticos, Tummeler penetró en la carretera que conducía al norte y se alejó a toda velocidad de las torres.

Hicieron falta algunos minutos para que pudieran escapar realmente de los confines de la ciudad amurallada, y varios minutos más para dejar atrás el último de los puestos fronterizos donde podrían haberles detenido. Quiso

la suerte que todos los guardas y centinelas que podrían haberlos retenido en su huida se hubiesen dirigido hacia el núcleo del conflicto en la Gran Sala.

El anterior pánico de John se había serenado hasta convertirse en un sopor febril, interrumpido sólo por algún estremecimiento ocasional de sus extremidades.

–Sueños «fabriles» son -dijo Tummeler, mirando por encima del hombro y chasqueando la lengua-. ¿Qué aqueja a maese John?

Hablando por turnos, Bert y Aven explicaron a Tummeler lo acaecido en el Gran Consejo; pero cuando llegaron a la parte sobre el Parlamento, el pequeño mamífero los interrumpió y cambió de tema.

–Vaya, ya sabía yo que se avecinaban problemas, en cuanto me enteré de que era Arawn quien venía a hablar por los trolls -declaró el tejón-. Pero ya basta de preocupaciones. Os llevo a un lugar más tranquilo, a un lugar más seguro.

Mientras lo decía, hizo girar la *Diversidad Curiosa* fuera de la carretera principal y al interior de un ramal sin pavimentar que partía en dirección oeste. El sendero conducía a la entrada de un desfiladero que surcaba la parte superior del límite de la meseta, y que se suponía, señaló Bert, estaba prohibido a todo el mundo.

–A los animales no -replicó Tummeler-. Ésta es una «caminera» que conocemos nosotros y otros pocos, y desde que a la familia real la asesinaron, sólo nosotros.

–¿Una senda prohibida? – dijo Charles-. ¿Por qué está prohibida?

–Porque -explicó Bert- conduce a los restos de la ciudad antigua, la primera ciudad, que se construyó cuando Artigel ocupó la Silla de Plata. La ciudad más grande la expandieron sobre la montaña y a través de ella cuando se celebró la primera alianza con los enanos, pero la original todavía existe... De hecho, alberga el archivo real y la biblioteca, a menos que esté equivocado.

–Pero -dijo Charles-, ¿no nos meteremos en problemas?

–Uf -bufó Aven-. ¿Más problemas de los que acabamos de dejar atrás? Lo dudo. Además, no creo que quede nadie al mando a quien le importe, prohibido o no.

–La ventaja de seguir sendas prohibidas -dijo Tummeler, asintiendo- es que nadie te persigue.

–Eso es de una lógica terrible -indicó Charles.

–No -repuso el tejón-; es la lógica animal.

John despertó con el sonido de algo que resoplaba con gran estruendo alrededor de su rostro, y se incorporó, sobresaltado. Quien resoplaba era Tummeler, que se masajeaba las zarpas y lo escudriñaba con atención.

–¿Maese John, estás ya despierto? – inquirió el animal, con un dejo de auténtica preocupación en la voz-. ¿Estás tú bien, maese estrepitoso?

–Estoy yo ya, eh, es decir, sí estoy bien -respondió John, intentando alzarse sobre los codos.

Estaba tumbado sobre los asientos traseros de la *Diversidad Curiosa*, mientras, a poca distancia, Bert y Charles hablaban con las cabezas muy juntas, y Aven y Jack también consultaban entre sí algo más alejados.

Se habían detenido cerca de un arroyo, en un claro que estaba escasamente poblado con árboles delgados e irregulares, en la hendidura del desfiladero. El sol seguía alto en el cielo. Todo el fiasco que había sido el Gran Consejo y su huida de la ciudad apenas habían durado una hora.

Bicho estaba sentado en el asiento delantero del principio, el rostro tenso de tan concentrado que estaba.

–Los demás -dijo sin volverse- dijeron que eras caballero, allá en el mundo del que vienes. Que combatiste, y que eso es lo que te enferma.

–Soy soldado -respondió John, sentándose muy erguido-. Eso es parecido a ser caballero, supongo. Y sí, enfermé durante la guerra. Todavía me crea problemas a veces.

El jovencito se volvió para mirarle.

–Dijeron que el recordarlo te puso enfermo. ¿Cómo puede hacerte enfermar un recuerdo?

John hizo una pausa, no muy seguro de cómo responder.

–Tenía amigos -dijo por fin-. Amigos que murieron, delante de mis narices. Y temí por mi propia vida. Esa clase de miedo, una vez que un hombre lo ha experimentado, jamás desaparece por completo. ¿Comprendes?

Bicho no respondió, pero tragó saliva y se dio la vuelta. John tuvo la sensación de que sí, de que el muchacho comprendía... tal vez más de lo que ninguno de ellos podía saber.

Siguiendo las indicaciones de Tummeler, los camaradas empezaron a cruzar el cañón, dirigiéndose al oeste.

–Esto es una continuación de la carretera -explicó el tejón-, que conduce adonde vamos.

–Deberíamos proseguir hacia el norte -protestó Aven-. No tenemos tiempo para esto.

–Y cuando regresemos a la nave, ¿adonde iremos entonces? – la reprendió Bert-. No tenemos guía, y el Rey del Invierno no hará más que fortalecerse gracias al caos del consejo. Todavía seguirá buscando la *Geographica*... y a nosotros. A lo mejor aquí podemos encontrar a alguien que traduzca la *Imaginarium Geographica*... y tal vez devolvamos un cierto orden a los territorios antes de que todo se pierda.

El resto asintió dando su conformidad, excepto John, que inclinó la cabeza avergonzado. Jamás se había sentido tan inútil, y lo habría dicho, de no ser por el temor a que ninguno de sus amigos fuera a ponerlo en duda.

Mientras andaban, Bert les contó que cuando se creó la Silla de Plata, todavía estaban por formar las alianzas.

–Existía una lealtad indeterminada hacia Arturo, pero sus hijos tuvieron una existencia muy difícil -dijo-. Los enanos fueron los primeros en hacer un pacto con el rey, luego los goblins. Los elfos fueron los siguientes, en una alianza formada por el matrimonio..., y luego, mucho más tarde, vinieron los trolls. Durante ese tiempo, Artigel encontró útil tener una sede de poder que pudiera ser defendida y «potregida». Este cañón era el lugar ideal.

»El consentimiento de los Cuatro Reinos, representados por las cuatro razas principales (los trolls, los elfos, los goblins y los enanos), a que los gobernarán los hombres se «pasó» en la continuidad del gobierno -siguió Bert-. Es debido al Parlamento por lo que han permitido que haya un trono vacío durante tanto tiempo. E incluso entonces, únicamente debido a que el senescal gobernaba a instancias suyas.

–El Senescal de Paralon -observó John-. Me resultó familiar en cierto modo.

–Después de toda la variedad de personajes que hemos visto -repuso Jack-, cualquier humano resultaría familiar.

–No como él -replicó John-. Estoy muy seguro de haberlo visto en alguna parte. Ojalá hubiera podido observarle más de cerca...

–No te preocupes -dijo Bert-. Huyó antes que nadie. Es casi seguro que tuvo algo que ver con el engaño de ese Parlamento mecánico.

Al oír aquello, Tummeler hizo tintinear los dientes nerviosamente pero mantuvo los ojos fijos en el sendero que tenía delante.

–Ahí -dijo por fin el tejón-. Ahí está ella.

Señaló hacia adelante a la empinada pared rocosa del desfiladero, donde un edificio enorme parecía haber sido tallado en la piedra misma, de un modo muy parecido a como había sucedido con Paralon. Era más basto y rudimentario, pero mostraba la misma factura inconfundible. Había un armazón enorme de piedra y hierro insertado en la pared meridional del cañón, y dos puertas enormes de madera en su interior. Arriba, enroscado en actitud protectora alrededor de la parte superior de las puertas, se veía un bajorrelieve en piedra de un dragón, rodeado por exóticos caracteres dorados.

–Elfo -declaró Tummeler, mientras Bert asentía con la cabeza.

–¿Cómo entramos? – preguntó Jack, examinando las puertas-. No parece que haya un pomo ni un ojo de cerradura.

–A lo mejor la inscripción esconde unas instrucciones mágicas -dijo Charles-. Recuerda dónde estamos y cómo funcionan las cosas en este lugar.

–Supongo que no sabrás leer eso -dijo Jack a John, que frunció el entrecejo al tiempo que su rostro enrojecía.

–Jack -reprendió Charles-. El señor Tummeler nos trajo aquí; estoy seguro de que él nos puede facilitar la entrada.

–Vaya, maldita sea -exclamó el aludido-, he vuelto a olvidar la palabra mágica.

–¿Qué dice la frase? – preguntó John, sin osar tocar las inscripciones, que estaban profundamente grabadas en el granito, pero al mismo tiempo aparecían muy desgastadas debido a su gran antigüedad.

–Es elfo -repitió Tummeler-. Dice, básicamente: «Di, amigo y entra».

–Bueno, ¿no significará quizá que la palabra mágica que abre la puerta es «amigo»? – sugirió Jack-. ¿En elfo?

–Qué ocurrencia tan tonta -replicó John-. Entonces cualquiera que hablara elfo podría entrar.

–Precisamente -dijo Tummeler-. No, es una palabra mágica la que la pone en marcha. Una de las palabras mágicas más antiguas que hay. La creó uno de los grandes reyes elfos de antaño, se llamaba Eledino.

—¿Eledino? — preguntó Charles-. Eso se parece a Aladino -siguió, moviendo la mano ante las puertas-. Ojalá fuera tan fácil; ojalá bastara con decir sencillamente «Alakazam».

Con un gemido sordo de madera y metal, las gigantescas puertas de madera de roble se separaron con un crujido y empezaron a abrirse muy despacio.

—Tú conoces la palabra mágica sagrada -dijo Tummeler, con los ojos muy abiertos con una expresión de sumo respeto-. Tú eres un auténtico estrepitoso, maese Charles.

—¡Espléndido, Charles! — dijo Jack.

—Bravo -coincidió Bert.

—No debería haber funcionado -dijo John-. Se suponía que debía ser Alí Baba y «Ábrete Sésamo».

—Bah, por el amor de Dios -exclamó Charles.

Había varios esqueletos desperdigados alrededor de la entrada, ataviados con distintos estilos de vestimenta. Algunos restos eran deformes, con huesos demasiado cortos, o demasiado alargados y excesivamente grandes. Fue Jack quien se dio cuenta de que no todos los restos eran humanos.

—¿Sigue pensando todo el mundo que esto es una buena idea? — preguntó-. Da la impresión de que otros aventureros no han conseguido llegar demasiado lejos.

—No te preocupes por los huesos -dijo Tummeler-. El Archivero los mantiene por ahí para darle ambiente al lugar.

—¿Asustado, Jack? — inquirió Aven con una sonrisa maliciosa.

—No -respondió él a la vez que se erguía y seguía avanzando.

Con Jack encabezando la marcha, el grupo descendió por el pasillo, que era tan alto como las puertas y estaba iluminado por el resplandor sobrenatural de las ruinas grabadas en las paredes a unos tres metros por encima de sus cabezas.

—Más idioma elfo -dijo Bert.

El pasillo desembocó en una amplia caverna que estaba repleta de agujeros, todos llenos de libros o artilugios, y en algunos casos, incluso de oro y joyas.

—¿Hola? — llamó Tummeler-. ¿Hay alguien ahí?

—Bienvenidos -retumbó una voz profunda y nebulosa-; espero que hayáis venido a tomar una taza de té, porque ésa es la única clase de visitantes que todavía permito aquí. De lo contrario -prosiguió la voz-, tendré que mataros a todos.



—¿Vais a beber conmigo? ¿O queréis saquear y morir?

Una invitación a tomar el te

Incluso la luz de las ruinas elfas pareció perder intensidad cuando un dragón rojo inmenso se puso en pie lentamente y avanzó hacia ellos desde las oscuras profundidades de la caverna.

–Ni nombre es Samaranth -dijo la gran bestia roja-, y todos los que veis a vuestro alrededor rechazaron mi invitación, optando en su lugar por agenciarse el tesoro. Así pues, hijos de Adán, elegid. ¿Vais a beber conmigo? ¿O queréis saquear y morir?

–¿Lo dices en serio? – inquirió Jack-. ¿Tomar el té o morir? Desde luego que tomaremos el té. – Todos sus compañeros asintieron con entusiasmo-. ¿Qué clase de idiota elegiría la muerte?

–Apuesto a que eran estrepitosos de Cambridge, ¿eh, maese Charles? – dijo Tummeler guiñando un ojo.

–Sin duda -respondió éste.

El suelo de piedra estaba cubierto con una colección de alfombras persas de distintos tamaños. La más grande estaba colocada justo delante de ellos, el lugar donde el dragón indicó que debían sentarse.

–Esto es todo un honor -susurró Bert a John mientras se sentaban en semicírculo a los pies del dragón-. No quedan más dragones en el Archipiélago. No los ha habido desde que murió el viejo rey. Pero compartir el té con Samaranth...

–¿Qué hay de especial en Samaranth? – susurró a su vez John, sin perder de vista al dragón-, ¿qué lo diferencia de, digamos, los dragones corrientes?

–Es el primero -contestó Bert-. El más antiguo. El dragón original del Archipiélago. De hecho, podría ser la criatura viva más vieja del mundo.

–Tal vez estés en lo cierto -dijo Samaranth, sonriendo-. Puede que sí sea la más vieja. Pero el tiempo, como muy bien sabes, hijo de Adán, es relativo.

Bert enrojeció al oír aquello y cruzó los brazos sobre el pecho, efectuando una reverencia.

–No era mi intención ofenderte, Samaranth. Lo cierto es que es un honor para mí conocerte. Y, eh, compartir tu hospitalidad.

El dragón inclinó la cabeza ante Bert en señal de reconocimiento, luego lo fue haciendo ante cada uno de ellos, deteniéndose sólo ante Bicho, ante

quien se inclinó más profundamente, y durante un instante más largo que con el resto. Bicho, por su parte, se sonrojó a la vista de todos.

Samaranth se irguió e hizo una seña al tejón, que estaba de pie a un lado, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Y tú, hijo de la Tierra..., te unirás a nosotros?

—Desde luego -respondió Tummeler-. No tendrás por casualidad galletas saladas de esas que me gustan tanto, ¿verdad?

El dragón profirió un resoplido no muy distinto del de una máquina de vapor, que al cabo de unos instantes los camaradas comprendieron que era una carcajada.

—Sí -respondió Samaranth-, tengo galletas saladas de leprechaun. Un momento, ahora te las traigo.

—En realidad no están elaboradas con los duendes «damados» leprechauns -confió Tummeler a Charles-. Simplemente él las «dama» así.

El dragón regresó con un servicio de té que sostenía delicadamente en equilibrio sobre un brazo, y un paquetito de galletas saladas en el otro.

—Señora -dijo a Aven-, ¿nos harás el honor de servir el té?

Aven empezó a replicar algo sobre no actuar de modo servil ante los hombres, pero el tono y la actitud del dragón eran tan respetuosos que no pudo negarse. Tomó la bandeja que el otro sostenía, y Jack se puso en pie para ayudar, haciéndose cargo del paquete de galletas saladas.

—Son galletas de té -dijo, perplejo-. Igual que las que tenemos en casa.

—Hay gentes que comercian con vuestro mundo -indicó Samaranth-, y éstas, por su parte, comercian con los animales que, a su vez, comercian conmigo.

—Ummm, ummm -dijo Tummeler alegremente con la boca llena de galletas.

—¿Qué intercambias? — preguntó Jack-. ¿Joyas? ¿Oro?

Samaranth se volvió hacia él.

—¿Eso es lo único de valor que ves de valor aquí, hijo de Adán? ¿Las riquezas de la Tierra?

—Bueno, era sólo curiosidad -repuso él, encogiéndose.

—Conocimiento -interpuso Bert-. Comercia con conocimiento.

—Aja. — El dragón lanzó un gruñido satisfecho-. Un Custodio de la *Geographica* lo comprendería.

—Ésa es la segunda cosa que has dicho que indica que me conoces -dijo Bert-. Perdona que lo pregunte, pero ¿nos hemos visto antes? Porque estoy seguro de que no te habría olvidado, te lo garantizo.

—No -respondió Samaranth-, pero me conviene mantenerme al corriente de lo que ocurre en el Archipiélago... y de aquellos que buscan influir en sus asuntos. Y con ese fin -continuó el dragón-, decidme qué es lo que os ha traído aquí a tomar el té con un viejo dragón.

Necesitaron la mayor parte de una hora para relatar todo lo que había sucedido, desde el asesinato del profesor Sigurdsson a la huida de Londres, pasando por la profecía de las Morganas, la batalla con el *Dragón Negro* y el Gran Consejo en Paralon. También relataron, con gran turbación por parte de John, el fracaso de éste en su tarea de traducir las diferenciadas lenguas de la *Imaginarium Geographica* y la urgente necesidad de hacerlo, para que pudieran hallar un modo de derrotar al Rey del Invierno.

El dragón no dijo nada, sino que se limitó a escuchar, haciendo una pausa únicamente para volver a llenar la tetera con té recién hecho y reponer las galletas saladas de leprechaun para Tummeler, que no había dejado de devorarlas golosamente en todo aquel tiempo.

Cuando los camaradas finalizaron su explicación, Samaranth no dijo nada, sino que permaneció sentado, reflexionando. Cuando por fin habló, fue sobre el pasado.

—Hace muchísimo tiempo -empezó-, el Archipiélago de los Sueños lo custodiaban miles de dragones. Los cielos estaban llenos de ellos. Entonces, no hace tanto tiempo, empezaron a desaparecer, hasta que no quedó ninguno, excepto yo. Y el único resto de su existencia pasó a encontrarse en mitos, leyendas y libros. — Eso último lo dijo con una mirada bastante significativa dirigida a John.

—Protegíamos los límites entre el Archipiélago y el mundo situado más allá, usando las llamas y el temor para hacer retroceder a los viajeros que se aventuraban demasiado cerca. Pero no he visto otro dragón desde hace casi veinte años, y hombres como aquel al que llamáis el Rey del Invierno se han hecho con el poder; hombres que querrían averiguar los secretos de los territorios no para gobernar con justicia, sino para conquistarlos cruelmente.

—Ya ha colocado muchas tierras bajo la Oscuridad -indicó Bert-, y por algún motivo, cree que la posesión de la *Geographica* le ayudará en su campaña.

–Ignoro por qué desea poseer la *Geographica* -reflexionó Samaranth-, pero se están tramando demasiados planes en los territorios, y si ésta cayera en sus manos, no auguraría nada bueno para el Archipiélago.

–Entonces ¿qué podemos hacer? – preguntó Bert-. No hay rey, y ni siquiera hay un Parlamento auténtico que ofrezca consejo. Lo que es peor, al parecer no ha habido un Parlamento auténtico desde hace algún tiempo... y al desvelarse el engaño se ha puesto fin a la posibilidad de unidad en el Archipiélago.

–Sí, eso es un problema -dijo Samaranth, volviéndose para mirar a Tummeler-. ¿Te importaría decirnos, pequeña criatura de la Tierra, en qué pensaban los animales?

Tummeler se quedó como petrificado, con una galleta salada de leprechaun a medio comer colgando de la boca.

–¿Los animales? – inquirió Aven-. ¿Quieres decir que ellos son los que construyeron a esos impostores del Parlamento?

–Tiene sentido -indicó Charles-. Son los únicos aparte de Nemo que saben cómo construir los vehículos, y los reyes y reinas mecánicos eran al menos tan complicados como los principios.

Los compañeros se volvieron para contemplar a Tummeler, que retorció los extremos de su chaquetilla y agitaba los bigotes tristemente.

–Sí, es cierto, temeroso estoy de decirlo -empezó Tummeler-. Nosotros..., los animales, es decir..., los construimos hace varios años, para evitar precisamente esta clase de calamidad.

–Pero ¿por qué los construisteis? – preguntó Jack-. Hay gran cantidad de humanos en Paralon que habrían servido para gobernar.

–No son reyes y reinas -gimoteó el tejón-. El Parlamento deben formarlo reyes y reinas de las islas mayores del Archipiélago, y no quedaba ninguno vivo.

–¿Ninguno? – dijo Bert-. No es posible.

–A la vez posible y cierto -repuso Tummeler-. Sin un sumo monarca, ni herederos reales, y sin reyes y reinas auténticos en el Parlamento, era sólo cuestión de tiempo que los otros reinos iniciaran una lucha por la Silla de Plata. Así que se decidió que nosotros... los animales... construyéramos una especie de sustitutos, para mantener un Parlamento hasta que se eligiera a un nuevo sumo monarca.

–¿Quién decidió que debíais construir los sustitutos? – preguntó Bert.

Tummeler se pasó una pata por el hocico y se encogió de hombros.

–No lo sé. Nunca lo vi. El viejo Tummeler nunca hizo «naida» excepto llevar suministros de un lado a otro en la *Diversidad Curiosa*.

–¿El senescal también era mecánico? – preguntó Charles.

–No lo sé -respondió el tejón, meneando la cabeza.

–Tiene lógica -observó Charles- Si nadie sabía que estaban asesinando al resto de reyes y reinas, tal como había sucedido con la familia del sumo monarca, se les podía reemplazar con falsificaciones.

–Pero ¿por qué querría alguien hacer algo así? – inquirió Jack.

–Por el consenso -dijo John-. Únicamente la continuidad del gobierno del hombre mantenía a las otras razas bajo control. Y un consenso del Parlamento y los delegados de los otros reinos podía colocar a alguien en la Silla de Plata..., a alguien como el Rey del Invierno, que es exactamente lo que el senescal intentaba hacer.

–Y Bert se lo impidió -dijo Charles-. Bien hecho, Bert.

–Desde luego, ahora la capital está en llamas, y todo el Archipiélago podría estar en guerra -indicó Jack-. Pero será mejor no pensar demasiado en el pasado.

–Y ¿qué hacemos ahora? – preguntó Aven-. Ocurra lo que ocurra entre las razas, el Rey del Invierno seguirá yendo tras la *Geographica*, y no podemos permitir que la encuentre.

–Estoy de acuerdo -dijo Samaranth-. No obstante lo mucho que me duele sugerirlo, hay que destruir la *Imaginarium Geographica*.

–Lo intentamos -dijo Jack-. Nemo la arrojó a un brasero, pero no se quemó.

–No -repuso el dragón-; únicamente quien la creó puede destruir su obra. Hay que llevarla -finalizó con una exhalación humeante- al Cartógrafo de los Lugares Perdidos.

–Eso nos lleva otra vez a nuestro problema inicial -declaró Aven, dirigiendo una mirada desdeñosa a John-. No tenemos modo de leer más que los mapas y anotaciones más básicos de la *Geographica*; y sin una forma de traducir el resto de mapas, jamás podremos encontrar el camino a la isla del Cartógrafo, si es que él todavía existe.

–Claro que todavía existe -dijo Samaranth-. Creaba mapas constantemente para los Custodios hace años, aunque desde entonces ha dejado de tener tratos con los habitantes de cualquiera de los dos mundos.

Bert asintió con la cabeza.

–Yo no lo conozco -dijo-, pero Stellan lo vio en varias ocasiones, muy al principio de nuestra tutela de la *Geographica*. Los últimos tres mapas se añadieron estando el atlas a nuestro cuidado. Por desgracia -añadió-, son todos para islas situadas en los bordes exteriores del Archipiélago, y no nos servirán de nada para localizar al Cartógrafo.

–Así que -dijo el dragón, volviéndose hacia John-, ¿no se te preparó adecuadamente para ser el Custodio?

–Se me preparó, pero desconocía la importancia de mis estudios -respondió él-. Poseo un conocimiento práctico básico de varios idiomas, pero no sé casi nada del resto de ellos.

–¿Nada? –bufó Samaranth-. ¿Ni siquiera una sola letra?

–Letras sueltas, desde luego -repuso John-, pero no lo suficiente para traducir de un mapa a otro.

–¿Nada? –repitió el dragón-. ¿Ni siquiera una única frase recurrente?

–Exacto -contestó John-. Pero, espera, se me olvidaba..., había una cosa que sí pude traducir inmediatamente.

Tomó el libro envuelto en tela impermeable de la mochila que Bicho llevaba a la espalda, lo desenvolvió, y pasó las hojas hasta llegar a un mapa situado cerca de la parte central del libro.

–Ahí -dijo, señalando un grabado de una criatura parecida a un dragón y la anotación que aparecía debajo-. Es muy parecida a la advertencia del antiguo mapa de un marinero que vi en una ocasión: «Aquí hay dragones».

–Correcto -repuso Samaranth-, pero con una diferencia.

Los camaradas se amontonaron alrededor de John y la *Geographica*, pero ninguno de ellos comprendió a qué se refería el dragón. Finalmente, John cayó en la cuenta.

–Está al este de las tierras representadas -dijo-. En el mapa del marinero del Museo Británico, la advertencia estaba en el borde occidental: el borde mas exterior del mundo tal y como se conocía entonces; pero todas éstas -continuó, pasando mapas- están en el borde oriental.

–Correcto otra vez -respondió el dragón, inclinándose más sobre John-. Una más y ganarás el concurso.

John estudió los mapas, pasando las páginas para ir de uno a otro antes de darse cuenta.

–Está en todos ellos -declaró.

Samaranth inclinó la cabeza.

–Esa misma frase, en una variación u otra, aparece en todos los mapas, y -concluyó- en todos los idiomas.

–Una cartilla de lectura -dijo Charles-. John, dijiste que habías estudiado todos los idiomas, al menos un poco.

–Sí -respondió él-, ya veo a lo que te refieres. Puedo usar la frase común como manual de lectura para desarrollar la gramática y la sintaxis, basadas en las diferencias entre las versiones.

–Si trabajas desde el final del atlas hacia el principio -ofreció Bert-, también puedes descifrar los idiomas cronológicamente. Los idiomas más recientes primero.

–¿Qué dices, John? – preguntó Charles-. ¿Crees que puedes hacerlo?

John mostraba una expresión indecisa, pero cada vez estaba más absorto en los mapas.

–Del inglés antiguo al teutónico, luego al italiano, y... um, al latín... - murmuró, más para sí que para cualquier otro.

Aven y Jack intercambiaron miradas escépticas, pero Bert sonrió ampliamente, al igual que Bicho. Charles ofreció un lápiz que llevaba en el bolsillo del chaleco, y sin decir nada más, John se sentó sobre la alfombra y empezó a tomar notas, totalmente absorto ya en su tarea.

–Bueno -dijo Samaranth-, parece que teníais a vuestro traductor con vosotros desde el principio.

Mientras John trabajaba, Bicho y Aven retiraron el servicio de té en tanto que Bert, Charles, Jack y Tummeler discutían su estrategia con Samaranth.

–Los mares serán traicioneros -dijo Bert-. Los trolls saldrán en masa, si es que no han salido ya.

–Arawn -siseó Samaranth, escupiendo ascuas sobre las alfombras que Jack se apresuró a sofocar con el pie-. Un mocoso troll malcriado. Su padre es diplomático; pero ese chico quemaría un árbol para asar una manzana. Y luego desecharía la manzana, y apalearía a sus criados por no apagar el fuego.

–Si al menos quedara algo de la antigua casa real de Paralón -suspiró Bert-, entonces podríamos celebrar una coronación y regresar al trabajo.

Samaranth lanzó una de sus carcajadas en forma de resoplido y miró al viejo hombrecillo arqueando una ceja.

–Si las cosas fueran tan fáciles -dijo el dragón-, tú ya habrías terminado.
– Bert empezó a preguntar a qué se refería con aquello, pero Samaranth siguió hablando-. Las búsquedas no son nunca fáciles..., al menos, aquellas que valen la pena. ¿Quieres una coronación? – siguió, hurgando en uno de los innumerables huecos de las paredes-. Toma esto..., tal vez puedas colocárselo a alguien lo bastante tonto como para sentarse en un trono, alguien que quiera gobernar un reino.

Dicho aquello, el dragón arrojó un objeto pequeño al hombrecillo, que lo contempló por un instante antes de arrojarlo de vuelta, con los ojos abiertos de par en par.

–¡Ja! – bufó Samaranth-. ¿Tan rápido rechazas un reino, pequeño viajero?

–¿Qué es? – preguntó Charles.

–Un anillo -respondió Bert-. El anillo del Sumo Monarca.

–Efectivamente -dijo Samaranth-; fui yo quien lo fabricó, y yo quien se lo dio a los reyes sucesivamente a medida que ascendían a la Silla de Plata. Y fui yo quien volvió a guardarlo cuando el último rey demostró mediante las elecciones efectuadas que ya no era digno de llevarlo.

–Pero no es más que un anillo, ¿verdad? – preguntó Jack.

–El anillo del Sumo Monarca..., llamado por algunos el Anillo del Poder..., era el símbolo de su cargo -explicó Bert-, y se decía que era la fuente de su poder en el Archipiélago.

–¿Eso crees? – Samaranth pareció sorprenderse ante aquellas palabras-. Hay muchos anillos en el Archipiélago. Los elfos llevan anillos, igual que hacen los enanos. Y los hombres. ¿Es el anillo quien hace al que lo lleva, o el que lo lleva quien hace al anillo? No me importa si lo tomas -finalizó, ofreciendo el anillo en la zarpa abierta.

«Aunque -añadió el enorme dragón, meditándolo-, podría no ser lo que tú, o el Rey del Invierno, esperáis que sea.

–Eso es cierto -dijo Jack, alargando el brazo para arrebatar el anillo de la colosal palma del dragón-. Tal vez descubramos su poder según avanzamos.

–El poder es una cosa que se gana -indicó Samaranth-, no algo que se pueda transmitir con la posesión de objetos como tronos... o anillos, si lo preferís.

»El poder, el poder auténtico, proviene de la fe en cosas auténticas, y de la voluntad de respaldar esa fe, incluso aunque el universo conspire para desbaratar tus planes. El caos puede hacer acto de presencia; las llamas pueden apagarse; los mundos pueden surgir y desaparecer. Pero las cosas auténticas permanecerán invariables, y jamás dejarán de guiarte hacia tus metas. ¿No es así, maese John?

Mientras hablaban, John se había acercado por detrás de sus compañeros. Había marcas de grafito en las comisuras de su boca, y lo que era más curioso, en su frente, pero sus ojos brillaban, y había docenas de tiras de tela con anotaciones garabateadas sobresaliendo de varias partes de la *Geographica*.

—John, amigo mío -dijo Charles-. ¿Qué sucede?

—Lo he hecho -declaró éste, la voz temblando triunfal y emocionada-. Todavía queda mucho por hacer, pero Samaranth me proporcionó la clave, y he conseguido comprender la mayor parte de los mapas.

—¿Significa eso...? —empezó Bert.

—Sí -respondió John-. He encontrado la isla. Sé cómo encontrar al Cartógrafo de los Lugares Perdidos.

El modo en que los camaradas se despidieron de Samaranth fue considerablemente menos tenso que su presentación. El enorme dragón les mostró cómo llegar a una ensenada en el norte donde era muy probable que el *Dragón índigo* les estuviera aguardando, muy alejada de la contienda de Paralon, y luego se ocupó de reaprovisionar la nave con material proveniente de sus propias reservas.

Cada uno de los miembros del grupo le dio las gracias a su vez por su ayuda y hospitalidad, excepto Bicho, que dio un salto cuando Samaranth le guiñó un ojo, y John, que estaba demasiado ensimismado tomando notas y traduciendo para darse cuenta de que se marchaban hasta que estuvieron finalmente sentados en la *Diversidad Curiosa*. Tras un corto trayecto, volvieron a estar fuera del desfiladero y se aproximaron a la ensenada. Efectivamente, el *Dragón índigo* estaba allí, con la pasarela colocada.

En menos de una hora ya habían descargado las provisiones y estaban listos para zarpar en dirección a la isla del Cartógrafo. Con cierta timidez, Tummeler tiró de la chaqueta de Charles.

—¿Maeses estrepitosos? —dijo el tejón-. Ten... tengo algo que quisiera darlos, si no os importa.

Charles y John se arrodillaron junto al animalillo, mientras éste les tendía un libro de buen tamaño que olía a tinta fresca y a cuero recién encuadernado.

—¿De qué se trata, mi buen amigo? —inquirió Charles.

—Lo escribí y publiqué yo mismo -dijo Tummeler, retorciendo las puntas de su chaquetilla con las patas-. Es un libro de cocina.

La tapa llevaba grabado en relieve el título: *El señor don B. Tummeler presenta comidas exóticas de las tierras y cómo cocinarlas*.

—Muy impresionante -declaró Charles con genuina sinceridad-. ¿Qué tal te ha ido con él?

—Bueno, siendo un estrepitoso de Oxford como tú ya sabe lo que es -respondió Tummeler-. Lo publiqué durante la temporada alta, y abrí una tienda en Rivington Lañe, en el «barro» de los comerciantes. Incluso tenía un letrero que decía: «Autor de la localidad», pero...

—¿No has vendido ninguno? —preguntó Jack.

—Ni uno -admitió el tejón-. Pero tengo perspectivas.

—Bueno, considero que es una obra admirable -dijo Charles-. Gracias, Tummeler.

—Sabes -siguió el tejón-, siendo que no he vendido ninguno, tengo libros más que suficientes para daros una copia a cada uno...

—No, no, uno es perfecto -dijo John-. Ya tenemos un libro muy importante del que cuidar, ¿recuerdas? Cuidar de otro más será todo a lo que podremos dar abasto.

Tummeler mostró una expresión tan radiante ante el cumplido que dio la impresión de que iban a saltarle todos los botones de su chaquetilla.

—Muy sensato, maese estrepitoso. Que os vaya bien en vuestro viaje.

El tejón permaneció de pie en una pequeña elevación, agitando la pata a modo de despedida, mientras el *Dragón índigo* abandonaba la ensenada y se dirigía a mar abierto, y siguió diciendo adiós hasta mucho después de que la nave hubiera desaparecido de la vista.

Tercera parte

Los hijos de la Tierra



—Armaos y preparaos para ser abordados

Al interior de la oscuridad

Jack estaba de pie cerca de la proa de la nave, un poco molesto ante la recién descubierta seguridad en sí mismo de John. Aven y su tripulación recibían instrucciones del Custodio como si los fracasos de los días

anteriores no hubieran ocurrido jamás. Ya era bastante molesto que el sirviente de Avalon actuara como si John fuera un caballero en lugar de un simple estudioso mediocre de Oxford, pero lo que Jack no conseguía comprender era por qué Aven parecía olvidar y perdonar tan de prisa. No le molestaba que en su calidad de capitana, la joven tuviera que consultar con John los temas relativos a la navegación; pero sencillamente no comprendía por qué tenía que sonreírle sin parar mientras conferenciaban.

Los faunos parecían tener bien controlado el manejo de la nave, de modo que Jack se excusó ante el grupo y se marchó bajo cubierta para llevar a cabo cualquier cosa que pudiera hacerse en un barco que pareciera productiva y así pasar el rato.

—Hay unas cuantas lagunas en el orden -explicaba John mientras Jack se abría paso a codazos en dirección a la escotilla-, debido a los mapas oscurecidos. No creo que los mapas hayan desaparecido por completo. Si supiéramos qué provocó que se desvanecieran, a lo mejor podríamos invertir el proceso; pero es posible que el único que lo sepa sea el Rey del Invierno, y preferiría no tener que preguntarle, si podemos evitarlo.

—Cuando el Rey del Invierno conquista una tierra, ¿su mapa desaparece de la *Geographica*? —preguntó Bicho.

—Sí -respondió John-; los contornos de las tierras permanecen, pero éstas quedan cubiertas por una sombra.

Pasó varias páginas hasta llegar a uno de los mapas desaparecidos. Era una hoja de pergamino de color amarillento, como muchas otras, pero ocupando el lugar de las ilustraciones y las anotaciones había varios manchones difuminados y de gran tamaño, como si se hubieran borrado apresuradamente los dibujos.

—¿Qué sucede con la gente? —quiso saber Bicho-. ¿Con aquellos que viven en las Tierras Espectrales?

—Se convierten en algo llamado «Espectros» -respondió Bert-, aunque yo rara vez he visto a alguno.

—¿Es como ser un Wendigo? —preguntó Charles.

—Peor, si eres capaz de imaginarlo -repuso Bert-. Los Wendigos, por depravados que sean, son poco más que mercenarios. En cuanto a los Espectros, hace tiempo que se rumorea que son los siervos más malvados del Rey del Invierno. Son cascarones huecos, que viven sin tener una vida auténtica: figuras oscuras, envueltas en capas y mudas, que cumplen sus

órdenes sin discusión. Ni remordimiento -añadió-. Cómo sucede, no puedo decirlo; todo lo que sé es lo que cuentan las historias: que el Rey del Invierno roba y atrapa de algún modo las sombras de sus víctimas y después las obliga a servirle eternamente.

—¿Qué quieres decir con «vida auténtica»? — dijo Charles.

—Ése es otro rumor -repuso el hombrecillo-. Se dice que no se puede matar a los Espectros. De ser eso cierto, serían peores que cualquier Wendigo.

—¿Cuántos mapas de la *Geographica* están en sombras? — preguntó Aven mirando a John.

—Puede que una cuarta parte.

Nadie tuvo nada más que decir tras eso.

John calculó que la isla del Cartógrafo podría hallarse a todo un día de navegación, hora más, hora menos. Aven habló con Bert mientras Jack y Bicho fingían examinar uno de los desvencijados cañones situados cerca del camarote..., desde donde también podían observar a la capitana.

Aven echó una mirada en derredor y pescó a Bicho contemplándola fijamente. El muchacho pestañeó e inmediatamente empezó a examinar los nudos de las jarcias..., que se soltaron, con gran desaliento por parte de los faunos.

—Lo siento -se disculpó Bicho, que a continuación se trasladó rápidamente al otro extremo del barco mientras la tripulación volvía a tensar las jarcias.

Aven sonrió, luego frunció el entrecejo con expresión hosca.

—¿Qué sucede? — preguntó Bert.

—Ahí -indicó ella, señalando detrás de ellos.

En el horizonte, avanzando veloz desde el sol poniente, se veía la figura de un barco. El *Dragón Negro* había vuelto a encontrarlos.

La tripulación se movilizó a toda prisa, y a los pocos instantes ya no cabía la menor duda: era el barco del Rey del Invierno.

Aven siguió observando por el catalejo, como si confirmara algo que no esperaba ver.

—¿Qué sucede? — preguntó John.

—Problemas -dijo ella.

—¿De veras? — repuso John-. Vaya novedad.

Aven le dirigió una mirada asesina y se volvió hacia su padre, entregándole el catalejo.

—No me refería a eso. Lleva Espectros a bordo. Cuatro.

—¡Cuatro! —exclamó Bert, observando con detenimiento el barco que los perseguía—. Jamás he oído hablar de más de dos juntos a la vez. Si ha traído a cuatro de esos seres, la cosa no presagia nada bueno para nosotros.

—No te esfuerces en intentar animarnos, Bert -dijo Charles-. Creo que no podría ser más feliz.

—Nuestra única esperanza es dejarle atrás -indicó Aven-, y no creo que sea posible..., no sin Nemo para distraerlo y darnos tiempo para escapar.

—He estado examinando las reservas de armas de abajo -dijo Jack-. No tenemos gran cosa, ¿verdad?

Aven sacudió la cabeza.

—Llevamos poca carga para tener más velocidad... y de todos modos jamás estuvimos realmente equipados para combatir.

—Tengo una idea -dijo Jack-. Eh, tú, criado de pacotilla -llamó a Bicho-. Échame una mano bajo la cubierta.

—¿Qué estás pensando, Jack? —preguntó Aven.

—No hay tiempo para explicarlo -gritó él-. Sólo haz que los faunos preparen un cañón en la cubierta de popa.

—¿Popa? —exclamó ella.

—¡Hazlo y punto! —dijo Jack, al tiempo que desaparecía bajo la cubierta.

Al poco rato Jack y Bicho ya habían sacado una bala de cañón enorme y la cargaban en el cañón.

—Unas cuantas como ésa les darían una lección -indicó Charles.

—Es la única que tenemos -repuso Jack.

—Ya. Bien, pues -replicó Charles-, apunta como un hombre de Oxford, Jack.

—Ése es mi plan -dijo el otro-. Haznos girar -indicó a Aven-. ¡Rápido!

—Estarán preparados para algo así -le chilló ella como respuesta-, desde la maniobra de la última vez.

—Con eso cuento -respondió él-. ¡Haznos girar! ¡Rápido!

La tripulación hizo virar la nave y la dirigió hacia el *Dragón Negro*. Tal y como Jack había previsto, el barco de más tamaño aminoró la velocidad para no perder demasiada distancia cuando el *Dragón índigo* pasara.

Una lluvia de flechas y lanzas cayó sobre la cubierta mientras pasaban raudos junto al barco enemigo, y Aven trepó a las jarcias para poder ver mejor a su adversario.

–Esa era nuestra ventaja, que hemos usado y que ya no tenemos -gritó desde arriba a Jack-. No dejarán que nos distanciemos lo suficiente para volver a virar, y son demasiado veloces para perdernos.

–No importa que sean más veloces si no pueden gobernarlo -dijo Jack mientras dejaban atrás la popa del *Dragón Negro*-. ¡Fuego! ¡Ahora! ¡Ahora!

Los faunos encendieron la mecha, y al instante un retumbo surgió del cañón, expulsando con él su solitario proyectil.

La bala de hierro salió disparada por los aires y dio en el blanco, justo en el punto que Jack quería alcanzar. El timón del *Dragón Negro* se hizo pedazos en medio de una explosión de madera astillada y hierro.

La tripulación del *Dragón índigo* vitoreó y se apresuró a izar las velas para obtener velocidad. John, Charles y Bert palmearon con entusiasmo la espalda de Jack, y, lo que fue aún mejor, Aven descendió de su puesto y le besó en la mejilla. Únicamente Bicho parecía desconcertado.

–No quisiera ser un aguafiestas -dijo-, pero no creo que esto haya terminado aún.

Tenía razón. A pesar de haber perdido el timón, la tripulación a bordo del *Dragón Negro* no efectuaba el menor esfuerzo para responder siquiera a aquella pérdida. Seguía moviéndose de un lado a otro, maldiciendo y blandiendo armas, y dando toda la impresión de no haber completado ni con mucho el preámbulo de aquel preludio náutico.

De improviso, de un modo inexplicable, el *Dragón Negro* giró violentamente, y, adquiriendo velocidad, empezó a dirigirse directamente hacia el *Dragón índigo*.

–Pero... ¡pero si ya no tienen timón! – exclamó Jack, incrédulo-. En nombre del cielo ¿cómo han conseguido virar así?

–Sólo existe una respuesta -dijo Bert-. El *Dragón Negro* no es sólo un nombre, sino que se trata de un auténtico barco dragón; aunque cómo consiguió hacerse con uno no puedo ni imaginarlo. Los barcos dragones tienen vida y voluntad propias... y disponen de más poderes que los navios corrientes.

–Entonces, ¿qué hacemos ahora? – inquirió Jack.

En respuesta, Aven desenvainó su espada.

–Haremos lo que podamos. Armaos y preparaos para ser abordados.

Mientras los faunos trabajaban para extraer más velocidad del *Dragón índigo*, Bert, Bicho, Jack y Charles se repartieron el armamento restante, que era viejo y estaba más bien deteriorado. John había desaparecido.

–Vaya -dijo Jack-, el único soldado que hay entre nosotros y se esconde en alguna parte. No me sorprende que lo enviaran de vuelta a casa.

Charles lanzó una mirada desaprobadora a su amigo más joven pero no dijo nada, devolviendo en su lugar la atención al barco que se aproximaba rápidamente.

Con la facilidad nacida de una fuerza motriz superior, el *Dragón Negro* se deslizó junto al *Dragón índigo* y apuntó a la nave con una pareja de cañones.

–Cielos -dijo Bert, cuando los cañones retumbaron sonoramente y masas de hierro ardiente chirriaron en el aire por encima de sus cabezas.

–¿No apunta para hundirnos? – gritó Charles.

–No puede arriesgarse a perder lo que busca -respondió Jack a gritos-. Todavía quiere la *Geographica*. Y ahora que la nombro ¿dónde está John y ese maldito libro?

–Le vi entrar en la cabina -aulló Charles.

–Era de esperar -dijo Jack, mientras los cañones del *Dragón Negro* proseguían con su fuego implacable.

Bert y Aven discutían sobre la estrategia a seguir (ella abogando por maniobras más ofensivas, él abogando por la huida), y John acababa de volver a salir para empuñar una espada y unirse a la refriega cuando una bala de cañón bien dirigida hizo pedazos la vela mayor y puso fin a cualquier debate. Un segundo disparo destruyó el timón. Y un tercero, ante su horror, arrancó limpiamente el mascarón mismo -el alma del barco dragón- de la proa. El *Dragón índigo* quedó inmovilizado en el agua.

Fue sólo cuestión de minutos que la nave más pequeña fuera invadida por Wendigos. Cualquier bravata que las espadas de los camaradas hubieran hecho nacer se la tragó el sentido común, y todos soltaron las armas.

Los Wendigos los obligaron a arrodillarse, atándoles las manos a la espalda, y luego los colocaron en fila a lo largo de la barandilla opuesta.

Los sirvientes del Rey del Invierno habían empezado a encender antorchas, que proyectaban sombras espantosas sobre la cubierta; entretanto, sin hacer caso de las vehementes protestas de Aven, los faunos

fueron conducidos a bordo del *Dragón Negro*, lanzando lastimeras miradas a su espalda mientras se marchaban.

—Supongo que los pondrán al servicio del Rey del Invierno... -aventuró Charles.

—No exactamente -dijo Aven, contemplando las miradas voraces que los Wendigos dedicaban a sus nuevos camaradas-. Más que servirle a él serán servidos a su tripulación.

—¡Dios santo! — musitó Charles.

—Con todo, puede que sean más afortunados que nosotros -comentó Bert-. Mirad... tenemos más visitas.

Dos de los Espectros habían subido a cubierta, haciendo con su presencia que la atmósfera se tornara gélida. Por donde pasaban, el color parecía desvanecerse del mismo aire. Las túnicas que llevaban eran anodinas y negras; unas capuchas ocultaban sus rostros. Únicamente las manos, pálidas y etéreas, que se extendían por debajo de las mangas, confirmaban que los Espectros habían sido humanos en otra ocasión. Incluso los Wendigos se hacían a un lado a su paso.

—¿Eso es un Espectro? — susurró Jack a Charles-. No me parecen muy aterradores. No sé por qué Bert y Aven se pusieron tan nerviosos al pensar en ellos.

Justo entonces, uno de los faunos escapó de sus captores y corrió chillando por la pasarela de vuelta al *Dragón índigo*. Moviéndose a una velocidad increíble, el primero de los seres fue a colocarse frente a la criatura que huía. El fauno frenó en seco.

El Espectro alargó el brazo y sujetó a la desdichada bestia por su propia sombra. El fauno empezó a revolverse como si fuera una marioneta, soltando un alarido que quedó interrumpido cuando su sombra se desgajó de él atrapada en la mano de su captor.

El ser apretó entonces su trofeo contra el pecho, y mientras ellos observaban, la sombra del fauno se bamboleó y desapareció, y la sustancia del Espectro pareció oscurecerse más.

El fauno cayó al suelo, con los ojos vidriosos y en blanco. El color había desaparecido de su piel y pelaje junto con su sombra, dejándolo casi como si estuviera muerto. O peor. El cuerpo inerte caído en la cubierta normalmente habría resultado una tentación demasiado fuerte para que los

Wendigos pudieran resistirse a ella, pero éstos se mantuvieron bien apartados de la figura inmóvil.

Ninguno de los camaradas tuvo nada que decir sobre los Espectros después de eso.

Entonces otra figura subió a bordo, y por primera vez, los jóvenes pudieron echar un buen vistazo a su perseguidor, a su adversario, al hombre llamado Rey del Invierno.

No era alto; más bajo en realidad de lo que habrían esperado. Su aspecto y atuendo era el de un mongol, pero de casta superior: más un Genghis Khan que un Atila el Huno. La piel era aceitunada y relucía con el sudor del combate. Lucía un bigote fino y una barba rala en concordancia con el altanero aire asiático de su apariencia, pero incluso su zancada denotaba poder. Incluso John tuvo que admitir de mala gana que el porte y la actitud del Rey del Invierno, no obstante ser el enemigo, emanaba una nobleza regia que exigía atención, si no respeto.

Además, de un modo de lo más inquietante, el Rey del Invierno no proyectaba ninguna sombra.

Con todo, la característica más distintiva de su aspecto era su mano derecha..., o más bien, su ausencia. En el lugar que debía ocupar la mano había una abrazadera de acero reluciente terminada en un afilado garfio.

El Rey del Invierno cruzó la cubierta del *Dragón índigo* e inspeccionó a sus cautivos. Aven le escupió, y acertó en la mejilla.

El hombre se pasó la mano izquierda por el rostro y limpió la saliva, que luego lamió, provocando una gran repugnancia en los camaradas.

—No es la recepción que había esperado... Pero tampoco es inesperado.

La voz era vagamente europea, con un acento difícil de identificar. Las inflexiones y el tono parecían a partes iguales ingleses y romanos, en el sentido antiguo del término. Sin embargo, el Rey del Invierno hablaba con un timbre de autoridad que no admitía oposición.

—Navegaste con el indio, ¿verdad? —preguntó a Aven, casi con indiferencia—. Eras su primer oficial, según recuerdo. Deberías haber permanecido con él. Habría sido mejor para ti.

—Se te escapó, ¿verdad? —inquirió ella.

Un relámpago casi imperceptible de rabia cruzó las facciones del Rey del Invierno.

–Por el momento. Pero ya arreglaremos cuentas, creo, en el futuro. Fue una equivocación mía enfrentarme en combate al *Dragón Amarillo*; el retraso que provocó fue suficiente para impedirme llegar a tiempo a Paralon para el consejo, de lo contrario, ahora sería vuestro rey.

–Ni en broma -dijo Berf-. Deberías haber construido un Parlamento mejor.

El Rey del Invierno fue hacia el hombrecillo, sonriendo en lo que casi era una expresión de camaradería.

–Vaya... Mi viejo amigo el Viajero a Tierras Lejanas.

–Nosotros no somos amigos -dijo Bert.

–Muy cierto -repuso el Rey del Invierno-; gracias por hacérmelo notar.

– Volvió a avanzar para colocarse frente a John, Jack y Charles-. Y ¿quiénes podríais ser vosotros tres? ¿Más Custodios reclutados de entre los hijos de Adán y Eva?

–Yo soy el Custodio -se apresuró a decir John-. Ellos no son más que amigos míos.

–Qué noble -repuso el Rey del Invierno- al intentar atraer la atención sobre ti mismo. Eso no les va a ayudar, te lo advierto, pero es un noble esfuerzo, de todos modos. Y tú -continuó, volviéndose hacia Bicho-. ¿Qué eres tú?

–Soy su escudero -respondió él, indicando a John con la cabeza.

Los ojos del Rey del Invierno se abrieron de par en par.

–¿Su escudero?

–Sí -dijo Bicho-; pero tengo intención de convertirme en caballero.

–¿De veras? ¿Has recibido adiestramiento en el arte de la caballería?

–Creí haber matado un dragón en una ocasión -contestó él-, pero recientemente descubrí que estaba equivocado. Así que, no, en realidad no. Pero creo que lo haré bien, y estoy mejorando mucho con la espada, de modo que deberías dejar que nos fuéramos antes de que sir John y yo nos enojemos de verdad y os hagamos prisioneros a tu tripulación y a ti.

–Vaya, ¡jo, jo! – rió el Rey del Invierno-. Creo que éste es el que más me gusta. Tiene más coraje que el resto de vosotros juntos.

Se volvió otra vez en dirección a John.

–Os superamos en número, en cañones y en maniobrabilidad. Y podría mataros a todos con decir una sola palabra. Pero ya sabes lo que quiero realmente.

–Sí -dijo John.

–Ah, muchacho... -intervino Bert.

–No pasa nada, Bert -respondió John-. Si le damos lo que quiere, no le hará daño a nadie. ¿No es cierto?

–No he dicho tal cosa -replicó el Rey del Invierno-. Pero no existe la menor duda de lo que sucederá si no cooperáis.

–Está en el camarote -dijo John, asintiendo-, envuelto en tela encerada, dentro de una bolsa de cuero cerrada con hebillas.

Aven siseó algo ininteligible y volvió la cabeza. Charles y Bert se encorvaron visiblemente, y Jack miró al frente, con la vista fija en el *Dragón Negro*. Sólo Bicho pareció actuar como si John hubiese hecho lo correcto..., y ciertamente, había hecho lo único que podía hacer.

Uno de los Espectros cruzó raudo la puerta del camarote y emergió al poco con el paquete envuelto en tela encerada, que entregó al Rey del Invierno.

–La *Imaginarium Geographica* -murmuró éste con lo que era casi un ronroneo mientras acariciaba la envoltura-. Espléndido. Se pueden encontrar infinidad de maravillas en este libro, si uno sabe cómo distinguirlas..., pero tú no sabes, ¿verdad? De lo contrario, jamás habría podido alcanzarlos.

El rostro de John estaba rojo de vergüenza, pero el joven permaneció en silencio.

–Creo que nuestra tarea casi ha concluido -dijo el Rey del Invierno-, excepto por uno o dos cabos sueltos.

Hizo un ademán con el garfio, y un puñado de Wendigos trajeron una figura que gimoteaba y se debatía desde el *Dragón Negro*. La arrojaron sobre la cubierta al lado de los camaradas, y cuando alzó la cabeza, todos se quedaron boquiabiertos por la sorpresa al reconocer al hombre.

Era el senescal de Paralon.

–¡Por favor! – suplicó el senescal-. ¡Ayudadme!

–¿Nos lo pide a nosotros o se lo pide a él? – dijo Charles a Bert-. Porque en este momento no me inspira demasiada compasión.

El hombre escuchó lo que susurraban y se arrojó a la cubierta, lloriqueando.

–Ya no te necesito, Magwich -indicó el Rey del Invierno al hombre postrado en el suelo-. Pero otro puede venir conmigo, si lo desea.

Había avanzado a lo largo de la fila formada por los jóvenes y estaba en aquellos momentos parado literalmente ante Jack.

—¿Qué? —dijo éste-. ¿Yo?

—Tú -respondió el Rey del Invierno-. En nuestro anterior encuentro, vi lo suficiente para comprender que se debió a tu inventiva que el *Dragón índigo* consiguiera escapar. Y en nuestra batalla recién concluida, volviste a demostrar que eres ingenioso, valeroso y un adversario más que digno.

—Puaf -dijo Aven-. No puedes hablar en serio.

—Claro que lo hago -repuso el Rey del Invierno, que no había apartado los ojos de Jack-. No todos mis sirvientes son Espectros. Algunos de ellos..., los más admirables..., han elegido hacer uso de la grandeza para forjar su propia senda...

—Su propia senda como tus lacayos, querrás decir -interpuso Bert.

—Exprésate en un lenguaje respetuoso, Viajero a Tierras Lejanas -replicó el Rey del Invierno-. Por lo que puedo recordar, has tenido más bien poco éxito con tus protegidos. Parece que, o bien te abandonan o acometen la tarea con poco entusiasmo. Sé honrado contigo mismo; te defines como «bueno», y me calificas de «malvado», pero parece que son mis seguidores y no los tuyos los que viven según el coraje de sus convicciones.

—¿Por eso tuviste que matar a los reyes y reinas del Parlamento -inquirió Bert- y reemplazarlos con artilugios mecánicos?

El Rey del Invierno lanzó una mirada venenosa al atemorizado senescal.

—Aquellos juguetes no estaban creados para tomar parte en debates, y mucho menos para funcionar indefinidamente -dijo-. Sólo debían mantener una apariencia de orden hasta que pudiera asumir mi lugar en la Silla de Plata. Pero te equivocas en una cosa: no maté a los reyes y reinas. Siguen sirviendo... sólo que de un modo distinto.

Hizo un gesto con el garfio, y los dos Espectros se quitaron las capuchas. Tanto Aven como Bert lanzaron una exclamación ahogada de reconocimiento.

—El Rey de Corazones -empezó Bert.

—Y el Rey de Picas -finalizó Aven.

En el *Dragón Negro*, los otros Espectros también se retiraron las capuchas, y un movimiento de cabeza de Bert confirmó que eran los otros dos monarcas, el de Tréboles y el de Diamantes.

—No querían unirse a ti, de modo que robaste sus espíritus y les forzaste a servirte -dijo Bert.

—Las excepciones que confirman la regla -respondió el otro, encogiéndose de hombros-. Eso hace que los otros se sientan mucho más decididos a no decepcionarme. De todos modos, son simples sirvientes, y a pesar de lo poderosos que son, no siempre son tan útiles como los Wendigos, que tienen más...

—¿Vida? — dijo John.

—Iba a decir «sustancia» -repuso el Rey del Invierno-, pero sí, vida. Que es lo que le ofrezco al joven Jack: vida eterna. La posibilidad de no envejecer jamás. Arroja a un lado voluntariamente aquello que te convierte en humano y débil... Deja de lado tu espíritu y conviértete realmente en un Sin Sombra, y descubrirás un poder que te hace más grande que cualquier rey.

Volvió a mirar a Jack.

—Así pues, ¿qué será? Sé que tienes un conflicto interno, pero así es la vida; así son las elecciones que realizas y las consecuencias que acarrear. ¿Quieres convertirte en un rey pirata y recorrer una senda de aventura conmigo? ¿O quieres permanecer con este anciano vagabundo acabado y convertirte en uno de sus muchachos perdidos, pasando tus días sepultado bajo montones de libros polvorientos?

—Ten... tengo que pensarlo -respondió Jack.

—¡Jack! — siseó Charles-. No es posible que estés considerando...

—Jack -dijo Aven, con una sinceridad excepcional en la voz, y una curiosa dulzura, también-. Por favor, no le escuches. Eres mejor que él..., tú lo sabes.

Jack contempló los rostros ansiosos y suplicantes de sus compañeros, luego se irguió y miró al Rey del Invierno.

—Gracias, de todos modos. Pero no puedo ir contigo.

El Rey del Invierno miró a Jack y se acarició la barbilla con el reluciente garfio, reflexionando. De improvviso se acercó más y Jack hinchó el pecho en lo que esperó pareciera más un gesto de desafío que de temor.

El joven sintió el cálido aliento de su captor mientras el Rey del Invierno se inclinaba hacia él y empezaba a susurrar en su oído. Habló en un tono demasiado bajo para que los demás pudieran oírle, y el rostro de Jack no dejó entrever el contenido de las palabras.

Al cabo de un momento, el Rey del Invierno se enderezó, giró sobre los talones, y cruzó de regreso a la cubierta del *Dragón Negro*.

Uno de los Espectros indicó con un ademán hacia el *Dragón índigo* y los cautivos, inquirendo sobre qué hacer con ellos.

El Rey del Invierno sopesó el paquete que tenía en la mano y lanzó un resoplido, dando la orden sin siquiera echar una ojeada superficial a su espalda.

—Rompedlo. Rompedlo en pedazos, y dejad que se ahoguen.



—Conozco a todos los Hijos de la Tierra

Abandonados en el mar

—Vaya, en menudo berenjenal nos hemos metido -declaró Charles-. Aunque creo que casi agradeceré ahogarme si me evita tener que escuchar este lloriqueo.

El senescal de Paralon había empezado a proferir una serie de lamentaciones en tono agudo, salpicadas por frecuentes bufidos y jadeos. Charles le dio una patada, cosa que sólo consiguió que el aterrado hombre gimiera en tono aún más fuerte.

—Déjale en paz -dijo John-. De todos modos, no nos sirve de nada.

—Es todo culpa tuya -dijo Bicho al senescal-. No eres ni un Espectro, ni un Sin Sombra. Ni siquiera eres un Wendigo. ¿No se te ocurrió que tu amo simplemente podría prescindir de ti un buen día?

—Es patético -indicó Charles-. Ni siquiera es la mano derecha del Diablo. No es más que un lacayo que corre a la esquina a comprarle tabaco. El aludido sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz.

—No soy más que un trabajador contratado... no merezco ser tratado de este modo.

—¡Maldita sea! — exclamó Charles-. Tienes las manos libres, estúpido! ¡Desata al resto de nosotros!

—No quiero hacerlo -respondió él, despectivo-. Me golpearéis, o me aporrearéis o me haréis algo igualmente asqueroso. Y creo, bien mirado, que casi prefiero ahogarme sin recibir una paliza primero.

—Idiota -dijo Aven-. ¿Es que no sabes nadar?

—No.

—Si estuviéramos libres, ninguno de nosotros se ahogaría... ¡tampoco tú!

El resto asintió con entusiasmo, sin perder de vista al *Dragón Negro* que se alejaba.

—¿Lo prometéis? — inquirió él, mirando con recelo a Charles.

—Lo prometo -dijo Charles-. Desátanos y no habrá aporreamiento hasta que estemos a salvo en tierra firme.

—De acuerdo -respondió el senescal-. Ahora, si pudiera tener eso por escrito...

Charles lanzó un grito y dio una patada a Magwich en la cabeza. El senescal de Paralon cayó sobre la cubierta, sin sentido.

—Fantástico -observó Jack, mientras el otro barco viraba y empezaba a acercarse a ellos a toda velocidad-. Era nuestra única posibilidad.

—Lo siento, lo siento -dijo su compañero-. Pero ¿puedes culparme por ello?

—En realidad, no -admitió Jack.

–Apuntalaos bien -aconsejó Bert-. Aquí viene el *Dragón Negro*.

Los camaradas apenas tuvieron tiempo de reaccionar antes de que el enorme barco negro embistiera al indefenso *Dragón índigo*, partiendo la nave en dos.

La zona de popa del barco empezó a hundirse casi de inmediato y ellos se vieron arrojados violentamente al agua. La proa seguía a flote, pero se hundía rápidamente, y a cada momento se extinguían más antorchas, sumiendo a los náufragos en la oscuridad.

El *Dragón Negro* ya había empezado a alejarse. Al parecer el Rey del Invierno tenía plena confianza en que no habría rescate posible para los indefensos camaradas.

Cometió un error que cualquiera de ellos podría haber cometido: subestimó a Bicho, cuyas manos quedaron libres a los pocos instantes de que todos cayeran al agua.

Nadando veloz entre ellos, el muchacho liberó primero a John, y luego a Aven, que desató a su padre y a Jack. Jack liberó a Charles, que entonces comprendió que tendría que responsabilizarse del inconsciente senescal, no fuera éste a ahogarse.

–¡Maldita sea! – exclamó Charles.

Jack y Aven se alejaron nadando de los pedazos de la nave que se hundían, en tanto que John nadaba hacia ella, desapareciendo en el interior del camarote justo antes de que quedara totalmente sumergido. Reapareció momentos más tarde.

–He ido a por mi chaqueta -anunció con una amplia sonrisa.

–Realmente necesitas revisar tus prioridades -indicó Charles.

–Mira quién habla -dijo Jack, señalando al desventurado senescal, que empezaba a despertar.

–Tienes razón -dijo Charles.

Bert era quien lo tenía peor, pues llevaba puestas más prendas que el resto de ellos; prendas que habían quedado empapadas de inmediato.

–Ya te tengo -dijo Bicho, prestando ayuda a su compañero de más edad.

–Gracias -dijo Bert-. ¿Cómo te las apañaste para liberarte?

–Fácil. – El muchacho sonrió complacido-. Lecciones de natación en Avalon. Las Morganas me ataban las manos a la espalda todas las mañanas y hacían que el Caballero Verde me llevara a remo hasta el centro del estanque, donde yo tenía que liberarme y nadar de vuelta.

–Eso es terrible.

–Qué va -respondió Bicho-. La única parte realmente difícil era conseguir salir del saco de arpillera.

–¡Jack! – gritó Aven-. ¡John necesita tu ayuda!

John estaba en verdaderos apuros. Pedaleaba en el agua, pero rodeaba con los brazos su chaqueta, que había doblado en un fardo que aferraba contra el pecho, y aquella posición hacía casi imposible que pudiera mantener la cabeza fuera del agua.

Con brazadas enérgicas y seguras, Jack alcanzó a su compañero en unos segundos y lo tumbó boca arriba para arrastrarlo con él. John se negó a soltar la chaqueta y siguió tragando agua por su culpa.

–Creo que ha vuelto a caer en una especie de conmoción -dijo Jack-. No me va a ayudar demasiado, y no podré sostenernos a ambos durante mucho tiempo.

–No creo que vayas a tener que hacerlo -replicó Bert, indicando el cielo nocturno iluminado por la luna-. Mirad.

Muy por encima de sus cabezas, describiendo círculos, observando, había varias aves enormes, con una envergadura tan amplia como la cubierta del *Dragón índigo*.

–¿Son pájaros? – preguntó Charles-. Nunca había visto nada parecido.

–Unos pájaros tremendamente grandes -dijo Jack.

–Calma, muchachos -indicó Bert-. Son amigos... creo -añadió rápidamente.

Siete grullas enormes de color carmesí y plata descendieron planeando oblicuamente a contracorriente de la brisa, y una a una rescataron a cada uno de los camaradas con unas garras afiladas que poseían una fuerza increíble. Finalizado el rescate, las grandes aves giraron y volaron raudas hacia el horizonte meridional, mientras abajo, los últimos vestigios de lo que había sido el *Dragón índigo* se hundían bajo las aguas.

Los compañeros despertaron de uno en uno y se encontraron sobre una playa, a la vez refrescados y secándose merced a una suave brisa procedente del sur. No había ni rastro de las aves gigantes que los habían rescatado del mar.

Los náufragos estaban desperdigados a lo largo de unos cincuenta metros de arena, muy lejos de la línea de pleamar. Era evidente que sus rescatadores habían querido que estuvieran bien a salvo en la parte más

elevada de la playa, donde podían dormir sin temor a verse arrastrados de nuevo al agua al crecer la marea.

John yacía totalmente estirado, dormitando, con la cabeza apoyada en la chaqueta y el rostro mirando hacia el sol naciente.

Bert estaba varios metros a su derecha, roncando tranquilamente, e incluso, había conseguido conservar el sombrero no se sabía cómo.

Un poco más allá, a la izquierda, y con gran disgusto por parte de Jack, Aven se había dormido con la cabeza acurrucada en el ángulo del codo de Bicho, mientras que entre unos y otros, Charles y él se apiñaban con el senescal de Paralon, que los observaba con ojos entrecerrados.

–Muy bien, imbécil -dijo Charles, sentándose muy erguido a la vez que agarraba al senescal por las solapas-, duerme o despiértate, pero te partiré la cabeza con un coco como se te ocurra espiarnos para ese rey tuyo.

Ante aquello el senescal empezó a proferir unos alaridos tan lastimeros que todos despertaron en seguida, e incluso se sintieron un tanto compadecidos.

–Le has dado un buen susto, Charles -dijo John, bostezando-, pero ¿no podrías hacer que se callara?

–¿Qué fue lo que le llamó el Rey del Invierno? – intervino Jack-. ¿Gusano?

–Magwich, si no te importa -repuso él, sorbiendo por la nariz-. Me llamo Magwich. Y yo era su prisionero, igual que vosotros.

Aven había despertado y parpadeó adormilada unas cuantas veces antes de darse cuenta de en qué posición había terminado y junto a quién.

Rápidamente, Bicho y ella se levantaron y desperezaron, deseando que el resto no advirtiera que ambos estaban ruborizados.

–Así que, um, ¿qué tal has dormido? – preguntó Bicho.

–Estoy mojada -dijo Aven-. Odio dormir con la ropa mojada.

–Tienes buen aspecto con la ropa mojada -manifestó Bicho.

–Ah, cállate -dijo ella, incapaz de ocultar la veloz sonrisa que apareció en su rostro mientras lo decía; la joven se encaminó al holgado círculo que se estaba formando alrededor al senescal-. ¿Qué lloriquea este idiota?

–Afirma que era un prisionero del Rey del Invierno -respondió Charles-. Lo que no explica por qué no estaba atado como el resto de nosotros. Ni tampoco explica el comentario sobre haber sido «útil».

—¿Por qué razón me miráis así? — dijo Magwich-. ¡Era su rehén, no su colaborador!

—Ummm... ummm -repuso John-. Como si fuéramos a creerte.

—¡Me utilizó! — gimió Magwich-. ¡Yo no quería hacerlo, pero me obligó!

—Es posible -admitió John-. Al fin y al cabo, Tummeler y los otros animales fueron utilizados del mismo modo.

—De nada serviría ocultar su lealtad al Rey del Invierno ahora -indicó Bert, asintiendo-. Sucediera lo que sucediese antes, está claro que quería que muriese junto con el resto de nosotros.

—Sin duda -dijo Aven-, puesto que el Rey del Invierno ya no necesitaba sus servicios. Él mismo lo dijo. Propongo que lo matemos y nos ahorremos la molestia de vigilar nuestras espaldas.

—Lo secundo -repuso Charles.

—Sois un poco sanguinarios, ¿no te parece, Charles? — observó John.

—Soy editor de textos -respondió él-. Debo tomar decisiones así a todas horas.

—Pues deberías mirar a ése, si quieres erradicar a un traidor -dijo Magwich, apuntando con un dedo acusador a Jack-. Está claro que el Rey del Invierno tenía algo que decirle sólo a él.

—Ni siquiera comprendo lo que me susurró -replicó Jack-. Y vosotros visteis el resto; me pidió que me uniera a él, y le dije que no.

—Pero lo consideraste -indicó Magwich.

—No te vi atado -contestó Jack-. Tenías las manos libres. Si todo iba tan mal a bordo del *Dragón Negro*, ¿por qué no te arrojaste por la borda?

—Odio el agua -dijo el senescal-. No sé nadar. Odio todo este ir y venir de barcos. Si el Rey del Invierno no me hubiese necesitado para llevar a cabo ese pequeño engaño en Paralon, podría haberme dejado tranquilamente en Londres... y creedme, yo habría estado mucho mejor.

—Hablando de Paralon, parecías más un defensor suyo que un rehén -comentó Charles-. Y... aguarda. ¿Has dicho que estabas en Londres?

—¡Lo sabía! — exclamó John, apartando a Charles de un empujón para pegar su nariz a la de Magwich-. Sabía que te había visto antes.

Se volvió hacia sus compañeros.

—Estuvo en Londres... y en Staffordshire antes de eso. Estaba en el tren conmigo, y volví a verle otra vez en los muelles, con los Wendigos.

Otra pieza del rompecabezas que encajaba.

–Fuiste tú quien condujo a los Wendigos hasta el club -siguió diciendo John al atemorizado Magwich-. ¡Tuvimos que salir huyendo para salvar la vida, y todo fue por tu culpa!

–¡No para mataros! – tartamudeó el aterrado senescal-. ¡Sólo para localizar el libro! ¡Eso era todo! ¡Todo lo que él quería era el libro!

–¿También lo condujiste hasta el profesor? – inquirió Bert-. ¿Le ayudaste a asesinar a mi amigo?

–Claro que no -respondió Magwich con cierto alivio-. Sólo se suponía que debía conducirle hasta éste... -señaló a John-, pero él tampoco tenía la *Geographica*. Todos conseguisteis escapar de él de todos modos, así que ¿cuál es el problema?

–He cambiado de idea -dijo John, volviéndose hacia Charles-. Adelante, puedes matarlo.

Magwich volvió a chillar con voz aguda y empezó a correr hasta que comprendió que la sugerencia de John no iba en serio... por lo menos en su mayor parte.

–Nada de esto importa -declaró Aven-, porque consiguió lo que buscaba. El Rey del Invierno tiene la *Imaginarium Geographica*.

–No, no la tiene -dijo John, y tomó la chaqueta enrollada en la que había apoyado la cabeza y empezó a desplegarla.

–Si no hubieses estado tan decidido a no perder tu chaqueta -observó Jack-, no habría tenido que salvarte, ya sabes.

–No creas que no te estoy agradecido, pero no era la americana lo que intentaba salvar -replicó John-. Era lo que había envuelto en ella.

El joven abrió los faldones para dejar al descubierto una *Imaginarium Geographica* ligeramente húmeda pero por otra parte intacta.

Todos se apelotonaron a su alrededor lanzando exclamaciones de sorpresa y silbidos de estupefacción, excepto Magwich, que se mantuvo apartado, resoplando con desdén ante la camaradería de los demás.

–Muchacho -dijo Bert, sonriendo de oreja a oreja-, lo que has hecho hoy es digno del puesto de Custodio.

–Bravo, John -dijo Charles.

–Lo admito, estoy impresionada -declaró Aven-. Pero si tú tenías la *Geographica*, ¿qué estaba envuelto en la tela encerada que robó el Rey del Invierno?

Jack lo comprendió antes que el resto, y se desternilló de risa.

–¡Desde luego! Tenía la forma justa, el tamaño justo...

–Pensé que podría darnos unos minutos, pero jamás pensé que fuera a funcionar tan bien -dijo John con una amplia sonrisa-. Le entregué el libro de recetas de Tummeler.

–Así que por el momento -indicó Charles-, parece que hemos recuperado la ventaja, al menos con respecto a lo que quiere y lo que tiene. Pero el interrogante sigue ahí: ¿por qué quiere el Rey del Invierno la *Geographica* con tanta urgencia que sería capaz de destruir el Archipiélago para conseguir hacerse con ella?

Como uno solo, los camaradas se volvieron para mirar a Magwich, que suspiró con resignación.

–El Anillo del Poder -respondió éste en tono hosco-. Necesita la *Geographica* para encontrar el anillo del Sumo Monarca.

Los muchachos intercambiaron miradas de perplejidad, y Charles se acuclilló ante el enfurruñado senescal de Paralon.

–¿Para que necesita el anillo del Sumo Monarca? – preguntó-. ¿Qué lo convierte en tan importante?

–Los dragones -respondió Magwich-. Lo explica en el interior de ese libro vuestro. La invocación adecuada, leída por el Sumo Monarca mientras luce el Anillo del Poder, llama a los dragones.

–Así que ése, precisamente, es el auténtico poder de la Silla de Plata -dijo Bert-. La facultad de controlar a los dragones implicaría la facultad de controlar las fronteras entre los mundos, por no decir la totalidad del mismo Archipiélago.

–Precisamente. – Magwich asintió-. El Rey del Invierno cree que la ubicación del anillo está oculta dentro de la *Geographica*. Si la utiliza en conjunto con la invocación, piensa que los dragones regresarán al servicio del nuevo Sumo Monarca.

–Bueno, pues ha tenido mala suerte por partida doble -anunció Jack, arrojando al aire una baratija sacada del bolsillo de su chaleco y volviéndola a atrapar- porque yo tengo el anillo del Sumo Monarca justo aquí.

–¿Qué? – chilló Magwich, levantándose bruscamente- ¿Quieres decir que lo has tenido todo el tiempo?

–Desde aquella trifulca en Paralon -respondió Jack_- Nos lo dio...

–Un aliado del antiguo rey -interpuso Bert-. Pero recuerda..., se nos advirtió que podría no ser lo que creemos que es.

–Me pregunto si era ése el motivo por el que el Rey del Invierno se esforzó tanto por convencerte para que te unieses a él -dijo Charles a Jack-. A lo mejor percibió que lo tenías

–No es probable -observó Aven-. Pensaba que se llevaba la *Geographica*. ¿Por qué dejar el anillo atrás cuando ese era parte del motivo por el que necesitaba el libro en primer lugar?

–Creo que he encontrado la invocación de la que habla -dijo John, que había estado hojeando el atlas- Sí que dice algo sobre un «Anillo del Poder», y sobre conjurar a los dragones, pero está en una combinación de latín y egipcio. Necesitaré un rato para descifrarla.

–¡Qué novedad! – exclamó Aven-. Al menos le impediste conseguir el atlas -finalizó en lo que era prácticamente un cumplido-. No eres ni de lejos tan tonto como creía que eras.

–Muchísimas gracias -respondió John.

–No quisiera interrumpir vuestra discusión, sir John -intervino Bicho, que había estado observando los acontecimientos desde una cierta distancia-, pero un gato muy, muy grande nos observa.

Una enorme criatura dorada, con la melena ondeando a un lado y a otro a impulsos de la brisa, estaba sentada justo en el interior de la línea de árboles a unos nueve metros de distancia. Los contemplaba con una expresión indolente y desinteresada, como si se tropezara con viajeros naufragados en la isla cada dos por tres.

–Eso no es un gato -contestó Jack, con la voz tan queda como le fue posible-. Es un león.

–¡Ah! – exclamó Bicho-. El Caballero Verde me habló de ellos. Dijo que a los leones los llamaban los reyes de la selva.

Antes de que ninguno de ellos pudiera detenerlo, el muchacho se marchó a grandes zancadas hacia el enorme felino, con la mano extendida. En lugar de convertir al jovenzuelo en un conveniente tentempié, como casi esperaban que sucediera, el león dejó que Bicho le acariciara la melena y luego le rascara detrás de las orejas. Un sordo retumbo empezó a emanar de la bestia, y al cabo de un instante comprendieron que ronroneaba.

–Me golpeé la cabeza -dijo Charles-. Me golpeé la cabeza en el naufragio, y ahora vuelvo a ver visiones.

La atención de los camaradas había estado tan fija en el león que justo en ese momento se dieron cuenta de que no estaba solo. Por todo el bosque,

bajo los árboles y subidos a ellos, había cientos de felinos y todos observaban con atención a los recién llegados de la playa.

—No puedo decir si tenemos problemas o no -indicó Charles-, pero me alegro de que Bicho se hiciera amigo del grandote primero.

—Felinos... -reflexionó Bert-. Una isla de felinos... Eso me resulta muy familiar. ¿John? ¿Podríamos consultar la *Geographica*?

—Desde luego.

Abrieron el libro, y John se lo entregó a Bert.

—Sé que está aquí en alguna parte -declaró éste-. Estará entre las páginas del final, cerca del mapa que conduce a la isla del Cartógrafo...; si estoy en lo cierto, ésta es una de las islas más viejas.

Mientras ellos miraban, el resto intentó no prestar atención al hecho de que los felinos estaban presentes en todas las formas y tamaños; incluidos bastantes situados dentro de la categoría de los depredadores, un dato que Jack mencionó a Charles.

—Pero ¿no son depredadores todos los felinos? —respondió él.

—Probablemente -repuso Jack-; pero ésta es la primera vez que me pregunto si yo estoy clasificado como «presa».

Al cabo de unos pocos minutos, Bert dejó caer un puño triunfante sobre una página abierta.

—¡Ahí! ¡Lo sabía!

Llamó a los demás al lugar donde John y él examinaban la *Geographica* y señaló un mapa de una isla de forma más o menos ovalada.

—Creo que sé dónde estamos -empezó.

—Os encontráis en nuestro hogar -dijo una voz, divertida pero cordial, desde los árboles-. No se os ha invitado, pero sois bienvenidos igualmente.

Los felinos se separaron igual que nubes de polvo en un monzón, y un anciano, de cabellos grises y barba blanca, avanzó por entre ellos en dirección a la playa. Sostenía un bastón lleno de nudos, que llameaba en su parte superior. Otros siete hombres, el más joven de ellos de una edad semejante a la de Bicho y Jack, se acercaban también saliendo de la línea de árboles.

—Soy Ordo Maas -se presentó el anciano-. Bienvenidos a Byblos.

Era una tradición común a todas las culturas del mundo reverenciar a los mayores de una sociedad, y desde los tiempos de Matusalén, sencillamente se había asumido que cuanto mayor era una persona, más

experiencia de la vida tenía: por lo tanto, éstas eran probablemente más sabias que nadie.

Según tal estimación, supuso John, Ordo Maas podría haber sido más sabio que cualquier otro ser vivo de la Tierra, pues de él emanaba un aura de edad tan avanzada que se podía pensar que era anterior a las grandes ciudades de la antigua Mesopotamia, al Imperio chino y a varias cordilleras menores como los Andes y los Alpes (y seguramente contemporáneo del Himalaya). Como mínimo, probablemente era más sabio que nadie que John hubiese conocido nunca ni fuera fácil que conociera, dejando de lado a Adán.

Por si había alguna duda sobre si Ordo Maas merecía o no un gran respeto, ésta quedó eliminada por la respuesta de Bert a su aparición, ya que se quitó rápidamente el sombrero y se postró en el suelo frente al anciano. Ni siquiera Samaranth había recibido tal suerte de franca veneración.

Aven vaciló sólo un instante antes de dejarse caer en una postura arrodillada ligeramente más decorosa, que Jack, John, Charles y Bicho imitaron a toda prisa. Únicamente Magwich permaneció en pie, pero parecía presa de un susto de muerte y estaba todo encorvado, temblando (lo que Charles imaginó que servía igual).

Ordo Maas frunció el entrecejo y se cubrió los ojos.

—Éste es el motivo por el que dejé de ser rey -dijo, meneando la cabeza-. Todo el mundo pierde el tiempo inclinándose y haciendo reverencias, y diciendo «con vuestro permiso y todo eso», y a mí edad, eso ya no sirve. Por favor -finalizó, dando un golpecito a Bert con el bastón coronado por una antorcha que sostenía-, levántate.

—Mis disculpas -dijo Bert-. Pensé que no estaría de más comenzar con formalidades, por si las moscas.

—¿Formalidades? — preguntó John.

—Ésta es la isla de Byblos, muchacho -respondió Bert-. He oído hablar de ella desde el día en que me convertí en Custodio.

—Si me disculpas -intervino Charles-, hemos estado en Paralon, y en lo referente a islas impresionantes, resulta difícil de igualar.

—¿Paralon? — dijo Ordo Maas-. Dime, ¿qué tal está mi viejo amigo el señor Tummeler? ¿Sigue escribiendo libros?

—¿Conoce a Tummeler? — inquirió Charles.

–Muy bien -respondió Ordo Maas-. Conozco a todos los Hijos de la Tierra.

–¿Cómo es eso?

–Porque -explicó el mayor de los siete hombres que acompañaban a Ordo Maas- todos los Hijos de la Tierra, los animales, descienden de aquellos que él trajo aquí, hace miles de años.

–Sí -dijo Bert-; eso es lo que intentaba decir. Si bien existen tierras más salvajes, ocupadas por criaturas que fueron las precursoras de las otras razas que hay desperdigadas por todas las islas, el auténtico principio del Archipiélago tuvo lugar aquí, en la isla de Byblos. Lo que Samaranth es a los dragones, Ordo Maas lo es a los hombres.

–Bueno, ahora sí que me siento viejo -repuso Ordo Maas-. Criar a los animales fue fácil..., enseñarles a hablar fue mucho más difícil.

–En ese caso -dijo Charles-, me siento realmente muy honrado de conocerle.

–El sentimiento es mutuo -repuso él-. Por favor -continuó, señalando con el bastón el sendero apenas visible del bosque por el que habían venido-, dirijámonos a mi hogar; allí podréis descansar y cenar. Y mientras andamos, podéis contarme todo lo que ha estado haciendo mi amigo Tummeler.



*—Mis hijos... toparon con un pequeño bote muy
destartalado.*

El constructor de barcos

Ordo Maas y los siete hombres -todos hijos suyos- condujeron a los camaradas por el sendero densamente arbolado hasta un pequeño recinto de

cabañas de madera clara en el centro de la isla, seguidos por felinos en todo momento.

—Unas casas interesantes -observó John-. ¿Las construyeron con madera de otra parte de la isla? No se parece a la de ninguno de los árboles ante los que hemos pasado.

—Nuestro barco original era bastante grande -dijo Ordo Maas-, y no esperábamos volverlo a usar, no del mismo modo en que lo hicimos la primera vez. Así que usamos los tablones del casco para construir nuestros hogares, y una o dos cosas útiles más.

—Ésa es una declaración exageradamente modesta -indicó Bert-, si el resto de la leyenda de Byblos es cierto.

—Hay gran cantidad de leyendas -repuso Ordo Maas-. Pero sí, lo que has oído es cierto.

—¿De qué estáis hablando? — inquirió John.

—Él construyó los barcos -dijo el hijo más joven-. Todos ellos.

—Hap -le reprendió Ordo Maas-, no seas jactancioso.

—¿Barcos? — preguntó Charles-. Se refiere a los barcos dragones, ¿no es cierto? ¿De verdad los construyó?

Ordo Maas asintió, con una sonrisita asomando las comisuras de los labios.

—Mis hijos y yo lo hicimos.

—¿Sus hijos? — preguntó John.

—Tengo muchos hijos, pero estos siete son los que me ayudaron a construir el primero de lo que vosotros llamáis barcos dragones, sí.

Los compañeros (junto con Magwich) fueron conducidos a una habitación amplia en la cabaña más grande, donde se sentaron sobre almohadones rehenchidos esparcidos por el suelo. Jack observó que los almohadones olían a ganado..., una idea que se correspondía con el hecho de que las amplias puertas dobles eran lo bastante grandes como para dejar pasar un caballo, o más probablemente, un león.

La casa carecía de lujos, pero de un modo que le daba un aspecto sencillo más que insulso. Los hijos de Ordo Maas les sirvieron tazas de té caliente y una bandeja de pan recubierto de pimienta. Y no hizo falta que les instaran mucho para que se pusieran a devorarlo. Advirtieron la presencia de docenas de platillos de té -de varios de los cuales se ocupaban

ya los felinos que los habían seguido- dispuestos también a lo largo de las paredes.

Los camaradas sentían curiosidad sobre lo que Ordo Maas diría al respecto de los barcos dragones, pero se abstuvieron de pedir detalles mientras su anfitrión les servía tan amablemente. Y si hay que ser sincero, agradecieron el descanso y el alimento, tendiéndose sibaríticamente sobre los almohadones y bebiendo grandes cantidades de té.

Una vez que los compañeros saciaron su hambre y su sed, cuando se retiraron los platos y todo el mundo estuvo cómodamente instalado, Ordo Maas inició su relato.

—Hace muchísimo tiempo, cuando este mundo y el vuestro eran mucho más jóvenes, y no tan diferentes, las fronteras entre ellos eran muy sutiles, y se podían cruzar libremente. Yo viajaba a menudo a estas tierras, con más frecuencia a aquellas islas llamadas ahora las Tierras Sumergidas, pero por aquel entonces, nosotros vivíamos en vuestro mundo...

—Donde padre era un rey muy sabio -interpuso Hap.

—Donde yo era ya muy viejo -prosiguió Ordo Maas- y se confiaba en mí para que recordara cosas que otros habían olvidado. Descubrí que el mundo no tardaría en verse sumergido por un cataclismo, que quedaría cubierto por las aguas, debido a un gran diluvio que duraría un año, y que muchos de los imperios que existían entonces serían destruidos.

»Los demás ancianos se burlaron de mí y me prohibieron dar a conocer mis suposiciones a ninguna de las gentes sobre las que gobernábamos, también me prohibieron que tomara medidas para protegernos a mí mismo y a mi amada esposa. Así pues, al amparo de la oscuridad, huimos a un desierto inmenso, y fue allí donde ella y yo empezamos a fundar nuestra familia. Y juntos, mis hijos y yo iniciamos la construcción de un barco enorme. Tardamos varios años, pero finalmente lo acabamos y empezamos a reunir en su interior todas las cosas que harían falta para reconstruir el mundo.

—Esto me suena muy familiar -dijo Jack.

—No interrumpas -amonestó Charles, dándole un codazo-. Mantén los buenos modales, Jack.

—Debería sonar familiar -indicó Ordo Maas-. Los dioses llevan destruyendo a la humanidad con diluvios desde el principio de los tiempos. Era necesario hasta que los hombres aprendieron lo suficiente para empezar

a destruirse ellos solitos. Para iniciarse en las sendas de los dioses, uno debe perfeccionar primero sus propios puntos débiles.

»Cuando el barco, al que llamamos arca, estuvo acabado, metimos en su interior el poder de los dioses, que mi padre les había robado, para entregármelo a mí, de modo que cuando volviéramos a emerger al mundo, empezáramos con uno de sus puntos fuertes.

Ordo Maas hizo un ademán con su bastón, y la llama se movió, danzarina.

–Lo traje del hogar de los dioses con sus propias manos, y desde entonces, jamás ha abandonado las mías -dijo-. Y, cuando algún día yo deba partir, como hacen todas las cosas, al País del Verano, se lo entregaré a mis hijos.

–También teníamos con nosotros otro objeto poderoso, el último gran regalo de nuestros dioses..., entregado, creíamos, para ayudarnos a reconstruir el mundo. Pero fue una carga a la vez que un regalo, y más de lo que se podía esperar que un hombre, o mujer, fueran capaces de soportar. Tal y como a mí se me entregó el fuego, para que pudiéramos forjar herramientas, también a mi esposa se le entregó un regalo: una gran marmita de hierro, estampada con los símbolos de la Creación, tapada con el escudo de Perseo, y sellada con cera.

»Se nos dijo que en el interior del recipiente estaban los Talentos del Hombre..., todo lo necesario para que el mundo renaciera cuando las grandes aguas del diluvio se retiraran..., y que no debía abrirse hasta que el mundo estuviese preparado. Pero, creyéndonos iguales a los dioses, no hicimos caso. Ella abrió el sello, y el mundo pagó un gran precio; pues en su interior no estaban únicamente los Talentos del Hombre, sino todos los Vicios también. Todos los males del mundo, encerrados en la marmita, fueron liberados por la arrogancia de un momento.

Profirió un profundo suspiro, y uno de sus hijos posó las manos sobre los hombros de Ordo Maas.

–Fue expulsada del Archipiélago -continuó el anciano- y se entregó la marmita a otro para que la mantuviera a buen recaudo. Aunque no es que creyéramos que tal precaución fuera a ser un remedio permanente... -añadió-, pues es el mandato del hombre ir en pos del cambio. Incluso aunque este cambio no sea para mejorar. Perdonad, estoy divagando..., os hablaba de los barcos -dijo Ordo Maas-. Cuando pasó el diluvio, nos

encontramos aquí, en la isla que dimos en llamar Byblos. Gran parte de la geografía del mundo había cambiado... pero el Archipiélago había permanecido inalterado en buena parte por el diluvio, y nos dimos cuenta de que en verdad no formaba parte del mundo del que habíamos venido. Estaba conectado, pero no por completo.

»La frontera había protegido las tierras contenidas aquí y había cerrado el paso durante la inundación a todos los navios excepto el nuestro. Fue la Llama, ¿sabéis? – dijo, indicando el bastón-. Era una manifestación viviente de la divinidad, y fue lo que nos permitió cruzar hasta el Archipiélago. Con el paso del tiempo, a medida que el mundo sanaba, nuestros hijos empezaron a cruzar de un lado al otro, en ocasiones con éxito, en otras, con menos. Fue así como me di cuenta de qué era lo que había permitido las travesías, y decidí que intentaría crear otra nave que pudiese pasar libremente por cualquier mar por el que la condujeran.

»Más adelante tropecé con un naufragio: un barco de vuestro mundo, que no obstante tenía ese toque de divinidad. Y lo reconstruí, despacio, laboriosamente, y luego lo regalé a un pariente lejano.

–El *Dragón Rojo* -dijo Bert-. Ése era el *Dragón Rojo*.

–Sí -repuso Ordo Maas, asintiendo-; el primero de los barcos dragones. En origen existía un adorno esculpido en su proa, que una tormenta había hecho pedazos. Y por lo tanto cuando lo rehíce, le di la forma de los protectores del Archipiélago, los portadores de la divinidad en este mundo: los dragones. Parecía apropiado que aquellas naves que la siguieron no se construyeran totalmente nuevas, sino que, por el contrario, se reconstruyeran a partir de barcos que ya habían estado en uso durante mucho tiempo..., barcos que tuvieran un alma, por así decirlo.

«Entonces, al cabo de más de mil años, cuando parecía que el mundo estaba al borde de destruirse una vez más, un gran rey llegó al Archipiélago: Arturo Pendragon. Arturo poseía la habilidad de mandar a los dragones, los protectores del Archipiélago y guardianes de la Frontera, y también había creado un gran imperio en vuestro mundo. Era una oportunidad para volver a unir los dos mundos bajo un protector que gobernaría con sabiduría y poder. Y de ese modo con él, y sólo con él, compartí el secreto de los barcos dragones que había creado.

–Con perdón -intervino Charles-, pero tras unos preliminares como éstos, realmente espero que vaya a compartirlo con nosotros también.

–Sus ojos -dijo Ordo Maas-. Los Ojos Dorados de los Dragones son los que permiten la travesía entre los mundos. Os cuento esto ahora, porque sois los Custodios de la *Imaginarium Geographica*, y como tales, podéis disponer de una de las naves: el *Dragón índigo*, creo. Así pues, ¿cómo es que os encontrabais flotando sin ella, en las aguas cercanas a mi hogar?

–Ése -respondió Bert- es el punto donde se inicia nuestro relato.

Y, con alguna que otra contribución por parte del resto, Bert contó a Ordo Maas lo sucedido.

–El *Dragón Negro* -reflexionó el anciano- no es uno de los nuestros. No he construido ningún barco nuevo en más de cuatro siglos..., no desde el *Dragón índigo*, bendito sea su corazón. En la actualidad, soy simplemente un Pastor de Felinos.

–¿Cómo puede ser un Pastor de Felinos? – inquirió Jack-. Jamás vienen cuando se les llama de uno en uno, de modo que ¿cómo puede controlar todo un, um, rebaño?

–Muy sencillo -respondió Ordo Maas-, sólo tienes que llamarlos por su nombre auténtico. Los felinos son muy reservados, y sólo revelan su nombre a unos pocos; pero aquellos que los conocen pueden llamarlos a voluntad. Y los felinos siempre acuden cuando se les llama por su nombre auténtico.

–¡Por Dios! – exclamó Jack.

–Conocer el nombre auténtico de una cosa te otorga poder sobre esa cosa -indicó Ordo Maas-. A veces un poder pequeño, pero un poder de todos modos.

–¿Puede decirnos el nombre auténtico del Rey del Invierno? – pidió Jack-. Ése es un tipo sobre el que no me importaría ejercer algo de poder.

Ordo Maas negó con la cabeza.

–No puedo decirte el nombre auténtico del Rey del Invierno. Es uno de sus mayores secretos.

–Al menos valía la pena preguntarlo -dijo Jack, inclinando la cabeza.

–Usted no vaciló en decirnos su nombre -comentó John.

–He tenido muchos nombres -repuso él- y espero vivir lo suficiente para añadir muchos más.

–Parece extraño tener más de un nombre -observó Charles-, sobre todo cuando es un nombre auténtico y no uno falso.

—Hay algunos en vuestra propia hermandad que no se hacen llamar por su nombre auténtico -indicó Ordo Maas.

—Es un diminutivo -empezó a decir Bert.

—No me refería a ti.

—Verá -contestó Jack, explicándose-, odiaba mi nombre de pila, de modo que mi hermano empezó a llamarme...

—Ni a ti -siguió Ordo Maas.

El anciano miraba a Bicho.

—Pero -respondió el muchacho, tartamudeando-, siempre me han llamado Bicho. Ése es el nombre que me dieron las Morganas...

—No -corrigió Ordo Maas-. Eso era lo que las Morganas te llamaban. Se te dio un nombre mucho antes de que fueras con ellas.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ésta no es la primera vez que te has cobijado en mi isla -respondió el anciano.

—Hace varios años, casi veinte, en realidad, mis hijos estaban pescando en las aguas situadas al sur y toparon con un pequeño bote muy destartado. En él había una muchacha, poco más que una niña. Su nombre me era desconocido, pero supe que era la hija más joven del antiguo rey, y la única que escapó a la masacre de Paralon. Llevaba varios días en el mar y se aferraba desesperadamente a la vida..., y cuando retiramos la manta que la cubría, descubrimos el motivo.

»Amamantándose en su pecho, mantenido con vida por las últimas gotas de leche que su cuerpo devastado por la sed podía procurarle, había una criatura... un niño. Y cuando lo tomamos de sus brazos, la última chispa de vida se apagó en sus ojos y murió, tras haberse mantenido con vida hasta el último instante, para que su hijo pudiera sobrevivir. La enterramos aquí, en lo más alto de la isla, y luego dedicamos nuestros cuidados a la criatura. No existía ningún familiar que pudiera reclamarlo, y todo lo que le quedaba de su herencia era el medallón que llevaba colgado al cuello. En él ponía «Artús».

—¿Qué hizo con él? — preguntó Charles, paseando la mirada por los hijos de Ordo Maas.

—Bueno, yo no podía cuidarle -respondió el anciano-. Tal vez años atrás, cuando la madre de mis hijos todavía estaba aquí... Pero por desgracia, soy

demasiado viejo, y mis hijos tienen demasiado trabajo para añadirle las tareas de cuidar y educar a un niño pequeño hasta la edad adulta.

»No, decidí que la crianza del último heredero de la Silla de Plata requería un toque más... maternal. De modo que lo llevé a alguien que podía proporcionarle eso. A un alguien triple, para ser exactos. Se trataba de alguien a quien conocía de vuestro mundo, que poseía una conexión espiritual con ambos... llamado por algunos las Tres que son Una. Yo la... las... conocía como Pandora.

Fue John quien efectuó la conexión en primer lugar.

–Las Morganas. Entregó el niño a las Morganas.

–Sí -asintió Ordo Maas -. Les sugerí que lo llamaran Artús..., al fin y al cabo era el nombre auténtico de la criatura. Dos estuvieron de acuerdo conmigo, pero la tercera no quiso ni oír hablar de ello.

–Probablemente Cul -dijo Charles a Bert-. Ésa era muy desagradable.

–Dijo que el niño era demasiado pequeño para tener un nombre verdadero como Artús -siguió Ordo Maas-, de modo que sugirió que lo llamaran simplemente Bicho.

–Eh -dijo Bicho-. Así me llamo yo.

Los camaradas se volvieron y contemplaron a su polizonte en atónito silencio.

–No lo creo ni por un instante -declaró Jack-. ¿Me está diciendo que este criado de pacotilla es el heredero de la Silla de Paralon?

–Jack -indicó Charles-, no seas mezquino.

–Ahora soy escudero -dijo Bicho-, no un criado de pacotilla.

–¡Ja! – exclamó Jack-. ¿Escudero de quién? ¿De él? Si ni siquiera es un auténtico caballero.

–No me metas en esto -advirtió John.

–Esperad un momento -intervino Charles-. Bicho... bueno, Artús... ¿puede ser cierto lo que él dice?

–No lo sé. – Artús se encogió de hombros-. Las Morganas jamás me dijeron nada al respecto. Pero el Caballero Verde dijo en una ocasión que yo tenía un gran destino; siempre pensé que se refería a que algún día podría ser caballero.

Más grande que eso, chico -dijo Bert-. Desciendes de la sangre del mismísimo Arturo..., lo que te convierte en el auténtico rey del Archipiélago.

Dicho eso, efectuó una profunda reverencia, seguido a su vez por John y Charles. Aven vaciló ligeramente antes de inclinarse también, pero Jack y Magwich rehusaron hacerlo y observaron la escena con perplejidad.

—¿Lo ves? —susurró Ordo Maas a Artús-. En cuanto empiezan con esa manía, se pasan el tiempo haciéndolo.

—Poneos en pie, por favor -dijo el muchacho-. No creo que me guste que os inclinéis ante mí...; incluso aunque sea el heredero, no soy rey. Todavía no. —Meditó durante unos instantes, luego se volvió hacia el anciano constructor de barcos-. Eso significa que mi abuelo fue el rey que mató a mi familia. Y me habría matado también, de haber podido.

—Sí.

—Eso te hace muy poderoso -indicó Aven-. Si hay un heredero vivo para ocupar la Silla de Plata, entonces el Rey del Invierno ya no es una amenaza. Tenemos la *Geographica*, a un descendiente de Arturo y el Anillo del Poder. Está perdido, simple y llanamente.

—Es cierto -dijo John-. Me había olvidado del anillo. ¿Todavía lo tienes, Jack?

De mala gana, el aludido sacó el anillo del bolsillo y se lo tendió a un Artús vacilante, quien finalmente lo tomó y se lo colocó en el dedo.

—¡Vaya! —dijo con alegría-. Encaja.

—Hay que tener en cuenta una cosa más -dijo Ordo Maas-. Tener un rey, y los símbolos del cargo, podría no ser suficiente para vencer al Rey del Invierno. Él todavía posee un talismán que podría hacer variar los acontecimientos en el Archipiélago a su favor. Y no obstante todo lo que habéis hecho, es un poder que tal vez no podáis derrotar.

—¿Qué talismán? —quiso saber Bert-. Busca la *Geographica*, que tenemos nosotros, para poder encontrar el anillo, que también tenemos nosotros. ¿Cómo podría ser una amenaza?

—Ya ha asesinado a un rey -repuso Seti, el mayor de los hijos de Ordo Maas-. Puede volver a hacerlo.

—Sí -dijo otro de los hijos, llamado Amun-. Y en los años que han transcurrido desde entonces, ha amasado un gran poder, conquistando muchas tierras sin el anillo ni la *Imaginarium Geographica* para ayudarle.

—Eso es verdad -indicó John, abatido-. Lo había olvidado. Se ha adueñado de las Tierras Espectrales sin ser capaz de controlar a los

dragones. En el mejor de los casos, no hemos conseguido detenerle..., simplemente le impediremos empeorar las cosas.

—¿Cómo lo ha hecho? — quiso saber Jack-. ¿De dónde provienen sus poderes?

—Ha encontrado un modo de explotar el mal que habita en el interior de los hombres -dijo Ordo Maas-. Ya les habéis visto con él en el *Dragón Negro*. Los llama Espectros.

—¿Qué sabéis del antiguo rey, Archibald? — preguntó Ordo Maas-. ¿De su gobierno y su declive?

—Sabemos que se volvió malvado -respondió John- y asesinó a su familia.

—En esencia es eso -respondió el anciano-, pero ésa no es toda la historia. Archibald gobernó el Archipiélago durante una época muy tumultuosa en vuestro mundo. Ha habido varias contiendas importantes allí, y eso alteró el equilibrio de esta parte. Por primera vez en varias generaciones, hubo zozobra en el Archipiélago, y Archibald tuvo que soportar todo el peso de los acontecimientos.

»Tenía las mejores intenciones, justo antes de la caída..., pero las intenciones no pueden compensar las acciones que tienen lugar a continuación. En varias ocasiones apeló a sus aliados de las Cuatro Razas, y en más de una ocasión a los mismos dragones, para mantener la paz. Pero Archibald estaba siempre buscando un modo de hacer que la paz fuera «permanente». Deseaba conseguir una fuerza más persuasiva con la que gobernar a sus subditos. Y entonces por fin, tras muchos años de búsqueda, encontró una. Descubrió una crónica de un antiguo objeto mítico que podía extraer los espíritus a los hombres vivos, dejándolos como si fueran de piedra, atrapados en una muerte en vida. Pero, sus espíritus, sus Espectros..., quedarían entonces obligados a servirle. Con suficientes de ellos, sería capaz de crear un ejército inmortal que ninguna fuerza en la Tierra podría derrotar.

—Creía que era un buen rey -dijo Charles-. Suena como si fuera un villano desde el principio.

—Las intenciones de Archibald eran buenas -siguió Ordo Maas-. Donde erró fue al creer que podía reemplazar el libre albedrío por su voluntad. Pero estaba decidido a obtener la paz a cualquier precio... y ese talismán era el objeto que creía que podría ayudarle a hacerlo.

–Algo tan peligroso no sería desconocido -indicó Bert-. Sin duda uno de los Custodios habría conocido su existencia... O Samaranth...

–Es bien conocido -respondió Ordo Maas- tanto en este mundo como en el vuestro. De hecho, he hablado de él aquí, hoy, en mi casa. Pero nadie creía que existía, y mucho menos sabía cómo usarlo. Ha tenido muchos nombres, pero aquel por el que es más conocido proviene de quienes lo poseían cuando fue robado: la Caja de Pandora.

–La marmita que trajo a bordo del arca -dijo John-, que contenía todos los males de la humanidad.

–Sí. Permaneció en Avalon durante siglos hasta que un agente del rey Archibald la encontró y la robó. El rey la abrió y descubrió cómo usarla para crear a los Espectros; y entonces cometió su gran error..., intentó usarla para robar los espíritus de los dragones, para crear a los servidores más poderosos de todos.

–Por lo que veo no funcionó -dijo John.

–En absoluto -repuso Ordo Maas-. Los dragones eran de una era y poder igual al de la caja y no se les podía atrapar en su interior. Pero en ese momento se dieron cuenta de aquello en lo que se estaba convirtiendo el rey.

»Samaranth le quitó el anillo y declaró que Archibald ya no era digno de invocar la ayuda de los dragones. Y fue entonces cuando empezaron a abandonar el Archipiélago. Poco después, el rey enloqueció y asesinó a toda su familia. Nadie escapó, excepto su hija más joven..., la madre del joven Artús..., y el mismo Artús.

»Fue entonces cuando el Rey del Invierno inició su ascensión en el Archipiélago. Mató a Archibald y se apoderó de la Caja de Pandora..., y en los años siguientes, cuando, una tras otra, las tierras del Archipiélago empezaron a caer bajo la Oscuridad, comprendí que la Caja de Pandora seguía abierta, y que la utilizaba para crear un ejército de Espectros. Y así inició su conquista del Archipiélago.

–Las Morganas... o Pandora, como usted las llamó..., no son fáciles de engañar -indicó Charles- y pudieron mantener la caja oculta y protegida durante mucho tiempo. ¿Cómo consiguió el lacayo de Archibald arrebatársela?

–Una pregunta excelente -respondió Ordo Maas-. En especial, ya que os acompaña el ladrón.

—¿Qué? — exclamó John-. ¿El ladrón está aquí?

Como respuesta, Ordo Maas alzó su retorcido bastón y apuntó con él a Magwich.



—¿Dónde está Magwich?

El dragón blanco

–Es cierto, es cierto -gimoteó Magwich-. Culpad de todo lo malo del mundo al pobre senescal.

Jack y Aven se levantaron y arrinconaron al senescal, que parecía agazapado, listo para salir huyendo. Resignado, el hombre se dejó caer sobre su almohadón y asintió con la cabeza.

–Sí, sí -dijo Magwich-. La robé. No estoy orgulloso de ello, ¿sabéis?, eso de que me diera órdenes alguien como Archibald, que era débil..., y luego tener que seguir al Rey del Invierno, simplemente para que me perdonara la vida.

–Lo cierto es que vas de mal en peor -indicó Charles-. ¿Qué clase de hombre eres?

–Os digo -intervino Aven- que si no lo matamos, tarde o temprano lo lamentaremos.

–¡No podéis matarme! – balbució Magwich, aferrando las perneras de los pantalones de Jack-. ¡Soy uno de vosotros! ¡Un hombre del mundo real! ¡Vine aquí, hace años, con otro Custodio que me abandonó! ¡Todo lo que he hecho desde entonces es intentar sobrevivir!

–¿Qué Custodio? – inquirió Bert.

–¿Qué importa? – respondió Magwich-. Fui a una conferencia que dio, y me convenció para que viniera aquí con él.

–¿Eras un aprendiz de Custodio? – dijo Bert-. ¡No lo creo!

–Pues deberías -repuso el otro con un deje desdeñoso-. Incluso bautizó a un personaje de un libro con mi nombre, de modo que yo no debía de ser tan malo como queréis hacerme parecer.

Todos se dieron cuenta al instante.

–Dickens -dijo Bert-. Charles Dickens te reclutó.

–¿Por qué te abandonó, si te estaba preparando e incluso te trajo al Archipiélago? – preguntó Jack.

–Un completo malentendido, os lo aseguro -respondió él, agitando las manos.

–Probablemente robó algo y lo pescaron -dijo Charles.

–Jamás se me procesó -replicó Magwich-. Pero me dejó aquí, de todos modos. Siempre supe que fue un error abandonar Cambridge.

John se dio una palmada en la frente.

Jack miró a Charles.

–No lo digas.

–No lo haré -respondió éste-. Pero sé que todos pensáis lo mismo.

–Tú eres quien se lo dijo -indicó Bert, poniéndose en pie al tiempo que señalaba a Magwich-. Tú hablaste al Rey del Invierno sobre la *Geographica*..., y la poca preparación que recibiste de Dickens explica que pudieras traducir el párrafo sobre el Anillo del Poder y la invocación de los dragones.

–Vosotros habríais hecho lo mismo -dijo Magwich-, si os hubiera amenazado con haceros mirar al interior de la marmita para apoderarse de vuestra sombra.

–Bueno, está claro lo que debemos hacer ahora -sentenció Aven-. Tenemos que encontrarlo y cerrar la Caja de Pandora... o esto no terminará nunca.

–De acuerdo -dijo John-, en especial si la contienda de este mundo afecta realmente a la guerra del nuestro.

–Desde luego, las Morganas te dieron el nombre perfecto -dijo Charles-. Así pues, Gusano, dinos esto, ya que fuiste tú quien la robo: ¿como cerramos la caja?

–No podéis -declaró Magwich-. Ningún hombre puede, porque tendríais que mirar en su abismo, y cuando alguien lo hace, está perdido. No se puede cerrar.

–Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él -repuso John-. Todavía nos queda una tarea que finalizar primero...: destruir la *Imaginarium Geographica*.

–¿Qué? – chillaron Magwich y Bert al mismo tiempo.

–¿Destruirla? – exclamó Bert-. Pero ¿por qué, muchacho?

–Desde luego que tenemos que destruirla -dijo John-. A estas horas el Rey del Invierno ya se habrá dado cuenta de que no tiene la *Geographica*, después de todo...; y ¿cuánto crees que tardará en tener un centenar de barcos rastreando el mar en nuestra búsqueda?

–En eso tiene razón -coincidió Jack-. El Rey del Invierno no se detendrá hasta que nos encuentre a nosotros, y a ella.

–Samaranth creía que era una buena idea destruir la *Geographica*, por muy lamentable que fuera -siguió John-. El único motivo que tenemos para no hacerlo es la palabra de Magwich de que encontrar el anillo era su único motivo para buscarla.

–Eso zanja el asunto, en mi opinión -indicó Charles-. Debemos encontrar la isla del Cartógrafo y destruir ese maldito libro. Después de eso, ya decidiremos qué hacer con los Espectros y los reyes juveniles.

–Antes de que vayamos a ninguna parte -dijo Artús-, ¿podría pedir un favor?

–Desde luego -respondió Ordo Maas.

–¿Puedo ver la tumba de mi madre?

Todos los camaradas sintieron a la vez una repentina mezcla de vergüenza y compasión; habían estado tan inmersos en su charla sobre leyendas, diluvios, imperios y barcos, que habían pasado por alto el hecho de que su amigo Bicho, el joven Artús, acababa de averiguar todo lo que nunca había sabido sobre su familia...; incluida la historia de la madre que le amaba tanto como para morir protegiéndole.

–Desde luego, muchacho -dijo Ordo Maas-. Por favor, sigúeme.

Hor, uno de los hijos menores de Ordo Maas, encabezó la marcha a través de un sendero cubierto de heléchos hasta un pequeño claro situado por encima de las cabañas. Enormes árboles sin corteza se alzaban sobre él, curvándose en ángulos extraños en dirección al cielo.

Ordo Maas se detuvo, señalando el claro.

–Está ahí, marcada con el sello de Paralon -dijo a Artús-. ¿Quieres entrar solo?

–Me gustaría que sir John me acompañara, si es posible -respondió él, dirigiendo una veloz mirada a John.

–Por supuesto -respondió éste-. Ve tú delante, Artús.

–Yo no perderé de vista a Gusano -dijo Charles.

–Me llamo Magwich -protestó él.

–De acuerdo..., siempre se me olvida -replicó Charles-. Ahora cuéntanos, ¿cómo conseguiste quitarles la marmita a las Morganas?

–Fue fácil -respondió él-. Con whisky americano. Las dejó totalmente fuera de combate.

–¿Las emborrachaste? – preguntó Bert.

–Fue eficiente y evitó una confrontación -respondió él, encogiéndose de hombros-. Una de ellas no hacía más que combatir los efectos del alcohol, no obstante, y tuve que darle un masaje en la espalda para conseguir que se durmiera.

–Espero por tu bien que fuera Ceridwen -dijo Charles- o Celedriel.

–No -repuso Magwich con un estremecimiento-. Fue Cul, ya lo creo. Tardé meses en quitarme el olor de las manos.

Cuando Artús y John se reunieron con ellos otra vez, Bert planteó el problema de cómo irían desde Byblos a la isla del Cartógrafo.

–Pensé que tal vez podríamos llamar a aquellas grullas que nos rescataron -dijo-. Si pudieran llevar el mensaje a Paralon de que necesitamos un barco, o a mi amigo Uruk Ko...

–Una buena idea -indicó Ordo Maas-, pero se tardaría demasiado tiempo. Es posible que el Rey del Invierno regrese en estos momentos a las aguas que rodean Byblos para buscaros. Así pues, si debéis partir, debe ser ahora, y a toda prisa.

–Pero necesitamos un barco dragón -indicó Bert-. Ninguna otra cosa podría navegar con tanta seguridad o rapidez, y únicamente hay siete disponibles.

–No -dijo Ordo Maas-. Sólo hay siete barcos dragones disponibles que vosotros conozcáis.

Seguidos por docenas de felinos, Ordo Maas y sus hijos condujeron a los camaradas a la zona norte de la isla, donde una gran fragata flotaba serenamente en un puerto pequeño.

–El *Dragón Blanco* -dijo Ordo Maas con evidente orgullo-. El último legado de la gran arca.

–¿Preveía otra inundación? – preguntó Charles.

–No -respondió el anciano-; aunque tampoco lo hicieron ninguno de mis amigos del Sector Vacío, el gran desierto de la península Arábiga..., pero llegó un momento en que desearon haber tenido una de todos modos.

–¡Eh! – exclamó Jack-. Además tiene un bote de remos.

–Se nos ocurrió cuando la primera gran arca empezó a hacer agua -explicó Ordo Maas-. Tardamos una semana en localizar la vía y dos días para repararla, y durante ese tiempo nos entró mucha agua. Por un momento, la posibilidad de hundirnos pareció muy real... y, no obstante los animales, de repente deseé haber pensado en construir un bote de remos, para un caso de emergencia.

Giró en dirección a John y Artús, efectuando una inclinación.

–Al Custodio de la *Imaginarium Geographica* y al futuro Sumo Monarca, les hago entrega de mi barco -declaró-. Usadlo como deseéis y marchad en busca de vuestro destino.

–Lo haremos -dijo John-. Gracias.

–Y recordad -siguió Ordo Maas-, cuando llegue el momento, no estaréis solos. Existen lealtades mayores que cualquiera de las que ligan al Rey del Invierno y a sus sirvientes. Lealtades que no son producto del miedo y el dolor, sino antiguas promesas hechas con el espíritu y la voluntad viva. Cuando llegue el momento, se invocarán esas lealtades, y no lucharéis solos.

Dicho eso efectuó una profunda reverencia y se apartó para permitir a los camaradas subir a bordo del *Dragón Blanco*.

–Vamos, muchachos -dijo Bert-. Mirad y contemplaréis algo que no habéis visto en vuestra vida.

Los camaradas fueron hacia la barandilla mientras el *Dragón Blanco* penetraba en el canal y miraron en la dirección que indicaba el hombrecillo.

En lo más alto de la parte central de Byblos había una montaña con una corona. Los restos del armazón de un arca enorme, que había ido a posarse en lo alto de la montaña hacía miles de años, elevaban los palos de su estructura hacia las alturas a ambos lados de la cima, enmarcándola como si descansaran sobre la frente de un gigante. De extremo a extremo, el barco abarcaba la mitad del diámetro de la isla misma y tenía una anchura igual.

No era difícil imaginar que, de haberlo deseado, Ordo Maas y su familia podrían haber llevado también con ellos todo lo que necesitasen para volver a empezar tras un diluvio lo bastante grande para cubrir toda la Tierra. Todo lo que necesitasen para reinstaurar los pueblos de la Tierra, la flora y la fauna.

Unas cuantas gotas de lluvia cayeron sobre la cubierta del *Dragón Blanco*, un heraldo de las tormentas que se alzaban amenazadoras en el horizonte hacia el que navegaban.

Y de improviso el *Dragón Blanco* pareció muy pequeño. Realmente muy pequeño.

Ordo Maas y sus hijos siguieron con la vista la nave hasta que hubo desaparecido en la distancia.

–Padre -dijo Amun-, sólo hay una cosa que no comprendo. Si sabías que Magwich era su enemigo, ¿por qué les hablaste tan abiertamente delante de él? ¿Por qué confiar secretos a alguien que les deseaba mal, y todavía puede deseárselo?

El anciano constructor de barcos lanzó una risita divertida.

–De verdad que eres hijo de tu madre. A nadie más se le ha ocurrido preguntarlo. Sí, fue una elección que tenía sus riesgos. Pero intentar hablar a los Custodios en secreto podría haberle advertido que conocía hasta qué punto llega su perfidia. Y entonces habría sido realmente la Serpiente del Jardín, esperando para atacar.

»No -continuó-, es mejor que ellos sepan que es su enemigo, y que él sepa que ellos lo saben. La ocultación es el arma de los que son como el Rey del Invierno... que tienen poder sólo mientras sus secretos sigan siéndolo.

Sus hijos no lo comprendieron por completo, pero asintieron dando su conformidad, ya que consideraban que su padre era más sabio que ellos.

–Hijos míos -dijo Ordo Maas-, tengo una petición que haceros. Tendrá lugar una gran contienda. Tal vez mayor que todas las que hayamos visto en este mundo. Y aquellos que marchan a combatir a los malvados Espectros lo hacen con escasas esperanzas de sobrevivir. Son valerosos y sus corazones puros. Pero no pueden prevalecer sin ayuda, y no hay un sumo monarca que pueda reunir a quienes podrían ir en su ayuda.

»Existen seres que pueden ayudar a cambiar el curso de los acontecimientos, pero sólo existe un medio de llamarlos para que lleguen a tiempo, si es que es posible.

Sus hijos no respondieron, pues sabían qué era lo que su padre les pedía, igual que él sabía que ellos no se negarían.

–Hará falta más de una noche -dijo Sobek-. Tendremos que permanecer transformados hasta que llegue el día para alcanzar...

–Sí -dijo Ordo Maas.

–Pero si no nos hemos vuelto a transformar al amanecer... -empezó Aki.

–¿No existe un modo...? –inquirió Amun-. Antes existía un modo para poder invertir la transformación.

–Ya no lo tenemos -respondió Ordo Maas-. Abandonó el Archipiélago junto con vuestra madre, Pirra. Si decidís hacer esto...

–No podremos volver a transformarnos -dijo Seti, el mayor, con actitud decidida-. Permaneceremos tal como éramos en otro momento... pero seguiremos sintiéndonos honrados de ser hijos de nuestro auténtico padre, Deucalión. Y nos sentiremos honrados de hacer lo que nos pide.

Los ojos del anciano constructor de barcos se llenaron de lágrimas mientras permanecía en pie en el círculo formado por sus hijos. Todos ellos sabían cuál sería la respuesta, cada uno inclinando la cabeza cuando él los miraba a los ojos.

Mientras asentían con la cabeza, la transformación se había iniciado ya. Sus cuellos se alargaron y estrecharon, en tanto que plumas escarlatas empezaban a surgir por toda su piel, temblorosas, brillantes.

Uno a uno, los hijos de Ordo Maas se convirtieron en grullas, hermosas y elegantes, y alzaron el vuelo hacia el cielo que empezaba a oscurecer.

La experiencia de navegar en el *Dragón Blanco* era muy similar a la de navegar en el *Dragón índigo*, con unas pocas excepciones. Por una parte, era una embarcación muchísimo más grande, y por otra, más veloz.

—Adoraba el *Dragón índigo* -declaró Aven, de pie ante el enorme timón-, pero una chica podría acostumbrarse a esta clase de navio. Me pregunto si Nemo lo ha visto.

—Llegaremos en seguida, eso es cierto -dijo Bert-. ¿Qué tienes que decir, John? ¿En qué parte del Archipiélago nos encontramos?

John, Charles y Artús habían desplegado la *Geographica* en cubierta y trazaban el rumbo entre Byblos y su lugar de destino. Jack estaba ocupado inspeccionando las jarcias y velas. Nadie se preocupaba demasiado de lo que hacía Magwich, y por su parte, a éste no le importaba que ellos no se preocuparan de él, siempre y cuando pudiera mantenerse tan alejado de Charles como le fuera físicamente posible. La cabeza todavía le dolía debido a la patada recibida.

John se mordió el labio y efectuó otra veloz anotación antes de responder a la pregunta de Bert.

—Más al sur de lo que habría esperado, pero más al oeste de lo que suponía. ¿Puedes mantenernos a unos seis grados al norte, cuarta al noroeste? —indicó a Aven-. Eso debería servir.

—No hay problema.

John rodeó con el brazo los hombros de Bert e indicó la senda que estaba trazando por entre una serie de mapas.

—La isla en la que se puede hallar al Cartógrafo es la más grande de una cadena de islas -explicó-. Un archipiélago dentro del Archipiélago. Parecen ser los restos de un gran cráter volcánico que se alzó del lecho marino hace milenios. Con el tiempo, volvió a asentarse o las aguas se alzaron, o ambas

cosas, dejando sólo pedazos del borde visibles como si fuera un tosco aro de islas.

—¿Cuántas hay? —preguntó Artús.

—Casi una docena -respondió él tras volver a consultar la *Geographica*-. La que buscamos está por delante de nosotros en el centro... como el colgante de un collar.

Charles se había agenciado una bolsa de las galletas saladas de leprechaun de Tummeler que habían incluido con las provisiones, y atisbaba por encima del hombro de John para mirar el atlas masticándolas con fruición.

—¿Cómo se llama, John?

—No veo que la isla tenga nombre -respondió éste-. Todo el grupo está marcado con una anotación que es un ver-sión confusa de latín y griego clásico. Dice *Chámenos Líber*.

—Un nombre extraño -observó Charles-. ¿Dice por qué las llaman así?

John pasó varias páginas antes de negar con la cabeza, luego alzó los ojos hacia Bert, que se encogió de hombros.

—No lo sé -respondió él-. Tal vez Stellan lo sabía, pero nunca me lo dijo. Y no recuerdo haber leído u oído hablar sobre ello. Recordad -continuó-, éste es uno de los lugares más antiguos del Archipiélago, y el Cartógrafo es quien creó la *Geographica*. Si no aparece aquí, podría ser que ni siquiera él lo conociera.

Tras fijar el rumbo, Aven dejó el *Dragón Blanco* a su más que capaz habilidad para autocorregirse y penetró en la despensa para ayudar a Artús con la preparación de la cena. Al igual que su comida en Byblos, los alimentos eran de naturaleza vegetariana: grandes cantidades de panes y cereales, y varias compotas y confituras. Con todo, eran un buen cambio con respecto a las galletas de Tummeler y los quesos rancios que gustaban a la tripulación del *Dragón índigo*.

John siguió examinando la *Geographica*, abriéndose paso por entre las extensas anotaciones que se referían a la isla del Cartógrafo.

—Según esta nota... si mi italiano es lo bastante fiable -dijo para sí tanto como para los demás-, el lugar donde podemos encontrar al Cartógrafo es una torre descomunal llamada el Alcázar del Tiempo. En su interior hay una escalera de caracol bordeada de puertas. El Cartógrafo debe encontrarse detrás de una de ellas.

—¿Pero no dice en cuál? —preguntó Charles.

—No; pero hay una advertencia aquí de que no se abra ninguna de las puertas, no entiendo muy bien el motivo...

—Supongo que podríamos quedarnos al pie de ella y vociferar su nombre hasta que responda -sugirió Artús, apareciendo en la puerta de la cocina con una bandeja repleta de comida en las manos-. Al menos, así es como yo llamaba al Caballero Verde cuando me dejaba en el fondo del Pozo de los Deseos de Avalon.

—Parece que te lo hicieron pasar mal, ¿no es cierto? —dijo Charles.

—No tienes ni idea -respondió Artús-. Afirmaban que era «adiestramiento para ser caballero», pero creo que principalmente era para mantenerme alejado cuando no necesitaban que hiciera ninguna tarea.

—¿Por qué lo llamas Pozo de los Deseos? —preguntó John-. ¿Era mágico en algún modo?

—No -dijo Artús-; yo lo llamaba así porque pasaba la mayor parte del tiempo que estaba en su interior deseando estar en otra parte.

John envolvió la *Geographica* en una tela encerada nueva que había encontrado entre los pertrechos del barco y la guardó a buen recaudo en el camarote posterior. No obstante la constancia de la masa de cúmulos del horizonte, la luna volvía a brillar con fuerza, haciendo que la climatología resultara agradable, y en otras circunstancias, su sencillo banquete sobre la cubierta se habría considerado una exquisita cena de medianoche al aire libre.

Jack y Bert se unieron a ellos para comer, pero aparte de gimotear sobre la falta de mermelada, Magwich mostró poco interés en comer, preguntando en su lugar cuándo pensaba Aven servir las bebidas.

El cuchillo del pan que ella le arrojó como respuesta se clavó en el mástil junto a la cabeza del senescal con un sonoro *tang*, y Artús se puso en pie rápidamente para mostrar a Magwich dónde se almacenaba el agua, antes de que Aven empezara a lanzar cosas más grandes y afiladas.

Charles meneó la cabeza con asombro.

—¿Cómo se le pudo ocurrir a Dickens que alguien como Magwich podía ser un Custodio?

—Jamás me comentó nada a mí -dijo Bert con indiferencia-. Pero de todos modos, cuando conocí a Charles Dickens, éste ya se había retirado y

dejado la *Geographica* al cuidado de Jules, quien, por su parte, me reclutó a mí.

—Entonces, es posible que te reclutaran como Custodio porque Magwich no servía -comentó John.

Bert reflexionó al respecto unos instantes, masticando despreocupadamente una simiente de alcaravea a la vez que se acariciaba el bigote.

—No sé si eso sería algo bueno o algo malo.

—Indudablemente ha causado muchos problemas -indicó Jack, mientras Aven asentía con entusiasmo-. Si lo piensas, ha tenido un papel fundamental en todos los acontecimientos nefastos que han acaecido: el robo de la marmita, la muerte de Archibald, el asesinato del profesor, el falso consejo de Paralon. De hecho, de no ser por él, el Rey del Invierno no nos estaría persiguiendo... porque no conocería la existencia de la *Geographica*.

De improviso el *Dragón Blanco* dio un violento bandazo, como si lo hubieran golpeado. Luego volvió a hacerlo.

—¿Qué demonios? —dijo Aven-. Eso no debería suceder.

Se levantó y salió disparada hacia el timón, que se movía de un lado a otro como si la misma nave deseara cambiar de rumbo.

—¿Qué le sucede? —chilló Jack.

—No tengo la menor idea -respondió ella, también a gritos, mientras forcejeaba con el timón-. La nave se revuelve contra nuestro rumbo, como si quisiera dar media vuelta.

Jack corrió a la cubierta de proa y escudriñó a toda prisa el mar con el catalejo de Aven.

—No veo nada..., ni barcos, ni islas. Ni siquiera restos en el agua.

—¿Podría ser que hubiéramos perdido algo? —inquirió Bert-. A lo mejor alguien se ha caído por la borda.

John realizó un rápido recuento, y en seguida se percató, horrorizado.

—Jack -llamó en voz baja-, ¿dónde está Artús?

Sus compañeros lo comprendieron al momento.

Charles se puso en pie, hecho una furia.

—¿Dónde está? —dijo, con una cólera creciente en la voz-. ¿Dónde está Magwich?

–Peor que eso -chilló Jack desde el lado de babor-. ¿Dónde está el bote de remos?

John encontró a su escudero en la cocina, donde Artús yacía inconsciente y sangrando en el suelo.

–Él lo sabía -dijo John, indicando a Charles-. Lo sabía... y yo me negué a escuchar. Perdóname, Artús.

El joven aspirante a rey pestañeó y se sentó en el suelo lentamente.

–Me golpeó; lo siento tanto...

–No es culpa tuya -dijo Aven-. Es nuestra. Deberíamos haberlo matado. Ya lo dije.

–Al menos nos hemos librado de él -observó Charles-. ¿Se llevó algo?

–No mucho, por lo que veo -respondió Aven-. El bote, unas pocas provisiones, un poco de agua.

–Entonces lo tenía planeado -dijo Bert-. Sabía lo que iba a hacer en cuanto pusimos pie en el *Dragón Blanco*, y vio ese bote de remos. Planeó escapar desde el principio.

–¿Con qué fin? – inquirió John-. Todo el mundo en el Archipiélago le odia.

–¡El anillo! – exclamó Jack, mirando las manos de Artús-. ¡El anillo ha desaparecido!

John cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia adelante.

–¡Ay, no!

Abandonó a toda prisa la cocina y regresó a los pocos minutos, con las manos vacías.

–Ha desaparecido -anunció-. Se ha llevado la *Imaginarium Geographica* también.

–Por eso la nave luchaba por cambiar el rumbo -dijo Aven-. Sabía lo que había hecho e intentaba advertirnos.

Una rápida evaluación de las aguas circundantes no mostró el menor rastro del paso de Magwich. Fuera cual fuera la dirección que había tomado el bote, era imposible saberlo. No habría persecución.

–¿Ahora qué? – inquirió Charles-. ¿Debemos regresar a Paralon a consultar a Samaranth?

–Ya nos contó todo lo que podía decirnos -dijo Aven, negando con la cabeza-. Lo dejó bien claro.

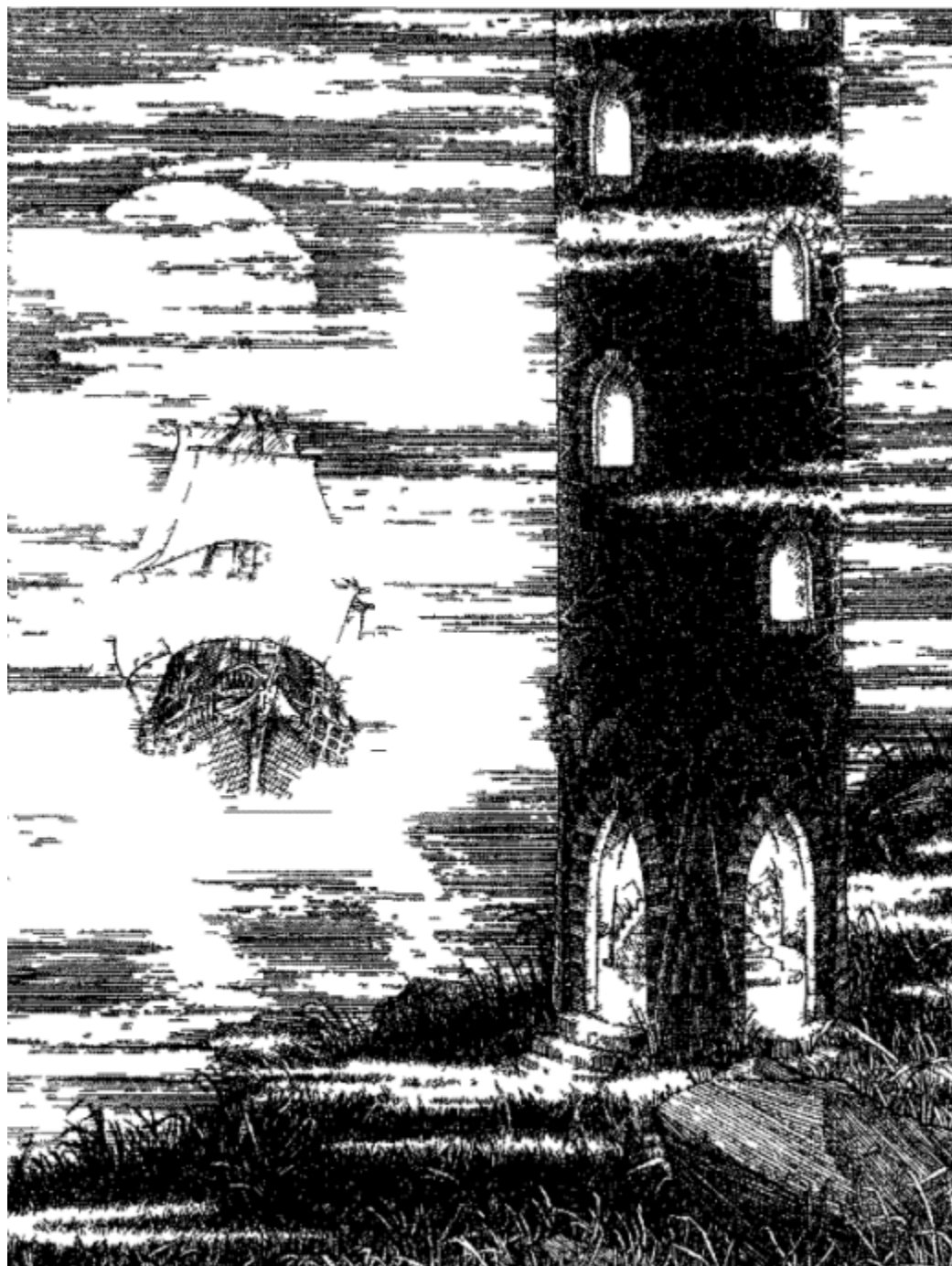
–Pero sin la *Geographica* -intervino Jack-, ¿existe algún motivo para ir en busca del Cartógrafo?

–Nadie la conoce mejor que él -observó Charles-. Incluso sin ella en nuestro poder, puede ser capaz de decirnos algo que podamos usar para destruirla. Si... cuando... volvamos a encontrarla.

–Parece -indicó Bert- que no tenemos elección. Debemos seguir adelante.

Cuarta parte

En el alcázar del Tiempo



—Mirad —dijo Artús, señalando con el dedo— En la isla
Esa torre

La torre

El rumbo había sido fijado tan bien que no hicieron falta más correcciones ni navegación; pero una vez más, John se sintió como si les hubiera fallado totalmente. Aven estaba furiosa y no hablaba con nadie, e incluso Artús guardaba las distancias. Únicamente Charles y Bert se mostraban conciliadores... hasta cierto punto.

—No podíamos saberlo -dijo Bert-. Teníamos todas las cartas y pensábamos que el juego había terminado..., no esperábamos que el senescal siguiera jugando.

—No puedo creer que le salvara la vida -indicó Charles.

—Lo que no comprendo -intervino John- es ¿por qué llevarse la *Geographica* también? Tenía el Anillo del Poder. Si planeaba llevárselo al Rey del Invierno, intentar venderlo o incluso usarlo él mismo, entonces ¿para qué necesitaba el atlas?

—La invocación -respondió Jack desde la cubierta de proa, manteniéndose de espaldas a ellos-. Lo necesitaba para la invocación de los dragones. El anillo sólo no sirve de nada..., también hay que pronunciar las palabras. Y ahora tiene las dos cosas.

Finalmente llegó el amanecer, que dio paso a la mañana y luego a la tarde mientras los camaradas dormían, comían y por lo general se mantenían alejados unos de otros.

Por fin, el *Dragón Blanco* se aproximó a una enorme cadena circular de islas justo cuando el sol empezaba a ponerse.

Las islas eran de granito gris y se alzaban prominentemente desde el mar igual que centinelas..., lo que en cierto modo eran.

No existían laderas ni suaves elevaciones en las islas de *Chámenos Liber*; era como si unas columnas de piedra hubiesen caído del cielo para clavarse en la superficie vitrea del océano.

A lo lejos, la más grande de ellas se distinguía tenuemente por entre las brumas. Aven hizo una seña a John con la cabeza, y el joven asintió. Aquél sería su objetivo. La muchacha empezaba a hacer virar la nave para conducirla por entre las columnas cuando Jack se apoderó del timón y le dio un violento giro. El *Dragón Blanco* viró bruscamente, evitando por muy poco chocar contra la isla más próxima.

—¿Qué es lo que haces, idiota? — exclamó Aven, incrédula-. Soy yo quien gobierna el timón.

—Lo siento -dijo él-. No había tiempo para discutir contigo..., pero creo que es mejor que bordeemos las islas más pequeñas y nos aproximemos a la grande desde el lado oriental.

—Es más rápido y directo atajar por aquí.

—Probablemente -repuso Jack-, pero no creo que eso de ahí sea bruma, creo que es vapor.

Los camaradas fueron a la barandilla y miraron al centro del círculo de islas, y comprendieron que Jack tenía razón. La bruma que les impedía ver bien la isla del Cartógrafo estaba retenida en el interior de las columnas de granito.

—Me he acordado de que John había mencionado que estas islas fueron en una ocasión parte de un volcán -explicó Jack-. Creo que es más sensato mantenernos alejados, incluso aunque perdamos tiempo.

—Bien hecho, Jack -dijo Bert-. Parece que seas el Custodio del *Dragón Blanco*.

—Mirad -dijo Artús, señalando con el dedo-. En la isla. Esa torre... -Se inclinó hacia atrás, perdiendo el equilibrio y cayendo sobre Charles-. No veo su parte superior.

—El Alcázar -repuso John, la voz acallada por las brumas nocturnas-. El Alcázar del Tiempo.

La isla tenía casi un kilómetro y medio de anchura y, a diferencia de sus hermanas más pequeñas y abruptas, estaba cubierta de vegetación que ascendía en suave pendiente hasta la base de la torre. El edificio mismo medía unos doce metros de circunferencia, y tenía ventanas insertadas a intervalos escalonados que ascendían con él, una cada seis metros. El marco era de madera, pero las paredes eran de granito. La piedra de la torre era muy antigua, y de un gris algo más claro que el de las islas, como si fuera ligeramente etérea, o no se hallara en el mismo centro focal que el suelo sobre el que se alzaba.

Aven condujo al *Dragón Blanco* a los bajíos donde podían desembarcar y andar hasta la playa de guijarros que daba paso a la vegetación. De pie en la orilla, intercambiaron miradas y comprendieron que no tenían ni idea de qué iban a hacer una vez estuvieran dentro. La finalidad de sus penalidades y el largo viaje había sido llevar la *Geographica* a la persona que podía

destruirla... y habían perdido el libro apenas unas horas antes de alcanzar su objetivo.

Expectantes, todos miraron a John para que encabezara la marcha al interior de la torre, y éste se sintió como un idiota.

La base de la torre estaba circundada de arcos abiertos que conducían al interior, como si se irguiera sobre cuatro pies colosales entre los que uno podía pasar. El interior estaba mejor iluminado de lo que podía determinarse desde el exterior. Del suelo emanaba una luminosidad, que se desvanecía más arriba, para ser reemplazada por la luz procedente de las ventanas.

En el centro de la torre había una plataforma circular elevada, semejante a un estrado, y a ambos lados de ella había dos conjuntos de peldaños que se alzaban al interior de la torre antes de curvarse hacia atrás para entrelazarse formando una enorme trenza. En cada uno de los puntos en los que la trenza de peldaños se cruzaba había una puerta engastada profundamente en las paredes de piedra, pero que no mostraba goznes ni pomos visibles. Simplemente las puertas estaban allí.

Jack avanzó hasta el centro de la torre.

—No veo la parte superior -anunció-. Parece infinita.

—Yo tampoco podía ver la parte superior desde fuera -indicó Charles-. No hay duda al respecto..., a menos que el Cartógrafo se encuentre tras la primera puerta que abramos, nos espera toda una ascensión.

—Toquemos madera para que esté, entonces -dijo Artús, alargando el puño para dar unos golpecitos a la puerta situada más abajo.

Antes de que su mano tocara la madera encerada, la puerta se abrió sola. El interior era el «exterior»; la puerta no daba a una habitación situada dentro de la torre, como habrían esperado, con toda la razón, sino a una amplia extensión de brumoso bosque primigenio.

—Es una ciénaga -dijo Artús.

—Más que eso -indicó Bert-; creo que es un portal al pasado... al alba misma de la humanidad.

—¿Es un elefante eso de ahí? — preguntó Charles.

—Eso no es un elefante -dijo Bert-, es un mamut.

—¿Un mamut peludo? — inquirió Charles, incrédulo-. No puedes hablar en serio.

—No parece que se mueva -observó John-. Mirad... nada se mueve aquí dentro. Es como si todo estuviera hecho de piedra.

Era cierto. Las hojas de los árboles no se agitaban; las nubes situadas frente a la inmensa luna no flotaban. Incluso los insectos del aire estaban inmovilizados en pleno vuelo, como atrapados en ámbar incoloro. Hasta que, claro está, Artús dio un paso al frente, cruzando el umbral.

El zumbido de los insectos fue inmediato, al igual que el olor penetrante a carne putrefacta y, supusieron, a excremento de mamut.

La flora se balanceaba con suavidad a lo largo del gran río situado justo al otro lado de la entrada, como sucedía con la fauna. Una cabeza extraordinariamente grande surgió del agua y siguió alzándose, hasta que el cuello sobre el que descansaba hubo alcanzado una longitud de más de doce metros.

—¿Es eso un monstruo marino? — preguntó Artús.

—Mi viejo profesor, sir Richard, los llamaba «dinosaurios» -respondió Bert-. De todos modos, creo que es hora de que abandonemos este lugar..., parece hambriento, y yo no puedo correr tan rápido como el resto de vosotros.

Artús retrocedió a toda prisa, tirando de la puerta tras él.

—De acuerdo. No creo que el Cartógrafo esté detrás de ésta.

—Bien -dijo John-. Pues adelante y arriba.

Charles señaló las dos escaleras idénticas.

—¿En el sentido de las agujas del reloj o en sentido contrario?

—A contramano es siempre la elección más prudente -indicó Bert-. En sentido contrario.

Una vez puestos de acuerdo, los camaradas empezaron a subir.

Cada pocos niveles, uno de ellos se detenía para abrir una puerta, mostrando siempre un paisaje distinto de un período de tiempo diferente. Fue Charles quien advirtió que las escenas no eran aleatorias, sino que seguían una progresión muy clara.

—Ascendemos en el tiempo -explicó-. Cada puerta se abre a un punto diferente del pasado. En la parte inferior, los inicios de la civilización. Y a medida que ascendemos, también avanzamos en el tiempo.

—¿Qué hay en lo alto, entonces? — dijo Aven.

—Buena pregunta -respondió Charles-. Tal vez tengamos oportunidad de descubrirlo; por lo que puedo ver, ni siquiera hemos llegado aún a la Edad

de Bronce.

–Os diré algo sobre el pasado -dijo Bert-, huele fatal. Mi ropa todavía apesta a excrementos de mamut.

Jack se ocupó de la siguiente puerta, que también se abrió ante un mero gesto suyo. En el interior, un diorama congelado como los otros mostraba una escena de combate brutal entre lo que Bert afirmó eran mongoles y antiguos guerreros islandeses. Había extremidades seccionadas y el suelo estaba bañado en sangre.

–Creo que ésta también es un «no» -indicó Jack-, pero yo diría que nos encontramos sin lugar a dudas en la Edad de Bronce ahora, si hemos de juzgar por esas hachas que empuñan.

–Huy, ¿Jack? – dijo Charles.

–¿Sí?

–Esos cazadores -indicó Charles-... vienen hacia aquí.

Jack miró hacia el suelo y se dio cuenta de que involuntariamente había cruzado una parte del umbral, liberando el escenario de su estado de hibernación. Retrocedió rápidamente arrastrando los pies..., pero los cazadores, oliendo una presa nueva, y enloquecidos todavía por el ansia de sangre, se abalanzaban ya a la carrera.

–Se puede poner en marcha -dijo Jack-, pero ¿se puede parar?

–¡Cierra la puerta! – aullaron los demás a la vez, y Jack lo hizo, justo en el momento en que un bardiche cubierto de sangre reseca se hundía en el otro lado.

Contuvieron la respiración, pero no oyeron más impactos.

–Al parecer -dijo Bert-, cerrar la puerta cierra el portal.

–Gracias a Dios -repuso Jack.

Justo entonces, un retumbo resonó por la torre, y el suelo pareció moverse bajo sus pies. Con la misma rapidez con que se había iniciado, el movimiento cesó.

–¿Qué ha sido eso? – preguntó John.

–Ni idea -respondió Bert-. Pero aquí dentro sigue oliendo fatal.

–Sí -repuso Aven-, es verdad. Pero ¿por qué? Aquel maloliente portal prehistórico estaba al pie de las escaleras, y llevamos horas subiendo. Sin duda estamos ya a kilómetros de distancia... ¿por qué seguimos oliéndolo?

Jack tenía la vista puesta en la puerta que los cazadores acababan de atacar.

—¿Artús? La puerta que abriste abajo... la cerraste, ¿verdad?

—Estoy casi seguro de que lo hice -respondió él-. Casi... seguro.

Antes de que Jack pudiera responder, unas fauces enormes de un color mucoso con hileras de dientes afilados se alzaron por entre los huecos de las escaleras y masticaron, engulleron y regurgitaron la certeza de Artús.

La cabeza y el cuello del monstruo marino se prolongaban hacia abajo hasta un enorme cuerpo bulboso, sostenido por cuatro aletas inmensas que estaban apuntaladas contra los dos huecos de escalera, usándolos como escala.

—¿Cómo consiguió pasar a través de esa puerta? — gritó Artús, sobresaltado-. ¡Es demasiado grande para encajar!

—¡Maldita sea! — dijo Aven-. ¡Me dejé la espada en el barco!

Jack miraba de un lado a otro en busca de algún medio de defensa. No había nada a la vista: las paredes del Alcázar estaban desnudas. De repente, chasqueó los dedos.

—Si entró, puede salir otra vez -anunció-. ¡John! ¡Pasa al otro lado y baja con Charles! ¡y estad preparados! ¡Artús! ¡Abre una puerta a mi espalda!

—¿Qué puerta?

—¡Cualquiera! ¡No me importa cuál! ¡Limítate a estar preparado!

El monstruo había vuelto la cabeza para concentrarse en Charles, que era quien estaba más cerca.

—Vaya, menudo embrollo -dijo Charles-. Por fin encuentro algo lo bastante grande para comerse a Gusano, y va él y no anda por aquí.

—¡Eh! — chilló Jack a la bestia, agitando los brazos para atraer su atención-. ¡Por aquí!

El monstruo marino achicó el aire con el cuello, y fue a colocarse cara a cara con el joven.

—Maldición -exclamó Jack mientras echaba hacia atrás el brazo-. Ha funcionado bien.

El joven levantó el puño y golpeó al enorme animal justo en el ojo izquierdo.

Con un rugido furioso, el monstruo marino se abalanzó al frente sobre Jack, que se arrojó al vacío a través del hueco abierto de la escalera. John y Charles lo atraparon por los brazos y lo alzaron hasta colocarlo a salvo en la escalera opuesta.

El ímpetu del ataque del monstruo propulsó la cabeza y cuello de la bestia a través de la puerta abierta, donde quedó atascada; increíblemente, el cuerpo de la criatura se contrajo hasta encajar en la entrada. Cuando hubo pasado al otro lado por completo, Artús cerró la puerta de golpe.

—Ha estado cerca -dijo-. Estoy seguro de que ésta ha quedado cerrada. Siento lo de la otra.

—¡Estupendo, muchachos! — exclamó Bert, dando palmadas-. ¡Estupendo! ¡Bien hecho!

—¿Echaste una mirada al otro lado de la puerta cuando la abrió? — preguntó Charles.

—Sí -respondió Jack, respirando entrecortadamente-; había escoceses..., escoceses con faldas, tal vez del siglo XVI.

—Bueno -repuso Charles-, un monstruo marino suelto en Escocia. Eso va a tener algunas repercusiones interesantes.

Los camaradas se sentaron en los escalones para recuperar colectivamente el aliento. Todos ellos parecían encantados por haberse salvado de milagro excepto John, que parecía estar al borde de las lágrimas.

—¿Qué sucede, John? — preguntó Bert-. No pierdas el ánimo..., parece que tenemos una habilidad especial para superar las dificultades.

—Jack tiene una habilidad especial, querrás decir -farfulló John-. No importa en qué dilema nos encontremos, parece que a él siempre se le ocurre algún modo de resolverlo.

—Parece que sí, ¿verdad? — dijo el aludido.

—Eso no es de buena educación, Jack -indicó Charles-. Cada uno hace su parte. A mí se me puede culpar tanto como a cualquiera por no haber tenido más controlado a Magwich.

—Es algo más que Magwich, de todos modos -dijo Jack-. Es una cuestión de actuar cuando se requiere. Sencillamente, de ver que hay algo que debe hacerse, y hacerlo. Y parece que John nunca lo hace.

John miró fijamente a sus amigos por un momento, luego se puso en pie y empezó a subir la escalera. Echando miradas inquietas tanto arriba como abajo, el resto lo siguió.

Ascendieron.

Conservando el aliento para llevar a cabo aquel esfuerzo, ascendieron en silencio, interrumpido sólo por el extraño retumbar que se escuchaba aproximadamente cada hora.

Charles había empezado a contar niveles al principio, pero perdió la cuenta tras la refriega con el monstruo marino. Empezó otra vez y se dio por vencido en algún momento después de haber llegado a cuatrocientos.

—Empiezo a comprender por qué se retiró de los asuntos del Archipiélago -observó Charles-. Se tarda un siglo sólo para bajar a saludar al lechero.

—Soy yo -intervino Artús-, ¿o está cada vez más oscuro ahí arriba?

Bert alzó los ojos y profirió un grito jubiloso.

—¡Un techo! ¡Veo el techo! ¡Estamos casi en lo alto!

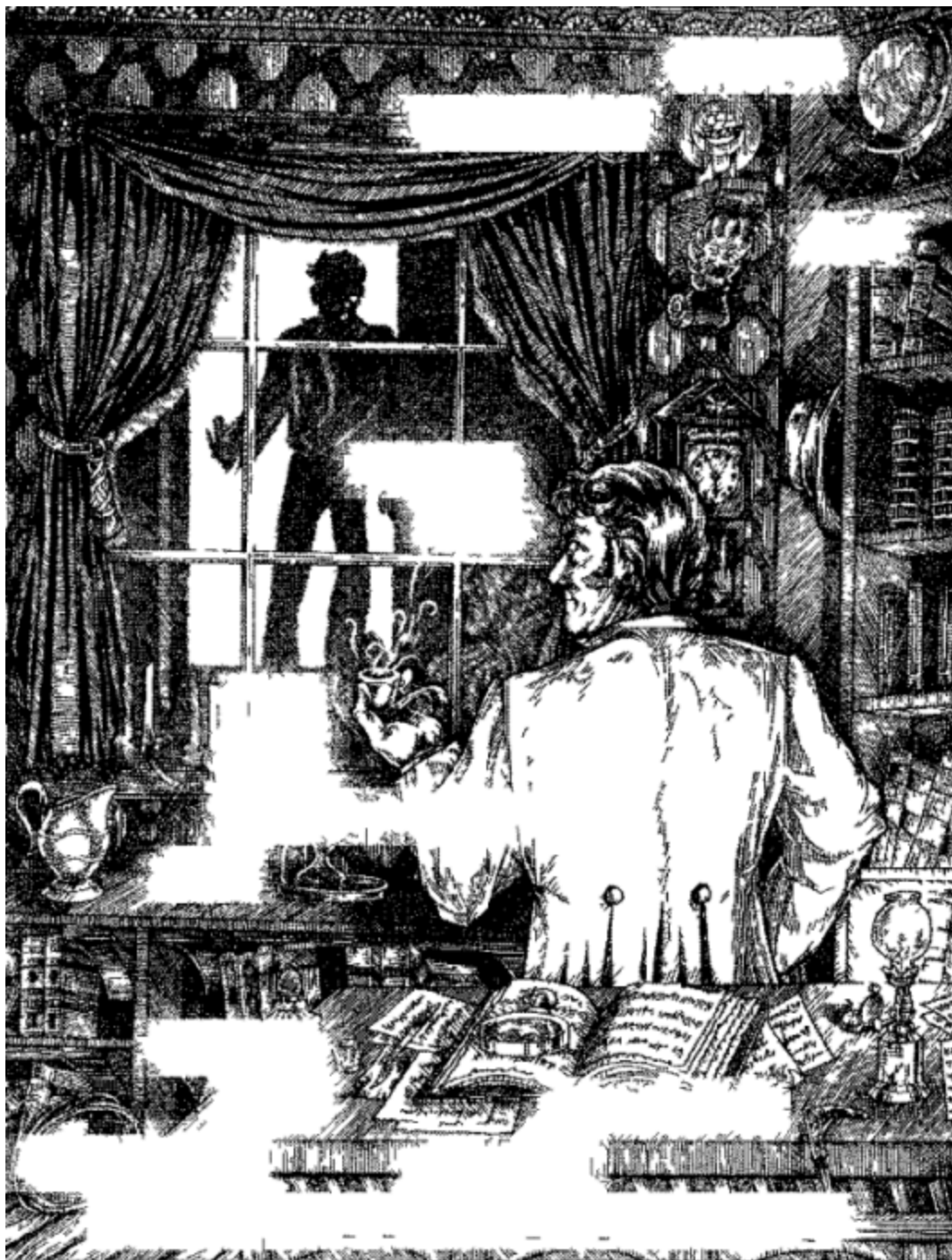
Había tres descansillos más, y otras cuatro puertas. La que estaba situada en lo alto no tenía escalera.

—El futuro -dijo Bert-. Inalcanzable. Eso significa que la penúltima será el Cartógrafo. Estoy seguro.

John, no obstante, se había detenido ante la puerta más cercana. La contemplaba con curiosidad al tiempo que olfateaba el aire.

—¿Qué es, John? —preguntó Aven-. ¿Problemas?

—No -respondió él-; canela.



—John, mi querido muchacho, por favor, entra

Travesía nocturna

El Custodio de la *Imaginarium Geographica* se había visto transportado por un olor... y de improvviso, ya no era responsable del destino de dos mundos, la resolución de una guerra o los innumerables fracasos que se

habían convertido en cadenas alrededor de su cuello. Volvía a ser simplemente un estudiante soldado, cuyas mayores responsabilidades implicaban leer manuscritos en inglés antiguo y asegurarse de no olvidar el rifle en una trinchera.

John alargó una mano vacilante y acarició el aire a un milímetro por encima de la superficie de la puerta.

—¡John! — exclamó Charles-. ¡Después de lo que acaba de suceder abajo, no puedo creer que vayas a arriesgarte a abrir otra puerta!

—Estamos de acuerdo -intervino Jack-. Deberíamos ir hasta la última puerta y averiguar si el Cartógrafo está realmente aquí. Ya hemos malgastado suficiente tiempo en el pasado..., um, por decirlo de algún modo.

—Esta es diferente -dijo John-. ¿No lo oléis?

Aven fue a colocarse junto a John y olfateó el aire.

—Sí, lo huelo. Es algún tipo de tabaco.

—Un tabaco de canela -dijo John-. Una mezcla especial.

—Qué curioso -indicó Bert, rascándose la cabeza-. La única persona que he conocido a la que le gustara el tabaco aromatizado con canela era... -Su voz se apagó y sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos-. Abre la puerta, John.

John alargó el brazo con mano firme y empujó. La puerta se abrió sin esfuerzo sobre goznes silenciosos, y una fresca emanación de tabaco aromatizado con canela pasó por entre los compañeros.

Al otro lado de la puerta había un cuadro más familiar para ellos que cualquier otro de los que habían visto en el Alcázar... ya que la mayoría de ellos, excepto Aven y Artús, habían estado allí hacía apenas unos días.

Era un estudio inconfundiblemente británico en su decoración; una biblioteca repleta de libros y una figura muy conocida que no era posible que estuviera sentada en su silla, examinando incunables con siglos de antigüedad mientras daba pausadas caladas a una enorme pipa.

A diferencia de las otras escenas, que requerían cruzar el umbral para ponerlas en movimiento, este escenario estaba ya activo, como si hubiese estado esperando a que alguien abriera la puerta y penetrara en su flujo. La figura del escritorio advirtió su presencia al otro lado de la puerta abierta y habló; el familiar timbre de voz no dejó duda sobre quién estaba sentado ante el amplio escritorio de roble.

El profesor Sigurdsson hizo una seña a su joven protegido para que entrara y se sentara.

—John, mi querido muchacho, por favor, entra. Tenemos mucho de que hablar, creo. ¿Hay otras personas contigo, John? —prosiguió el profesor, escudriñando la puerta a través del humo—. Me parece ver a alguien más ahí fuera.

John volvió la mirada hacia Bert, que sacudió la cabeza. Cualquier significado que tuviera aquello estaba dirigido a John, y sólo a John. El joven penetró en el estudio y cerró la puerta tras de sí.

—No, profesor -dijo-. Sólo estoy yo.

El profesor se puso en pie y tomó la mano que John le tendía entre las suyas, estrechándola efusiva y frenéticamente.

—Me alegro tanto de verte, John -indicó-. No te esperaba hasta dentro de otro día por lo menos, dado el estado del transporte en estos tiempos difíciles.

—Créame, profesor -dijo John, tomando asiento frente a su mentor-, tampoco yo esperaba verle.

Resultaba casi excesivo para poder asimilarlo. Apenas había transcurrido tiempo suficiente para aceptar la noticia de la muerte del profesor, y mucho menos para digerirla, ya que la aventura en el Archipiélago había dado comienzo casi de inmediato. Y desde entonces, todos sus pensamientos sobre el profesor habían sido fugaces, y se entremezclaban con pesadumbre y aflicción y una abrumadora sensación de fracaso.

Por un instante John se planteó si aquella visita podría ser el equivalente en el universo a que enviaran a uno al despacho del rector para recibir una reprimenda, a pesar de que el rector estaba muerto.

—No sé por qué se nos ha concedido esta extraña oportunidad -dijo el profesor-, pero me alegro de que la tengamos, pues me temo que no sobreviviré a esta noche.

John se sobresaltó. ¿Sería posible que el profesor hubiera tenido una premonición de su propio asesinato?

—Es cierto -prosiguió su mentor, reservándose para sí si había o no contestado a la pregunta no formulada de John-. Hay elementos extraños que andan sueltos por la ciudad estos días, y me implican a mí mucho más

de lo que habría pensado que harían en estos tiempos. Pero tengo responsabilidades, y debo ocuparme de ellas, cueste lo que cueste.

–Recibí su nota, profesor -dijo John-. ¿Qué necesita decirme?

–Sé por tus cartas que estás lleno de temor, joven John. No sólo debido a la guerra, sino también por tu futuro. Sé que te hallas sumido en un conflicto interior; que te encuentras en una encrucijada y no estás seguro sobre qué camino tomar. Pero debes saber esto: te elegí por una razón. Posees aptitudes, John. Aptitudes admirables. Y si las desarrollas, como espero haberte ayudado a empezar a hacer, entonces podrás salir a llevar una vida excepcional y extraordinaria.

John se sintió desconcertado..., fuera lo que fuera lo que había esperado, no era eso. El profesor siempre había mostrado una actitud amistosa hacia él, como haría un mentor, pero tal franqueza, en especial dándole ánimos con tanta pasión, era más que insólita.

–No he sido totalmente sincero contigo, John -dijo el profesor-. Las asignaturas que te he dado..., te he exigido mucho, lo sé. Pero fue todo con un propósito. Un propósito mucho más importante de lo que te he contado. Ahora estoy listo para hacerlo.

John reflexionó sobre lo que estaba sucediendo. ¿Había retrocedido realmente en el tiempo, a la noche en que mataron al profesor? ¿O experimentaba acaso alguna especie de visita espectral, un fenómeno generado por las extrañas energías del Alcázar? Y si era así, ¿cuál podría ser el efecto al revelar el futuro al profesor? ¿Cambiaría los acontecimientos del pasado?

¿O se limitaría a complicar el presente de un modo mucho peor de lo que ya lo había complicado él?

John tomó una decisión.

–Me ha estado preparando -dijo- para convertirme en Custodio.

El profesor se relajó.

–Entonces lo sabes. Maravilloso, muchacho. ¿Cómo te diste cuenta?

–He conocido a Bert. Y he visto la *Imaginarium Geographica*. Pero...

–Excelente -indicó el profesor, interrumpiéndole-. Entonces no importa lo que me suceda. Ya no.

–¡Claro que importa! – exclamó John-. ¿Cómo no iba a hacerlo?

El profesor Sigurdsson dio una calada a su pipa y expulsó el humo, inundando la habitación de aromático perfume.

—Porque -dijo por fin- cada uno tiene su papel que representar, y el mío era adiestrarte, prepararte para el puesto que has reclamado. Ni más ni menos. Y ya veo que lo hice bien y que puedo aceptar cualquier cosa que venga con un guiño, un asentimiento y un saludo de bienvenida.

—Ése es el problema -replicó John-. Usted hizo su parte..., pero yo no hice la mía. ¡Fui un alumno terrible, profesor! Y creo que le he fallado en todos los aspectos en que alguien puede fallar.

El profesor Sigurdsson empezó a reír. Luego comprendió que el joven hablaba en serio.

—Los muchachos son sólo eso, muchachos, John, y las distracciones de la vida están ahí para dar color a tu trabajo, y viceversa. Además, te hicieron ir a la guerra, y sin duda eso tiene que afectar a tus estudios.

—No es eso de lo que estoy hablando -dijo él, que no se sentía capaz de admitir todo lo que había ido mal en el Archipiélago: la incapacidad de actuar como traductor, seguida por la pérdida de la *Geographica*-. Bert me dijo lo que se espera de un Custodio Principia de la *Geographica*, y no estoy seguro de ser capaz de hacerlo. Simplemente no estoy preparado.

—Bert tenía la misma preocupación, la última vez que hablamos sobre ti -admitió el profesor-. Pero le aseguré que cuando se te llamara, aceptarías el reto. Y eso fue suficiente para él. Jamás volvió a cuestionarlo. Aunque en realidad, él fue partidario tuyo antes de que lo fuera yo. Soy un buen estudioso..., pero Bert es quién posee la imaginación. No hay muchos como él. Pero en ti, muchacho, encontró una alma gemela.

«Escúchale, John. Te aconsejará bien, cuando yo no pueda hacerlo, y en modos en los que yo no puedo. Haz caso de las palabras de los Custodios que te precedieron, cuya sabiduría está presente en la *Geographica*, pues han aprendido lecciones que necesitarás aprender tú mismo. Y toma nota de las cosas que observes, de modo que puedas transmitir la información a aquellos que vendrán después de ti..., porque te has unido a una gran tradición, muchacho. Y una vez que lo aceptes, se convertirá para siempre en parte de tu vida. Cree en ti mismo -dijo el profesor, tomando las manos de John entre las suyas-. Tienes todo lo que necesitas dentro de ti. Eres lo bastante fuerte. Eres lo bastante inteligente. Has aprendido más de lo que necesitas para completar las tareas que te aguardan. Ahora debes superar el temor que te impide abrazar tu destino.

—¿El temor de ser demasiado débil? — preguntó él.

–No -dijo el profesor-. El temor de ser demasiado fuerte.

–¿Demasiado fuerte? – John se sintió desconcertado-. ¿Cómo puedo ser demasiado fuerte? He fracasado en todas las tareas que se me han encomendado.

–Debido a tu miedo -respondió el profesor-. No debido a que seas incapaz de hacerlo. Nuestras debilidades siempre resultan evidentes, tanto a nosotros mismos como a los demás. Pero nuestras capacidades permanecen ocultas hasta que elegimos mostrarlas... y es entonces cuando se ponen realmente a prueba. Cuando todo lo que hay en nuestro exterior queda al descubierto, y ya no podemos culpar a nuestras deficiencias por nuestro fracaso, sino que debemos depender en su lugar de nuestras aptitudes para tener éxito..., es entonces cuando se calibra a uno, muchacho.

»Cree en ti mismo. Cree en que tu destino no es pasarte la vida en bibliotecas polvorientas, ni en los campos de batalla, sino haciendo algo de mayor importancia. Cree en ti mismo, John, y en que tienes en tu interior lo necesario para llevar una vida extraordinaria. Simplemente cree en ti, muchacho. Mi querido muchacho, cree.

El viento repiqueteó en las ventanas del estudio, la primera indicación de que el tiempo cambiaba.

–Creo que se acerca una tormenta -dijo el profesor-. He dicho lo que era necesario decir y me parece que es hora de que te marches.

Como recalcando sus palabras, un golpeteo había empezado a escucharse fuera, en la calle. El profesor se levantó y palmeó la espalda de su alumno.

–Lo harás bien, muchacho -dijo mientras abría la puerta-, y recuerda, suceda lo que suceda... me he sentido, y siempre me sentiré, muy orgulloso de ti.

Con eso, John abandonó el estudio y cerró la puerta.

Una vez más se encontró de pie en el Alcázar del Tiempo.

–¿Pasa algo malo? – preguntó Aven.

–¿A qué te refieres?

–Pues a que acabas de entrar -dijo Charles-. Justo ahora mismo. La puerta se cerró, luego volvió a abrirse. No has estado ahí más que un segundo o dos.

–Imposible -replicó John-. He estado hablando con el profesor Sigurdsson durante media hora.

–Son los portales -dijo Jack-. Manipulan nuestra percepción del tiempo. Para John fue media hora. Para nosotros, aquí fuera en el Alcázar, no pasó ni un minuto.

–¿Qué te dijo, John? – instó Bert.

El joven ladeó la cabeza, luego sonrió.

–Dijo que tenemos una tarea que llevar a cabo.

Mientras hablaba, el familiar retumbo volvió a iniciarse, y mientras los camaradas observaban, el suelo se movió bajo sus pies, y el techo se expandió, como si tomara aliento.

–Creo que la torre acaba de crecer -indicó Charles.

–Eso tiene sentido -repuso Bert-. Ésta es casi la última habitación; si todos los otros portales conducían a puntos del pasado, entonces es lógico que la habitación del Cartógrafo, allí cerca de la parte superior, esté moviéndose constantemente hacia el futuro, y que la que tiene encima esté realmente en el futuro.

La puerta que habían decidido que debía de ser la del Cartógrafo era la única de todo el Alcázar que tenía un ojo de cerradura. Jack se acuclilló y miró por él.

–Ahórrame tu disimulo -dijo una voz cortante y ligeramente irritada desde detrás de la puerta-. Es de muy mala educación mirar por los agujeros de las cerraduras..., así que derriba la puerta o márchate.

–¿Tenemos llaves? – inquirió Jack, irguiéndose.

–Tengo un millar de llaves -respondió Bert-, pero ninguna que encaje en esa cerradura.

Charles alargó una mano y empujó. La puerta no se movió.

–Sólida -anunció-. No como las otras. A lo mejor se supone que debemos derribarla...

–A lo mejor podríamos forzar la cerradura -sugirió Artús, al tiempo que alargaba la mano para examinar el mecanismo.

En cuanto la tocó, sonó un chasquido agudo, y la puerta se abrió con un quedo crujido.

–Umm -dijo Artús-. No esperaba que sucediera eso, precisamente.

La abrió por completo de un empujón, y juntos, los camaradas entraron en la habitación situada en lo alto de las escaleras.



—Si habéis venido por las anotaciones, llegáis antes de hora

El cartógrafo de los lugares perdidos

La habitación era amplia, pero no en exceso. Las paredes -lo que podía verse de ellas- eran de piedra, pero todas las superficies disponibles estaban cubiertas de mapas. Mapas viejos, mapas nuevos, mapas topográficos,

culturales, políticos y agrícolas. Había mapas de la luna, así como de la Antártida, e incluso mapas que eran evidentemente de la Tierra, pero curiosamente parecían haber unificado los continentes en una única masa de tierra.

Había una pequeña cantidad de estanterías, todas cargadas de tomos de lo que supusieron eran más mapas. Y excepto por las dos piezas situadas justo frente a ellos, ningún otro mueble. El resto de la habitación estaba lleno de globos terráqueos, equipos de agrimensura y rollos y más rollos de pergamino, todo lo cual servía al propósito y ocupación del hombre al que habían ido a buscar.

Allí, en el centro de la estancia, dibujando sobre una mesa cincelada de madera, estaba el Cartógrafo de los Lugares Perdidos. Se hallaba sentado en el borde de una silla de respaldo alto con el emblema de un rey sol tallado en la parte superior, intensamente concentrado en la tarea que llevaba a cabo. Trazaba unas cuantas líneas veloces con un gran cálamo, antes de sumergirlo en un tintero situado sobre el escritorio mientras meditaba qué hacer a continuación. Entonces realizaba unas cuantas líneas más y repetía todo el proceso.

El Cartógrafo, no obstante todo el legendario cúmulo de rumores y el halo de misterio que lo envolvía, tenía más bien un aspecto corriente. Era de baja estatura y rechoncho, y lucía anteojos posados sobre una nariz prominente. Su pelo, que era oscuro a excepción de dos mechones blancos que crecían por encima de las sienes, estaba echado hacia atrás y caía sobre sus hombros.

Vestía la túnica escarlata que habría llevado un caballero de la época de las Cruzadas, o posiblemente de la Inquisición. El cinturón era romano o griego, muy ajustado sobre un faldellín formado por tiras de cuero claveteado; y debajo de todo lo demás, iba envuelto en tiras de tela que le cubrían piernas y pies y se extendían hasta las muñecas.

—¿Sí? —dijo, reparando finalmente en sus visitantes—. Si habéis venido por las anotaciones, llegáis antes de hora. Os habéis equivocado de viernes, maldita sea.

Dicho eso reanudó su trabajo como si ellos ni siquiera estuvieran allí.

Transcurrieron unos cuantos minutos en el reloj del rincón antes de que John carraspeara por fin, sonoramente. Dos veces.

El Cartógrafo frotó la pluma en el papel secante y alzó la vista.

—¿Es que no pertenecéis al gremio de mercaderes? Eres Lorenzo de Médicis, ¿no es cierto?

—Um, no -respondió John-. Soy el Custodio de la *Imaginarium Geographica*.

Los ojos del Cartógrafo se abrieron de par en par, y la sorpresa le hizo soltar la pluma.

—¿El Custodio? ¿De veras? ¡Qué extraordinario!

Brincó de la silla y les hizo señas para que entraran.

—Pasad, pasad -dijo-. Espero que me comprendáis y disculpéis. He estado sometido a unos plazos ajustadísimos para completar los mapas de la Florencia inferior para el Magnífico...

—Usted perdone -dijo Charles-, pero Lorenzo de Médicis murió en 1492.

—¿Murió? —replicó el Cartógrafo-. Eso explicaría que dejara de enviar el material adicional de consulta. Debería haberme imaginado que lo perdería todo de vista en cuanto empezó a distraer su atención esa tontería del «Nuevo Mundo».

—¿Se refiere al continente americano? —inquirió Jack.

—Se llamaba algo parecido, sí -respondió el Cartógrafo-. No estoy seguro; acostumbro a no prestar atención a estos países tan nuevos hasta que han tenido una oportunidad de quedar mejor instituidos.

—Lleva establecido y en funcionamiento unos tres siglos ya -indicó John.

—Bien pues, parece que las cosas no le van mal, ¿no creéis? —comentó él-. Otro siglo o cuatro más y tal vez se convierta en un lugar que valga la pena observar.

—Si me disculpas -intervino Bert-, lo cierto es que hemos venido en busca de su ayuda.

El Cartógrafo levantó los anteojos y escudriñó con más atención a Bert.

—Te conozco, ¿verdad? —dijo con total naturalidad-. Me resultas familiar. No como si fuéramos «hermanos de sangre», sino más bien como un «así que quieres salir con mi hija».

—Fue uno de los Custodios más recientes -indicó Charles.

—No es eso -repuso el Cartógrafo-. No consigo identificar el rostro, pero el sombrero es memorable. —Chasqueó los dedos-. Ya está..., nos conocimos en el futuro. Lo recuerdo ahora. Aquel asunto desagradable con los albinos. ¿Cómo está esa querida Rose, a todo esto? ¿Está bien?

—¿Cómo es posible que le recuerde del futuro? — preguntó John.

—Porque aquellos que olvidan el pasado están condenados a repetirlo - recibió como respuesta-, pero aquellos que recuerdan el futuro pueden planear por adelantado cómo capear el temporal.

—¿De qué sirve conocer el futuro si uno no recuerda el pasado? — inquirió Charles-. No parece práctico.

—Uno puede apañárselas con una cierta falta de sentido práctico, creo. Tus resortes parecen un poco tensos. Además, el pasado es algo finalizado, y si piensas en él con demasiada atención, o bien te pierdes en la infelicidad de las cosas hechas de un modo insatisfactorio o te haces un lío dándote palmaditas en la espalda por las cosas que hiciste bien..., que ya no importan, porque están en el pasado, de todos modos.

»El futuro, no obstante, está aún por venir... y siempre resulta divertido esperar con ilusión los buenos acontecimientos, así como tener una oportunidad de prepararse para los malos.

—Si sabes que algo malo se acerca, ¿puedes hacer planes para evitarlo o intentar hacer algo diferente? — inquirió Charles.

—Probablemente -respondió el Cartógrafo-, pero entonces los acontecimientos buenos carecerán de sabor. La alegría que encuentras en la vida se paga soportando lo que viene a continuación, del mismo modo que en ocasiones, el sufrimiento queda redimido por una alegría inesperada. Es el trueque que hace que una vida valga la pena ser vivida. Mirad esta torre - explicó, indicando con un ademán la habitación a su alrededor-. Un lugar extraordinario para visitar, pero tal vez no quisierais vivir aquí..., en especial si no os pudierais marchar.

—Es un prisionero, quiere decir -dijo Charles.

—Las circunstancias que dieron como resultado, digamos, mi residencia forzosa en el Alcázar del Tiempo las provoqué yo mismo. Y mientras que hay momentos en los que deseo poder recuperar mi libertad, si se me diera la oportunidad, seguiría efectuando las mismas elecciones.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? — preguntó Jack.

—¿Qué año dijisteis que era?

—Estamos en marzo de 1917 -respondió Charles.

—Unos mil quinientos años, año más año menos -dijo el Cartógrafo-. Pero no es que no haya tenido mucho que hacer. Es un Archipiélago enorme, al fin y al cabo, y alguien tiene que ocuparse de él.

—¿No ha abandonado esta habitación en un milenio? —inquirió Charles.

—Bueno, no ha sido fácil -repuso él-. Puede resultar insoportable esperar a que aparezca alguien con algo interesante que hacer, o mejor aún, alguien que te traiga regalos, como manzanas de Paralon o whisky de Heather Blether. También hay momentos en los que pienso que habría sido interesante permanecer en vuestro mundo -finalizó-. Me gustaría haber visto que habría pensado Hitler de alguien como yo.

—¿Quién? —preguntó Charles.

—No importa -indicó el Cartógrafo. Se volvió hacia John-. Según decías, eres el Custodio..., de modo que o bien habéis venido a pedirme que añada algo a la *Geographica* o bien queréis que la destruya, algo que debería dejar bien claro ahora que no es una opción. No tengo intención de hacer trizas algo a cuya creación dediqué casi dos mil años. Así pues, ¿dónde está?

—Yo, bueno, me parece que la he perdido -dijo John.

El Cartógrafo puso los ojos en blanco y suspiró.

—Debería haberlo adivinado. Las cosas sencillas se pueden hacer en solitario; las catástrofes requieren acompañantes. Es el Dilema de Cervantes otra vez desde el principio -dijo, meneando la cabeza-. Pero lo que está hecho, hecho está, y no se puede hacer nada para remediarlo.

Regresó con pasos rápidos a su escritorio, se sentó, y, silbando una cancioncilla, empezó a trabajar en otro mapa.

Los camaradas se miraron entre sí, perplejos. Finalmente, John volvió a carraspear.

El Cartógrafo los miró.

—Vaya, ¿todavía seguís aquí? ¿Necesitáis una autorización?

—Bueno, no -empezó John-, es decir, quiero decir...

—Suéltalo, chico. Soy un hombre muy ocupado.

—Bueno, ¿qué se supone que debemos hacer ahora? —preguntó John.

El Cartógrafo se volvió hacia ellos y se subió los anteojos a la frente.

—Discúlpame si me he mostrado ambiguo. Deja que intente resumir las cosas de un modo más conciso. Necesitas la *Imaginarum Geographica* para impedir cualquiera que sea el desastre que se cierne sobre el mundo en general. Tú eres el Custodio de la *Geographica*. Perdiste la *Geographica*. Ergo, tú y todos los que conoces, amas, te importan o con quienes intercambias comentarios cuando vas a buscar el correo estáis a punto de

perecer en medio de la oscuridad y la aflicción. Espero que eso te haya dejado bien clara la situación.

Dicho eso, el Cartógrafo regresó a su mapa y continuó dibujando.

John se inclinó hacia Bert.

—¿Qué hacemos ahora? — susurró.

—No tengo la menor idea -respondió él-. Nunca he estado aquí. Tal vez debieras volver atrás y preguntar a Stellan.

—No creo que ésa sea una buena idea -dijo John, meneando la cabeza-. La torre creció, ¿lo recuerdas? Esa puerta podría no abrir al mismo tiempo o lugar.

—¡Maldita sea! — exclamó Bert.

—Disculpad -dijo el Cartógrafo-, pero ¿cómo fue que entrasteis aquí?

—Usted dijo que entráramos -respondió Jack.

—Dije que derribaseis la puerta u os marchaseis -replicó el Cartógrafo-, y esperaba que os marcharais, porque es imposible derribar esta puerta. Lo sé. Pasé gran parte del siglo vii intentando hacerlo.

—Entonces ¿cómo consigue entrar la gente? — preguntó Charles.

—A los Custodios siempre se les permite entrar con la *Imaginarium Geographica* -repuso el Cartógrafo-. Es como un pase dorado que abre puertas o una palabra mágica, como «Ábrete Sésamo».

—En realidad, eso son dos palabras -indicó Jack-, y la palabra mágica era «Alakazam».

—No corrijas a tus mayores, muchacho -dijo el Cartógrafo-. Así que, soltadlo. ¿Cómo abristeis la puerta? Tú mismo dijiste que habías perdido la *Geographica*, y el único otro modo de entrar es con el permiso del rey... y perdonad mi evaluación, pero ninguno de vosotros tiene aspecto de rey.

—Pues se equivoca -replicó Aven, avanzando al tiempo que daba un codazo a Artús-. Él abrió la puerta.

El Cartógrafo saltó de un brinco de la silla y se acercó a Artús arrastrando los pies.

—Vaya -masculló, mirando al joven, que enrojecía por momentos bajo el escrutinio-. Vaya, ya lo veo. Esa nariz es inconfundible; un descendiente de Arundel, de la casa de Eligure, a menos que me equivoque en mi suposición. ¿Cómo te llaman, chico?

—Um, Bicho... Quiero decir, Artús.

–Umbichoquiocirastur... un nombre poco usual para un rey, pero sobre gustos no hay nada escrito -indicó el Cartógrafo-. ¿Qué puede hacer el Cartógrafo de los Lugares Perdido por el rey Umbichoquiocirastur?

–Ya está -susurró Charles-. Finalmente hemos captado su atención.

–Me llamo Artús -dijo el muchacho-, y es mi amigo sir John, el Custodio, quién necesita su ayuda.

El Cartógrafo miró a John con recelo por encima del borde superior de sus gafas.

–Tú otra vez. Pensaba que habíamos establecido que no había nada que hacer, desde el momento en que no pareces ser el Custodio de nada.

Charles y Bert hicieron amago de salir en defensa de John, pero él los atajó con un ademán y miró cara a cara al Cartógrafo.

–Eso no es cierto -dijo-. Puede que haya perdido la *Geographica*, pero eso no significa que no siga siendo el Custodio.

El Cartógrafo sostuvo su mirada, luego cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró.

–Continúa.

–Cuando me pidieron que fuera el Custodio de la *Imaginarum Geographica* -dijo John-, no quería el trabajo. No estaba preparado. Y por supuesto no quería esa responsabilidad. Pero luego comprendí que no había nadie más que pudiera hacerlo... y que mucha gente contaba conmigo para que lo llevara a cabo. Y sólo hay una cosa que se puede hacer en una situación como ésta...: aceptar el reto y cargar con lo que sea para lograr completar la tarea.

–Interesante -repuso el Cartógrafo-, pero volveré a señalarlo: no tienes la *Geographica*. ¿Cómo puedes cumplir con cualquier obligación como Custodio?

–Tiene que ver con más cosas que el libro, ¿no es cierto? – dijo John-. También tiene que ver con cuidar de las tierras que hay en él... y justo ahora, eso es lo que intento hacer. Poseer un libro de mapas no le servirá de nada a nadie si el Archipiélago es devorado por la guerra; pero si puedo hallar un modo de impedir que eso suceda, ¿no será más importante que salvaguardar o no el libro?

–Ésa -dijo el Cartógrafo, mientras sus ojos chispeaban y una sonrisa empezaba a aparecer en su rostro- es la primera vez que te he oído hablar como un Custodio.

Regresó a su asiento y tomó su cálamo.

–Lamento no disponer de nada sobre lo que os podáis sentar -dijo mientras reanudaba su tarea-. Así que tendréis que arregláros las con las posaderas que los dioses os facilitaron. Acomodaos en el suelo y contadme qué ha estado sucediendo en el mundo.

Hicieron falta casi tres horas para relatar todo lo que había sucedido al grupo desde que abandonaron Londres hasta el momento en que llegaron a la torre. Hubo un consenso mudo entre ellos para no mencionar el incidente con el monstruo marino y el resto dejó a John la decisión de si debía mencionar o no su encuentro con el profesor, algo que él eligió no contar.

–Ah, sí. Sigurdsson -dijo el Cartógrafo cuando mencionaron el asesinato-. Un buen tipo. Vino a visitarme en varias ocasiones. Traía galletitas. ¿Tenéis galletitas?

–Teníamos un libro de cocina -respondió Charles-. Pero lo regalamos.

–A vosotros, chicos, parece que os resulta imposible retener un libro, ¿no es cierto? – comentó el Cartógrafo-. ¿Cómo diablos conseguisteis que os eligieran para ser Custodios?

–Es una larga historia -dijo John-. Así que, ¿puede ayudarnos?

–Me siento un tanto confuso sobre los detalles -indicó él-. ¿Qué es exactamente lo que piensas que puedo hacer?

–Para ser franco, tampoco yo lo tengo muy claro -respondió el joven-. Pensamos que Magwich lleva en estos momentos la *Geographica* y el Anillo del Poder al Rey del Invierno, para que pueda llamar a los dragones...

–Vaya, así que tiene el Anillo del Poder, ¿verdad? – dijo el Cartógrafo, interrumpiendo a John-. ¿Lo lleva colgado al cuello?

–Uh, no..., probablemente en el dedo -indicó Jack.

–Bien... eso es incluso mejor -repuso el Cartógrafo-. Me gustaría verlo. Uf -resopló-. A ese tipo le espera una sorpresa, creo. Bien, si estáis seguros y decididos a intentar hacer algo constructivo, supongo que debería ponerme en acción y ayudaros. De ese modo, si todo sale mal y el mundo empieza a ser devorado por la muerte y el fuego, no podréis ir por ahí diciendo: «Es culpa del Cartógrafo. Si al menos nos hubiese ayudado, no estaríamos en este berenjenal».

–Muy justo -dijo John.

—No necesitas la *Geographica*, porque sólo existe una isla en el Archipiélago donde puede invocar a los dragones -indicó el Cartógrafo-. Es allí donde lo encontrarás con su «anillo», intentando llamar a los dragones, robando las sombras de la gente y todo aquello que los conquistadores malvados hagan estos días.

—Aun así, necesitamos indicaciones sobre cómo llegar a la isla -repuso John-. La *Geographica*...

—Joven, yo soy el Cartógrafo. Yo creé la *Geographica*. Desde luego, está dentro de mis atribuciones recrear un mapa concreto.

Extrajo una única hoja de pergamino de color tostado de un montón situado junto a su escritorio, sumergió su pluma en el encostrado tintero, y empezó a dibujar rápidamente con plumazos ligeros y fluidos.

A medida que su mano volaba de un lado a otro sobre el pergamino, empezó a surgir la imagen de una isla.

—Es sorprendente el modo en que puede mantener sus mapas tan limpios cuando trabaja de un modo tan desordenado -murmuró Jack a Charles-. Debe de tener tinta hasta los codos.

El Cartógrafo hizo una pausa y alzó la vista hacia John.

—¿Instrucciones de navegación?

—Sí, por favor -respondió él, asintiendo.

—No, no, no -dijo el Cartógrafo-. ¿En qué idioma te gustaría que estuvieran las instrucciones de navegación?

—En el que usted quiera -respondió el joven, encogiéndose de hombros.

La cabeza del Cartógrafo se alzó de un modo casi imperceptible.

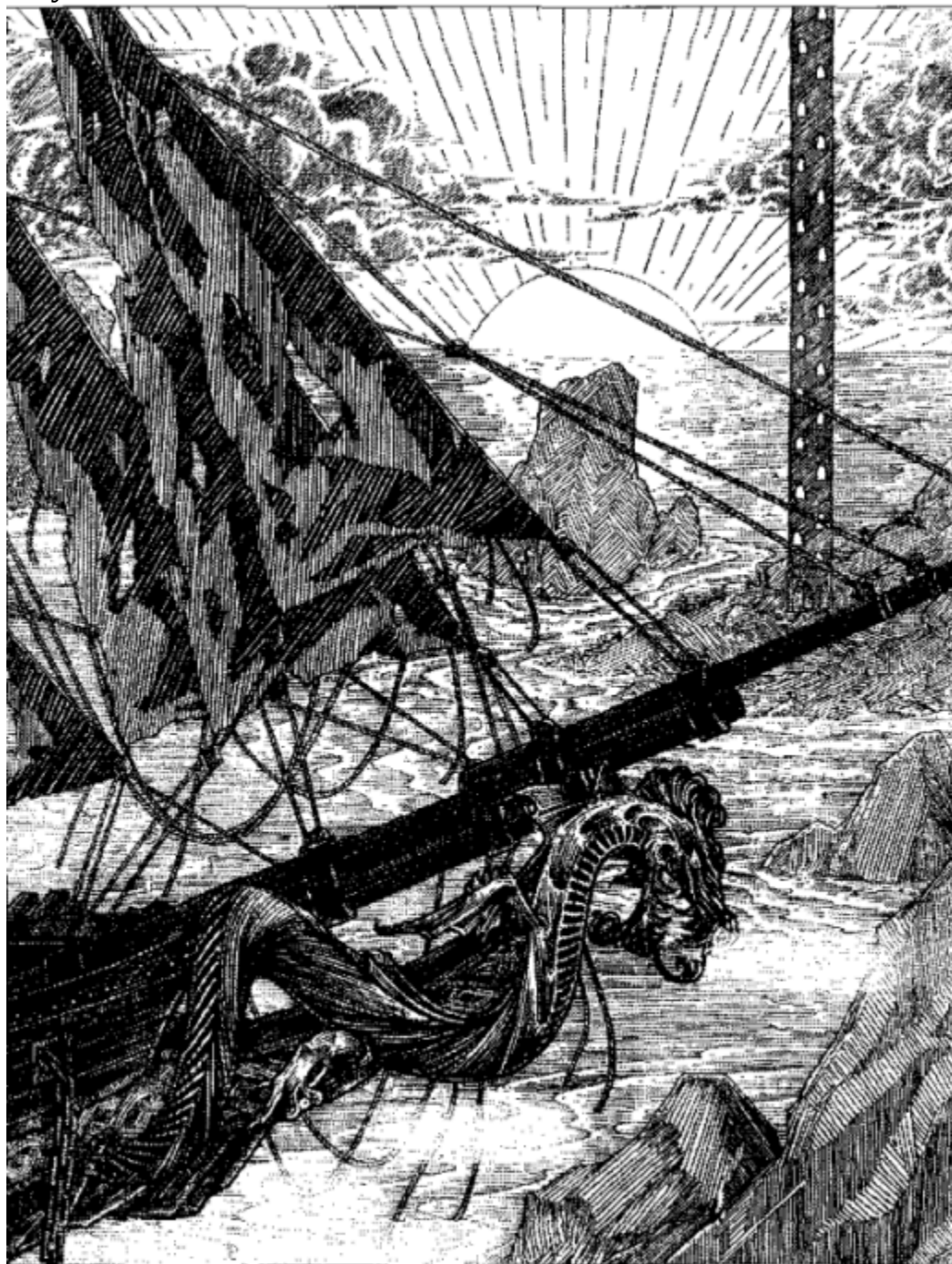
—Muy bien, joven.

Siguió añadiendo líneas y anotaciones a la hoja hasta que pareció lo bastante completa para serles útil. Por fin, dejó a un lado la pluma y se recostó en su silla, dedicando al mapa recién creado una última ojeada superficial a la vez que asentía, satisfecho.

Esparció polvo secante sobre la tinta, enrolló el mapa, lo ató con cordel, y se lo entregó a John.

—Recordad -dijo, abarcándolos a todos con su mirada-, hay un precio que pagar por todas las elecciones que hacemos, y mi reclusión permanente en el Alcázar del Tiempo es parte del precio que he pagado por mis propias elecciones. Tened cuidado de que las elecciones que realicéis en los próximos días no limiten vuestros propios caminos hacia el futuro.

Recordad qué queréis conseguir, y luego hacedlo. Encontraréis al que llamáis Rey del Invierno en la Isla del Fin del Mundo.



... parecía que el Rey del Invierno sí los había estado buscando después de todo.

Fuego y huida

Mientras los camaradas descendían la escalera, la torre creció otras tres veces.

–Andad más de prisa -advirtió Bert-. El descenso va a ser literalmente más largo que la subida.

Sin embargo, sorprendentemente, tardaron un tiempo bastante menor en bajar.

–Igual que ir en trineo -comentó Charles-. Es la larga ascensión lo que hace divertido el descenso.

Al contrario que durante la ascensión, que habían realizado en silencio, los camaradas no pudieron resistir comentar las peculiaridades del Cartógrafo mientras descendían.

–Creo que fue una gran pérdida de tiempo -dijo Aven, que se había puesto en cabeza junto con Jack-. Incluso de haber tenido la *Geographica*, quedó claro que no la habría destruido.

–Pero podríamos haberla dejado con él -indicó John, pensativo-. Para que la mantuviera a salvo.

–Sí -añadió Bert-, dudo que el Rey del Invierno hubiese hecho el esfuerzo de subir hasta lo más alto.

–Sin mencionar que no habría conseguido entrar -dijo Charles, dirigiendo una sonrisa de complicidad a Artús-. No sin sangre real.

–O sin la *Geographica* -intercaló Aven-, que ahora sí tiene.

–Al menos sabemos que tampoco él la puede destruir -indicó John.

–¿No era eso lo que queríamos? – inquirió Aven, deteniéndose.

–Ya no -respondió John-. No, ahora que sabemos lo que realmente está en juego.

–Y ¿eso qué significa?

–Significa que tiene intención de usar tanto el Anillo del Poder como la invocación que hay en la *Geographica* para intentar llamar a los dragones -dijo John-, y no creo que eso sea todo lo que necesita. Fijaos en lo que sucedió ahí arriba; Artús abrió la puerta cerrada con llave con un simple roce, porque es el auténtico heredero. ¿No creéis que podrían ser necesarias las mismas condiciones para invocar a los dragones también?

–Ésa es una deducción excelente, John -dijo Charles.

–Estoy de acuerdo -indicó Bert.

–No hay presión -dijo Jack a Artús.

Al pie de la escalera (donde Artús cerró subrepticamente cierta puerta), los camaradas rieron aliviados y agradecidos..., sonidos alegres que cesaron en cuanto abandonaron el Alcázar.

Allí, recortándose en el sol naciente, vieron una nave tan grande como la suya propia atracada junto al *Dragón Blanco*. Era el *Dragón Negro*; parecía que el Rey del Invierno sí los había estado buscando.

Aven lanzó una maldición y dirigió una mirada ponzoñosa a John. Todas las notas que éste había escrito en la *Geographica* estaban en sencillo inglés moderno...; hasta un niño habría podido localizar la isla.

Conduciendo al Rey del Invierno y a varias docenas de botes que transportaban Espectros hasta la playa estaba Magwich. El senescal aferraba la *Imaginarium Geographica* contra el pecho. E incluso desde tan lejos, pudieron ver que el Rey del Invierno llevaba puesto el anillo.

—Tiene lo que quería -dijo Jack-. No hay razón para que venga a buscarnos aquí.

—A menos que haya llegado a la misma conclusión que nosotros -indicó Charles-. Magwich oyó la misma historia que nosotros de labios de Ordo Maas, ¿recordáis? El Rey del Invierno sabe ahora quién es Artús exactamente.

—¿Echamos a correr? — preguntó John-. Nos ha cortado cualquier posibilidad de retroceder al *Dragón Blanco*.

—Rápido -dijo Charles a sus compañeros-, regresemos a la escalera.

—¿Eres idiota? — le increpó Aven-. Estaremos atrapados.

—No -respondió Charles-, no creo que lo estemos.

Sin decir ni una palabra más, empezó a subir los peldaños a la carrera.

Jack y John intercambiaron miradas de desconcierto.

—Nos hizo falta la mitad de la noche para llegar a lo alto -dijo Jack-. Estoy agotado. No podemos repetir eso otra vez, ni siquiera aunque nos persigan.

Aven los agarró a ambos y los impulsó hacia la escalera, donde Bert y Artús pisaban ya los talones a Charles.

—No hay tiempo para quejas -dijo la joven-. Es la única opción que tenemos.

Aunque pudiera parecer raro, los esbirros del Rey del Invierno no parecieron perseguirles, sino que permanecieron por el contrario al pie de la escalera.

Se encontraban ya a cierta altura cuando Jack se detuvo, olfateando el aire, y a continuación miró por el hueco de la escalera.

–Humo -gritó-. ¡Han incendiado el Alcázar! ¡Hemos de regresar!

Charles se detuvo a su vez y miró a Jack. El joven respiraba con dificultad, más por miedo que por el esfuerzo.

–Jack -dijo-, a lo largo de toda esta aventura, te has metido voluntariamente en todas las refriegas. Has aceptado cada maravilla e irregularidad fantástica con las que nos hemos tropezado como si no sucediera nada. Y todo el tiempo, yo apenas he hecho otra cosa que poner en duda la realidad de lo que hemos visto.

–Por eso no comprendo lo que haces ahora -replicó Jack-. Carece de todo sentido. No es lógico seguir ascendiendo por una torre que acaban de incendiar.

–Es precisamente a lo que voy -repuso Charles mientras reanudaba la ascensión-. Realmente no es lógico. Pero de todos modos, nada en esta torre lo es. Al contrario, acabo de ver a mi amigo John entrar en una habitación y hablar con alguien que sabemos que está muerto, y salir cambiado de ella por haberlo hecho. Y creo que sucedió. De modo que si estoy dispuesto a creer eso, me parece que puedo creer en otra cosa... ¡así que cállate y sigúeme!

–¿Vas a regresar con el Cartógrafo? – preguntó Jack, jadeando-. Está más atrapado que nosotros, ¿recuerdas?

–No voy a llegar tan alto -dijo Charles por encima del hombre-. No tanto.

Bert sonrió de oreja a oreja.

–Creo que sé lo que tiene en mente. Rápido, ahora haced lo que dice.

El grupo siguió con su huida escaleras arriba mientras los secuaces del Rey del Invierno empezaban a llenar las aberturas de la base de la torre y el humo ascendía tras ellos, como si se tratara de un depredador en persecución de su presa.

La evaluación de Charles de que la torre no jugaba limpio con las leyes del espacio y el tiempo parecía ser correcta: en una fracción del tiempo que habían tardado en su primer ascenso, llegaron a los niveles superiores del Alcázar. El humo del fuego que ardía abajo, si bien seguía estando allí, ya no era la nube que sofocaba el aire que había sido poco antes, y los sonidos de la persecución se habían apagado.

—¿Por qué no habrían de seguirnos? — preguntó Jack.

—Creo que lo hacen -indicó Bert-. Los Espectros no temerían al fuego; pero tal vez la torre crece para ellos mientras que se ha estado encogiéndose para nosotros.

—Es la misma marmita -dijo Charles-. Para ellos, todavía no ha empezado a hervir... mientras que para nosotros ya hierve, aunque se trata de la misma cantidad de tiempo.

—Estamos casi en lo alto -observó John-. Hemos dejado atrás la puerta que conducía a Londres, de modo que no iremos a la semana pasada. Y el Cartógrafo no nos puede ayudar. Así que ¿adonde vamos, Charles?

—Había una puerta más antes de la del Cartógrafo, ¿recordáis? — contestó él-. Si la que hay abajo es el pasado reciente, y la de arriba el presente, entonces la situada en medio podría ser justo lo que necesitamos.

—¿Y qué sucede si da entrada a la Mongolia Exterior? — quiso saber Jack.

—No lo hará -respondió Charles.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé -dijo su compañero con una amplia sonrisa-. Pero tengo fe.

—Eso no es muy lógico -indicó Bert, intentando dominar una amplia sonrisa.

—No, no lo es -coincidió Charles mientras llegaban al penúltimo rellano-, pero tampoco era lógico que John abriera una puerta que daba a un estudio en Londres. Era simplemente lo que él necesitaba que fuera.

—Y ¿tú qué necesitas que sea? — preguntó Bert mientras Charles alargaba una mano para tocar la puerta.

—La base del Alcázar, justo después de que entráramos -respondió Charles.

La puerta se abrió de par en par a un montículo cubierto de maleza que descendía suavemente hasta el lugar donde estaba anclado el *Dragón Blanco*. La luna seguía justo en lo alto del cielo; no era la mañana, sino medianoche. Y no había ni rastro del *Dragón Negro* ni del Rey del Invierno.

—Espera un momento -dijo Jack-. Si nosotros salimos del Alcázar justo un momento después de entrar, ¿entonces no estamos todavía en el interior en alguna parte? ¿Y no seguiremos... seguirán... atrapados igualmente cuando el Rey del Invierno llegue?

–No lo creo -respondió Charles-; creo que harán exactamente lo que acabamos de hacer, y escaparán ilesos como estamos a punto de hacer nosotros.

–¿Qué sucederá si eligen un camino distinto? – quiso saber Jack-. ¿Qué pasa si los «nosotros» que están en el Alcázar ahora no te escuchan?

–No funciona de ese modo -les aseguró Bert-. Confiad en mí..., he hecho averiguaciones. Es lo que tiene el viajar en el tiempo..., siempre avanzas, incluso cuando regresas.

Sanos y salvos a bordo del *Dragón Blanco*, se alejaron de la costa y describieron un círculo hacia el otro lado de la isla antes de desenrollar el mapa del Cartógrafo.

–Es una ruta más simple de lo que parecía -comentó John-. Hemos de ir un poco más al norte, pero luego, es todo en dirección oeste. Al oeste, al borde mismo del mundo.

–Será mejor que tengas cuidado de que la nave no caiga por él, ¿eh, Aven? – bromeó Charles.

–De acuerdo -respondió ella, cruzando los brazos-. Es una buena idea, Charles.

–Ah, bueno, gracias -tartamudeó él-. No lo decía en serio, ya sabes.

–Pues deberías -dijo Aven-. He oído hablar de este lugar; Nemo dice que todos los demás marineros hablan sobre él en susurros apagados cuando han bebido demasiada cerveza. Realmente es el final del mundo, y si no tenemos cuidado, es posible que caigamos por el precipicio. Pero no te preocupes -añadió con fingida dulzura-, tengo entendido que el vacío al que da, no tiene fin, de modo que jamás chocaríamos con el fondo.

–Bueno, eso está bien, ¿no? – dijo Artús.

–No -respondió Bert-; significa que no haríamos más que caer, y caer, y caer, durante toda la eternidad.

–Ah -dijo Artús.

–Si partimos inmediatamente -indicó John-, tenemos toda la noche para obtener una buena ventaja sobre el Rey del Invierno. Recordad..., vendrá aquí, a buscarnos.

–Todavía no comprendo por qué no conseguiremos encontrarnos -indicó Jack-. Esa cosa del tiempo me produce dolor de cabeza.

–Confiad en mí -repitió Bert-. Le llevamos ventaja en más de un sentido.

—¿Qué sucederá cuando lleguemos a la isla? — preguntó Aven.

—Tenemos la ventaja de la sorpresa -respondió John-. Lo que sea que deba tener lugar allí, podremos estar preparados para ello, mucho antes de que él nos alcance. Tenemos el *Dragón Blanco*... y él debería poder conducirnos allí a una velocidad excepcional.

—Es ella, no él -dijo Aven-. Hagámoslo.

Jack y Charles acometieron la tarea de preparar las velas para el viaje al norte; aunque la nave ya había tomado esa dirección. No toda la fuerza motriz provendría de los vientos.

Aven se hizo cargo del timón, y Artús, en un intento de ser útil, trepó hasta el puesto de vigía.

Bert y John permanecieron de pie en la proa, disfrutando del respiro que habían hallado, por muy limitado que pudiera ser.

—Dime, muchacho -dijo Bert-. ¿Qué te dijo el profesor en la torre?

—Dijo que te escuchara -respondió él con una sonrisa-, y que tenía toda la confianza del mundo en que derrotaríamos al Rey del Invierno.

—¿Realmente dijo eso? — inquirió Bert, dirigiendo a John una mirada curiosa.

—Algo muy parecido -respondió John-. Pero de todos modos, el Cartógrafo dijo más o menos eso, ¿no es cierto? Entramos sin nada, y salimos con poco más. ¿Qué nos dijo que no supiéramos ya, excepto que nuestra victoria o derrota puede limitarse a una cuestión de voluntad?

El anciano asintió.

—Me alegro de que tuvieras esa oportunidad -dijo- de ver... a Stellan... una vez más. A mí me habría gustado también. Ah, bueno..., ya habrá tiempo para hacerlo en el futuro, ¿verdad, muchacho?

Bert se alejó para hablar con Aven antes de que John tuviera oportunidad de preguntarle a qué se refería.

El *Dragón Blanco* abandonó las islas de *Chámenos Liber* en relativo silencio y con el mar en calma. Únicamente un par de ojos observaron su paso. Muy por encima de ellos, en el despejado cielo nocturno, la enorme grulla plateada y escarlata lo contempló unos minutos más, luego giró en el aire y empezó a volar hacia el sur cada vez a mayor velocidad.

Quinta parte

La isla del fin del mundo



*—Yo también te saludo, mi amigo el Viajero a Tierras
Lejanas.*

Esperanza y desaliento

El viaje desde la isla del Cartógrafo a la Isla del Fin del Mundo fue la travesía más pacífica y menos memorable que habían experimentado desde

el viaje inicial de Londres al interior del Archipiélago. El aire nocturno era diáfano y las estrellas de lo alto tenían un brillo deslumbrante.

Artús señalaba constelaciones a sus compañeros; constelaciones que no siempre existían en el mundo del otro lado.

—¿Ves ese dibujo que forman las estrellas en el este? —decía a John-. ¿Ese grupo irregular de ahí?

—Sí, lo veo.

—Eso es Athamas y Themisto. Persiguen a ese agrupamiento de ahí, en el norte...; lo llamamos Salmoneus. Era un mercader que robó cuarenta monedas de plata a Athamas, y ellos lo persiguen por el firmamento, para obligarle a devolver la plata.

—¿Qué es eso, eso de ahí? —preguntó Charles, señalando-. ¿La línea que asemeja el Cinturón de Orion?

—Es el Cinturón de Orion -dijo Artús.

—Ah.

—¿Qué es eso? —quiso saber John, señalando al oeste- ¿El grupo brillante, con una forma parecida a un árbol?

—Astraeus -dijo Aven-. Dios de los cuatro vientos y amigo de los marinos. Decid una plegaria cuando lo miréis, de modo que nos dé lo que necesitamos para mantener nuestro rumbo,

—¿Una plegaria? —inquirió Jack-. ¿A una constelación?

—A lo que representa -respondió ella.

—Pero yo no creo en lo que representa -arguyó Jack.

—Las oraciones no son para la deidad -dijo Aven-. Son para ti, para que vuelvas a comprometerte con lo que crees.

—Y ¿no puede hacerse eso sin rezar a un dios griego muerto?

—Claro -respondió ella-; pero ¿con qué frecuencia lo haría alguien, si no fuera con una oración?

Los camaradas se turnaron para dormir durante el resto de la noche; John, Artús y Bert primero, luego Aven, Jack y Charles, con Bert tomando el control del timón.

Aven despertó justo cuando el sol empezaba a asomar, una rueda que proyectaba enormes rayos de luz en el cielo. La luz era brillante, y el cielo en el horizonte de un extraordinario azul verdoso, que palidecía más arriba, a lo largo del eventual arco solar.

Pero al oeste, directamente en su camino, se cernía la oscuridad que anteriormente habían supuesto que era una línea de tormentas; una frontera hermana de la que custodiaba los límites en Avalon. Pero no se trataba en absoluto de tormentas... eran simple y llanamente, tinieblas. Tinieblas...
... Oscuridad.

Oyeron el sonido primero, antes de avistar la isla, y John dio gracias por las precisas instrucciones de navegación del Cartógrafo, pues de haberse acercado a la isla desde un ángulo con unos grados más o menos, el *Dragón Blanco* no habría podido resistir la fuerza de arrastre.

El sonido era un rugido tan grande como el mundo; era el sonido de una cascada tan amplia como un océano, precipitándose a un vacío infinito tan profundo como el mismo Hades.

La Isla del Fin del Mundo era más grande que Avalon y Byblos juntas. Era una planicie llana y rocosa, que se elevaba para formar unas cuantas colinas en el centro, luego ascendía en suave pendiente hacia el oeste hasta una cima que se extendía más allá del borde, por encima de la cascada.

John se estremeció al comprender lo que debía de haber al otro lado. No había estrellas, y la luz del sol nascente parecía quedar engullida por las tinieblas. La isla realmente era un Final de Finales, y de algún modo comprendieron que el enfrentamiento con el Rey del Invierno finalizaría allí.

De un modo u otro, finalizaría.

Aven condujo al *Dragón Blanco* a través de un arrecife de aspecto siniestro hasta un punto en la costa meridional donde la nave podía quedar anclada con seguridad. Veían toda la línea de la costa en ambas direcciones, al este, de donde acababan de llegar, y al oeste hasta el borde. No había otros navíos a la vista, y lo que era más importante, no había ni rastro del *Dragón Negro*.

Desembarcaron para poder iniciar la exploración de la isla, y decidieron rápidamente que se trataba de un lugar singularmente anodino.

—Bueno, excepto por la cascada -dijo Charles-. Se parece un poco a ese lugar de Estados Unidos, donde está ese cañón enorme; un lugar al que en realidad no irías, excepto para ver un enorme y tremendo agujero que sería tu muerte si cayeras en él.

No había construcciones de ninguna clase, excepto algunas piedras verticales dispuestas sin orden ni concierto por todo el terreno y en lo alto

del farallón del lado oriental.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Jack-. ¿Nos limitamos a acampar y aguardar a que llegue el Rey del Invierno, o qué?

—Deberíamos acabar de explorar el resto de la isla -indicó Aven-. Le llevamos una buena ventaja... Deberíamos esforzarnos por sacarle todo el provecho posible.

—Me parece sensato -dijo Bert.

Con Aven a la cabeza, cruzaron el primer valle bajo y se encaminaron a las colinas de la parte central. Era, excepto por el farallón y el pico mismo, el punto más alto de la isla, y resultaría una excelente posición estratégica desde donde organizar su actuación.

Las tinieblas situadas más allá proporcionaban al paisaje un resplandor sobrenatural, con la luz del sol realzando los colores apagados de las rocas y la maleza. Todo destacaba en alto relieve..., lo que hacía que el espectáculo que se ofreció a sus ojos más allá de las colinas resultara más irreal de lo que podían haber imaginado.

Estaban en lo cierto con respecto a la vista. Desde el centro, veían toda la extensión de la isla, incluido el lado norte que había quedado oculto a su llegada por mar.

A lo largo de todo el lado norte de la isla había campamentos; hogueras llameantes y el ajetreo y repiqueteo de los guerreros preparándose para el combate. Vieron trolls a millares, y más Wendigos de los que podían haber imaginado que existían. Y por toda la zona de acampada se alzaba el estandarte negro del Rey del Invierno.

Incluso John, que había visto combates y los campos de batalla más terribles de la guerra, se quedó sin habla ante la violencia implícita y la fuerza destructiva desplegada ante ellos.

—No me sorprende que nunca pudiéramos encontrarlo -musitó Aven-. En todos estos años, siempre eludió a sus perseguidores, y simplemente se trasladó de tierra en tierra, conquistándolas, para luego regresar a un lugar que jamás podríamos descubrir. Encontró el mejor escondite posible... el auténtico final de la Tierra.

—No necesitaba llegar aquí antes que nosotros -dijo Bert-. El ejército del Rey del Invierno ha estado aquí desde el principio.

—Creo que tenemos problemas -dijo Charles.

—Ése es el eufemismo del año -indicó Jack-. Nos espera una batalla difícil, eso está claro.

Aven miró con fijeza ante ella a las cientos de hogueras llameantes.

—Debe de haber miles de ellos -dijo-. Esto no va a ser una batalla..., va a ser una carnicería. La nuestra.

—Me parece que ya no quiero ser rey -declaró Artús-. Nombro a Jack.

—Ah, no pierdas la esperanza -dijo Tummeler-. Esta es la parte de los «retratos» en la que todos se portan la mar de bien..., amigos valientes en una batalla contra una fuerza tremendamente superior.

Los camaradas oyeron lo que dijo el tejón, pero tardaron unos segundos en darse cuenta de que éste se encontraba de pie en la elevación junto a ellos, ya que habían dejado a Tummeler en Paralon.

—¿Tummeler? — dijo Charles, incrédulo-. ¿Eres tú de verdad?

—Sorpresa -respondió él-. «Troje»... «truj»... traje... Estoy con la caballería. Hemos venido a sacaros del apuro.

Tras una sucesión de abrazos y saludos, Tummeler explicó a los camaradas qué más acontecía en el Archipiélago, y por primera vez sintieron un atisbo de esperanza.

—Fue el viejo Ordo Maas -dijo Tummeler-. Dijo que necesitaríais ayuda, y envió a sus hijos a todos los rincones del Archipiélago. Uno de ellos vigiló al *Dragón Blanco*, para ver adonde iba, y el resto fue a alertar a todos vuestros amigos... y tenéis más de los que sabéis que tenéis.

—¿Sus hijos? — exclamó Jack, sorprendido-. ¿Cómo podían ir en busca de aliados? Nos llevamos el único barco de Byblos.

Como respuesta, Tummeler señaló al cielo. Describiendo círculos por encima del *Dragón Blanco* había una grulla escarlata y plateada, que bajó las alas a modo de saludo.

—Yo estaba con el señor Samaranth cuando entró la grulla, y conseguí pasaje hasta aquí en uno de los barcos. Y he venido dispuesto a pelear - declaró el tejón, mostrando orgullosamente su estropeado morral y un escudo igualmente maltrecho que abultaba más que él, y que sólo conseguía levantar con considerable esfuerzo-. Al fin y al cabo -finalizó-, no quiero perderme ni un minuto de diversión.

—¿Vendrá Samaranth? — preguntó Bert-. ¿Tomará parte en la batalla?

Tummeler se encogió de hombros.

—No puedo decir si lo hará. Sé que abandonó Paralon cuando lo hicimos nosotros, y dijo que iba en busca de otros para que ayudaran, pero qué significa eso, no lo sé.

—¿Cómo llegaste aquí, entonces -inquirió Charles-, si no fue con Samaranth?

—Yo lo traje -dijo un voz llena de autoridad-, y si bien es hábil en lo referente al mantenimiento de la nave, son sus aptitudes culinarias lo que encuentro más valioso. Jamás habíamos comido mejor.

Era Nemo.

A lo lejos, detrás de él, en los bajíos de la extensa ensenada y detrás del *Dragón Blanco*, descansaba la reluciente estructura del *Nautilus*.

—¡Ajajá, Aven! — saludó Nemo, llevándose el puño al pecho.

—¡Ajajá, Nemo! — respondió Aven, devolviéndole el mismo gesto-. Bien hallado.

Nemo se volvió para decir hola a Bert, pero antes de que pudiera dar voz a su saludo, el hombrecillo se abalanzó sobre él y rodeó al sorprendido capitán con un abrazo de oso.

—¡Por mis estrellas y jarreteras! — exclamó Bert-. ¡Jamás me he sentido tan feliz de ver... bueno, casi a cualquiera!

—¿Es cierto? — dijo Nemo, guiñando un ojo a los demás-. Eso está muy mal -finalizó, indicando por encima del hombro con el pulgar-, porque se sentirán decepcionados si su recibimiento no es tan bueno, sólo porque yo llegué antes que ellos.

—¿Qué pasa? — inquirió Jack-. ¿Quién viene?

—Se trata de las otras naves -dijo Bert, cuyos ojos centelleaban con un nerviosismo apenas contenido-. Los barcos dragones se han vuelto a unir.

Los camaradas, junto con Nemo y Tummeler, regresaron corriendo a la playa donde estaban anclados los navios, mientras el primero de los otros barcos dragones llegaba.

—El *Dragón Naranja* -dijo Bert-. Los enanos, creo, son los que tripulan esa nave en la actualidad.

Era un drakar vikingo, ancho y plano en la parte central, de la que se extendían tres proas muy puntiagudas y un mástil alto con la vela más grande que John, Jack y Charles hubieran visto en su vida. También era, explicó Bert, el único de los barcos dragones con tres cabezas de dragón, una en cada proa.

–Supongo que los vikingos pensaron que si una era buena, tres podrían ser mejores. Si bien -añadió-, dada su exitoso historial de saqueos y pillaje, no puedo decir que fueran errados.

El capitán del *Dragón Naranja*, que según explicó Aven, era también el rey de los enanos, chapoteó por los bajíos llevando con él un hacha enorme y una expresión severa. Estrechó la mano a Nemo y dedicó un seco movimiento de cabeza a Bert y a los demás.

–Es un poco adusto, ¿no? – observó Charles.

–¿Adusto? – exclamó Bert, sorprendido-. No conoces a los enanos. Viniendo de él, ese saludo ha sido de lo más efusivo.

–Ése, supongo -dijo Charles, señalando en dirección al mar-, es el *Dragón Azul*, a menos que me equivoque.

Lo era. Los elfos habían llegado con el más grande de todos los barcos dragones, un navio inmenso que se elevaba imponente por encima de las otras naves como si fueran de juguete. Tenía sus buenos cinco pisos de altura, y era casi el triple de largo y ancho que el *Dragón Blanco*. Las velas apenas se veían, pero era evidente que poseía otros medios de propulsión, a semejanza del *Nautilus*.

Los elfos ancianos desembarcaron a través de una escotilla que apareció justo por encima de la línea de flotación y se acercaron a saludar a los camaradas. Eran varios de los mismos elfos que habían estado presentes en el consejo de Paralon, y cumplieron a John, Jack y Charles como si fueran dignatarios de visita.

–¡Ajajá, Custodio! – dijo el rey elfo, Eledir, a Bert a modo de saludo-. El Anciano de los Días nos dijo que te iría bien nuestra ayuda.

Bert inclinó la cabeza.

–Y estamos muy agradecidos por ello -respondió con sinceridad-. ¿Cuántos trajiste?

Eledir señaló al *Dragón Azul* como respuesta, al tiempo que docenas de elfos con armaduras y equipados para la batalla inundaban la playa.

–Seiscientos -anunció el rey elfo-. Más barcos vienen de camino, pero este número fue lo máximo de lo que podíamos disponer por el momento si queríamos llegar a tiempo.

–Todos y cada uno sirven de ayuda -repuso Bert-. No vamos a quejarnos.

La siguiente nave en llegar fue el *Dragón Verde*..., que parecía estar bajo el control de las criaturas mitológicas del Archipiélago.

No era muy distinto del *Dragón Blanco* en aspecto, excepto por el hecho de que parecía como si los maderos con los que estaba construido no hubiesen perdido jamás la ambición de ser árboles, y por lo tanto hubieran seguido creciendo. Había ramas y matas de hojas por todas partes. Y las velas estaban tan recubiertas de hierbas que parecían a punto de desplomarse debido al peso. Los ocupantes no se hallaban solamente en la cubierta, sino que también se encaramaban y movían por ramas y vergas con la misma facilidad que si anduvieran por el suelo.

Desde su posición ventajosa en la playa, los compañeros consiguieron distinguir a faunos y sátiros («Fantástico -refunfuñó Aven-. Como si fueran a ser de alguna ayuda»), algunos animales (incluidos varios tejones, glotones y al menos una criatura que Jack identificó como un demonio de Tasmania), y el núcleo de su fuerza, una manada de centauros.

El capitán del *Dragón Verde* era un centauro a quien Nemo saludó llamándolo Charys. Era imponente, con una estatura de casi dos metros y medio hasta el hombro, y levantó una cortina de arena con los cascos al trotar hasta los camaradas.

–Saludos, Hijos de Adán -dijo Charys-. ¿Quién de vosotros es el Custodio Principia?

–Ése soy yo -indicó John.

–Nemo me habló de ti cuando fue a Praxis a reclutar nuestra ayuda -dijo Charys-. Me gusta tu estilo. «Vayamos por ahí» -siguió con una profunda carcajada equina-. ¡Jo, jo! ¡Bueno, así era como navegábamos antaño! – Volvió a lanzar una carcajada y marchó al trote a saludar a los enanos.

–Creo que se estaba burlando de mí -comentó John.

–Lo hacía -repuso Charles-, pero no creo que sea recomendable darle demasiada importancia.

Bert recorría la orilla, observando el agua en busca de más llegadas. Según sus cuentas, quedaban otros dos barcos dragones que podían aparecer aún.

–Uno, en realidad -dijo Aven-. El *Dragón Violeta*..., el barco del rey goblin.

–No lo sé -repuso Bert-; tengo la sensación de que aún podemos ver otro también.

–¿Es posible? – inquirió su hija.

Bert escudriñó el horizonte, luego sacudió la cabeza.

–No, no lo creo. Era esperar demasiado, lo sé, pero con todo...

–¿Qué es lo que buscáis? – preguntó John.

–Al primero de los barcos dragones -respondió Aven-. El *Dragón Rojo*. No se le ha visto desde poco tiempo después de que Ordo Maas lo creara. Tal y como Ordo Maas dijo, todas las naves..., incluso nuestra propia *Dragón Índigo*, benditas sean sus vergas, se construyeron a partir de cascos existentes. No eran nuevas sino que se crearon con barcos que habían bregado con las olas y las tormentas y habían demostrado ser capaces de cruzar hasta las aguas de un mundo nuevo. Y el *Dragón Rojo* era la más extraordinaria de todas.

–¿Qué era el *Dragón Rojo*? – preguntó Charles-. ¿Algo que podríamos conocer?

–Sí -respondió Bert-; en realidad, era el barco original que mostró a Ordo Maas el secreto de la travesía entre los mundos y le dio la idea de los mascarones vivos... pues tenía uno propio. Antes de ser reconstruido como *Dragón Rojo*, era un barco conocido como *Argo*.

Los reyes y capitanes de los barcos se sentaron juntos en un consejo de guerra, mientras los demás ayudaban a organizar sus tropas y se preparaban para lo que fuera a acontecer.

Jack se colocó de inmediato junto a Nemo y Eledir como representante de los hombres, aunque Bert ya había desvelado la verdadera identidad de Artús y lo había presentado como el heredero de la Silla de Plata.

Nemo pareció aceptar tal noticia con aplomo, pero Eledir y Freydo Finn, el rey enano, se mostraron más reservados.

–Ya hemos pasado por una ronda de reyes y reinas falsos presentados por los humanos -dijo Eledir, refiriéndose al consejo-. El Archipiélago no puede seguir apoyando a una raza que es incapaz incluso de vigilar a los suyos.

Freydo Finn asintió con la cabeza.

–Si lo que dices es cierto, tendrás el respaldo de los enanos. Pero -añadió, mirando a Artús- el primer deber de un rey es gobernar en favor de sus subditos, y no de sí mismo. Tu abuelo se olvidó de eso. Si sobrevives a este día, preocúpate de no olvidarlo tú.

Posó la mano sobre la de Artús en un gesto de apoyo, seguido rápidamente por Charys y con peor gana por Eledir. No obstante el respaldo oficial, sus rostros seguían mostrando la duda y el temor que sentían.

—Ánimo, muchacho -dijo Charles, lanzando una carcajada atronadora ante la expresión abatida de Artús-. Tal como están las cosas, ninguno de nosotros va a sobrevivir, de todos modos, así que no tendrás que preocuparte por ello.

Más al sur de la playa, Charles forcejeaba con un chaleco de cuero y malla que uno de los enanos le había ofrecido y que era tres tallas pequeñas para él. Mientras trataba sin éxito de abrochar las hebillas, su pequeño amigo de Paralon se dejó caer pesadamente en la arena junto a él.

—Listo cuando tú lo estés, maese estrepitoso -anunció Tummeler.

El tejón llevaba todavía el pesado morral, que arrastraba por todas partes dentro del viejo escudo de bronce con el que había llegado, y se había hecho un casco con un balde de manzanas. El casco no dejaba de resbalarle sobre el hocico.

—¡Tummeler! — exclamó Charles-. ¡No es mi intención ofender, pero no creo que los tejones estén hechos para el combate!

—¿Realmente lo piensas, maese estrepitoso? — respondió él-. Nosotros los tejones criaturas somos mansas, cierto..., pero creo que nunca has «listo» a un tejón con los «velos» erizados.

—Vamos, vamos -empezó Charles, contemplando con nerviosismo el inminente campo de batalla situado al otro lado de la elevación.

—Sé qué piensas -dijo Tummeler-. Con mi aspecto diminuto y naturaleza desenojada, imposible es que el viejo Tummeler sea un guerrero. Bueno - prosiguió-. Espero yo que el enemigo piense tal cosa..., así podré sorprenderlos con mis armas secretas.

—¿Armas secretas? — inquirió Charles.

—Aja -asintió Tummeler-. Aquí mismo las tengo.

El pequeño mamífero abrió su pesado bolsón y mostró su contenido a Charles y a John, que había estado escuchando disimuladamente mientras se abrochaba la coraza.

—¿Bollos? — exclamaron a la vez Charles y John-. ¿Tus armas secretas son bollos?

—No son bollos cualquiera -respondió el tejón-. Arándanos.

—Lo siento -empezó a decir Charles.

Tummeler no le prestó atención y en su lugar sacó un bollo del tamaño de un puño (del tamaño de un puño de tejón) de la bolsa, apuntó con cuidado, y lo lanzó con efecto considerablemente más lejos de lo que cualquiera de ellos habría creído posible. El bollo surcó el aire y aterrizó con un golpe sordo en el casco de un sátiro que estaba rondando alrededor del *Dragón Naranja* en el lugar de desembarco a cincuenta metros de distancia. El sátiro cayó al suelo, sin sentido.

—¡Diablos! —dijo John.

—Asombroso -dijo Charles.

—Duros como piedras -indicó Tummeler-. Preparé la masa después de veros partir de Paralon, por si acaso.

—Asombroso -repitió Charles-. Has convertido un bollo de arándanos en un arma.

—En «raridad», sirve cualquier clase de bollo -repuso Tummeler-, pero descubrí que tenía que usar arándanos si quería que se pusieran así. Es mi contribución secreta -añadió.

—No diremos ni una palabra -dijo Charles.

Jack se acercó corriendo a sus amigos, respirando entrecortadamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Charles-. ¿Qué ha pasado?

—Son los goblins -jadeó su compañero-. El *Dragón Violeta* ha llegado por fin.

El último de los barcos dragones semejaba un elaborado junco chino, lo que estaba de acuerdo con los elegantes amaneramientos del rey goblin y su séquito. Era más pequeño que el resto, de un tamaño más parecido al del *Dragón índigo*, pero alto, y poseía una hermosa vela mayor que brillaba a la luz.

—Me alegro de verte -dijo Bert, tendiendo la mano a modo de saludo-, amigo, Uruk Ko.

El rey goblin vaciló, luego tomó la mano del anciano, dándole un único y circunspecto apretón.

—Yo también te saludo, mi amigo el Viajero a Tierras Lejanas.

—¿Cuántos has traído contigo? —preguntó Nemo, contemplando con un desdén apenas disimulado el *Dragón Violeta*, que parecía tripulado solamente por unos pocos marineros oficiosos, ninguno de los cuales iba equipado para la guerra-. ¿Vienen por otros medios?

–Sí -respondió Uruk Ko-; otras naves de mi reino condujeron a mis guerreros aquí..., a más de un millar, para ser exactos.

Bert y Aven intercambiaron miradas de alivio. La batalla sería más igualada de lo que habían temido al principio.

–¿Te das cuenta -dijo Bert- de que tus goblins representan más de la mitad de nuestra fuerza defensiva?

–Sí -respondió Uruk Ko-. Y me alegra de que tú también te des cuenta. Hará que lo que debe suceder sea más fácil de sobrellevar.

–¿Qué es lo que quieres decir? – dijo Bert, escudriñando el horizonte en busca de una señal de los barcos del ejército goblin-. ¿Cuándo se espera su llegada?

–Me malinterpretas -indicó el otro-. Ya están aquí.

–¿De veras? – inquirió Bert, entrecerrando los ojos-. ¿Cómo es que no los he visto?

–Porque -respondió el rey goblin- miras en la dirección equivocada.

–¿Qué? – musitó Bert.

Como uno solo, los otros capitanes y reyes se dieron la vuelta, luego iniciaron la ascensión a la primera de las colinas, desde donde podían contemplar los campamentos enemigos. Allí vieron los estandartes negros del Rey del Invierno, así como los pabellones de Arawn..., pero también, al norte, distinguieron con creciente pavor los inconfundibles estandartes de seda del rey goblin.

–Fue debido a nuestra amistad por lo que me sentí moralmente obligado a decírtelo yo mismo, y en persona -declaró Uruk Ko-, y ahora ya lo he hecho. Por favor te lo pido... como alguien que ha estado a tu lado como aliado, elige sabiamente, y abandona el campo de batalla antes de que debamos enfrentarnos cara a cara como enemigos.

Las expresiones de los otros monarcas se ensombrecieron, y un gruñido amenazador surgió de las profundidades del fornido pecho de Charys, mientras avanzaba para colocarse defensivamente delante de Artús.

Aven escupió, maldijo e hizo ademán de abalanzarse al frente, sacando su espada.

–¿Qué clase de hombre...? – empezó a decir, justo mientras Bert detenía su avance.

–No soy un hombre -respondió Uruk Ko, a la vez que se daba la vuelta para regresar al *Dragón Violeta*-. Un goblin, y una Criatura del Auténtico

Archipiélago, que sólo desea expulsar a los usurpadores que han gobernado durante demasiado tiempo. Marchad, amigos míos. Amanece una nueva era, y será alumbrada con fuego. Una nueva era; una era de goblins, trolls y Espectros. La era del hombre ha finalizado.



—Atacaran en una hora —dijo Charys

La batalla final

Al mediodía llegó el *Dragón Negro*.

Pasó lentamente por el borde oriental de la isla, bien seguro a sotavento de la atracción de la cascada, donde el Rey del Invierno pudo evaluar a los aliados antes de dirigirse hacia donde se concentraba su ejército.

–Atacarán en una hora -dijo Charys al consejo de guerra allí congregado, que todavía se hallaba aturdido por la deserción del rey goblin.

–¿Cómo puedes estar seguro? – preguntó Bert.

El centauro indicó el movimiento del sol en el cielo, que avanzaba hacia el oeste, y el consejo se dio cuenta de lo que Charys había conjeturado. El confín del vacío, el borde de la oscuridad situada más allá, se encontraba apenas a unos grados de distancia de la posición del sol y pronto lo engulliría.

–Es por eso por lo que tienen hogueras y antorchas encendidas en pleno día -dijo Jack-. El Rey del Invierno está acostumbrado a este lugar y sabe que no tardará en oscurecer.

–Estaremos sumidos en una oscuridad absoluta -indicó Charys, asintiendo-, y será difícil distinguir a los amigos de los enemigos, y mucho menos combatir los ataques de los Espectros.

Aven se ofreció a empezar a reunir antorchas, o cualquier cosa que pudiera usarse como antorcha, de los barcos, llevándose con ella a una compañía de faunos.

–No obstante las intenciones expresadas por Uruk Ko -dijo Bert-, debemos recordar que el Rey del Invierno tiene otro orden del día. Planea intentar llamar a los dragones de vuelta al Archipiélago.

Eledir profirió lo que equivalía a un resoplido burlón.

–Imposible. Únicamente el Sumo Monarca sabía hacerlo. Ni siquiera mis propios antepasados, que eran confidentes del gran Samaranth, conocían el secreto.

–Sí -coincidió Freydo Finn-; cuando Archibald los ofendió, los dragones abandonaron el Archipiélago para siempre. Tenemos que ocuparnos del ejército reunido aquí y ahora, y no del imaginario que tememos que pudiera acudir.

–Con todo respeto, debo disentir -intervino John-. El secreto de la invocación se encuentra en la *Imaginarium Geographica*, que fue robada y

está ahora en posesión del Rey del Invierno. También tiene el Anillo del Poder de Archibald, que, según la *Geographica*, permitirá que tenga lugar la invocación.

–Incluso yo tengo un Anillo del Poder -gruñó Freydo Finn, extendiendo la mano, que lucía un anillo idéntico al que Magwich había robado.

–Igual que yo -dijo Eledir-, igual que mis lugartenientes. Los Anillos del Poder, como tú los llamas, son símbolos del cargo y de la lealtad, nada más. Mi antepasado Eledino recibió el suyo al mismo tiempo que el Sumo Monarca Arturo, y jamás vio diferencia entre ambos.

–No importa si nosotros lo creemos -declaró John-. El Rey del Invierno lo cree. Y si está en lo cierto, estaremos perdidos. Pero si está equivocado, entonces a lo mejor podemos distraer su atención de la batalla el tiempo suficiente para obtener ventaja.

Los reyes y capitanes intercambiaron miradas perspicaces, y John comprendió que no habría ventajas que obtener mediante una distracción. Una vez entablada la batalla, las fuerzas enemigas serían invencibles y caerían sobre los ejércitos reunidos por los aliados como una ola.

–Todavía no conocemos el auténtico alcance de su ejército -dijo Freydo Finn-. Por el momento, no hemos visto a ninguno de los Espectros entre los reunidos.

–Eso me inquieta -indicó Eledir-, pues son peores que los trolls y los goblins, a los que al menos se puede matar.

–¿Puedo decir algo?

El consejo se volvió para mirar al que había hablado... era Artús, que no había aventurado una opinión desde que habían empezado, permitiendo en su lugar que John, Jack o Bert hablaran por los hombres de Paralon.

–Eres el heredero de la Silla de Plata -dijo Charys, asintiendo-. Habla y te escucharemos.

–Bien -empezó Artús-, he estado pensando... Ordo Maas nos contó que los Espectros fueron creados por esa marmita mágica, ¿correcto?

–La Caja de Pandora -dijo Eledir-. Un mito. Nada más.

–Ordo Maas no lo creía -replicó Artús-. Y además, los Espectros salieron de alguna parte, ¿no es cierto? ¿Tenéis una explicación mejor?

Eledir permaneció callado e indicó con una seña a Artús que prosiguiera.

—Si mi abuelo, el rey Archibald, empezó a crear Espectros abriendo la caja, y el Rey del Invierno creó más y comenzó a apoderarse del Archipiélago manteniéndola abierta, entonces, ¿por qué no hacemos justo lo que Aven sugirió ¿por qué no la localizamos y la cerramos?

La sugerencia fue recibida con un tremendo silencio, que a continuación hizo añicos la retumbante carcajada de Charys.

—Por mi cuerpo y mis huesos, o bien ésa es la cosa más regia que he oído nunca o es el plan más estúpido de la Tierra -declaró, riendo y pateando con las patas traseras.

—Si ése es el origen de su capacidad para crear Espectros -continuó Artús-, si la cerramos le impediremos crear más.

—Es un buen plan -dijo Nemo-. ¿Me pregunto qué efecto tendría eso en los Espectros existentes?

—También -siguió Artús, envalentonándose con cada comentario de apoyo- es probable que esté aquí en la isla. El Rey del Invierno no se arriesgaría a perderla en combate o por una tormenta manteniéndola a bordo del *Dragón Negro*, de modo que si esto es realmente su base, es probable que se encuentre por aquí.

Bert, Nemo, Eledir y Freydo Finn intercambiaron miradas de descarada admiración ante las conclusiones del muchacho rey.

—Si realmente posee tal arma -reflexionó el rey enano-, desde luego la guardaría aquí. Puede que no esté tan mal esta estrategia, después de todo.

—Estupendo -dijo Artús-; así pues, todo lo que debemos hacer ahora es penetrar en su campamento, escabullimos por entre todos los goblins, trolls, Espectros y Wendigos, encontrar la Caja de Pandora y cerrarla. Realmente simple.

Charys se asestó una palmada en la frente.

—Ay, chico -dijo con resignación-, con lo bien que lo estabas haciendo...

—Pero tiene razón -intervino Charles, que había estado escuchando desde el perímetro del consejo-. Es exactamente lo que hay que hacer. Mirad -dijo, indicando con un ademán el terreno situado más allá-, es un campo de batalla natural; todo el mundo espera que ambos bandos se encuentren en el centro, y el Rey del Invierno espera que el manto de oscuridad actúe en su beneficio. De modo que nadie vigilará si alguien se cuela por detrás de su campamento para husmear por ahí mientras toda su atención esté concentrada en nosotros, que estaremos en el centro.

–Eso suena parecido a un plan -dijo Charys-. Buena suerte.

–¿Qué? – exclamó Charles, cuyo rostro palideció de improviso-. No... no me ofrecía voluntario. No soy soldado.

–No hay muchos aquí que lo sean, chico -dijo Nemo-. Pero de todas formas, vamos a hacer todo lo que podamos, todos nosotros.

–¡Lo haremos! – se escuchó decir a una voz excitada desde algún punto cercano al suelo-. ¡Maese Charles y su fiel escudero, Tummeler, derrotarán enemigos y, um, cerrarán cajas!

Charles parpadeó, luego sonrió de oreja a oreja.

–Supongo que somos la fuerza clandestina -dijo, bajando los ojos hacia el eufórico tejón-. ¡Qué Dios nos ayude a todos!

–Las antorchas están listas -anunció Aven, acercándose al consejo con varias en la mano.

–Y justo a tiempo -indicó Nemo, resguardándose los ojos con la mano y mirando al cielo.

El sol estaba medio tapado por la oscuridad. En unos minutos la isla se sumiría en las tinieblas.

Se decidió que Eledir mandara a las fuerzas principales del ejército aliado; algo que resultaba apropiado ya que éste estaba compuesto en su mayoría por elfos procedentes del *Dragón Azul*. Los elfos estaban armados esencialmente como arqueros, aunque todos llevaban largas espadas afiladas para el combate cuerpo a cuerpo.

Freydo Finn y sus enanos eran los que iban más profusamente armados, tal y como lo habían estado en el consejo de Paralon, y cada uno de ellos llevaba hachas pesadas, conjuntos de cuchillos cortos y equipos de arquero propios. Finn y Nemo ocuparon el puesto de lugartenientes principales de Eledir, con Charys y las criaturas allí congregadas cerrando la retaguardia.

Jack, no obstante las advertencias recibidas tanto de Charys como del rey elfo, había decidido tomar parte en la batalla junto a Nemo. Aven y Bert intentaron disuadirlo, pero el joven no admitió ninguna de sus preocupaciones. Sus ojos brillaban debido al fuego que ardía en su interior por ver una auténtica batalla. No comprendía que las refriegas a bordo de un barco, que constituían en realidad toda su experiencia al respecto, no eran lo mismo que la guerra, y justificó aún más su elección indicando que era al menos tan apto físicamente como John, que había sido soldado, y que él estaba mejor dispuesto por añadidura.

–Estaré perfectamente -dijo Jack-. Nadie ha perdido la vida hasta ahora, ¿verdad? Y vosotros mismos lo sabéis..., he demostrado ser más valiente e ingenioso de lo que pensabais. Así que no os preocupéis. Haré cosas en este campo de batalla que recordaréis el resto de vuestras vidas.

Aven lanzó una mirada preocupada a Nemo, que indicó con un breve asentimiento que intentaría no verse separado de Jack durante la batalla.

Mientras regresaba a la playa en busca de más antorchas, Aven se preguntó si de los dos, se preocupaba realmente por quien debía. Del mismo modo que un hombre que se ahoga puede arrastrar a su rescatador, esperaba que la inexperiencia de Jack en el combate no perjudicara de modo similar a Nemo. Pensó en dar la vuelta y decir algo más, pero tenía otros asuntos de los que ocuparse y no tardó en olvidar sus inquietudes.

–Vamos a ir en busca del Rey del Invierno.

John lo dijo con total naturalidad, pero sonó más ridículo en voz alta de lo que le había parecido en su cabeza.

Bert y él habían llegado a la conclusión de que el Rey del Invierno no tomaría parte en la batalla en sí..., no si su objetivo seguía siendo llamar a los dragones. John suponía que para llevar a cabo el intento, el Rey del Invierno se alejaría del campo de batalla tanto como le fuera posible..., y eso significaba el acantilado rocoso situado al oeste, que se afilaba hasta convertirse en un pico por encima de la rugiente cascada.

–Ahí es donde estará, estoy seguro -dijo John-. Y Artús y yo tendremos que estar también allí.

–¿Por qué yo? – inquirió Artús-. ¿No debería estar en el campo de batalla con todos los demás?

Bert sujetó al muchacho por los hombros y fijó la vista en él por encima de la montura de las gafas.

–No deberías -dijo con severidad y afecto a partes iguales-. Si John tiene razón, entonces puede que tú seas el único de nosotros capaz de llamar a los dragones, y eso significa que eres demasiado valioso para arriesgarnos a colocarte en combate directo. Ve con John, y veamos qué descubris. Os conseguiremos todo el tiempo que podamos.

El anciano Custodio abrazó al muchacho rey brevemente, luego se dio la vuelta y se marchó hacia lo alto de la colina, donde Aven agitaba una antorcha.

El sol desapareció, y un gran griterío se alzó desde el otro lado de la isla.

Daba comienzo la batalla.

Las fuerzas enemigas marchaban en dirección sur con paso lento y deliberado, pero Eledir ordenó a los elfos que corrieran al frente y establecieran una línea central de defensa tan al centro del poco profundo valle como fuera posible. Contra aquel ejército mucho mayor, acabarían, inevitablemente, por perder terreno y ser obligados a retroceder hasta sus naves, y Eledir quería asegurarse de disponer de tanto terreno que perder como pudiera.

Freydo Finn y los enanos no podían mantener el mismo paso que los elfos, de modo que el monarca enano indicó a sus efectivos que guardaran las hachas y sacaran arcos y flechas. Dispararían detrás de las filas enemigas, luego tomarían otra vez las hachas para abrirse paso en el frente cuando los elfos se vieran obligados a iniciar su primera retirada.

Charys y los centauros tenían un único encargo: cubrir los flancos del resto, y asegurarse de que ningún enemigo intentaba flanquearles a ellos. Era inevitable que tal cosa acabara sucediendo, ya que las batallas frecuentemente se expanden más allá de sus límites prescritos, pero con John y Artús dirigiéndose al oeste, y Charles y Tummeler marchando hacia el este, sería mucho mejor mantener acorralada en el valle toda la acción que fuera posible.

Nemo, por su parte, disparaba un arma de fabricación propia, una especie de escopeta de inyección de aire, que tenía un alcance mayor que nada de lo que usaban las otras razas, e incrementaba su asistencia a Eledir eliminando a los comandantes trolls y goblins desde lejos.

Desde las colinas situadas detrás, Bert observaba y se inquietaba, demasiado mayor para tomar parte. No era la batalla que tenía lugar lo que le preocupaba, sino la que estaba por venir. Los trolls y los goblins habían salido a su encuentro, pero los cientos de Wendigos, que eran mejores luchadores que los trolls, y más temibles que los goblins, seguían inexplicablemente apelotonados alrededor de las tiendas. También había escudriñado el campamento con el catalejo de Aven desde el inicio de la batalla, y todavía... no había ni rastro de los Espectros.

El plan de Charles era que Tummeler y él bordearan la orilla este de la isla y salieran por detrás del campamento del Rey del Invierno, para buscar

allí la marmita. Iban vestidos con prendas oscuras de cuero y no llevarían antorchas, contando con los sentidos animales de Tummeler para guiarse a través de la oscuridad.

Se preparaban para avanzar por la playa, cuando algo a la luz de las antorchas captó la atención de Charles. Se detuvo y miró con más atención. Entonces sus ojos se abrieron de par en par, sobresaltados, y dejó caer sus pertrechos para ir en busca de Aven.

—¿Maese estrepitoso? —llamó Tummeler.

—Quédate aquí -indicó él-. Regresaré en seguida.

—¡Aven! —dijo Charles, cuando la encontró recogiendo más materiales inflamables en el *Dragón Verde*-. Escúchame. ¡Algo no va bien! ¡Algo le pasa a Jack!

Aven intentó replicar con brusquedad, pero se contuvo. Algo en el tono de voz de Charles le dijo que aquello no era una declaración irreflexiva.

—¿Qué es? ¿Qué le sucede?

Charles la tomó del brazo y la acercó más a él.

—No he sido capaz de comprender exactamente qué era hasta ahora mismo. Durante los últimos días, se ha vuelto más impetuoso, temerario incluso. Pensé...

Se sonrojó.

—Pensé que se esforzaba al máximo para impresionarte.

—Desde el momento en que nos conocimos -dijo Aven-. ¿Qué pasa con eso? Ha adquirido confianza en sí mismo. Se ha convertido en un hombre..., a lo mejor incluso en un guerrero, aunque me cortaría la lengua antes de dejar que me oyera decirlo.

—Yo pensaba lo mismo, pero...

—Pero ¿qué, Charles?

Charles señaló la elevación situada veinte metros más allá, donde Jack organizaba a varios de los faunos y sátiros en una fila escalonada de arqueros. Aven tenía razón: el joven parecía realmente más seguro de sí mismo. Era cierto que les mandaba con una autoridad que contradecía su juventud, y había demostrado su valía en cada batalla que habían librado. Pero las sospechas de Charles se habían manifestado de una forma visible aunque sutil, y a Aven se le cortó la respiración cuando lo vio.

Jack no tenía sombra.

El primer combate había ido mal.

Los elfos, por muy admirables que eran en combate, no eran rivales para los trolls, el más pequeño de los cuales pesaba más que el elfo más grande y fornido. Fue sólo la calidad de las corazas forjadas por los elfos lo que los salvó de ser totalmente aplastados, y se retiraron para cambiar sus armas por arcos y flechas.

Inesperadamente, a los enanos les fue mejor en el combate cuerpo a cuerpo contra los trolls, y añadieron al ataque una ventaja para los arqueros elfos de la retaguardia. La corta estatura de los enanos implicaba que los trolls tenían que agacharse para dar un golpe, lo que dejaba la parte posterior de la cabeza y los hombros expuesta a las flechas mientras los enanos vapuleaban sus piernas y estómagos con las enormes hachas de armas. Con todo, el poder abrumador de los trolls era algo que se podía contener, y sólo contener: era imposible hacerlos retroceder.

Tal y como habían temido, los goblins intentaron una acción lateral, pero los centauros los obligaron a regresar con el resto. La puntería de los arqueros goblins era infalible, pero los centauros apartaban las flechas como si fueran avispas.

El resto de arqueros y guerreros con picas extraídos de las bestias mitológicas y animales, conducidos por Jack, entraron por detrás de los centauros, y en unos instantes los goblins emprendieron la retirada. Los trolls efectuaron otra gran embestida al frente. Luego, asombrosamente, empezaron a retroceder también.

—Se retiran -dijo Charys muy sorprendido, con la sangre que brotaba de sus heridas corriendo copiosamente por sus flancos-. Los goblins y los trolls... ¡se retiran!

Por inverosímil que pareciera, el centauro tenía razón.

Con una exclamación de júbilo, los elfos desenvainaron las espadas y se lanzaron al frente; entonces, de improviso, Eledir dio la orden de detenerse, y los enanos y los centauros también giraron sobre sus talones.

Nemo hizo señas frenéticamente a Bert, luego indicó en dirección al campamento del Rey del Invierno, gritando algo que Bert no consiguió discernir por encima del estrépito de la batalla y el rugido de la cascada.

Se acercó el catalejo al ojo y miró en la dirección que Nemo había indicado. Como si aquello fuera la señal, los Wendigos abrieron las tiendas situadas a lo largo de la orilla, que ellos habían supuesto pertenecían a los trolls y los goblins que habían llegado desde sus países para pelear.

Se equivocaban. Los Espectros habían estado allí todo el tiempo..., sencillamente habían aguardado hasta que la luz y el calor del sol del mediodía fueran engullidos por la oscuridad, momento en que su poder alcanzaría su punto culminante y podrían moverse de un modo casi invisible en las tinieblas.

—¡Santo Cielo! — exclamó Bert-. Esto sí que puede ser el fin de todos nosotros.

Aven se dio la vuelta y contuvo un estremecimiento. Luego, lo que era aún peor, empezó a llorar en silencio.

John y Artús, que todavía no habían partido hacia el oeste, intercambiaron miradas preocupadas. Después treparon por el montículo para ver qué había perturbado de tal modo a Bert y Aven. Una breve ojeada y un instante de comprensión fue todo lo que necesitaron.

Habían esperado, incluso se habían organizado para ello, el ejército de Wendigos. Los trolls, conducidos por el traidor príncipe Arawn, tampoco habían sido una gran sorpresa. Incluso unas pocas de las razas menores de los bordes del Archipiélago podrían haber aumentado el grueso del ejército contrario sin conseguir hacer perder la calma a una veterana como Aven. Pero lo que vieron a menos de dos kilómetros de distancia les dejó helados hasta la médula y atenazó a sus espíritus con una sensación de miedo y horror crecientes.

En el borde de la inmensa llanura del campo de batalla, la gran hueste del Rey del Invierno había iniciado su marcha. Dirigiéndose hacia ellos, de un extremo del horizonte al otro, se veían las formas aullantes y rugientes de los Wendigos, y con ellos, mudos e implacables, iban las figuras embozadas de miles y miles de Espectros.



—Ése es el lugar —dijo John...—. Estoy seguro.

El circulo de piedras

Existía una insólita clase de quietud sobre el pico rocoso que se alzaba por encima de la cascada del borde del mundo. Un sonido casi blanco, creado por la mezcla de los sonidos de la batalla que llegaban del valle

situado al este y el eterno motor a combustión de la cascada situada en lo que quedaba del oeste.

El Rey del Invierno avanzó por el límite del acantilado, teniendo mucho cuidado de no resbalar en las rocas que estaban mojadas y resbaladizas debido a la eterna lluvia de gotas. Era una marcha lenta, pues sólo podía alargar el garfio para sujetarse. En la mano sana sujetaba la *Imaginarium Geographica*. No confiaba en su traductor para que la transportara; si Magwich la dejaba caer por el precipicio, accidentalmente o no, tendría que matarlo, y tal como estaban las cosas, simplemente planeaba obligar al desventurado senescal a mirar al interior de la Caja de Pandora y convertirse en un Espectro.

Lo habría hecho hacía tiempo ya, de no ser porque los Espectros eran mudos... y no obstante lo molesto que resultaba, todavía necesitaba que Magwich conservara su capacidad de hablar.

Durante algo más de tiempo, por lo menos.

—¿Cuánto queda por andar? —lloriqueó Magwich, que seguía a su amo a varios metros de distancia.

—¿Qué? —El Rey del Invierno giró en redondo-. ¡Fuiste tú quien dijo que era aquí donde teníamos que estar para pronunciar la invocación!

—Bueno -repuso Magwich-. Os dije que en la *Geographica* decía que podíais utilizar el Anillo del Poder únicamente en el lugar del Archipiélago situado más al oeste, lo que, técnicamente, es aquí, en el acantilado. Pero no sé a ciencia cierta si importa el lugar exacto donde lo hagáis.

El Rey del Invierno lo fulminó con la mirada.

—No malgastes mi tiempo, senescal. ¿Hemos llegado o no?

En respuesta, Magwich hizo una seña para que le entregara la *Geographica*. El monarca así lo hizo, luego contempló impaciente cómo el otro pasaba varias páginas, moviéndolas adelante y atrás, mientras emitía sonidos inarticulados.

—¿Bien?

El senescal negó con la cabeza.

—No creo que importe. Estoy bastante seguro de que tenemos todo lo que necesitáis, y nos encontramos en el mejor lugar para hacerlo.

—¿«Bastante seguro»? —inquirió el Rey del Invierno-. Pensaba que te habían enseñado a leer el atlas.

–Jamás finalicé mi adiestramiento, ¿recordáis? – respondió él, encogiéndose de hombros-. Algunos de los idiomas que hay aquí escapan a mi comprensión... pero todavía comprendo lo esencial, de modo que ¿qué importa si se nos escapan unos pocos detalles?

–Da igual -le espetó el Rey del Invierno, recuperando el libro violentamente-. Acabemos de una vez con esto, y luego, una vez que asuma el control de todo el Archipiélago, me aseguraré de que recibas la recompensa que mereces.

Magwich se pasó la lengua por los labios y efectuó una profunda inclinación.

–Muchas gracias, mi señor.

–Idiota -dijo el Rey del Invierno.

–Lo que vos digáis, mi señor.

–Vamos, cállate, ¿quieres?

–Como ordenéis, mi señor.

El Rey del Invierno apretó las mandíbulas.

–Si dices una palabra más, voy a pasar mi garfio a través de tus dos ojos y te sacaré el cerebro por las cuencas.

–Lo siento, mi señor.

El Rey del Invierno suspiró profundamente y abrió la *Geographica*.

–Simplemente muéstrame dónde está la invocación, y cuéntame qué debo decir.

Recorridos cien metros de su misión, Charles lamentaba ya haber accedido a llevarla a cabo. Estaba empapado de la cabeza a los pies en agua de mar, y olía levemente a salitre. Peor aún, Tummeler también estaba empapado, y el olor a piel mojada de tejón emanaba de él en oleadas.

Habían decidido seguir por el borde de la costa, para así poder mantenerse bien alejados de cualquier rezagado procedente de los ejércitos trolls o goblins. Pero a diferencia de las playas del lado sur, que eran lisas y estaban cubiertas de arena, el lado este había estado sujeto a las interminables fuerzas de las mareas creadas por la fuerza de la cascada... y como resultado, la playa era rocosa e irregular. Cada pocos pasos, uno u otro había ido a caer a las olas, para volver a emerger chapoteando y escupiendo agua.

Hacían mucho ruido, dejaban un rastro por toda la arena visible y despedían un olor que podría seguir un Wendigo ciego con un resfriado.

Eran, decidió Charles, la peor fuerza de infiltración silenciosa que jamás se había enviado a una misión en tiempo de guerra.

–Si me lo permites -observó Tummeler-, empiezas a oler de un modo curioso.

–Yo estaba a punto de decir lo mismo -dijo Charles.

Tummeler se detuvo, y pareció visiblemente ofendido por el comentario.

–¿Qué quieres decir?

–Nada... olvídalo -respondió Charles, comprendiendo que el tejón había hecho su comentario a modo de cumplido.

El joven iba equipado con la liviana coraza que los elfos le habían entregado para reemplazar la túnica de los enanos, que no le encajaba, pero aparte de eso sólo llevaba una espada corta y un hacha pequeña, tal y como consideraba apropiado para una misión secreta. Tummeler, no obstante, no sólo tenía un cuchillo enorme, sino que también arrastraba con él su provisión de bollos duros como piedras en el interior del maltrecho escudo de bronce.

–Oye, Tummeler -empezó Charles-, ¿realmente crees que es necesario llevar con nosotros todo este, este, «material»? Al fin y al cabo, se supone que debemos escabullimos sigilosamente para ir en busca de la Caja de Pandora..., no tomar parte en un combate.

Tummeler hinchó el pecho en un gesto de desafío tejón.

–Es mejor «afectar» el esfuerzo de llevarlo, que encontrarnos luego en una situación en la que queramos tenerlo, y resulte que no está ahí.

Charles lo meditó unos instantes.

–Ahora que lo has expresado así -dijo-, resulta un tanto reconfortante llevar más armas. Pero ¿realmente necesitas el escudo? Está dejando un buen rastro.

–El señor Samaranth me lo entregó -respondió Tummeler- y me dijo que lo «trajera» aquí. Dijo que lo necesitaríamos, tarde o temprano, de modo que yo lo llevo.

–Está bien -repuso Charles-, pero ¿qué te parece si lo llevo yo? Así iremos más rápido.

–Vale -respondió el tejón, echándose el morral al hombro y entregando el escudo a Charles.

–Pesa -masculló Charles mientras deslizaba el escudo a su espalda.

–No me digas -dijo Tummeler-. Adelante.

Con la retirada de los trolls y los goblins, la estrategia del Rey del Invierno quedó bien patente. La primera arremetida de los moradores del Archipiélago estaba pensada simplemente para poner a prueba la resistencia de los aliados en el mejor de los casos, y acabar con tantos miembros de las fuerzas contrarias como fuera posible en el peor. Por su parte, los trolls y los goblins no eran más que carne de cañón..., si sobrevivían al ataque inicial, y causaban daños a los aliados en el proceso, magnífico. Pero si fallaban, y muchos perdían la vida..., tampoco pasaba nada. Porque la fuerza principal del ejército del Rey del Invierno eran los Wendigos y los Espectros, y allí no habría ni pruebas ni ensayos, ni retiradas ni repliegues..., sólo un combate brutal y sanguinario hasta el final.

La oleada más próxima de Espectros había alcanzado la línea avanzada de elfos y enanos, y el método de combate que pensaban utilizar para derrotar a los aliados quedó deslumbrantemente claro.

Los Espectros apartaban las flechas como si fueran palillos, y si bien un golpe directo con un hacha o una pica podía hacerles aflojar el paso, no los dañaba ni los detenía. Y en seguida se hallaban lo bastante cerca como para agarrar las sombras de los guerreros y arrancárselas.

Los enanos y los elfos que perdían la sombra chillaban, luego caían al suelo, arrebatada su voluntad y resistencia. A continuación, mientras los Espectros seguían adelante en busca de otras víctimas, los Wendigos caían sobre los indefensos soldados para atacarlos salvajemente con garras y dientes.

–¡Apagad las antorchas! – gritó Charys-. ¡Extinguidlas!

Eledir y Freydo Finn intercambiaron miradas asustadas. Aquello reduciría la amenaza de los Espectros, era cierto..., pero entonces tendrían que enfrentarse a los Wendigos en la oscuridad.

–¡No hay elección! – volvió a chillar Charys-. ¡Apagad vuestras antorchas y retroceded, o estaremos perdidos!

En la retaguardia del campo, Aven y Bert corrieron al frente para consultárselo a Jack y Nemo.

–¿Qué hacen? – gritó Aven-. ¿Cómo podemos luchar a oscuras?

–Charys tiene razón -dijo Nemo-. Pero no estaremos completamente a oscuras. Los Wendigos llevan sus propias antorchas; pero su luz proyectará

nuestra sombra hacia atrás, no hacia adelante. Eso nos proporcionará una posibilidad de pelear, al menor, antes de...

Se detuvo y miró al suelo sobre el que se encontraban, donde su propia sombra se superponía a la de Bert y Aven... pero no a la de Jack.

Bert también lo vio, y miró a Jack con una expresión a la vez apenada y temerosa.

Jack miró al suelo, luego otra vez a sus compañeros con la barbilla alzada en actitud desafiante.

—Lo sé. La vi desvanecerse hace algún tiempo. Pero no creo que signifique nada; estoy de vuestro lado, ¿recordáis?

—¡Que no significa nada! —exclamó Bert-. ¡Jack..., te has convertido en un Sin Sombra! ¡Es peor que ser un Espectro!

—¿Cómo? —inquirió él con terquedad.

—Significa que posees aptitudes para la Oscuridad -dijo Nemo-. Puede que elijas permanecer a nuestro lado bajo la luz, pero tu corazón está eligiendo permanecer en la oscuridad.

Jack efectuó un ademán cortante con la mano.

—No os creo. Juzgadme por lo que hago realmente, no según lo que pensáis que opino.

—Recuerda lo que dijo el Cartógrafo sobre las elecciones y sus consecuencias, Jack -dijo Bert-. ¡Piensa en lo que le sucedió a él, debido a las elecciones que tomó!

—El Rey del Invierno dijo lo mismo en el *Dragón Negro*, ¿recordáis? —replicó Jack-. ¿A quién creo? ¿Al que está prisionero y no pudo ayudarnos, o al que es capaz de conquistar?

—Al que intenta matarnos, quieres decir -repuso Nemo.

—¿No puedo tenerlos a ambos? —inquirió Jack-. ¿La convicción del Cartógrafo y la fuerza del Rey del Invierno?

—No puedes tener un pie dentro y el otro fuera -dijo Bert-. No funciona así.

Nemo miró a Aven con expresión sombría.

—No tenemos tiempo para esto. Si va a convertirse en uno de los Muchachos Perdidos, será su propia cruz..., pero yo tengo una batalla que librar.

—Espera -dijo Aven, sujetando a Nemo del brazo-. Es bueno, lo sé. ¡Llévale, lucha con él! ¡Si no puedes confiar en él, entonces confía en mí!

Nemo miró a Aven durante un largo segundo, luego hizo una seña a Jack.

—Vamos, pues -dijo-. Por lo menos, serás el único combatiente que tengamos al que los Espectros no puedan tocar.

El senescal de Paralon, que anteriormente se había preparado para ser Custodio, repasó la invocación a los dragones por tercera vez antes de estar seguro (hasta cierto punto) de las palabras exactas. La habían insertado entre las anotaciones efectuadas en el mapa correspondientes a la Isla del Fin del Mundo y la localización real del lugar en el que había de llevarse a cabo el ritual.

Se sentía un tanto aliviado de que el Rey del Invierno no cuestionara (demasiado) la exactitud de la traducción; si su amo supiera hasta qué punto estaba realizada a partir de suposiciones y conjeturas, ya le habría rebanado el cuello al senescal.

Pero de todos modos, se justificó Magwich, si los Custodios de la *Geographica* no podían ejercer cierta licencia creativa, entonces ¿por qué se les reconocía el mérito de tener una gran imaginación?

—¿Bien? — preguntó el Rey del Invierno.

—Ya lo tengo -respondió Magwich-. Poneos aquí, en el borde del pico, mostrad el Anillo del Poder, y repetid lo que yo diga.

Mientras Magwich empezaba a leer, el Rey del Invierno sonrió y sintió como un escalofrío de expectación recorría su cuerpo. Repitiendo las frases que le transmitía el senescal, el monarca alzó la mano. El anillo rieló en la atmósfera pegajosa que flotaba sobre la cascada, en el borde del vacío. Y súbitamente...

No sucedió nada.

De pie, con la mano levantada, los ojos del Rey del Invierno se entrecerraron, y el monarca miró de soslayo a Magwich.

—Tal vez tengáis que leerlo más de una vez -sugirió él.

El Rey del Invierno bajó la mano y contempló con atención el anillo. No se trataba de una falsificación..., el anillo llevaba grabado en relieve el sello del rey: una letra A en color escarlata. Era el anillo del Sumo Monarca.

Aun así, nada. No funcionaba.

—Así sea -siseó el Rey del Invierno-. Si debo tomar el Archipiélago con acero afilado, humo, sangre y muerte, que así sea.

Arrojó la *Imaginarium Geographica* a Magwich y desenvainó la espada.

—Acabemos con esto.

Dicho eso, el monarca se dio la vuelta y empezó a descender a grandes zancadas por el terraplén, desandando el camino.

—¿A... adonde vais? — balbuceó Magwich.

—Voy a ir al campo de batalla y supervisaré mi victoria -anunció el Rey del Invierno sin molestarse en detenerse o a mirar atrás-. Me tiene sin cuidado lo que tú hagas.

—Pe... pero ¿qué queréis que haga con la *Geographica*?

El Rey del Invierno se detuvo y se quedó muy rígido, luego se dio la vuelta y habló, con la voz llena de odio.

—Quémala.

John y Artús habían necesitado muy poco tiempo para llegar a la punta sur de la isla y a continuación escalar la pendiente rocosa que conducía al llano acantilado y al pico situado más allá. En realidad malgastaron más tiempo del que pasaron ascendiendo discutiendo si su lugar se encontraba o no junto a sus amigos en el campo de batalla.

La lógica de John acabó convenciendo al todavía renuente Artús; una elección que se demostró acertada cuando vieron, a lo lejos, las figuras del Rey del Invierno y del senescal, que discutían.

—¡Vamos! — susurró Artús-. ¡Tiene la *Geographica*, y apuesto a que mi anillo también! ¡Vamos... se los arrebataremos!

John sabía que Artús podía enfrentarse y vencer tranquilamente a Magwich, pero estaba menos seguro de su propia capacidad para encargarse del Rey del Invierno mano a mano. Pero más que eso, lo contuvo una sensación machacona en su subconsciente; un sexto sentido que le hablaba en una vocecilla queda: «Aguarda. Aguarda. No tienen el poder que creen tener. Aguarda».

Sacudió la cabeza y arrastró a Artús detrás de una de las piedras verticales desperdigadas por el lugar.

—Aún no.

—Pero ¿por qué? — Artús enarcó una ceja-. ¿Qué pasa si es capaz de invocar a los dragones?

—He estado pensando en eso -dijo John-. Invocar y mandar son dos cosas distintas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cómo era Samaranth?

—Claro.

—Dijo que le arrebató el anillo a tu abuelo cuando demostro que ya no era digno de usarlo. ¿Te parece a ti que el Rey del Invierno es mucho más digno de ello?

—Ni por asomo -respondió Artús.

—Exacto. Ahora, si el Rey del Invierno pudiera llamar a los dragones, ¿te imaginas a Samaranth haciendo algo que él le ordenara hacer?

—No.

—Exactamente. Así que esperaremos. Y observaremos.

Magwich profirió una serie de palabrotas y pateó el suelo contrariado. Había gastado todas las cerillas que llevaba en la cartera, e intentado usar sus mangas (que ardieron la mar de bien) como yesca, pero no había conseguido ni chamuscar siquiera la tapa de la *Imaginarium Geographica*.

Había intentado arrancar páginas, para empezar con ellas, pero eran más resistentes que el cuero y ni siquiera se arrugaban. Acababa de decidir lanzar aquella cosa por el borde del precipicio e informar que la había convertido en cenizas, cuando oyó las pisadas a su espalda.

—Amo, estaba a punto de... -empezó a decir, volviéndose.

No acabó de decirlo. John le asestó un puñetazo en la cara con un golpe cruzado de izquierda, y el senescal de Paralon cayó al suelo como una marioneta a la que han cortado las cuerdas.

—¡Magnífico! — exclamó Artús-. A Charles le desilusionará mucho no haberlo podido hacer él.

A lo lejos, vieron la figura del Rey del Invierno que descendía, marchando a unirse a la contienda. De repente, mientras observaban, todas las antorchas del lado de la batalla de los aliados desaparecieron, como si las hubiesen apagado.

Artús y John intercambiaron una mirada y tragaron saliva.

John tomó la *Geographica* y buscó las páginas con la invocación.

—Toda la información está aquí -dijo-. O bien lo entendieron correctamente y el anillo no funcionó, o el anillo funcionaba, pero ellos entendieron mal la invocación.

—O -indicó Artús mientras John leía- el anillo no funciona y la invocación tampoco. En cualquier caso, no tenemos el anillo.

—No creo que lo necesitemos -repuso John, con un nerviosismo manifiesto en su voz.

—¿Por qué no?

John leyó, luego volvió a leer, luego volvió a releer los pasajes.

—No se trata de una joya -dijo, atónito ante el descubrimiento-. Es un lugar, en realidad. El Anillo del Poder es un lugar.

Empezó a dar vueltas en un amplio círculo, dándole toda la impresión a Artús de que se había vuelto loco.

—Ahí -dijo John, señalando al este, más cerca de la base del pico-. Más atrás, en la loma.

Artús miró al punto que su compañero indicaba, pero no había nada excepto más curiosas piedras verticales, de las que habían visto una docena durante su caminata.

—Ése es el lugar -dijo John, su seguridad en sí mismo crecía junto con un rubor en las mejillas y una aceleración del pulso-. Estoy seguro.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Tenemos un círculo de piedras verticales exactamente igual que este allá en mi país -respondió John-. Lo llamamos Stonehenge.



—John —dijo Artús estupefacto—, eso no son estrellas...

El regreso de los dragones

El Rey del Invierno penetró en el campo de batalla justo cuando todas las antorchas empezaban a apagarse, y sonrió ampliamente como respuesta. Sus enemigos se hallarían en doble desventaja: peleando en la oscuridad

contra adversarios a los que no se podía matar. Si eran sensatos, soltarían las armas y correrían hacia sus naves, lo que les proporcionaría un respiro temporal en el mejor de los casos. Mientras poseyera la habilidad de crear más Espectros, sería sólo cuestión de tiempo que acabara conquistando todas las tierras del Archipiélago.

Tanto la batalla como la conquista, sin mencionar su inevitable expansión al más vasto mundo situado al otro lado, habrían sido más rápidas de haber podido invocar a los dragones. Pero de nada servía quejarse en aquellos momentos por lo que podría haber sido cuando todo lo que necesitaba ahora era paciencia.

Ya había esperado para obtener cosas antes. Podía volver a esperar. Alzando la espada, lanzó un grito de batalla y corrió a unirse a los Espectros.

En cuestión de minutos los elfos habían perdido a casi una cuarta parte de sus soldados, y los enanos no muchos menos.

Apagar las antorchas había ayudado, pero no fue más que un remedio temporal, no una cura. Los Espectros podían abrirse paso por entre los arqueros igual que piedras a través del agua, y únicamente las armas pesadas les hacían vacilar.

Eledir ordenó a sus tropas que se retiraran, pero Freydo Finn había caído, su sombra arrancada por un Espectro. Únicamente la veloz acción de los enanos, y el sacrificio de varios de ellos, permitió que su cuerpo inerte y pálido fuera conducido a lugar seguro.

Charys, al mando de los centauros, ocupó las primeras líneas. Ellos eran los que tenían mayor alcance de tiro, y usando picas y lanzas largas, podían impedir que la línea de Espectros avanzara con demasiada rapidez. Bajo sus flancos, los enanos, faunos y animales arqueros mantenían a raya a los Wendigos de un modo parecido con una lluvia interminable de flechas.

Se defendían con oscuridad; Jack decidió que necesitaban crear una ofensiva de luz.

El joven había dedicado unos instantes a examinar el armamento que Nemo tenía a bordo del *Nautilus*, y había encontrado entre el distinto armamento hidráulico y de vapor unos cuantos artefactos de una naturaleza más convencional, que podía adaptar a un mejor uso. Incluidos, concretamente, los ingredientes de la pólvora.

Nemo se había dedicado a correr de un lado a otro, guiando los esfuerzos de las bestias mitológicas y los animales, a la vez que disparaba a los Wendigos siempre que podía. Jack lo llamó a gritos y se dejaron caer tras un altozano para examinar el artilugio de Jack.

–Se llama granada -explicó éste.

Nemo se mostró incrédulo.

–Existen motivos por los que no utilizo explosivos en una contienda, joven Jack -dijo-. Son demasiado imprevisibles.

–En tu mundo, tal vez -respondió él-, pero no en el mío. Ésta es la clase de arma que utilizamos en el mundo real. Si se puede hacer retroceder a los Espectros, se les puede hacer saltar por los aires.

Nemo no pareció muy convencido.

–¿Tienes experiencia construyendo esta clase de aparato?

–He leído mucho sobre las grandes -respondió Jack-, y usé el cañón del *Dragón índigo* con suma eficacia.

Nemo intentó levantarse para protestar, pero Jack le atajó.

–Éste es el lugar donde la imaginación vale tanto como cualquier otra cosa, ¿verdad? – dijo-. Pues yo he improvisado un poco. De todos modos, funcionará. Llevo improvisando desde que llegué aquí... y siempre parece salir bien.

Nemo inclinó la cabeza, meditando, luego sus ojos se encontraron con los de Jack.

–De acuerdo. ¿Qué necesitamos hacer?

–Toca a retirada en el valle -indicó Jack-. Haz que nuestras tropas empiecen a ascender la colina, luego enciende la mecha y arrójala en medio de las fuerzas enemigas, en el punto más bajo. Si funciona, puedo confeccionar varias más con lo que tienes a bordo del *Nautilus*.

Nemo pareció impresionado, luego miró con más atención.

–No creo que la mecha sea lo bastante larga -dijo, examinando la obra de Jack-. Y si...

–¿Me pones en duda? – replicó Jack-. Limítate a hacer lo que te digo, y todo irá bien.

Nemo le dirigió una prolongada mirada mientras lo evaluaba, luego asintió.

–Aven confía en ti, y por lo tanto yo no puedo hacer menos. Prepara más. Las necesitaremos.

Nemo conferenció con Charys y Eledir, y se ordenó la retirada. Los aliados dieron media vuelta y ascendieron a la carrera abandonando el pequeño valle, lejos de la carnicería que tenía lugar entre sus camaradas caídos.

El enemigo no perdió tiempo en abalanzarse al frente, sólo que en aquellos momentos se hallaban bajo el mando directo del Rey del Invierno, que encabezaba la carga.

Jack corría colina abajo dejando atrás a los centauros que se retiraban con la segunda granada cuando Nemo encendió la primera y la arrojó directamente al Rey del Invierno.

La carga estalló prematuramente, casi en cuanto fue lanzada, arrojando una lluvia de polvo sobre la falange de Wendigos y Espectros, pero nada más. El efecto en el capitán del *Nautilus* fue muy distinto.

La mitad derecha del torso de Nemo, incluidos brazo y hombro, desapareció por completo, hecha pedazos por el explosivo. El rostro resultó quemado y cubierto de ampollas, y las córneas de los ojos habían quedado totalmente abrasadas. Estaba ciego y su agonía era atroz.

Todo porque había confiado en Jack.

Jack corrió junto a su camarada caído y se hincó de rodillas. Con la retirada, Nemo y él estaban solos en el campo de batalla con varios millares de enemigos acercándose a toda velocidad. Jack manoseó torpemente la segunda granada, pero antes de que pudiera encenderla, los Espectros ya lo habían alcanzado.

Sin detenerse, las criaturas pasaron raudas por su lado y siguieron colina arriba.

Jack miró a su alrededor alocadamente, mientras miles de las gélidas formas oscuras fluían a su alrededor. Incluso los Wendigos apenas hicieron otra cosa que detenerse brevemente para olisquear a Nemo antes de seguir adelante. Entonces el Rey del Invierno apareció y bajó la vista hacia él.

En respuesta a la silenciosa súplica del joven, el Rey del Invierno habló, con una luz cruel brillando en sus ojos.

—Pasaron por tu lado, Jack, porque los Espectros no se comen a los suyos.

Con una fría sonrisa y un guiño, el monarca se alejó corriendo.

Mientras él lo seguía con la vista, horrorizado, la sombra de Jack volvió a aparecer con un parpadeo, luego se solidificó. Pero era demasiado tarde,

el daño estaba hecho. Nemo había muerto.

Jack permaneció arrodillado en el suelo empapado en sangre y empezó a chillar.

Charles y Tummeler tuvieron que sumergirse en dos ocasiones en el oleaje para esquivar a grupos sueltos de Wendigos que habían captado su olor y se habían acercado a echar un vistazo. Permanecer completamente bajo el agua ocultó su olor, pero no ayudó mucho a su estado de ánimo.

Sin embargo, habían conseguido abrirse paso alrededor de todo el lado este y habían ido a parar junto al mismísimo *Dragón Negro*. La principal preocupación de Charles había sido poder identificar la tienda del Rey del Invierno, pero eso no resultó ser un problema. No sólo era la tienda más grande de todo el campamento, sino que también era la única con dos centinelas apostados ante ella..., dos Wendigos de aspecto repugnante.

—Eso será lo que andamos buscando, no hay duda al respecto -susurró Charles-. Estoy seguro de que la Caja de Pandora está dentro. ¿Por qué otro motivo se molestaría uno en colocar guardas frente a una tienda situada detrás de un ejército tan grande como el que tiene?

—Estoy de acuerdo, maese estrepitoso -dijo Tummeler-. Así pues, cuando entremos, ¿cuál es tu plan? ¿Intentamos robar la «mamita» o simplemente la cerramos aquí mismo?

—La robaremos si podemos -indicó Charles-. No tengo la menor idea de cómo podemos cerrarla. Seguro que estará involucrada alguna clase de magia, de modo que dudo que sea algo tan simple como clavarle una tabla encima y añadir un letrero que diga: «No tocar».

—De acuerdo -respondió Tummeler-. Sé que harás lo mejor.

—Deberíamos haber traído a Jack -se lamentó Charles-. A él se le da muy bien esto de improvisar en las situaciones complicadas.

Mientras se susurraban el uno al otro, avanzaron sigilosamente fuera del agua, utilizando la masa del *Dragón Negro* como pantalla. Una vez en la playa, Tummeler se sacudió el agua del pelaje y se dejó caer sobre los cuartos traseros, y Charles se acuclilló a su lado, dejando el pesado escudo en el suelo para descansar.

—Hay algo que me he estado preguntando -dijo Tummeler-. Si es un enorme y viejo puchero de cocina, ¿por qué todo el mundo lo llama «Caja de la tía Dora»?

–Caja de Pandora -corrigió Charles-, y los cambios son simplemente parte de la naturaleza de las cosas. Es lo que sucede en las narraciones..., una marmita se convierte en un caldero que se convierte en un perol que se convierte en una caja, todo depende de quién cuenta la historia. Y puesto que Pandora fue su última poseedora, ése es el relato... y el nombre... que todo el mundo conoce. Piensa en tu escudo, por ejemplo -prosiguió, dando la vuelta al escudo y sacudiéndole la arena a continuación-. Probablemente lo usó un soldado romano, o un legionario, o alguien así, y lo llamaron el escudo de Polemicus o un nombre parecido... pero siempre se lo conocerá como el Escudo del señor Tum...

Se interrumpió, boquiabierto.

–¿Maese Charles? – dijo Tummeler-. ¿Qué sucede?

Charles contemplaba la superficie del escudo. El dibujo forjado sobre él estaba un poco deslustrado, pero todavía centelleaba con visible detalle. Era una representación estilizada de la Medusa, según el mito griego.

–Vuelve a contarme lo que Samaranth dijo cuando te dio esto, Tummeler.

–Samaranth dijo que pertenecía a un héroe famoso de tu mundo -respondió el tejón-. Pericles o Teseo o... o...

–Perseo -interrumpió Charles, al tiempo que se efectuaba una conexión en su mente-. El escudo perteneció a Perseo.

–¡Eso es! – exclamó Tummeler muy agitado-. Samaranth dijo que incluso el más pequeño de nosotros puede ser un héroe, si se le da la oportunidad; y dijo que este escudo me daría la oportunidad.

–¿Eso te dijo? – repuso Charles mientras una sonrisa de oreja a oreja aparecía en su rostro-. Creo que tiene razón..., y creo que estamos a punto de asestarle un buen varapalo al Rey del Invierno.

–Tiene sentido, ya lo creo -dijo John mientras él y Artús ascendían a la baja elevación de la cresta-. Arturo creó la Silla de Plata para gobernar en ambos mundos..., nuestro mundo y el Archipiélago. Si parte de su poder radicaba en la capacidad de invocar a los dragones, querría poder hacerlo sin importar en qué reino se hallaba.

Artús asintió, silencioso. Empezaba a resultarle evidente que John creía firmemente poder conseguir que sucediera algo útil..., y Artús no compartía en absoluto su opinión. En los últimos días había visto aparecer una nítida línea de separación entre sus fantasías juveniles sobre convertirse en

caballero y la realidad de vivir en un mundo donde las acciones tenían consecuencias reales.

Tardaron sólo un minuto en ascender al tosco círculo de piedras. En cuanto penetraron en su interior, un viento helado empezó a soplar, concentrado en el interior del círculo mismo.

–Creo que no ha sido buena idea... -empezó Artús.

John lo sujetó por los hombros y le hizo girar. Artús esperaba un sermón, pero el joven se limitó a sonreírle, mientras el viento aumentaba en velocidad e intensidad.

–Piensa en ello de esta forma: si funciona, funciona. Si no lo hace, al menos lo intentamos. Si los caballeros no partieran jamás en misiones de las que no estuvieran seguros, nunca irían a ningún sitio.

–Tienes razón en eso.

El viento se arremolinaba a su alrededor como si quisiera arrancarlos de la misma Tierra y arrojarlos al abismo. El rugido de la cascada resonaba contra la piedra del acantilado, y las gotas de agua les pegaban el pelo al rostro. Los elementos parecían conspirar para obligarlos a retroceder mientras John abría la *Geographica* y localizaba la página que Artús necesitaba.

–John -dijo Artús-, ¿estás seguro de esto?

–Tan seguro como puedo estar de cualquier cosa -respondió él por encima de la violenta tempestad.

–¿Cómo puedo hacerlo, John? – chilló Artús a voz en cuello-. ¡No puedo! ¡No estoy preparado para esto!

John introdujo la *Geographica* en las manos de Artús.

–Toda tu vida deseaste ser caballero -dijo, la voz firme y la mirada nítida-. Ahora reclama tu destino, y conviértete en rey.

Artús aspiró profundamente y empezó a tranquilizarse. Sus ojos se movieron veloces a un lado y a otro, desde el rostro desesperadamente ansioso de su amigo hasta el libro casi sagrado que tenía en las manos...; un libro que podía crear a un rey, que realmente crearía a un rey, si él así lo elegía.

Bastaba con leer unas pocas líneas de un libro para reclamar su herencia, su trono y su destino. Una acción tan sencilla como sacar una espada de un yunque.

Artús repasó las líneas una última vez, luego cerró el libro y empezó a recitar:

***Por derecho y precepto,
por necesidad imperiosa,
yo os invoco,
yo os invoco.***

***Por vínculos de sangre,
por honor concedido,
yo os invoco,
yo os invoco.***

***Para que a la vida y la luz deis protección,
desde el interior de este Anillo del Poder del Cielo, yo os invoco, yo os invoco.***

Con la última palabra, la tempestad que rugía a su alrededor empezó a apagarse de repente.

Una vez finalizada la invocación, Artús miró a la oscuridad, luego al libro, luego de nuevo al vacío.

—¿Lo he hecho bien?

—Lo has hecho estupendamente -respondió John-. Por lo menos, has hecho algo.

—¿Cuánto tiempo se supone que necesita?

—No lo dice.

Aguardaron cinco latidos, luego diez.

A continuación veinte. Luego veinte más.

No sucedió nada.

Demasiado terreno se había cedido en el intento de usar la ofensiva de Jack. Charys y Eledir habían confiado en Nemo y Nemo había confiado en Jack, y la línea se había trasladado de un modo irrevocable. Los aliados habían perdido a más de la mitad de sus soldados a manos de los Espectros, y aunque los Wendigos hubiesen matado, en el mejor de los casos, sólo a un pequeño número de los caídos, el resto correría la misma suerte tarde o temprano.

Lo que quedaba de los elfos, enanos, animales y bestias mitológicas se había agrupado en una hondonada justo frente a la playa, donde se hallaban circundados por Charys y los centauros, que mantenían la última línea de defensa.

Los Espectros habían pasado como una tromba junto a ellos, y por unos instantes Aven y Bert pensaron que había ocurrido algún milagro; pero no se trataba de un milagro, sólo era más estrategia. Los negros Espectros habían cortado el camino de retirada a las naves. No habría escapatoria.

Siguiendo la orden del Rey del Invierno, un Wendigo hizo sonar un cuerno de caza y llamó a los ejércitos trolls y goblins de vuelta al campo de batalla.

La batalla había finalizado.

Artús y John no habían presenciado los acontecimientos del campo de batalla. Tenían la atención puesta en el exterior, en dirección al vacío.

Artús aspiró violentamente, luego dirigió una veloz ojeada a John, que le sostuvo la mirada con fijeza.

—Algo no va bien, John.

—Ten paciencia, Artús. Creo en ti.

Artús pareció encogerse sobre sí mismo.

—Yo no sé si creo en mí.

—No pasa nada -dijo John, sujetando los hombros del muchacho-. Yo creo lo suficiente para ambos.

Entonces el mundo se movió. Algo cambió. El aire quedó inmóvil, e incluso el eterno rugido de la cascada quedó silenciado, como si el mundo hubiese empezado a contener el aliento.

El ojo de la tormenta se había abierto alrededor del pequeño y noble anillo de piedras verticales, y extendía su atracción hacia los distantes confines de la eternidad... y allí, algo penetró en el portal abierto del ojo.

—¡Mira! —indicó John-. Mira al vacío..., allí, ¡en la oscuridad! ¿Lo ves?

Muy por encima de sus cabezas, bien al oeste, un solitario punto de luz había hecho su aparición, pequeño, pero nítido y brillante.

Una estrella.

—Lo veo -dijo Artús-. Pero qué es lo que...

—¡Otra! —exclamó John, señalando-. ¡Y allí! ¡Otra!

Mientras observaban, el lejano cielo empezó a llenarse de estrellas que titilaban y llameaban relucientes. Entonces, de improvviso, algunas de las estrellas se tornaron más brillantes. Y más aún. Y a continuación empezaron a moverse.

—John -dijo Artús estupefacto-, eso no son estrellas... Eso son dragones.

Por fin, después de todo, los dragones habían regresado al Archipiélago.

Sexta parte

OceanofPDF.com

El país del verano



—Todavía tengo intención de obtener mi victoria aquí y ahora

El sumo monarca

El aire que se cernía sobre la Isla del Fin del Mundo resonó con el sonido de un centenar de truenos mientras las enormes bestias caían del

cielo. Tres dragones, de edad avanzada por su aspecto y porte, fueron a posarse veloces frente al círculo de piedra, donde se inclinaron con deferencia ante Artús

–Creo que quieren instrucciones -susurró John.

Artús contempló a las magníficas criaturas que tenía delante, luego se dio la vuelta y señaló el campo de batalla.

–Ayudadles. Ayudad a mis amigos.

Al parecer eran instrucciones suficientes. Los dragones inclinaron la cabeza por segunda vez, luego batieron las alas y alzaron el vuelo.

Inmediatamente al este, los ejércitos trolls y goblins acababan de regresar al campo de batalla del centro del pequeño valle y aguardaban para participar en la matanza sistemática otorgada a ejércitos arrolladoramente victoriosos. Por consiguiente, les sorprendió verse aplastados de repente por un ejército mayor y más poderoso de dragones.

Uruk Ko, puede que en un acto de sensatez o de cobardía, indicó inmediatamente a sus tropas que bajaran las armas y estandartes. Eran tantos los reyes que conservaban sus tronos mediante la diplomacia como mediante la conquista, y resultaba mucho más sensato conformarse que seguir adelante con lo que significaría una inútil pérdida de soldados en nombre del orgullo.

Los comandantes de los trolls no se dejaron llevar por un arrebató similar de razonamiento, y en su lugar optaron por enfrentarse a los dragones que llegaban.

La contienda duró tres minutos escasos, y sólo debido a que los dragones tenían que esquivarse continuamente mientras procedían a incinerar, masticar o pisotear a los soldados del ejército troll.

Los Espectros no caerían tan de prisa ni con tanta facilidad.

Tummeler estaba muy decepcionado.

–Anímate, muchacho -dijo Charles mientras penetraban en la tienda del Rey del Invierno-. Yo no habría podido hacerlo ni con una docena de balas de cañón, mucho menos con tres bollos de arándanos.

–Habrían «pastado» con dos -se quejó Tummeler-, si aquel primer Wendigo no hubiese vuelto la cabeza justo cuando le aticé...

–De todos modos -dijo Charles-, cuando lo derribaste con el tercer bollo, iba a la carrera... y eso lo convirtió en una exhibición aún más impresionante de espíritu deportivo.

–¿De verdad? – inquirió Tummeler, animándose-. Gracias, maese Charles.

Dentro de la tienda, Charles encendió los antorcheros colocados a ambos lados de la puerta, y lo que su luz reveló resultó inconfundible.

Estaba en el centro de la tienda, sobre una sencilla plataforma de madera que tenía asas de cuero para poder transportarla con más facilidad. Como habían esperado, era una marmita de hierro de unos noventa centímetros de altura y algo menos de diámetro, lo que le daba un aspecto ligeramente alargado. El exterior estaba decorado con niquelados en bronce de escritura cuneiforme e imágenes estilizadas de cuervos.

Habían encontrado la Caja de Pandora.

No había ninguna cubierta ni tapa, sólo los restos de cera alrededor de los bordes.

–Bien -dijo Tummeler-, ¿cuál es tu gran idea?

–No podemos mirar en su interior -indicó Charles-, o sea que el transporte será un problema. De modo que debemos regresar al plan original y cerrarla..., y creo que Samaranth sabía más de lo que nos contaba. Es por eso que te dio el escudo.

–Deja que lo haga -pidió Tummeler-. Yo no puedo mirar dentro por mucho que quiera, tengo una insuficiencia de altura, como diría mi amigo Freydo Finn.

–Adelante -dijo Charles, entregándole el escudo.

Con un esfuerzo considerable, Tummeler alzó la pesada pieza de bronce sobre su cabeza y se aproximó a la marmita abierta. Con un movimiento grácil, deslizó el escudo fuera de la cabeza y lo colocó en la parte superior del recipiente de hierro, donde encajó a la perfección en el reborde que sobresalía con un ruidito seco.

Antes de que Tummeler pudiera moverse o hablar, la marmita que llamaban la Caja de Pandora empezó a refulgir con una luz sobrenatural.

–Eso es realmente bueno o realmente malo -dijo Charles-. Pero me parece que descubriremos qué es antes de lo que pensamos.

Cuando los dragones llegaron, el Rey del Invierno estaba colocado de cara a los jefes de los magullados y maltrechos aliados, evaluándolos. Charys y Eledir estaban dispuestos a luchar hasta la muerte..., pero Aven y Bert casi habían perdido toda esperanza. La muerte de Nemo había sido un golpe duro, y la aparente pérdida de Jack otro aún mayor. Así pues, el Rey

del Invierno esperaba una sumisión total cuando, en apenas unos instantes, su mundo quedó patas arriba.

En un principio atribuyó la repentina llegada de los dragones a su invocación, imaginando que el retraso se debía a la rotación de la Tierra, a incompetencia por parte de los dragones o a algo por lo que podía enfadarse, dado que ahora estaban bajo su mando. Hasta que empezaron a aplastar trolls no comprendió que no estaban a su servicio, precisamente.

Un grito de triunfo se alzó entre los derrengados aliados, que hizo brotar un gruñido de sus labios.

El Rey del Invierno miró a un lado y a otro.

–Lanzad todas la aclamaciones que queráis -dijo con amargura-. ¡No estaréis vivos lo suficiente para saborear vuestra victoria..., no mientras todavía mande a los Espectros!

El momento no podía haber estado mejor calculado para dejar al Rey del Invierno totalmente sin habla..., pues mientras hablaba, el millar de Espectros se tambaleó por un instante, y desapareció.

–Bueno -dijo Charys, pateando con las patas traseras y cambiando de mano la colosal pica que empuñaba-. Quisiera anunciar que las clases sobre como «Moler a Palos a los Wendigos» se han reanudado.

Una vez más, el campo de batalla se convirtió en un centro de actividad frenética, bien iluminado por las llamaradas de los dragones. Los elfos, enanos y centauros formaron un bloqueo alrededor de los barcos dragones y sus camaradas heridos y mantuvieron a los Wendigos bien apelotonados con la ayuda de un aluvión de flechas.

Permanecer todos juntos como una jauría tenía sentido cuando se luchaba contra faunos; contra dragones, no tanto.

En el caos de la pelea, el Rey del Invierno se escabulló. Aven se encaminaba de vuelta al valle para buscar a Jack, cuando vio al monarca que escalaba el terraplén situado al oeste. Se detuvo un instante, no muy segura sobre qué hacer. Luego dio la vuelta y empezó a seguirle.

El resto de la refriega duró sólo unos minutos, ya que era totalmente imposible defenderse de los dragones, mucho menos atacarlos con éxito. Con el campo de batalla limpio de combatientes, los aliados fueron libres de regresar y ocuparse de sus camaradas caídos, momento en el que realizaron un sorprendente descubrimiento.

Todos los soldados que habían caído seguían con vida.

Las fuerzas contrarias habían perdido a muchos de sus soldados. Pero el plan del Rey del Invierno era cosechar las sombras robadas de los guerreros caídos para crear aún más Espectros. Así pues, si bien existían daños, pérdida de sangre y alguna que otra extremidad desaparecida, los cuerpos de los elfos, enanos y bestias mitológicas se hallaban por otra parte ilesos.

No era una victoria total: la mayoría de los caídos habían perdido sus sombras a manos de los ahora desaparecidos Espectros y eran poco más que muñecos de trapo, pero todavía vivían. Y donde hay vida, hay esperanza.

–Extraordinario -comentó Eledir-. La propia codicia del Rey del Invierno nos proporcionó más de una victoria; habríamos perdido más si simplemente hubiera planeado masacrar, en lugar de buscar el modo de usar a nuestros caídos como sus sirvientes. – Sacudió la cabeza maravillado-. Cuando vi llegar a los dragones, confié en que obtendríamos la victoria, pero conseguir no tener bajas...

–Te equivocas -dijo Bert con tristeza-. Sí hubo bajas..., hay un muerto, y otro que tal vez desearía haber muerto.

Charys había regresado a las fogatas de los campamentos con dos cuerpos echados sobre su enorme lomo. Uno, el difunto capitán del antiguo *Dragón Amarillo*, que había sido el más valiente de todos ellos; el otro, el joven que quería con todas sus fuerzas ir a la guerra, tomar parte en una batalla y mostrar al mundo su valía y entereza. Los ojos de ambos estaban cerrados... pero sólo uno volvería a abrirlos.

En el círculo de piedras, John y Artús contemplaron con asombro cómo los dragones transformaban por completo el estilo, el alcance y el resultado de la batalla que se libraba enconadamente a sus pies.

–No me sorprende que todo el mundo efectuara juramentos de lealtad a Arturo -comentó Artús-, si esto era lo que sucedía cuando alguien le hacía enojar.

–Dudo que llamara a los dragones para las disputas sin importancia -dijo John-, pero desde luego la posibilidad de que lo hiciera habría sido un elemento de disuasión muy efectivo.

–Lo era -indicó una voz fría, que se aproximaba desde abajo-. ¿Por qué si no se habría podido controlar a las otras razas simplemente por la posibilidad de que un rey humano los invocara?

Era el Rey del Invierno, que penetró en el interior del círculo de piedras con la espada desenvainada y lista para atacar.

–Fue muy admirable el modo en que cambiaste los libros -dijo-. Llevaba casi una hora torturando a mi primer oficial de derrota cuando me di cuenta de por qué todas sus incomprensibles coordenadas contenían menciones a arándanos.

–Gracias -replicó John-; yo mismo dudaba de que funcionara.

–Desde luego, deberías haberlo vigilado mejor luego -siguió el Rey del Invierno, advirtiendo la presencia del senescal de Paralon, que empezaba a moverse, tumbado un poco más allá-, así ese imbécil no habría podido quitártelo.

–Cierto -admitió John-. Con todo, parece que las cosas han salido bien... para todo el mundo excepto para ti.

Los ojos del Rey del Invierno llamearon.

–¿Eso crees? Has perdido más de lo que piensas, muchacho..., y todavía tengo intención de obtener mi victoria aquí y ahora.

–Artús convocó a los dragones mientras que tú no pudiste -dijo John-. Si hubieras tenido un mejor traductor que ese senescal estúpido, podrías haberlo hecho también. Pero ¿qué victoria puedes obtener ahora? El anillo que llevas no significa nada, y ni siquiera la *Geographica* te serviría de algo.

Al oírles hablar de él, Magwich despertó completamente.

–¡Amo! – chilló-. ¡Amo, ayudadme! ¡Ése, ese de ahí... me golpeó! ¡En la cabeza!

El Rey del Invierno apenas se molestó en mirar con desdén a su espalda al desventurado sirviente.

–Dije a Magwich que la quemara -indicó, dirigiendo a éste una mirada asesina-, pero parece que es incapaz de llevar a cabo incluso las tareas más simples. Pero no necesito el libro ni el anillo para convertirme en Sumo Monarca.

–Entonces te combatiremos -declaró John-. Todas las razas del Archipiélago pelearán contra ti. Jamás permitirán que te apoderes de la Silla de Plata..., no mientras viva el auténtico heredero.

Un sonrisa perversa recorrió el rostro del Rey del Invierno, y John comprendió horrorizado que aquello era precisamente lo que su adversario tenía en mente.

Con actitud protectora, fue a colocarse ante Artús, interponiéndose entre los dos monarcas.

–Puedes intentar matarlo -dijo John-, pero eso seguirá sin convertirte en rey; no de un trono que ha pasado siempre al único linaje que posee el mandato del Parlamento.

–Pero yo sí tengo el mandato -repuso el Rey del Invierno-. La sangre que corre por sus venas corre por las mías.

–¿Eres miembro del linaje real? – inquirió John, atónito-. ¡No te creo! ¡Es mentira!

El Rey del Invierno lanzó una risita burlona.

–No, no lo es.

El monarca paseó despacio frente a John y Artús, deleitándose en los efectos de sus revelaciones.

–¿Creéis que el Parlamento permanecería décadas bloqueado en un debate o contemplaría siquiera la idea de que un usurpador se hiciera con el trono, si yo no tuviera un derecho legítimo? No -prosiguió-, han sido incapaces de elegir a un nuevo Sumo Monarca precisamente debido a que había alguien de sangre real que podía cerrar el paso a todos los candidatos..., yo mismo..., pero a quien en su estupidez no podían soportar nombrar.

–¿Cómo puedes ser tú el heredero? – preguntó Artús-. Toda la familia del rey, mi familia, fue asesinada.

–Muchacho -respondió el Rey del Invierno lanzando una carcajada-, soy mucho más viejo de lo que puedas suponer..., de hecho, soy casi tan viejo como ese idiota constructor de barcos Thot o Deucalión o como quiera que se haga llamar en la actualidad.

»Soy más viejo incluso que la Silla de Plata -continuó-, y juré al abuelo del abuelo del abuelo de tu abuelo que sus herederos se arrodillarían un día ante mí. Y aquí estás tú.

De improviso, el Rey del Invierno lanzó un mandoble con la espada, abriendo un profundo y brutal tajo en el pecho de John. El Custodio lanzó un grito y cayó de rodillas, intentando inútilmente sacar su propia espada. El Rey del Invierno la apartó de una patada, luego hizo una seña a Magwich, que se acercaba, para que la recogiera y apuntara con ella a John.

Artús consiguió sacar su espada corta de la vaina, pero no podía competir con la destreza de su rival. En unos segundos el heredero al Trono de Plata quedó desarmado e indefenso ante su atacante.

—Resulta irónico -dijo el Rey del Invierno- que apunte con una espada a tu garganta veinte años después de que lo hiciera a la garganta de tu abuelo, y de tu padre antes de él.

—¿Tú mataste a mi familia? — inquirió Artús, alzando los ojos.

El Rey del Invierno asintió.

—Eso es lo que encuentro irónico; todo el Archipiélago creyó que tu abuelo era un hombre malvado, cuando en realidad fue uno de los mejores reyes que jamás gobernaron aquí. Su único error fue dar demasiado valor a la protección de su familia.

—¿Qué quieres decir? — preguntó John, que todavía respiraba con dificultad, aunque su herida ya no sangraba tanto-. Archibald mató a su familia.

—Eso es lo que se cuenta -respondió el Rey del Invierno-. Pero en realidad, su única equivocación fue transgredir sus límites, cuando pidió a ese idiota que robara la Caja de Pandora. Eso era magia prohibida... y su utilización traía con ella una expulsión obligatoria del Archipiélago.

—Entonces ¿por qué se arriesgó a usarla? — dijo Artús-. ¿Qué era tan terrible que le hiciera arriesgarse a perder incluso el apoyo de los dragones?

—Yo -repuso el Rey del Invierno con una sonrisa burlona-. Había permanecido exiliado durante muchos años en su mundo -dijo, agitando el garfio frente a John-, y acababa de regresar tras descubrir el modo de pasar al Archipiélago. Construí el *Dragón Negro* y fui a Paralon a exigir que Archibald renunciara al trono. Él respondió con evasivas y dio largas el tiempo suficiente para encontrar una magia más poderosa con la que poder derrotarme: la Caja de Pandora. Y cuando la abrió, perdió el mandato de los dragones, y ese idiota de Samaranth se llevó su anillo, cuando lo que debería haber cogido era la caja.

—¿Por qué no le permitió Samaranth usar la caja? — preguntó Artús.

—Porque -intervino John, escupiendo partículas de sangre mientras hablaba- incluso un rey tiene que acatar las reglas... y usar el mal para combatir el mal no es el modo en que funciona la Silla de Plata.

—Bien expresado, aunque desatinado -indicó el Rey del Invierno-. Archibald había perdido la habilidad para invocar a los dragones..., pero se negaba a nombrarme su sucesor. Así que maté a su familia, uno a uno, y luego al rey mismo. Pensé que había acabado con todos ellos -dijo a Artús-,

pero parece que me equivoqué. Y ahora te ofreceré un acto de clemencia final. El mismo que ofrecí a tu abuelo, pero que él rehusó.

Envainó la espada y se acercó más a Artús, extendiendo la mano, con la palma hacia abajo.

—Arrodíllate ante mí, chico. Júrame lealtad. Conviérteme en el heredero legítimo. Y te otorgaré una muerte rápida e indolora. Rehusa, y tus padecimientos serán interminables. Arrodíllate y jura lealtad a tu antepasado... Arrodíllate, y jura por mi auténtico nombre... Mordred.

—¡Mordred! — exclamó John, con los ojos llameantes-. ¡No me lo creo!

—No importa lo que tú creas -dijo Mordred-. Todo lo que necesito es su juramento..., y entonces seré también rey de tu mundo.

—No creo que eso vaya a suceder.

Aven estaba justo en el borde del círculo de piedras. Empuñaba dos espadas..., una apuntando a Magwich, y la otra a Mordred.

—Vaya..., la Reina Pirata -dijo Mordred, volviendo a desenvainar su espada-. Si no te importa, tratamos de asuntos de hombres y nos gustaría tener intimidad.

—No sucederá -repitió ella-. Todo el mundo en el Archipiélago sabrá lo que has hecho, y ni por todos los infiernos podrás sentarte jamás en la Silla de Plata.

—Nosotros somos dos, y tú una -indicó Mordred.

—Nosotros dos, y tú una -repitió Magwich con temblorosa bravuconería.

—¿Cómo acabarás conmigo antes de que le corte la garganta al joven rey?

—No le cortarás la garganta -dijo Aven-, porque lo necesitas para que haga su juramento... y no lo hará.

—Lo hará -respondió Mordred-, si ordeno a Magwich que mate a su amigo el Custodio.

Aven miró a Magwich.

—Escúchame, senescal. Suceda lo que suceda aquí, te mataré. Tanto si John muere como si no, tanto si Artús muere, o si yo muero..., te mataré con mi último aliento, sin importar lo que pase.

Magwich lanzó un chillido y dejó caer la espada de John, luego echó a correr colina abajo, aullando y agitando los brazos como un loco.

—¿Bien? — dijo Aven, volviéndose de nuevo hacia Mordred, mientras John se incorporaba penosamente y recuperaba su arma-. Dos contra uno, a

nuestro favor esta vez.

–Pero mi espada está apoyada en la garganta del joven rey -indicó Mordred-, de modo que parece que estaremos en tablas.

–En realidad -retumbó una voz profunda desde las alturas-, esto es lo que se denomina «jaque mate».

Samaranth descendió del cielo, y con un veloz movimiento desarmó a Mordred y se lo llevó con él de nuevo a las alturas, sujetando al Rey del Invierno con una enorme garra retorcida.

Batió el aire con las antiquísimas alas, y los dos flotaron casi inmóviles muy por encima del borde del precipicio.

–Fuiste un alumno horroroso -dijo Samaranth, sacudiendo la cabeza-. Comprendo tu ambición y tu deseo de grandeza, pero has manejado las cosas de un modo tan terrible estos últimos veinte años desde tu regreso, que creo que es hora de que abandones el escenario, por así decirlo, y dejes que otros dirijan el curso de los acontecimientos en el Archipiélago.

–Tú no puedes ordenar quién gobierna en el Archipiélago -replicó Mordred.

–Tampoco tú..., Archibald merecía algo mejor que morir. Y tú morirás mucho antes de tener siquiera posibilidad de sentarte en la Silla de Plata.

–Viviré para sorber el tuétano de tus huesos, viejo idiota -escupió Mordred.

Con un movimiento repentino, el Rey del Invierno sacó una daga de aspecto temible de una de sus botas y la clavó en la garra del gran dragón. La daga se rompió por la empuñadura.

Samaranth suspiró.

–No es que no me gustes, Mordred -dijo el dragón-, porque realmente me gustas, y mucho. Pero en el fondo, no eres más que un hombrecillo estúpido.

Samaranth abrió la zarpa.

Mordred -el Rey del Invierno- cayó silenciosamente al vacío y desapareció en la oscuridad.



*—Los dragones han regresado si nos quedamos
o no depende de ti*

Todas las sendas ante ellos

El resto de la noche la pasaron atendiendo a los heridos y obteniendo juramentos de lealtad del rey goblin y los comandantes trolls, y ocupándose de todas las cosas de las que hay que ocuparse al finalizar una guerra; que,

bien mirado, era más que preferible que realizar las mismas acciones desde el bando perdedor. No obstante, a pesar del retorno de los dragones y la victoria sobre el Rey del Invierno, la lucha por el control del Archipiélago no había finalizado todavía.

Arawn, el príncipe troll, había reclamado la Silla de Plata para sí y había invadido Paralon con sus ejércitos, al tiempo que enviaba al resto a combatir junto al Rey del Invierno. Sería necesaria mucha planificación y el apoyo de las otras razas para recuperar el gobierno de Paralon..., aunque vista la facilidad con que los dragones habían dado cuenta de los trolls la noche anterior, era menos una hipótesis que una cuestión de tiempo.

A los Wendigos, los miembros peores y más temibles del ejército enemigo, Charys y sus centauros los habían arrinconado contra la base del acantilado occidental... y de ese modo disfrutaron de una visión perfecta del destino del Rey del Invierno. Su respuesta fue inesperada. Dieron la espalda a los centauros, aullando y con un rechinar de dientes, e iniciaron la huida en la única dirección que les quedaba.

Mientras saltaban por el precipicio, siguieron aullando y chillando enfurecidos, pero el rugido de la cascada cubrió rápidamente el sonido, y nadie los oyó mientras caían.

Eso dejó una cuestión por resolver: ¿qué les había sucedido exactamente a los Espectros?

—Creo que ellos nos lo podrán decir -dijo Bert, señalando el borde de la playa.

Una visión insólita se acercaba por la arena desde el este: Charles, andando despacio, arrastraba unas tiras de cuero sujetas a un improvisado trineo de madera, y en el centro del trineo aparecía la forma inconfundible de la Caja de Pandora...: una enorme marmita negra tapada con un refulgente escudo de bronce. Tummeler iba subido encima, masticando con fruición un bollo rancio.

—¡Hola, maeses estrepitosos! — saludó el tejón-. «Tremos»... «tramos»... trajimos... ¡Tenemos la Caja de la tía Dora!

Bert, Aven y John corrieron hacia ellos y abrazaron jubilosos a sus dos amigos.

—¡Lo conseguisteis! — exclamó Artús-. ¡Cerrasteis la caja!

—Bueno, ése era el plan, ¿no? — dijo Charles-. No habríamos quedado muy bien si nos hubierais pedido hacer esto y os hubiéramos defraudado.

–Exacto -dijo Tummeler-. Aunque esa posibilidad no existía..., al fin y al cabo, maese Charles es un estrepitoso de Oxford, y tiene una reputación que mantener.

–Por supuesto -repuso Charles-. Y debo decir que ha sido una noche muy difícil. Así pues -añadió, estirando la espalda y mirando a su alrededor-, ¿cómo han ido las cosas por aquí?

Todos los aliados querían saber qué había sucedido en el campamento enemigo, y Charles y Tummeler contaron la historia apresuradamente, allí mismo en la playa, haciendo pausas de vez en cuando para felicitarse mutuamente por su sigilo y destreza.

Los elfos retiraron la Caja de Pandora del trineo y, tras cierta deliberación, la pusieron a salvo en la bodega del *Dragón Blanco*. No fue hasta que Charles y Tummeler se hubieron puesto ropas limpias y comido algo cuando sus compañeros relataron todos los acontecimientos de la noche... con una excepción.

–¿Mordred, decís? – dijo Charles-. Asombroso. Totalmente asombroso. Pero decidme, ¿dónde está Jack? Esperaba que los liquidara a todos él solito, y que lo estuvierais paseando por ahí en andas a estas alturas, otorgándole medallas y a saber qué más.

Nadie respondió, pero las expresiones de sus rostros indicaron que algo no iba nada bien.

–¿John? – empezó Charles-. No está..., Jack no está muerto, ¿verdad?

–No -respondió John-. Él no... otra persona.

–John no estaba allí -dijo Bert-. Dejad que os cuente qué más ha sucedido.

Conversaron durante un buen rato, y lloraron, y se lamentaron..., no sólo por la muerte de un amigo, sino por la carga que el otro tendría que soportar, y que ninguno de ellos sabía cómo levantar.

Más tarde, aquella misma mañana, el paisaje de la isla volvió a cambiar otra vez. A su llegada, había sido una llanura inmaculada, estática en la serena expectación de lo que se avecinaba. Luego, fue un campo de batalla invadido por guerreros y un movimiento continuo, y más tarde, un osario de sufrimiento y desolación. En aquellos momentos volvía a ser muy parecido a lo que fue en un principio. Los enemigos o bien se habían convertido en amigos precarios o se les había eliminado por completo. Y aquellos que habían ido a ayudarles habían sido conducidos a las naves para curarse o

inspeccionaban el terreno, vigilantes, no del todo seguros de que hubiera terminado por completo.

Los dragones, una vez hecho lo que habían sido llamados a hacer, habían abandonado en gran parte la isla, apareciendo sólo fugazmente en las nubes situadas por encima de sus cabezas.

Únicamente Samaranth se quedó, y se reunió con los camaradas cerca del círculo de piedras para despedirse.

—Disponemos de unos pocos momentos para conversar aquí, en este lugar sagrado -les dijo Samaranth-. Así que, hablad. Preguntadme lo que queráis, y yo haré todo lo posible por responder.

Artús, John, Aven, Bert y Charles estaban sentados sobre un trozo llano de hierba a poca distancia de las piedras verticales, donde Samaranth se posó y plegó las alas con deferencia.

—¿Qué hago ahora? — preguntó Artús.

Samaranth rió con un potente resoplido.

—¿Hacer? ¿Lo que quieras? Eres el Sumo Monarca.

—Eso es lo que me pone nervioso -dijo el muchacho-. No sé nada sobre cómo ser rey.

—Tus amigos no sabían nada sobre ser Custodios y, sin embargo, se las apañaron -respondió el dragón-. Aunque parece que falta uno de ellos.

—Jack -dijo Aven-; no ha hablado con nadie en toda la mañana. Se ha encerrado en el camarote del *Dragón Blanco* y se niega a salir.

—Sí -repuso Samaranth, asintiendo-. Tummeler me ha explicado lo sucedido. Lamentable.

—¿Lamentable? — dijo John-. ¡El capitán Nemo está muerto! ¡Y fue por culpa de Jack!

—Tal vez -respondió Samaranth-, pero Nemo no era ningún niño. No le coaccionaron. Y conocía lo que estaba en juego y los riesgos. Jack debería aprender de ello y volverse más fuerte a partir de esa experiencia.

—¿Volverse más fuerte? — inquirió John-. ¿Cómo?

—Una pregunta interesante viniendo de ti, pequeño Custodio -indicó el dragón-, pues según recuerdo, gran parte de este viaje se puso en marcha debido a otra muerte.

John vaciló.

—Te refieres al profesor.

—Desde luego.

–Pero eso no fue culpa mía -dijo John-. No directamente. No había modo de que yo pudiera haberla evitado.

–Quizá -repuso Samaranth-. Pero cuando le ofrecieron la posibilidad, ¿acaso no dijo que estaba dispuesto a morir, porque su trabajo estaba finalizado?

–¿Cómo puedes saber eso? – preguntó John.

Samaranth se encogió de hombros.

–Pregúntate esto, joven Custodio... ¿crees que has alcanzado tu propósito?

–Sí -respondió él, tras meditarlo por un momento.

–¿Lo pensaría el profesor?

–Sí.

–Entonces tu redención no llegó a través de su resurrección, sino a través de tu fe en un propósito más importante. Algo que a Jack le sería beneficioso recordar.

–¿Sabes? – intervino Charles-; creo que tú sabías desde el principio que poseías el medio de cerrar la Caja de Pandora, y que podrías habérselo entregado en Paralon.

–Sí -respondió Samaranth-; tenía el escudo de Perseo. Cuando Archibald abrió la caja, Mordred la robó, pero dejó atrás el escudo, pues nunca previo que lo necesitaría. Yo lo guardé, así como el anillo de Archibald, para el momento en que fueran necesarios.

–Pero ¿por qué no nos dijiste que así era como podríamos vencer a los Espectros? – preguntó Charles.

–No me lo preguntasteis -respondió Samaranth-. Me preguntasteis cómo abordar la cuestión de la *Geographica*.

–¿No podías habérselo contado? – inquirió John-. Nos habría ahorrado una barbaridad de tiempo.

–Los dragones no existen para solucionar vuestros problemas por vosotros -dijo Samaranth-, sino para ayudaros a aprender a ayudaros a vosotros mismos, y lo habéis hecho.

»Tú y tus amigos -dijo a John- necesitabais resolver los enigmas de la *Imaginarium Geographica* y los misterios del Archipiélago, y lo hicisteis. Eso conlleva un precio, y cada uno lo ha pagado a su manera. Habéis conseguido establecer un nuevo gobierno en el Archipiélago y eso no puede por menos que reflejarse en vuestro propio mundo. Y aquellos que han

pagado un precio más alto lo saben, y no querrían veros padecer por hacer lo que debíais. Decidle eso a Jack, cuando lo veáis. Y que si alguna vez los necesita, tiene muchos, muchísimos amigos en el Archipiélago a los que recurrir.

–Tengo una pregunta -dijo Charles-. En medio de todo este alboroto, le perdí el rastro a esa sabandija de Magwich. ¿Qué haremos con él?

–Eso ya está resuelto -respondió el dragón-. Lo encontró uno de los míos, que hizo la misma pregunta, y tras consultar con el rey -finalizó, guiñando un ojo a Artús-, comprendimos que el Archipiélago posee ya un sistema para ocuparse de los de su ralea. Sólo podemos esperar que se redima tan bien como lo hizo el último Guardián de Avalon.

Charles miró a sus amigos y se encogió de hombros.

–Me parece justo. Simplemente me hubiera gustado poder darle otro buen puñetazo.

Samaranth se irguió y estiró las alas para alzar el vuelo.

–¡Aguarda! – gritó Artús-. ¿De verdad han regresado los dragones? ¿Han regresado para siempre?

Samaranth miró al joven rey y sonrió.

–Sí -dijo por fin-. Los dragones han regresado, cierto..., pero si nos quedamos o no depende de ti. Gobierna con sabiduría. Gobierna bien. Y si se presenta la necesidad, llámanos.

Se inclinó hacia adelante, cubriendo al joven con su sombra, y le ofreció la zarpa. Artús extendió la mano, y en ella cayó el anillo del Sumo Monarca de Paralon.

–Se lo arrebaté a un rey que no era digno de llevarlo -dijo el dragón-, y volví a hacerlo anoche. Ve con Dios, Rey Artús de la Silla de Plata.

Los camaradas se reunieron en un último consejo con los reyes de las razas y los capitanes de los barcos dragones para consultar antes de seguir hasta Paralon, y luego cada uno a su hogar. A Aven se le entregó el mando del *Dragón Amarillo*, hasta que se pudiera rescatar y reparar el *Dragón índigo*, momento en el que ella decidiría cuál de las naves gobernar. Tras consultar con las grullas, que habían permanecido en la isla toda la noche, Bert había convenido en seguir usando el *Dragón Blanco*, para así poder devolver la Caja de Pandora a Avalon, y a John, Jack y Charles a Londres.

Artús había decidido que, por el momento, la isla serviría como complemento a la Silla de Plata en Paralon, razonando que el trono estaba

dondequiera que el rey deseara que estuviera.

–Le he dado un nombre a la isla -dijo Artús-. No quiere decir que su nombre anterior no fuera bueno, pero resultaba más bien difícil seguir llamándola «la Isla del Fin del Mundo», ¿no creéis?

–Probablemente -repuso John-. Dime cómo la llamas y efectuaré los cambios correspondientes en la *Geographica*.

–Terminus -respondió Artús-. El nombre de la isla es Terminus.

Aparte de seguir atendiendo a aquellos afectados por los Espectros, tarea que dirigían Charys y los centauros, preparar las naves para abandonar Terminus era el último punto de la agenda aliada.

–Creo que el Sumo Monarca podría ir a la caza de una reina -murmuró John a Bert, ladeando la cabeza en dirección a Artús y Aven, que examinaban las reparaciones que se efectuaban en el *Dragón Blanco*.

Aven se mostraba tan mordaz como siempre, pero cuando Artús hablaba, la joven lo miraba ahora de un modo distinto, reflexionando sobre sus palabras con circunspección y respeto... y algo más. No exactamente afecto, pero sí un atisbo de él.

Y no existía error posible en el modo en que él la miraba, ni la familiaridad con que colocaba -y ella le permitía colocar- la mano alrededor de la cintura de la muchacha mientras la guiaba alrededor de la nave.

–Sí -suspiró Bert-; ya lo veía venir hace varios días. De todos modos -siguió-, existen tipos peores que ella podría haber elegido, ¿sabéis?

Una bolsa cayó al suelo detrás de ellos, y al volverse vieron a Jack, que se alejaba a grandes zancadas.

–¡Cielos! – exclamó Bert-. ¿Creéis que me ha oído? Desde luego no era mi intención decir...

–Sé que no era tu intención -dijo John-. Pero creo que de todos nosotros, él es quien lo ha pasado peor.

Aven también advirtió la brusca marcha de Jack. La joven dio a Artús un afectuoso apretón en el hombro y cruzó la arena en busca de Jack.

Entre las provisiones que se cargaban en cada uno de los barcos había múltiples copias del libro de cocina de Tummeler, que el tejón había convencido a Nemo que cargara en Paralon «por si acaso».

–¡Tummeler! – dijo Charles-. Estoy muy impresionado con tu entereza. No tengo la menor duda de que tu libro acabará teniendo un gran éxito.

–Tengo un plan -anunció Tummeler, mostrando orgullosamente unos dibujos que había garabateado en una hoja de pergamino-. El siguiente será mejor aún. Echa un vistazo.

–No te entiendo -indicó Charles, mirando con atención el pergamino-. ¿Vas a publicar la *Imaginarium Geographica*?

–Aja -Tummeler asintió-. Lo discutí con el Sumo Monarca. Decidimos que parte de los problemas provocados por el Rey del Invierno se debían a todos estos secretos. Tierras secretas, lugares secretos, secretos secretos. Pero si todos los capitanes poseyeran su propia *Geographica*, entonces no habría secretos. Y tal vez todos empezáramos a llevarnos bien de una vez.

–Una idea muy sensata -dijo Charles-. Desde luego, nos habría sido de gran ayuda cada vez que perdíamos la nuestra haber podido pasar por la tienda local a comprar otra.

–Quedará muy bien al lado del libro de cocina, además -indicó Tummeler.

–Sigo sin comprender la importancia de los arándanos -replicó Charles.

–Es sencillo -respondió el tejón-; los arándanos son una de las grandes fuerzas del bien en el mundo.

–¿Cómo has deducido eso? – preguntó él.

–Verás -dijo Tummeler-, ¿has visto alguna vez a un troll, a un Wendigo o -se estremeció- a un Espectro comiendo una tarta de arándanos?

–No -admitió Charles.

–Ahí lo tienes -indicó Tummeler-. Se debe a que no pueden soportar la «bondad» que hay en ellos.

–No puedo discutirte ese punto -repuso Charles.

–Las comidas son buenas o malas, igual que las personas, los tejones o incluso los estrepitosos.

–¿Comida mala? – inquirió Charles.

–Chirivías -dijo Tummeler-. Son de las más malvadas.

–Aguarda un minuto -replicó Charles, hojeando el libro de recetas del tejón-, tienes una receta para preparar Budín de Chirivía justo aquí en la página cuarenta y tres. Si las chirivías son malvadas, ¿cómo explicas eso?

Tummeler lo contempló pensativo por un momento.

–Hay dos razones. Primero, porque la inventaron las hermanas arpías, y ellas siempre van a Paralon los días de mercado, y averiguaron lo de mi libro, y una cosa llevó a la otra, y antes de que me diera cuenta, ya estaban

insistiendo en que pusiera su receta en mi libro. Y puedes creerme, es mejor no ofender a las hermanas arpías. Y segundo, el simple hecho de que las chirivías sean malvadas no significa que algún día no se vuelvan buenas... o que al menos formen parte de una receta buena.

»Por otra parte, no creo que el viejo Tummeler vaya a ser quien lo consiga, pero de algún modo no me pareció justo fingir que no existen más que comidas buenas en el mundo. Tiene que existir un equilibrio, ¿sabes? ¿Comprendes, estrepitoso Charles?

—Sí -respondió él-, comprendo.

Aven encontró a Jack junto a una ventana en la parte alta del camarote del *Dragón Blanco*, desde donde podía observar cómo cargaban los otros barcos. Él no la saludó cuando entró, pero el patrón de su respiración cambió, y ella se dio cuenta de que el joven era consciente de su presencia.

—Jack -dijo Aven-. ¿Estás bien?

—No lo sé -respondió él al cabo de un rato-. Si he de ser sincero, creo que tal vez no vuelva a estar bien, no del todo, jamás.

—Se arriesgaba mucho -indicó Aven-. Ni uno solo de los que tomaron parte en la batalla estaban allí sin saber los riesgos que implicaba, o lo que estaba en juego.

—No es cierto -replicó Jack-. Yo no sabía lo que estaba en juego... o al menos decidí no creerlo. Y Nemo murió por mi culpa. Porque confié en que yo sabía lo que hacía, y yo no lo sabía, y le fallé. Y él murió.

—Jack -volvió a decir ella-, tú no habías estado en una situación como ésa antes. Todo el mundo sabe que hacías todo lo que podías.

—No me trates como a un niño -replicó él-. ¿Acaso crees que yo no sabía lo que sucedía? ¿No crees que un hombre se da cuenta de cuando empieza a perder su sombra? Y no sucedió anoche..., no fue sólo debido al Rey del Invierno. Empecé a renunciar a ella por voluntad propia.

Aven se quedó estupefacta.

—¿Te refieres al *Dragón índigo*?

—Desde luego -respondió él-. Y él se dio cuenta allí, también. E... el Rey del Invierno. Mo... Mordred lo adivinó.

—Sabía que tenías potencial, Jack. Eso es todo lo que vio en ti. Y cuando llegó el momento de efectuar una elección, escogiste estar con nosotros, y eso era lo que importaba.

–Mis elecciones mataron a Nemo -dijo el joven-. Dices que lo que había en mi corazón era distinto de lo que elegí hacer, pero creo que te equivocas. Creo que lo que hay dentro afecta a lo que hacemos. Tarde o temprano tenemos que enfrentarnos a eso.

–Y lo hiciste -repuso ella, contemplando la sombra del joven en el suelo.

–Sí -respondió él, mirando la sombra-; simplemente lo hice demasiado tarde.

El rostro de Aven mostró el conflicto que experimentaba para decidir qué decir a continuación. Finalmente, un bando venció al otro.

–Jack -dijo-, po... podrías quedarte aquí, en el Archipiélago.

Él le lanzó una mirada veloz, y por un breve instante, apareció una luz en sus ojos y semblante que decía que había considerado hacer eso precisamente. Pero la luz centelleó y se apagó, y sacudió la cabeza despacio.

–No puedo. No creo que sirviera. Dejo que las emociones, mis pasiones, me dominen -dijo, volviendo a mirarla fugazmente-, y eso es exactamente lo que él sabía que sucedería. Y alguien salió perjudicado y murió. – Volvió a menear la cabeza y lanzó una risita, con un sonido amargo y triste-. No volveré a cometer ese error.

Jack volvió a mirar por la ventana y contempló cómo Bert seguía dirigiendo la carga de provisiones a bordo del *Dragón Blanco*. Aven permaneció de pie detrás de él, en silencio.

Al cabo de un tiempo, alargó la mano para tocarlo, para decir algo que cambiara su forma de pensar, para asegurarle que todo aquello por lo que pasaba, si bien amargo y una dura lección, era de todos modos una parte del proceso de crecer. Pero de algún modo, ninguna de las palabras parecía adecuada para expresar lo que sentía, y murieron en su garganta.

Aven mantuvo la mano cerca del hombro del joven un instante más, luego la dejó caer al costado y abandonó el camarote.

Abordo del *Dragón Azul*, que habían convertido en un hospital improvisado, Charys meneó la cabeza dándose por vencido.

–No creo que haya nada que pueda hacer.

El centauro atendía las figuras pálidas de aquellos que habían sido víctimas de los Espectros, incluido Freydo Finn. Los centauros eran apreciados por sus conocimientos de medicina y las artes curativas, pero lo

que se les había hecho a sus amigos y camaradas se hallaba más allá de su comprensión.

—No sé -repitió, con inusitada reserva-. Viven, pero no tienen voluntad, ni fuego. Sus espíritus han desaparecido, y no tengo ni idea de cómo restituirlos.

—Lo lógico es -sugirió Charles- que estén atrapados en el interior de la Caja de Pandora, ¿no es cierto? Si los Espectros son el producto de obligar a alguien a mirar dentro de ella, y si son capaces de arrancar y... y... absorber las sombras de otros, entonces ¿a qué otra parte pueden haber ido?

—Eso es cierto -dijo Aven-. Todos desaparecieron en cuanto Tummeler y tú cerrasteis la caja.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es llevarla de vuelta con las Morganas en Avalon -indicó Bert-. Ellas la han tenido durante más tiempo que nadie. Podrían ser capaces de ayudarnos.

—U Ordo Maas -dijo Charles-. También tiene experiencia con ella, aunque teniendo en cuenta que involucró a su esposa y provocó su expulsión del Archipiélago, puedo imaginar que no le alegrará demasiado volver a verla.

—Tiene que existir algún modo de hacerlo -intervino John-. No puedo creer que el proceso sea irreversible. El problema es que el único modo de dejar salir algo es abrirla -continuó-, y entonces volvemos al problema de no poder mirar en su interior sin vernos atrapados.

—Evidentemente debe de haber algún truco -dijo Charles-, o de lo contrario Mordred no habría podido usarla tampoco.

—Sé cómo lo hizo el Rey del Invierno -dijo una voz desde la entrada. Era Jack.

—Sé cómo lo hizo el Rey del Invierno -volvió a decir-. Y puedo hacerlo yo también. Puedo liberar a los Espectros.



... un tropel de gente; encapuchada, gris como la muerte...

Viaje a las tierras espectrales

Jack entró en la habitación y se detuvo de cara a sus amigos, con los brazos cruzados en un gesto que, John pensó, se asemejaba mucho a uno que el antiguo Jack habría hecho: desafiante, seguro de sí mismo, firme.

—Bien, Jack -empezó Bert-, ya sé que quieres ayudar, pero...

Jack no le prestó la menor atención.

—He pensado en esto una barbaridad -dijo, paseando por la habitación-, y sólo existe una razón por la que el Rey del Invierno podía usar la caja sin verse atrapado en ella él mismo: no tenía sombra.

John y Charles se miraron entre sí, sobresaltados. Aquél era un punto que no habían tenido en cuenta.

—Así pues -prosiguió Jack-, es lógico que sólo alguien en unas circunstancias similares pueda volver a abrir, y utilizar, la Caja de Pandora para liberar a las sombras atrapadas en su interior.

—Ése es un tremendo salto en la lógica -dijo Bert-. Ninguno de nosotros conoce suficientes cosas sobre ella, ni tampoco sobre el proceso que usó para robar las sombras, para arriesgarse a usar la caja.

—Yo puedo -dijo Jack por tercera vez-. ¿Recordáis, allá en el *Dragón índigo*, cuando el Rey del Invierno me pidió que me uniera a él, y rehusé?

—Sí -respondió John-; te musitó algo... algo que afirmaste que ni siquiera pudiste comprender.

—No lo he entendido hasta ahora -explicó Jack-. No tenía ningún sentido para mí entonces, pero después de que Aven y yo conversáramos hace un rato, recordé algo parecido que dijo el Cartógrafo. Y fue entonces cuando comprendí lo que podía hacer.

—¿Qué te dijo Mordred, Jack?

—Dijo: «*Las sombras no pueden existir sin la luz. Pero sin las sombras, la luz carece de sentido*».

—Una declaración sabia -dijo Charys-, incluso teniendo en cuenta la procedencia. Pero ¿por qué te haría eso pensar que puedes mirar en el interior del recipiente sin perder tu sombra?

—Porque -respondió él- soy el único aquí que sabe lo que es renunciar a la propia sombra... y luego elegir recuperarla.

—Sigue existiendo un problema -dijo Eledir-. Se sabe que la caja representa a la magia prohibida. Samaranth lo ha dejado claro. Archibald no debió usarla, y sabemos qué sucedió cuando Mordred la usó. Si tú lo intentaras, ¿no provocaría eso la cólera de los dragones una vez más?

—No es que quiera empeorarlo aún más -intervino Charles-, pero también debemos considerar otra cosa. Cuando Tummeler y yo cerramos la

caja, los Espectros desaparecieron. Y ¿si la abrimos otra vez y vuelven a aparecer? Podríamos encontrarnos de repente hasta las cejas de Espectros.

—No, no creo que salieran, y no creo que nos vaya a suceder eso -dijo Artús-. Archibald y Mordred la usaron ambos para trastocar la voluntad de otro -prosiguió-, para controlar. Jack no la usaría para conquistar, sino para restituir. Y no creo que ni siquiera los dragones pudieran argumentar eso como motivo para actuar. Me parece que hacer aparecer a los Espectros es una cuestión de voluntad. En ocasiones, Mordred necesitaba una docena y en otras un millar. Se limitaba a sacar la cantidad que necesitaba. Pero siempre fue un acto voluntario, no una simple casualidad. Las mismas normas servirán ahora.

—El Sumo Monarca ha hablado -anunció Charys-. No me opondré si Jack desea probarlo.

—De acuerdo -dijo Eledir.

—Muy bien -indicó Artús a Jack-. Haz lo que quieras.

El resto del grupo se trasladó al extremo opuesto de la habitación, para no mirar accidentalmente al interior del caldero. Jack se sentó en una silla de madera entre él y el lecho en el que habían depositado a Freydo Finn, dando la espalda a los demás. Volvió la cabeza hacia sus amigos y les dedicó una leve sonrisa. Luego, sin preámbulos, alargó la mano y retiró el escudo de lo alto de la Caja de Pandora y miró directamente dentro de la abertura.

Permaneció sentado durante unos segundos sin moverse, y a continuación sus hombros empezaron a estremecerse.

Los amigos intercambiaron miradas de preocupación, sin saber a ciencia cierta si se hallaba en problemas, o si debían correr el riesgo de adelantarse para ayudarlo. No podían verle el rostro, así que no estaban seguros de si lo que sucedía le afectaba para bien o para mal. Entonces Jack volvió la cabeza y los miró, y advirtieron que había estado llorando.

—Es hermoso -dijo-. Está lleno de luz.

Lo que fuera que veía era sólo para sus ojos; desde donde ellos observaban, nada excepcional sucedía.

Jack volvió a mirar al frente e introdujo una mano en la Caja de Pandora, y ésta fue rápidamente absorbida al interior de la oscuridad visible. Sin vacilar, el joven alargó la otra mano y la posó sobre el pecho de Freydo Finn.

Mientras todos observaban, un zarcillo de oscuridad serpenteó fuera del caldero y recorrió el brazo de Jack, luego siguió por el pecho, y descendió por el otro brazo, para finalmente desparramarse por encima del cuerpo inerte de Freydo Finn hasta formar una sombra completa y natural en el extremo más alejado de la luz.

Jack retiró el brazo del caldero y colocó la mano sobre la frente de Finn, inclinando la cabeza al hacerlo; aunque si lo hizo en oración o para concentrarse, no lo supieron.

Transcurrió un minuto, luego otro. Entonces los párpados de Finn aletearon, y se abrieron.

El enano paseó la mirada por el grupo apelotonado a su alrededor.

–Maldición y condenación -refunfuñó-. ¿Ha terminado? ¿Me he perdido toda la batalla? ¿Podría alguien decirme por favor qué es lo que sucede?

El rey de los enanos había recuperado su sombra, y con ella, su vitalidad y su vida.

Y Jack todavía conservaba la suya.

–Muy bien -dijo Jack, arremangándose, con el antiguo fuego brillando una vez más en sus ojos-, ¿quién es el siguiente?

Hizo falta todo el resto del día y bien entrada la noche para que Jack restituyera la sombra a los guerreros a los que les había sido arrancada durante la batalla. Fue un gran alivio para los reyes y capitanes ver cómo sus guerreros, que se habían convertido en sombras sin espíritu que vivían sólo a medias, volvían a ser los de antes. Y resultó un gran alivio para los camaradas ver cómo las alabanzas por la tarea que sólo él podía realizar devolvían a Jack el ánimo.

Mientras Jack trabajaba en conjunción con Charys y los centauros en el restablecimiento de los guerreros, John se llevó a Bert a un lado para hablar.

–Aquellos que cayeron en el campo de batalla no son realmente Espectros, ¿verdad? – preguntó-. No como los que se vieron obligados a servir a Mordred.

–No exactamente -dijo Bert-, aunque yo no conozco todos los detalles. Sé que un Espectro puede arrancar y luego absorber una sombra, y sabemos que Mordred mantenía con vida a las víctimas que hubo aquí porque planeaba convertir en Espectros a las sombras capturadas y aumentar su ejército. Los Espectros se tornan más sólidos con la edad. A medida que roban las sombras de otros, ganan en sustancia ellos mismos. Es por eso por

lo que pudimos reconocer las facciones de los reyes del Parlamento..., sin duda estaban entre los primeros que atrapó.

»Las sombras recién atrapadas, pero a las que aún no se ha obligado a actuar... supongo que son como Espectros a la espera. ¿Por qué lo preguntas?

—He estado echándole un vistazo a la *Geographica* -respondió John-, y mientras que los Espectros desaparecieron cuando se cerró la caja, los mapas de las Tierras Espectrales siguen en sombra. ¿A qué puede deberse eso?

—Nadie lo sabe -dijo Bert-. Ninguna expedición enviada a las Tierras Espectrales ha regresado jamás. Incluso Nemo sólo consiguió acercarse un poco antes de tener que regresar. Dijo que estaban vigiladas por Espectros.

—Eso es lo que pensaba -repuso John-. ¿Qué era lo que custodiaban los Espectros?

—No sé adonde quieres llegar.

—Es simple -respondió John-; si los cuerpos que proporcionaron las sombras para el ejército invencible de Mordred debían mantenerse con vida, entonces resulta lógico que todas las personas de las tierras que conquistó sigan vivas allí, sin Espectros ahora que puedan mantenernos alejados todavía.

—Ah, mi querido amigo... -dijo Bert, abriendo los ojos de par en par.

—Exactamente -repuso él-. Jack puede ser capaz de liberar a todos los que sometió el Rey del Invierno. Puede liberar a todo el Archipiélago.

Cuando Jack finalizó sus tareas de reinstauración, y pudo descansar y tomar un poco de té, John y Bert le explicaron su teoría. El joven aceptó sin una vacilación.

—Creo que tenéis razón -dijo-. Puedo sentirlos a todos ellos ahí dentro, y sé que tiene que haber un modo de liberarlos a todos.

—Te das cuenta, Jack -advirtió Charles-, de que los que liberaste aquí eran cientos... pero que el Rey del Invierno ha estado apoderándose de sombras durante dos décadas. Podría haber miles y miles de espíritus que restituir ahí dentro.

—Lo sé -respondió él con ojos centelleantes-. Creo que soy el hombre más afortunado del mundo.

Los camaradas fueron a despedirse de todos sus nuevos amigos mientras, uno a uno, los barcos dragones abandonaban Terminus. Tummeler

había elegido ir con Aven y Artús a bordo del *Dragón Amarillo*, y los abrazó a todos con lágrimas y promesas de ir a visitarlos.

Charles descubrió sorprendido que se sentía reacio a separarse del pequeño mamífero.

–Anímate, Tummeler -dijo Charles-, regresaré..., y estoy seguro de que tendrás una ocasión o dos de visitar Oxford, ¿eh?

Los bigotes del tejón se agitaron violentamente.

–¿Oxford? ¿De verdad? ¡Maese Charles, ése sería el día más magnífico, realmente el día más magnífico de mi vida!

Dio a Charles otro abrazo, y luego correteó a bordo del *Dragón Amarillo*.

–Se acabó, pues -anunció Bert-. Creo que debemos ponernos en camino...; no podemos saber cuánto tiempo nos llevará nuestra expedición, de modo que lo mejor será empezar inmediatamente.

–Aguarda -dijo Jack-; hay una cosa más que debe hacerse, y con el permiso de todos, me gustaría hacerlo aquí.

–¿Qué es, muchacho?

En respuesta, Jack se volvió hacia Aven.

–¿Dónde..., dónde está él?

La muchacha se sobresaltó, luego respondió:

–En su camarote, envuelto en uno de los estandartes del Sumo Monarca. Pensábamos enterrarle en Paralon.

Jack se volvió hacia Artús.

–Declaraste Terminus como una extensión de tu trono, de modo que esto serviría igual. Y además -añadió-, nadie pagó un precio más alto por la victoria obtenida aquí. Creo que le gustaría.

–Estoy de acuerdo -dijo Artús.

–¿Necesitas que te echemos una mano, Jack? – preguntó John.

–No -respondió él-, creo que será mejor que haga esto yo solo, si no os importa.

–Por supuesto, amigo mío -dijo Charles-, por supuesto.

–Jack -empezó Aven.

–Tú también puedes venir -dijo Jack-. Sé que os teníais mucho aprecio. Me parece justo.

Los dos habían iniciado el ascenso por la ladera de la colina, cuando Jack se detuvo y desanduvo el camino.

–Artús -dijo, extendiendo la mano-. ¿Quieres ayudarnos?

–Desde luego, amigo mío -respondió él, tomando la mano de Jack-. No tenías ni que preguntarlo.

Enterraron a Nemo justo al oeste del círculo de piedras. Samaranth lo había llamado un lugar sagrado, y razonaron que no podía haber un mejor lecho de descanso para el capitán del *Nautilus* que el extremo más alejado del mundo, donde su espíritu podía contemplar los límites de la existencia.

–Técnicamente hablando -observó Charles cuando regresaron-, ése es el mismo lugar donde Samaranth dejó al Rey del Invierno.

–Hay una diferencia -indicó Bert-. Nemo descansa en paz; pero Mordred jamás dejará de caer. Pasará el resto de la eternidad temiendo el inevitable choque que jamás llegará.

Necesitaron menos de un día para alcanzar la primera de las Tierras Espectrales, y según Bert, era la mayor pérdida del Archipiélago.

–Se llama Prydain -dijo, mostrándoles el pergamino en blanco de la *Geographica* donde había estado el mapa-. Varios de los reyes y reinas del Parlamento procedían de este lugar, así como la mayoría de los grandes señores de la guerra que sirvieron directamente bajo el mismo Arturo. Era también la fuente de gran parte de la música y literatura de todo el Archipiélago -siguió-, con bibliotecas superadas únicamente por las de Paralon. Su pérdida fue muy sentida.

Las sombras que ocultaban las islas eran en realidad nubes, espesas y negras, que se habían posado sobre la misma tierra. Las nubes no sólo impedían ver la isla, sino que también impedían el paso a la luz del sol. Una luz gris y mortecina era todo lo que traspasaba la densa atmósfera, dejando una suave luz terrosa y sin sombras que recordaba muchísimo al mitológico país de los muertos.

El *Dragón Blanco* se aproximó despacio y con cautela, pero ningún fenómeno anunció la llegada de los viajeros. Era como si nadie advirtiera su presencia.

Localizaron un pequeño puerto, donde podían atracar la nave y ver más de cerca la orilla. Y lo que vieron fue a la vez espantoso y desgarrador en su monstruosidad.

La isla estaba densamente arbolada, con árboles similares tanto a los de Byblos como a los de Paralon. A lo largo de toda la orilla había sauces rodeados de maleza, como si nadie se hubiera ocupado de ellos durante

muchísimos años, y entre los árboles se veía una multitud de gente... encapuchada, gris como la muerte, y que apenas se movía.

Mientras observaban, distinguieron a miles y miles más recortándose en la penumbra. Aquél era sin duda el origen del ejército de Mordred, pues aquellas criaturas semivivas tenían exactamente el mismo aspecto que los guerreros caídos en Terminus.

—¡Válgame el cielo! — exclamó Bert-. Esto puede llevarnos mucho tiempo.

—No -respondió Jack-. Tal vez no. No es sólo la gente..., el espíritu de la tierra está enfermo también. ¿No lo percibís?

—¿Qué quieres hacer, Jack? — preguntó John.

—Ayúdame a transportar el caldero a la orilla -indicó él-. Entonces haré lo que he hecho siempre, e improvisaré a medida que avanzo.

Sobre un afloramiento rocoso de la costa de Prydain, Jack volvió a abrir la Caja de Pandora; pero en lugar de colocar la mano sobre el corazón de cada una de las víctimas humanas de Mordred, colocó una mano dentro de la caja y la otra bien hundida en el suelo margoso de la isla.

Al cabo de unos instantes surgió un fogonazo del caldero y a continuación un río de sombra y luz se entretejió y discurrió por los hombros de Jack y penetró en la tierra.

Mientras observaban, la luz y la sombra surcaron veloces el paisaje, tocando todos los árboles, rocas, casas y casuchas a medida que avanzaban sin que nada se opusiera a su paso.

Todas las personas convertidas en sombras se tambalearon y cayeron, luego empezaron a agitarse, y finalmente se pusieron en pie, sacudiendo la cabeza, como si despertaran de una pesadilla.

Y, en cierto modo, así era.

—¿Cómo es posible? — dijo John a Bert-. ¿Cómo puede hacer esto, todo a partir de un talismán que provocó tanta maldad y desdicha?

—Puede hacerlo -respondió Bert- porque ha ahondado en él mucho más profundamente de lo que el Rey del Invierno quiso o podría haber hecho jamás. ¿Recuerdas la leyenda de la Caja de Pandora? Cuando la abrieron por primera vez, y todos los males del hombre escaparon al mundo, todavía quedó una cosa en su interior, que fue la redención de todo lo demás: esperanza.

En unos minutos todo el territorio se transformó totalmente. Cada persona que veían tenía una sombra, claramente visible ahora a medida que las nubes se consumían y permitían que la luminosidad natural del sol penetrara a raudales.

Jack se volvió hacia sus amigos, jadeante por el esfuerzo pero con una amplia sonrisa.

—¿Qué tal?

John y Bert lo aclamaron, y Charles alzó el puño al aire.

—¡Así se hace, Jack! ¡Así es como hace las cosas un hombre de Oxford!

Todas las tierras que habían caído bajo las sombras se encontraban a lo largo del borde meridional del Archipiélago, de modo que el *Dragón Blanco* viajó describiendo una lenta curva a lo largo de los territorios, guiado hacia los lugares donde era necesaria su presencia por la delatora mancha de oscuridad que las sombras creaban en el horizonte.

A medida que Jack transformaba cada lugar, el mapa volvía a aparecer en la *Imaginarium Geographica*, como si siempre hubiese estado allí y lo fuera a estar siempre.

—Tendremos que informar a Tummeler -comentó Charles-, o de lo contrario publicará una edición abreviada.

Visitaron una tierra tras otra; tierras de las que nunca habían oído hablar, y otras que conocían bien a partir de relatos y fábulas. HyBrasil, Liliput, Charos, Estigia, Hel, Asmund. Y otras muchas. Y finalmente, al término de muchos más días de los que habrían querido, pero menos, muchos menos de los que habían pensado en un principio, se dieron cuenta de que ya no había más páginas en blanco en la *Geographica* ni tampoco más nubes negras por debajo de la línea del horizonte.

Podían, por fin, marcharse a casa.

Bert hizo girar la enorme rueda del timón y dirigió el *Dragón Blanco* hacia la Frontera.

—Bert -empezó John, cuando Jack, Charles y él abordaron al hombrecillo una tarde-, hemos estado repasando la *Imaginarium Geographica*, y nos parece que falta una tierra.

—¿Es eso cierto? — dijo Bert-. Pero yo pensaba que nos habíamos ocupado de todas las tierras envueltas en sombras. ¿Cómo podemos haber pasado una por alto?

—No se trata de uno de los mapas desaparecidos -indicó Charles-. Es un mapa que nunca ha estado en ella.

—Ya veo -repuso él-. ¿Qué lugar pensáis que hemos extraviado?

—Sólo hemos oído hablar de ella aquí y allá -dijo Jack-. Pero Ordo Maas fue el primero que la mencionó. La llamó el País del Verano.

—Ah -respondió Bert, sonriendo-. El País del Verano. Una de las tierras más importantes, y mencionada con veneración durante muchísimos años. Es curioso que la mencionéis, porque el País del Verano era una de las tierras que Mordred, el Rey del Invierno, deseaba encontrar más que ninguna otra.

—El modo en que Ordo Maas habló de ella -dijo Jack- parecía dar a entender que podría ser un lugar totalmente distinto..., como si fuera allí donde iría al morir.

—¿El Cielo? —inquirió Bert-. Es totalmente posible. Todo depende del punto de vista de uno.

—¿Cómo puede depender la existencia de un lugar del punto de vista de uno? —preguntó Charles.

—Muy fácilmente -respondió Bert-, ¿o ya habéis olvidado el Alcázar del Tiempo? Existían lugares físicos y reales detrás de aquellas puertas..., pero podéis argüir que no existían hasta que se abría la puerta. Cuando John abrió una puerta y encontró al profesor, ese lugar existía para él, basado en su creencia de que estaba allí. Como hizo la puerta que nos facilitó la huida. Era lo que Charles necesitaba que fuera. Hasta cierto punto, él hizo que existiera al creer en ella. Eso mismo sucede con el País del Verano.

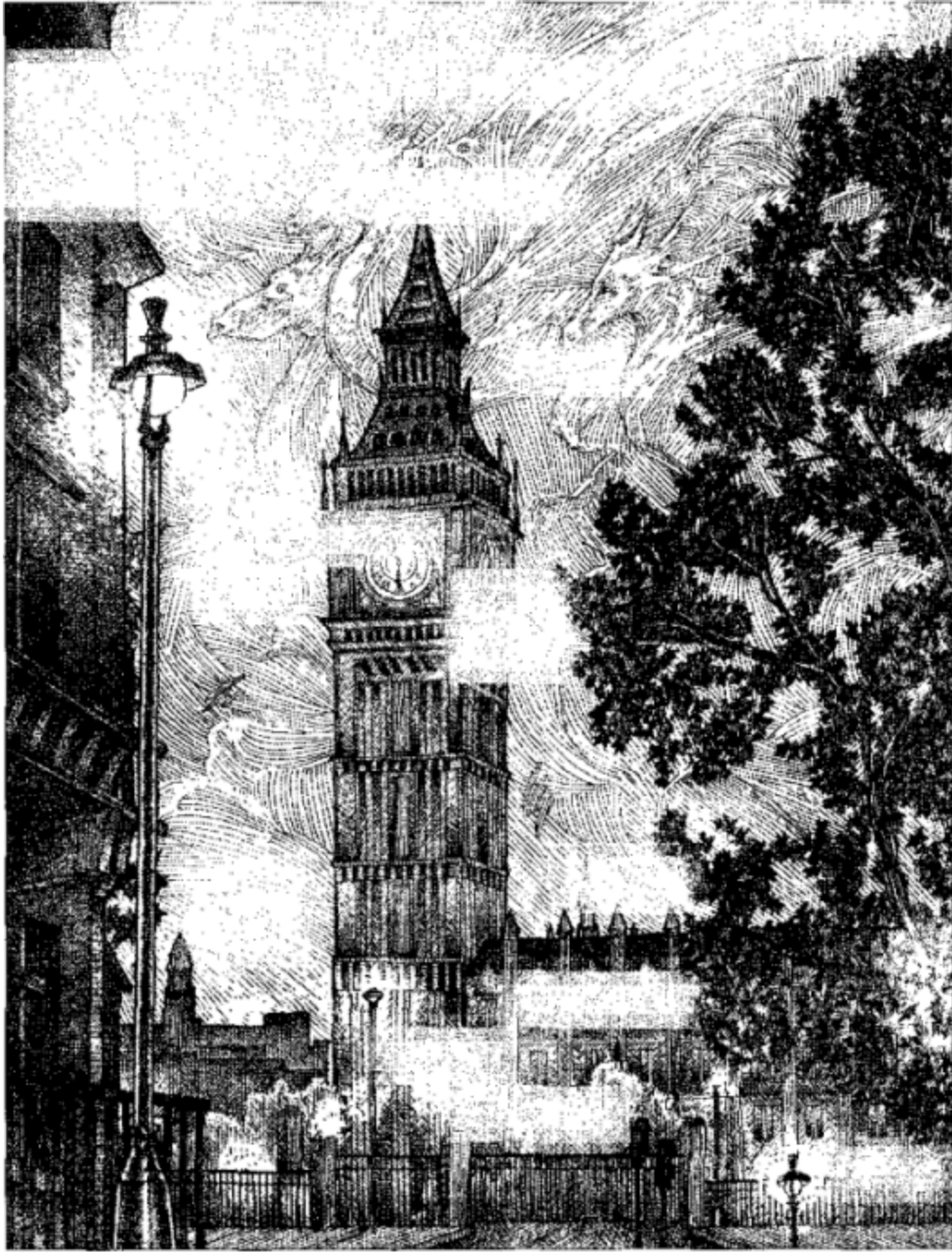
—¿Así que el País del Verano es aquello que la gente quiera que sea? —dijo Jack.

—Es el modo en que la mayoría de la gente se refiere a él -repuso Bert-, pero tenéis razón..., la leyenda está basada en un lugar que existe en realidad.

»El País del Verano es una tierra más grande que cualquiera de las que hay en el Archipiélago de los Sueños, porque contiene en su interior todo lo que se puede hallar en el Archipiélago, y más. Pero mientras que alguien como Ordo Maas podría encontrarla en cualquier sitio, el Rey del Invierno jamás conseguiría hacerlo. Porque siempre cree que se halla fuera de su alcance cuando, en realidad, la tuvo al alcance todo el tiempo.

—Suenas -dijo John- como si hablara de nuestro propio mundo.

—Sí, es cierto -respondió Bert-. Vuestro mundo es el País del Verano.



... parpadeando en cordial bienvenida, las luces de Londres empezaron a aparecer.

El regreso a Londres

Gran parte del resto del viaje se dedicó a volver a examinar la *Geographica* y a efectuar anotaciones en los mapas que habían reaparecido

desde la derrota del Rey del Invierno y el renacer de las Tierras Espectrales. Hasta hacía apenas unos días, los camaradas habrían dado y habrían hecho cualquier cosa por conseguir regresar a casa. Ahora parecía como si Inglaterra estuviera en el mundo de los sueños, al que podrían viajar simplemente si creyeran en él lo suficiente. Pero, si bien todavía creían en Inglaterra, Londres y Oxford, y todo el resto del mundo de los hombres, habían conocido la existencia de otro mundo que era igual de real. Y ya no estaban seguros de querer abandonarlo.

—En esta ocasión llevamos una tripulación bastante reducida -dijo Charles-. Concretamente, nosotros. ¿Tendrá problemas el *Dragón Blanco* para navegar por la línea de tormentas?

—La línea está allí para mantener a la gente fuera, no dentro -indicó Bert-. Descubriréis que la travesía es mucho más fácil yendo al este que al oeste.

John no dijo lo que pensaba: que ya contaba con tener que volver a abrirse paso por entre las tormentas, yendo en dirección opuesta; que deseaba regresar al Archipiélago, y pronto.

—He aquí algo que jamás pensé que diría en voz alta -dijo Jack-, pero ¿hay alguien más que encuentre reconfortante la presencia de al menos tres dragones que nos siguen desde las alturas?

En lo alto de la atmósfera, un dragón verdoso y otros dos más pequeños de color ámbar descendían en picado y volvían a ascender entre las nubes de la línea de tormenta, agitando las alas en señal de saludo al advertir que los camaradas les observaban.

—Los marineros se equivocaban -dijo Charles-. «Aquí hay dragones» no era una advertencia. Era una garantía de seguridad.

—Creo que eso depende de la relación de uno con los dragones -indicó John-. Acuérdate..., cuando lo conocimos, la otra opción de Samaranth era devorarnos.

Mientras el *Dragón Blanco* atravesaba la línea de tormentas y penetraba en aguas más tradicionales, los dragones dieron media vuelta y desaparecieron en el éter.

A lo lejos, distinguieron apenas la silueta de Avalon, tenue y frondosa bajo la luz del crepúsculo.

—¿Qué decís, muchachos? — preguntó Bert-. ¿Queréis hacer una parada y saludar a las Morganas?

–Depende del día, ¿no es cierto? – respondió Jack-. Los martes podemos arreglárnoslas, pero preferiría no encontrarme a Cul con un ánimo peor que su acostumbrado humor de perros.

–Bien dicho, Jack -dijo Bert-. La próxima vez, entonces.

La luz del sol se apagó rápidamente con la repentina aparición de nubes bajas que indicaban el cruce del último linde. Al poco, la familiar niebla británica había empezado ya a conglutinarse alrededor de la nave, y a continuación, parpadeando en cordial bienvenida, las luces de Londres comenzaron a aparecer.

–¡Ahora sí sé que estamos en casa! – exclamó Charles-. ¡Mirad esa agua! ¡Absolutamente inmundada! ¡Qué Dios bendiga al Támesis!

Las alegres carcajadas de sus compañeros quedaron interrumpidas de golpe cuando el sonido agudo de una sirena antiaérea hendió el aire nocturno haciendo pedazos la quietud, que desapareció junto con la sonrisa de John. Miró a cada uno de sus amigos, luego a Bert.

–Seguimos en guerra -dijo John, abatido-. Derrotamos al Rey del Invierno, pero nuestro mundo sigue en guerra.

–Claro, desde luego que sí -repuso Bert, reprendiéndole-. La contienda en el Archipiélago tampoco ha finalizado, en realidad.

–Pero vencimos -dijo John, frunciendo el entrecejo-. Artús es el nuevo Sumo Monarca. Restituimos el orden en el Archipiélago y Jack liberó a los Espectros.

–¿Lo hicimos? – dijo Bert-. Sí, encontramos al heredero y restablecimos la continuidad del gobierno en el Archipiélago. Pero sólo porque haya un hombre sentado en un trono no significa que exista lealtad automáticamente.

–Tiene sentido lo que dice -intervino Charles-. Todavía hay que ocuparse del príncipe troll, Arawn; y los Cuatro Reinos deben aprender a tener un nuevo rey en la Silla de Plata. A Artús le espera una vida bastante dura.

–¿Significa eso que vamos a seguir en guerra hasta que Artús tenga las cosas bajo control en el Archipiélago? – inquirió John.

–Me malinterpretas -respondió Bert-. No es como tirar de una palanca; del mismo modo que la contienda en un mundo tiene su reflejo en el otro, también la paz y la armonía que ayudamos a poner en marcha en el Archipiélago se reflejarán en este mundo. Pero los acontecimientos que han

tenido lugar aquí todavía deben seguir su curso. Hay que tener en cuenta la cuestión del libre albedrío. Hemos eliminado al catalizador, cierto, pero el mundo de los hombres aún tiene que trabajar para reparar el daño que se ha hecho, y luego, en última instancia, debe elegir la paz.

–Creo que lo comprendo -dijo John-. Supongo que de algún modo esperaba que hubiera una solución instantánea y mágica. Como el «bébeme» y «cómeme» de Alicia en el país de las maravillas.

–Vamos, John -regañó Bert-; eso no es más que un cuento. Deberíamos concentrarnos en el mundo real, ¿no crees?

El viaje finalizó exactamente donde se había iniciado, en el muelle de Londres de donde habían huido de la persecución de los Wendigos. Sólo habían pasado unos días, pero ya parecía como si hubiese transcurrido toda una vida... y en cierto modo, así había sido.

–Tengo que informar a mi esposa de que estoy bien, luego iré de vuelta a Staffordshire, supongo -dijo John-. Y después probablemente de regreso a Francia, ya que sigo alistado mientras dure la guerra. Sólo deseo que mi ausencia no haya sido tan larga como para que la hayan advertido y me hayan declarado desaparecido... ¡jamás podría explicar dónde he estado!

–Yo también llevo retraso -indicó Charles-, aunque espero que los rectores de Oxford sean más comprensivos que los militares.

–Sigo pensando que me alistaré antes de iniciar mi período académico en Oxford -dijo Jack-. Al fin y al cabo, la guerra debería finalizar pronto, ¿no es cierto?

–Eso esperamos, joven Jack -dijo Bert y luego se volvió hacia John-. Pasaré a verte de vez en cuando, para ver cómo te va. Debo admitir que resulta agradable darse cuenta de que realmente puedo retirarme, sabiendo que la *Geographica* estará en buenas manos. Ahora debo partir..., tengo que devolver el *Dragón Blanco* a Ordo Maas, y luego ocuparme de reparar el *Dragón índigo*, benditas sean sus cuadernas.

Inclinó la cabeza, mordisqueándose el labio inferior, antes de seguir diciendo:

–Hay un último detalle del que debemos ocuparnos -dijo, con la voz temblando de emoción-. Ha sido la tradición, durante estos muchos siglos, que los Custodios añadan sus nombres a aquellos que estuvieron antes que ellos. Me sentiría muy honrado si vosotros tres lo hicierais ahora.

–¿Nosotros tres? – dijo Jack-. Pero John es el Custodio.

–El Custodio Principia -corrigió Bert-, pero siempre ha habido tres. El objetivo de los otros dos Custodios es ayudar al Custodio Principia a cumplir sus responsabilidades... y me atrevería a decir que eso es lo que vosotros dos habéis estado haciendo estos días.

–No quisiera parecer desagradecido -dijo Charles-, pero con Tummeler a punto de iniciar un imperio editorial basado en los dos pilares que son los libros de cocina y los atlas..., a saber, la *Geographica*... ¿De qué sirve tener Custodios? ¿Por qué cuidar de un libro al que todo el mundo en el Archipiélago tendrá acceso ahora?

–¿Recuerdas lo que dijo John al Cartógrafo? – preguntó Bert-. Es algo más que salvaguardar un simple libro..., se trata de una responsabilidad mayor que eso. Vosotros sois los Custodios de las tierras que hay en su interior. Los Custodios de la Imaginación del Mundo. Y habéis demostrado ser más que dignos, y más que capaces.

Jack y Charles intercambiaron una mirada, luego miraron a John, que ladeó la cabeza y sonrió.

–¿Por qué no? ¿Con quién más podemos hablar sobre las aventuras que hemos corrido, además de entre nosotros?

–A mí me parece bien -declaró Jack-. Por mi parte tengo intención de escribirlo todo antes de que se me olvide lo sucedido. Aunque no es muy probable que eso ocurra -se apresuró a añadir.

–Supongo que no es coincidencia que seamos todos de Oxford, ¿verdad? – bromeó Charles.

–No, no lo es -respondió Bert-. No es una norma que los Custodios sean de Oxford, ni siquiera ingleses; pero por algún motivo parece que ello mejora las posibilidades. Las dos veces que tuvimos a un hombre de Cambridge...: John Dee, y luego lord Byron..., fue un absoluto desastre. Incluso oí rumores de que Dee tuvo algo que ver con el hundimiento de la Atlántida, aunque no tengo ni idea de cómo pudo ocurrir eso.

–Lamento haber preguntado -dijo Charles.

–¿Dónde quieres que firmemos? – dijo John-. ¿Elegimos un mapa favorito o qué?

–¿Me estás diciendo que en todo este tiempo, jamás has echado un vistazo a las guardas que hay dentro de la cubierta? – inquirió Bert lleno de asombro-. ¡Qué me aspen si lo entiendo!

—No era un mapa -respondió él-. Perdóname por concentrarme sólo en el objetivo que debíamos alcanzar. Me hallaba bajo mucha tensión, ya lo sabes.

Bert sonrió y meneó la cabeza con fingida desolación mientras abría la tapa delantera de la *Geographica* y le daba la vuelta para que leyeran.

—Sorprendente -dijo Charles-. De no haber pasado por lo que hemos pasado, no creo que pudiera creer que esto es real.

—Amén -añadió Jack.

John no dijo nada, pero empezó a pasar el dedo por debajo de los nombres inscritos en las dos páginas; nombres que contenían en su interior gran parte de la historia cultural y científica de toda la raza humana.

Edmund Spenser, Johannes Kepler, William Shakespeare.

Chaucer estaba allí, como lo estaban Roger Bacon, Alejandro Dumas, Cervantes, Nathaniel Hawthorne y Jonathan Swift, Tycho Brahe, Jacob (pero no Wilhelm) Grimm, Hans Christian Andersen y Washington Irving.

Coleridge también aparecía, y los dos Shelley: Percy Bysshe y Mary Wollstonecraft. Arthur Conan Doyle, que ya esperaban que estuviera allí, y Harry Houdini, al que no esperaban. Goethe, Dante, Edgar Allan Poe, y así más y más nombres.

—¿Poe? — dijo Jack, sorprendido-. ¿Y Mark Twain?

—Julio Verne también -indicó Bert-. Fue él quien me la pasó a mí.

—Extraordinario -dijo Charles.

—Los nombres de los primeros creadores de mapas no están ahí, desde luego -explicó Bert-. Fue casi mil años después de que el Cartógrafo empezara a compilarla cuando se hizo cargo el primer Custodio.

—¿Quién era? — preguntó John.

—Geoffrey de Monmouth -respondió Bert.

—Y no son copias -dijo John, tocando las páginas con veneración-. Estas firmas son todas originales.

—Aquí -indicó Bert-. Puedes firmar bajo nuestros nombres.

Allí en la parte inferior de la página de la derecha estaba el nombre del profesor Sigurdsson escrito con su elegante caligrafía, seguido por una firma que habían tachado.

—Ésa es la del Custodio rebelde, ¿verdad? — preguntó Charles.

—Sí. — Bert asintió con la cabeza-. Stellan jamás perdonó a Jamie que nos volviera la espalda.

—¿Cuál era su nombre completo? — quiso saber John, estudiando con atención la lista.

—Tal vez hayáis oído hablar de él -repuso Bert-. Lo han nombrado caballero hace poco: sir James Barrie.

John se irguió bruscamente y miró a Charles y a Jack con asombro. Jack se inclinó al frente y frunció el entrecejo.

—¿Dónde está tu nombre, Bert? — preguntó-. ¿No debería estar debajo de los otros dos?

—Debajo no -respondió él-, encima. Me la entregaron a mí primero, ¿recordáis? Luego yo recluté a Stellan, quien por su parte reclutó a Jamie.

Como uno solo, los tres jóvenes miraron el nombre situado sobre el del profesor..., y como uno solo, los tres se quedaron boquiabiertos por la sorpresa.

En la firma se leía: «Herbert George Wells».

—La verdad es que nunca me gustó Herbert -dijo Bert-, y no me veía como George tampoco, bien mirado.

—Es un honor... ah...

Empezó a decir John, alzando la mano para darle un apretón; pero en seguida contempló la mano que tendía y la retiró con timidez. Tras todo lo que habían pasado juntos ya no era un desconocido para ellos, sino alguien de la familia..., fuera cual fuera su auténtico nombre.

—Espera un minuto -dijo Charles-. Hay un problema con esto. Verás, yo he conocido realmente a H. G. Wells y..., sin querer ofenderte, Bert..., es muchísimo más joven que tú.

—Ah, me has malinterpretado -respondió Bert- ese H. G. Wells. Quiero decir, soy él, pero no el de ahora... soy el de entonces, en el futuro.

—¿El futuro? — inquirió John.

—Ochocientos mil años -respondió Bert, consultando su reloj-, el próximo jueves.

—Eso es fantástico -exclamó John-. Realmente es el Viajero del Tiempo sobre el que escribió en su libro.

—Habéis dado en el clavo -respondió él-. Nemo y yo construimos el aparato basado en diseños concebidos por Leonardo Da Vinci, y en mi primer viaje «fuera» fue cuando conocí a la madre de Aven, Weena. Escribí un relato de toda la aventura y desee desesperadamente compartirlo con el mundo en general; pero comprendí que jamás lo tomarían en serio como

relato biográfico real. De modo que lo revisé, considerablemente, debería añadir, y lo publiqué en la versión que todos conocéis.

—Ésa no es una mala idea -comentó Jack-. Disfrazar la autentica historia como ficción o alegoría. Yo mismo podría intentar algo parecido.

—Parece una lástima, no obstante -indicó John-, no poder contar a nadie lo que realmente sucedió. Pero por otra parte -añadió-, no creo que pudiera hablar de lo que ha sucedido en el Archipiélago con nadie que no fuerais vosotros tres. Nadie más lo creería.

—Así pues, Bert, cuando le conocí, um, «te» conocí... -empezó Charles.

—Conociste a una versión mucho más joven de mí -respondió él-, y recuerdo bien el encuentro. Fue entonces cuando te catalogué como posible Custodio.

—¿Me estabas estudiando? — inquirió Charles.

—Ya lo creo. ¿Quién crees que te recomendó para el puesto de editor en *Oxford University Press*?

—¿Me observabas también a mí? — quiso saber Jack.

—No -dijo Bert-. No habías escrito suficiente aún para atraer mi atención.

—Vaya -repuso Jack, un tanto alicaído.

—Me siento terriblemente satisfecho de que vinieras, de todos modos, Jack -indicó John-. No se me ocurre cómo podríamos haber salido bien parados de todo ello sin ti.

—Gracias.

—Cuando viniste al club -dijo Charles-, no actuaste como si me conocieras.

—Porque no te conocía -respondió Bert-. Conocía tu trabajo, y sólo eso; con eso bastaba. Había aproximadamente una docena de vosotros cuyos trabajos literarios mostraban los indicios de un Custodio en potencia: imaginación, innovación, convicción y claridad; y dejé a Stellan la elección de a quién preparar más a fondo. Eligió a John.

—Pero si había Custodios potenciales a los que preparar -dijo Charles-, ¿no se nos podría haber reclutado antes, después de que el otro Custodio abandonara el puesto, y haber prevenido así la crisis con el Rey del Invierno?

—El complot de Mordred ya estaba en marcha antes de que Jamie apareciera -explicó Bert-, o incluso yo mismo y Stellan, bien mirado. Nada

se podría haber hecho para evitar que los acontecimientos avanzaran como lo hicieron hasta el momento en el que él salió a la luz. Para entonces ya era demasiado tarde.

—¿No crees que James Barrie podría haber impedido la guerra de haberse quedado junto al profesor? —inquirió John

Bert meneó la cabeza y se apartó de ellos, con las manos sujetas a la espalda.

—Me lo he preguntado -admitió-, pero lo dudo. Jamie simplemente no estaba hecho para la misión, y a Stellan casi se le partió el corazón cuando se marchó. Lo que si sé es esto -añadió-: tuvieras las dificultades que tuvieras para llevar a buen término tus obligaciones, sé que Stellan consideró tu aceptación como una especie de redención.

—¿Una redención suya? ¿O mía? —inquirió John.

—Acaso ¿importa?

—A lo mejor. A lo mejor sí.

—Entonces toma esto como respuesta: cuando llego el momento, hiciste todo lo que el profesor y yo confiábamos en que fueras capaz de hacer. Y si bien el esfuerzo resultó duro, creo que hizo que tu victoria resultara más placentera y dondequiera que esté ahora, creo que el profesor se alegra de la fe que puso en ti, y sé que se siente orgulloso de ti, John.

—Tengo una pluma -anunció Charles-. ¿Quién es el primero?

—Adelante -indicó John.

Sonriendo, y con mano temblorosa, Charles inscribió su nombre en letras largas y curvas.

Charles Williams

Entregó el libro y la pluma a Jack.

—Gracias -dijo éste-. ¿Puedes sujetarme el libro?

—No faltaría más.

Jack pensó durante unos instantes, luego firmó, y pasó el libro a John, que contempló burlonamente la firma:

C. S. Lewis

—Siempre he aborrecido el nombre Clive -dijo Jack-. Mi hermano Warnie me llamaba Jack, y se quedó así.

—Está bien -dijo Bert-. Y ahora tú, John.

John tomó la pluma que le tendían e hizo una pausa para mirar a sus amigos, que se habían convertido en sus aliados, y confidentes, y en su familia durante el corto tiempo que hacía que se conocían. Reflexionó sobre el modo en que se habían unido, y el precio que cada uno había pagado para llevar a cabo lo que debía hacerse; pero incluso así, había sido una aventura magnífica, y, sospechaba, únicamente la primera de las que correrían juntos. Se trataba, al fin y al cabo, de un mundo enorme.

–Para que recordemos el futuro -dijo.

–Por el futuro -dijeron Jack y Charles.

–Bien dicho, muchacho -dijo Bert.

John puso su nombre con trazos claros y firmes:

J. R. R. Tolkien

Y cerró el libro.

Epilogo

En lo más alto de un acantilado en la Isla del Fin del Mundo, el Sumo Monarca estaba sentado, mascando despreocupadamente una de las largas hojas de hierba que habían empezado a crecer en los campos diezmados por la batalla.

A poca distancia se alzaba un círculo de piedras verticales que le proporcionaban consuelo con su misma presencia, y la recién bendecida tumba de un querido amigo, que, curiosamente, tenía el mismo efecto reconfortante.

Permaneció allí sentado, masticando al tiempo que contemplaba la oscuridad situada más allá de la enorme cascada, y se hizo preguntas.

En apenas unos pocos días, el mundo -dos mundos en realidad- se había visto irrevocablemente alterado, y como Sumo Monarca de la Silla de Plata de Paralon, era su deber en aquellos momentos ocuparse de que los cambios beneficiaran a las gentes de un centenar de tierras, incluso a aquellas gentes que no le reconocían como rey, ni apoyaban su mandato. Tal era la carga de un reino.

Pensó en la mujer con la que había viajado, trabajado y compartido sus sueños, y se preguntó si ella permanecería a su lado y le ayudaría a gobernar su reino, si se lo pedía.

Artús se preguntó también si realmente había sido su invocación la que atrajo a los dragones, o si había sido la intervención y llamada de

Samaranth.

Se preguntó qué habría sucedido si los dragones no hubiesen acudido en aquel preciso momento en que él parecía invocarlos, o lo que era peor, no hubiesen acudido en absoluto.

Se preguntó qué sucedería si alguna vez necesitaba volver a llamarlos. En los días transcurridos desde el conflicto, ver dragones surcando el cielo sobre sus cabezas no resultaba algo extraordinario... pero tampoco se veían en tan gran número como habían aparecido en aquel momento crucial de la batalla.

Se preguntó qué había realmente allá fuera en el vacío; y qué podía hallarse abajo. Se preguntó si, cuando alguien caía por la cascada, existía finalmente un punto en el que ésta terminaba o si uno sencillamente seguía cayendo durante toda la eternidad.

Y a veces...

En ocasiones, simplemente se hacía preguntas.

Nota del autor

La historia está compuesta menos de certezas que de suposiciones. Retrocedamos lo suficiente, y los hechos empiezan a mezclarse con la ficción... o al menos con cuentos populares, que llevan su propia verdad.

Para mí, los relatos más interesantes son los que tienen un pie bien plantado en la fantasía y el otro en el mundo real; y el mejor modo de efectuar un maridaje de ambos es hallar aquellas brechas en la historia donde no existe certeza, y crear una suposición.

Supongamos que los mundos imaginarios tuvieran una base en la realidad. Supongamos que pudiéramos, dadas las circunstancias apropiadas, visitarlos. Y supongamos que la prueba de su solidez estuviera desperdigada tanto por la historia como por la ficción, si solamente supiéramos dónde mirar...

A primera vista, parece que la historia de Ordo Maas es la de Noé; pero de hecho, el origen es más profundo y antiguo. Ordo Maas dice que tiene muchos nombres; y más adelante, Mordred se refiere a él como «Deucalión». En la mitología griega, Deucalión era el hijo de Prometeo (que le entregó el fuego en el extremo de su bastón) y se casó con Pirra..., que era hija de Pandora. Cuando los dioses castigaron a la humanidad inundando la tierra, Prometeo los salvó al darles el fuego y decirles que construyeran un arca. Tras el diluvio, ellos se encargaron de repoblar la Tierra. Del mismo modo en que el padre de Deucalión dio a éste un regalo, la madre de Pirra entregó otro a ésta: la Caja de Pandora. Mi suposición aquí es que fue Pirra, no su madre, quien abrió la caja, tras la inundación. El equivalente egipcio de Deucalión era Thot, cuya hija, Bast, era la diosa de los felinos.

Ligar a Pandora con el mito de las Parcas (Las Tres que son Una) y llamar a éstas las Morganas une la mitología griega con las tradiciones populares galesas y celtas, como lo hace la afirmación de Ordo Maas de que el primer barco dragón fue el reconstruido Argo, que el héroe griego Jasón utilizó para ir en busca del Vellocino de Oro.

El Caballero Verde vincula el mito artúrico a la ficción contemporánea a través de la obra de Dickens, Historia de dos ciudades, igual que, desde luego, lo hace el personaje de Magwich (que aparece en Grandes esperanzas).

El Cartógrafo de los Lugares Perdidos es un auténtico fruto de mi invención... pero igual que el resto, sus orígenes descansan en una suposición, y las claves de su identidad real están allí para que las encuentren los lectores suficientemente meticulosos.

Y finalmente, quería iniciar la aventura en un lugar que tuviera una resonancia misteriosa propia. La dirección del club al que Charles conduce a John y Jack -22IB calle Baker- es bien conocida de todo lector de las aventuras de Sherlock Holmes como la del hogar de este detective. Un lugar perfecto para iniciar un relato «una noche oscura y tormentosa».

JAMES A. OWEN

Silvertown, Estados Unidos

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

15/02/2010

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com